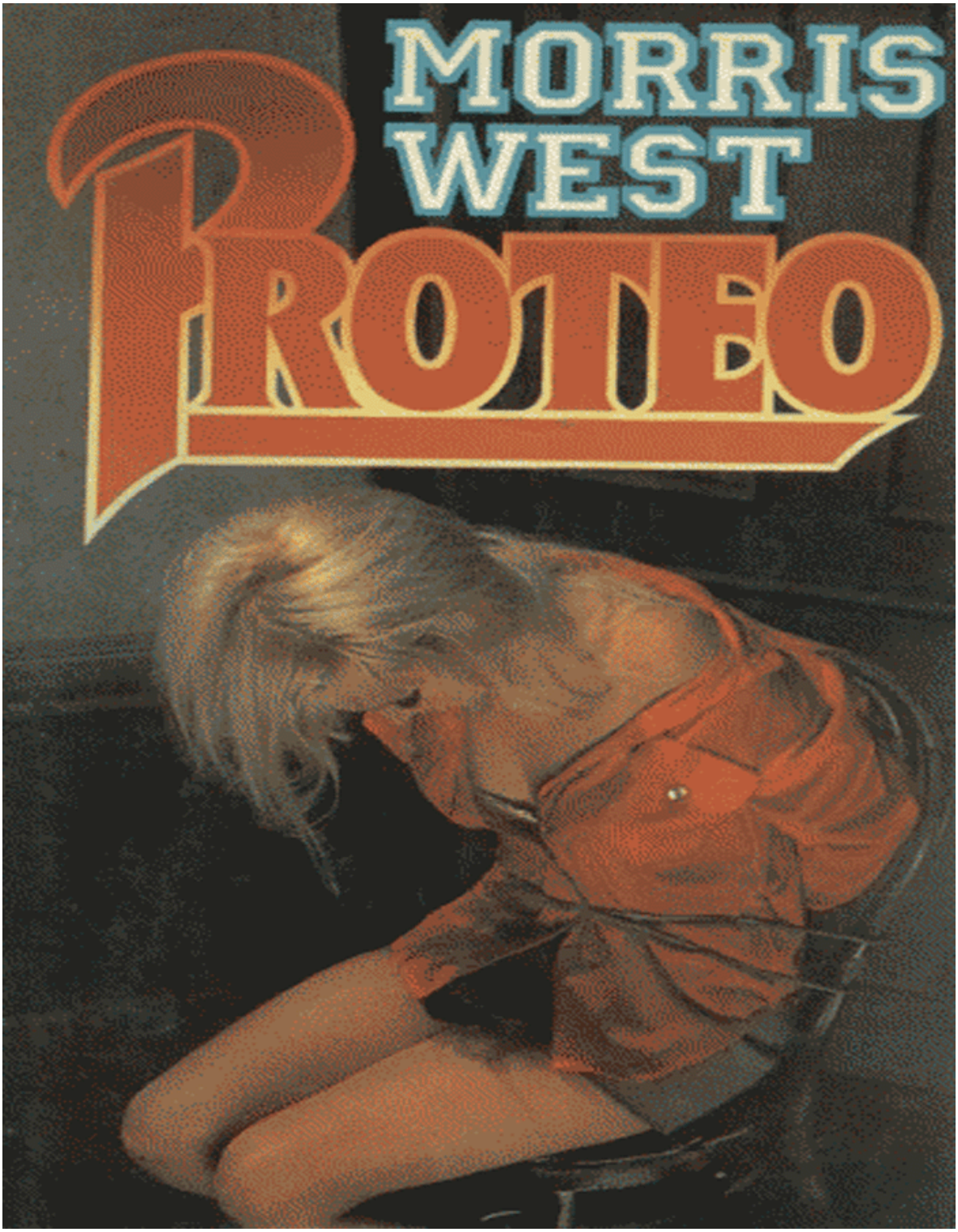
PROTEO
MORRIS WEST



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El jueves 1." de febrero de 1979 los jefes de todas las delegaciones ante las Naciones Unidas recibieron un ejemplar de Proteo, *la nueva novela de Morris West. Sabían, como lo sabe usted, que es una obra de ficción...*
...¡por el momento!

Es cada vez más evidente que ni el hambre, ni los microbios, ni el cáncer, sino el hombre mismo es el más grave peligro para la humanidad, porque carece de protección adecuada contra las epidemias psíquicas, que tienen efectos infinitamente más destructivos que las peores catástrofes naturales.

C. G.Jung

El hombre moderno en busca de un alma

Librodot

CAPÍTULO 1

Era un hombre que viajaba mucho y siempre en condiciones muy cómodas, de modo que apenas sentía la curiosidad del turista, y en cambio padecía la viva impaciencia del ejecutivo que debe despachar sus asuntos y partir otra vez.
Sin embargo, ese domingo de Pascua en Roma era diferente. Era una celebración familiar, una ocasión tribal, y todo el resto —los antiguos esplendores de la ciudad, el movimiento de los peregrinos, la misa papal en San Pedro, incluso la proclamación del pontífice dirigida a la Ciudad y el Mundo— formaban el trasfondo y la panoplia. Era un día en la vida de este hombre en que él deseaba respirar hondo y gritar: "¡Mírenme! ¡Miren a John Spada, que hoy cumple cincuenta y cinco años, y se siente agradecido por cada minuto de su vida! ¡Miren a mi Anna, todavía tan bella como el día que la conocí! ¡Miren a Teresa y al hombre con quien ella se casó, un individuo valeroso y bueno, que me dará un nieto, heredero del imperio Spada! ¡Me siento tan orgulloso y feliz que podría abrazar a todo el mundo, este mundo absurdo y maravilloso!"
Por supuesto, no dijo nada de todo esto. Tenía demasiado dominio de sí mismo para incurrir en tales manifestaciones. Incluso allí, en el país de sus padres, era medio extranjero: John Spada, de Nueva York, presidente de una multinacional, príncipe de mercaderes entre la antigua nobleza y los plebeyos ahora inquietos de esa ciudad de emperadores y papas. Pero aunque él no lo dijera, Anna sabía que él se sentía muy feliz. Apretó el cuerpo contra el de su marido, sonrojada y excitada, mientras él se abría paso a través de la multitud que ocupaba la plaza de San Pedro, en dirección al callejón que corría detrás del Borgo Santo Spirito, donde el chófer del tío Andrea los esperaba.
Teresa y Rodolfo caminaban adelante, y él los miraba con orgullo y afecto. Ella era pequeña y morena como su madre. Él, alto y delgado, retoño de una vieja familia de estancieros y criadores de caballos de las pampas argentinas. Él tenía diez años más que Teresa, y eso merecía la aprobación de Spada, porque un hombre debía estar afirmado en la vida antes de formar una familia. A los treinta y ocho años, Rodolfo Del Valle era uno de los mejores directores de periódicos de Buenos Aires, y sus opiniones acerca de la política de América del Sur eran leídas con respeto en el mundo entero.
El único pesar de Spada y la queja permanente de Anna era que las dos familias debían vivir tan separadas, los diablos mayores en Nueva York, los más jóvenes en Argentina; pero —¡qué diablos!—, con los jets, los teléfonos y el télex, la distancia era un factor nominal. Cuando llegaran los hijos podrían arreglarse formas que permitiesen un contacto más regular. Además, si se le pedía su opinión —y la formulaba en voz baja cuando Anna estaba cerca— John Spada prefería que Teresa practicase un poco el oficio de esposa antes de convertirse en madre. No deseaba que su hija se viese atada demasiado pronto por los niños.
De todos modos, eso correspondía al futuro. Hoy era un día pleno y satisfactorio. Irían a almorzar a la villa del tío Andrea en Frascati, hablarían de asuntos de familia, de negocios y política, todos un poco somnolientos, reconfortados por el cálido sol de primavera. Eso era precisamente lo que él extrañaba en Nueva York: el sentido de la proporción, de la continuidad, de la definitiva falta de importancia de todo lo que no fuesen los asuntos de familia. Era difícil preocuparse demasiado por el índice de cotizaciones Dow-Jones cuando uno se dirigía a la oficina caminando sobre los huesos de muchos legionarios muertos.

Mientras cruzaban el río, Spada pidió al conductor que fuese por la Appia Antica hasta las Catacumbas de San Callisto, y que después se desviase hacia la Via Ardeatina. Rodolfo debía conocer los restos de los antiguos monumentos funerarios, y el propio Spada tenía que cumplir un menudo acto piadoso. Como preludio a ese gesto pidió al chófer que se detuviese mientras él compraba un ramillete de violetas a una florista instalada en la calle. Las flores eran pequeñas, su fragancia escasa, y el precio que pagó exorbitante. Teresa protestó, pero Anna le palmeó el brazo y le dirigió una represión amable.
—Es el cumpleaños de papá. Hoy hace lo que quiere.
—¿No hace lo mismo siempre?
—Quizás en el trabajo —dijo serenamente Anna—. En casa, hay otras normas.
—Creo haber oído antes lo mismo —dijo Rodolfo del Valle—. Mi madre solía decir a mi padre que él era el mejor entrenador de caballos de la Argentina, pero que no debía traer a casa los modales del establo.
-'Hoy —dijo John Spada—,'soy un santo. Me he confesado.
Asistí a misa. Recibí la bendición del papa. Exijo se me trate con respeto... ¡especialmente las mujeres casadas!
—¿Quién irá a almorzar a la villa del tío Andrea?
—¿Quién no? —Había un toque de malicia romana en el tono de Anna—. Apenas saben que llega tu padre, comienzan a convocar a los invitados. Habrá alguien del Quirinal, como siempre uno o dos del Vaticano, Cario Magnoli de Turín, sin duda Fonseca, del Banco de Roma... Por lo menos una docena, con esposas y familias. ¡Eh! En realidad, he perdido la práctica de este tipo de reuniones.
—¡Cálmate, Anna! —Con un gesto Spada rechazó la queja de su mujer—. Que su hija afronte parte de la responsabilidad. Es una recién casada, y hay que incorporarla al círculo de las matriarcas.
—Papá, de buena gana te asesinaría.
—¿Por qué? Ya fuiste durante mucho tiempo una profesional enfrascada en su propio trabajo. Ahora tienes que incorporarte al club de las matronas. Hoy harás una buena práctica.
—Hablas como un machista. Soy médica, no chismosa.
—Pero si quieres ser buena médica, necesitas conocer el modo de tratar a la gente. El chismorreo es útil en ese sentido.
—Rodo, deberías defender a tu esposa.
—¿Y oponerme al gran John Spada? Soy director de un diario, no comandante de tanques.
—Aquí nos detenemos. —Spada señaló los portones negros que cerraban el paso al sombrío enclave de las Cavernas Ardeatinas, las canteras donde los alemanes habían ametrallado a trescientos rehenes, como represalia por un ataque de guerrilleros en la Via Rasella.
—Esperaré en el automóvil. —Anna Spada se estremeció y se acurrucó en una esquina del asiento.
—Me quedaré con mamá —dijo Teresa.
Con el ramillete de violetas en la mano, Spada entró caminando en el recinto, y Rodolfo Del Valle lo acompañó. Explicó a Del Valle el significado del monumento conmemorativo y después lo condujo a la cámara penumbrosa donde estaban dispuestos, una hilera sobre otra, los trescientos sarcófagos. Dijo en voz baja:
—Yo estaba en Italia cuando sucedió. Avanzábamos hacia Roma, a través de los pasos de los Abruzzos. No sabía entonces que mi tío Eduardo, hermano de mi padre, era una de las víctimas. Cuando hablé cpn su familia y supe la noticia, tuve que escribir y anunciarlo a mi padre... Le destrozó el corazón. Antes de que

Librodot

muriese le prometí que, cuando viniera a Roma, traería un recuerdo, en su nombre y en el mío.
Depositó las violetas sobre la tapa de piedra del sarcófago y permaneció largo rato con la cabeza inclinada en silenciosa rememoración. Después irguió la cabeza, miró a su yerno y dijo serenamente:
—Tengo miedo, Rodo. Soy un viejo navegante y huelo el viento. Esto podría suceder nuevamente. No será exactamente del mismo modo, pero puede suceder.
—Lo sé —asintió Del Valle—. Ya ha comenzado.
—Deseaba hablar contigo. No tuvimos mucho tiempo... y no quería arruinar la festividad de las mujeres.
—No nos conocemos muy bien, ¿verdad, John?
—Rodo, me alegraría cambiar eso. La próxima vez que vaya a Buenos Aires charlaremos a solas, ¿eh?
—Con mucho gusto.
— Sé que no apruebas del todo mi persona, ni el modo de dirigir la empresa...
—Teresa lo quiere mucho. —Del Valle había adoptado una actitud extrañamente formal—. Y lo respeto, y mucho. Es un buen comienzo. La comprensión vendrá después. Y aquí, en este lugar, he comprendido un poco más.
—Eres un pensador —dijo John Spada—. Yo soy un hombre de acción. Extraigo minerales del suelo. Fabrico y vendo cosas. Trafico con el dinero y las mercancías y las realidades políticas... cuanto mayor la escala, más simple es todo.
—¿O sólo parece simple? ¿Como extraer el seguro de una granada... o asesinar a trescientos rehenes con una ametralladora?
—Quizás incluso como eso. Pero Rodo, no me juzgues con apresuramiento. Seamos pacientes el uno con el otro, ¿eh?
—Por supuesto. —Del Valle se encogió de hombros y sonrió—. ¡Feliz cumpleaños, suegro!
Apoyó una mano en el brazo de John Spada y lo condujo hacia la luz del sol. Antes de llegar a la puerta, Spada se detuvo de nuevo y señaló las bocas de las cavernas, en cuyo interior habían hallado los cadáveres masacrados.
—Solía soñar acerca de ellos, y de lo que había sucedido ahí adentro. Pero, cosa extraña, yo nunca participaba en el hecho. Siempre estaba de pie, sobre el risco, mirando hacia abajo. Veía llegar los camiones alemanes, y cómo descendían a los cautivos y los empujaban hacia la entrada. Un momento después estaba aquí, en este mismo lugar, mirando hacia adentro, y observando cómo los soldados apuntaban y disparaban, y cómo caían las víctimas... Nunca hablaba. Jamás me movía. Nadie me veía. Aún estaba allí cuando sellaban las cavernas y el último alemán se alejaba. Siempre me sentí avergonzado, como si yo mismo hubiera sido culpable de la matanza. Pero ahora hace mucho que no tengo ese sueño.
—¿De modo que eliminó a sus demonios, fueran ellos los que fuesen?
Spada le dirigió una seca sonrisa y esbozó una respuesta.
—O quizá me acostumbré a tenerlos cerca.
—Yo también he visto muchas cosas. —De pronto, Del Valle estaba tenso. En su voz había un matiz de cólera—. No es bonito. ¡Es como... como niños ciegos jugando en un matadero!
Spada se sobresaltó ante la vehemencia del joven. Le dirigió una mirada larga, escudriñadora, y dijo pausadamente:
—Quizá deberíamos hablar ya mismo.
—No hay tiempo. —Del Valle pareció muy seguro de lo que decía—. Si comenzamos a discutir, probablemente discreparemos. Además, usted puede echar a perder la fiesta. Teresa y yo saldremos en avión por la mañana. Le

Librodot

escribiré, trataré de ofrecerle una reseña equilibrada de la situación y del papel que Estados Unidos representa en ella. Si las cosas empeoran, me agradaría utilizar las instalaciones de télex de las oficinas Spada en Buenos Aires.
—Cuando lo desees. Ahora eres miembro de la familia.
—Lo sé. Debería sentirme... me siento agradecido.
Hubo un atisbo de disculpa en la punta de la lengua de Del Valle, pero Spada lo interrumpió con brusco buen humor.
—En esta familia no siempre es necesario ser cortés. Y ahora, volvamos. Las mujeres seguramente están impacientándose.
Cuarenta minutos después fueron recibidos con todos los honores tribales en la villa del tío Andrea, un hombre que a los setenta y cinco años de edad era el patriarca reconocido del clan Spada, padre de diez hijos, abuelo de veintidós, ex ministro de Justicia, todavía miembro del Club de Cazadores, aficionado a las orquídeas y a las mujeres bonitas. Era un negociador notable, y la villa, rodeada de viñedos y olivares, había sido escenario de muchas maniobras clásicas entre la izquierda y el centro. Para la celebración organizada ese día, la familia —una sólida falange de tías ancianas y primos jóvenes con sus hijos— era el eje. A todos había que identificarlos, abrazarlos y elogiarlos, de modo que se sintieran amados y honrados por sus parientes norteamericanos. Después, se presentaría al nuevo yerno, y se juzgaría su estirpe, sus modales y su virilidad, además de inspeccionar disimuladamente los signos de embarazo en la esposa. Spada y el tío Andrea observaron la ceremonia con diversión levemente maliciosa. Finalmente, el anciano sonrió e hizo un gesto de aprobación.
— ¡Bien! Tiene fuego en el vientre y sesos en la cabeza. Creo que deberías sentirte feliz.
—Lo estoy, tío. También tengo miedo.
¿De él?
—Por él y por Teresa. ¿Sabes lo que está sucediendo en América del Sur?
—Lo sé todo, Giovanni. ¿Qué hora es?
—Casi las dos. ¿Por qué?
—Me pareció que sería mejor terminar primero el asunto de familia, y por lo tanto invité a los restantes huéspedes para las dos y cuarto. Comenzaremos a las tres. Después, podremos charlar en la biblioteca.
—¿Quiénes vienen?
—Magnoli, Frantisek, Fonseca... todos los nombres que ya conoces; pero esta vez habrá dos nuevos. —Vaciló un momento y después agregó, casi como disculpándose—: Los tiempos cambian. También nosotros debemos cambiar. Uno de ellos es Castagna, del Partido Comunista italiano. Está muy cerca de Berlinguer.
—¿Y el otro?
—Hugo von Kalbach.
—¿Por qué lo elegiste?
—Porque es uno de los grandes pensadores contemporáneos. Está concluyendo una obra fundamental titulada *Los fenómenos y la epidemiología de la violencia.* Creo que puede aportarnos elementos valiosos.
—¿Y Castagna?
—Los comunistas obtuvieron el treinta y ocho por ciento de los votos en la última elección. Tenemos que cooperar con ellos si queremos que el país continúe funcionando. Castagna es un escéptico, y teme a los fanáticos... Lo cual me recuerda—hizo un gesto en dirección a Del Valle, que estaba consagrando su encanto y su paciencia a la tía más anciana—, ¿se lo dijiste?

—Todavía no.
—¿Estás seguro de él?
-Sí.
—Entonces, tráelo. Pronto sabremos de qué madera está hecho... y si tiene algo que enseñarnos.
Anna se acercó en ese momento, sonriente pero decidida.
—Vamos, ustedes dos. ¡Nada de conciliábulos antes del almuerzo! ¡Reincorpórense a la raza humana! La familia quiere hablar contigo, John. Y usted, tío, debería salvar a Rodo. Creo que ya soportó bastante.
Tomó del brazo a los dos hombres y los obligó a descender con ella los peldaños para pasar a la terraza, donde los criados estaban distribuyendo limonada entre los niños y champaña entre los mayores.
Cuando Spada se aproximó, las mujeres convergieron sobre él como los campesinos sobre un vendedor ambulante en una plaza de la aldea. Deseaban obtener noticias, novedades, y atraer la atención de este Spada que tanto había prosperado. Querían que protegiese a sus hijos, que prometiera su ayuda en los tiempos malos que, según creían todos, se acercaban rápidamente. La tía Lisa, de setenta y ocho años, arrugada como una manzana invernal, resumió la situación con su áspero acento romano.
— ...Ahora tienen listas de candidatos al secuestro. En las esquinas de las calles hay muchachos que esperan meter una bala en el cuerpo de un hombre cuando se dirige a comprar el diario... ¿Qué importa que pertenezcan a la derecha o a la izquierda? El resultado es el mismo. Desconfianza, desorden, falta de fe. ¡Hemos retornado a los tiempos de los bandidos y los condottieri! Lo sé, tu tío Andrea lo sabe. Hemos pasado por dos guerras y toda la época de los fascistas... se repiten todos los signos... Estamos casi al borde del estallido...
Spada rodeó con el brazo los delgados hombros de la anciana y trató de calmarla.
— ¡Vamos, tía Lisa! No es tan grave como tú crees, ni mucho menos.
—¡Para ti es fácil decirlo! No vives aquí.
—No, pero tengo grandes intereses en este país. Sé cómo funciona el sistema. Los extremistas hacen mucho ruido; el gobierno cae; se forma otro nuevo; pero siempre hay pan y vino sobre la mesa. Es una especie de magia, un encantamiento.
—Pero el público está cansado de la magia política. Ya no le interesa. Busca otra clase de teatro. Quiere una obra con un héroe y después desea caminar seguro y tranquilo por la calle... —Volvió los ojos hacia el grupo—. Ésta es la nueva generación. Pregúntales qué piensan.
Spada sonrió y meneó la cabeza.
—No lo haré antes del almuerzo. ¡Y menos el día de mi cumpleaños! Dime, ¿qué piensas de nuestro Rodo?
Las mujeres más jóvenes rieron y cambiaron miradas. La tía Lisa emitió una risa aguda, que casi parecía un relincho.
—¡Por tratarse de un extranjero, no está mal! Pero no lo domesticarás tan fácilmente.
—No deseo domesticarlo. Quiero que haya un hombre en mi casa.
—Ojalá tenga hijos sanos... y que tu Teresa se interese en tener familia.
—¿Por qué no habrá de interesarle?

—¡Bien! Estas mujeres modernas, con sus carreras y sus ideas liberadas...
—Teresa es muy buena médica.

—Ahora está casada. Tiene que cuidar a su marido. ¡Él no querrá volver a casa para encontrar una esposa fatigada, que huele a éter y a yodo! Ya se lo dije a Teresa.
—Tía Lisa, estoy seguro de que ella se arreglará muy bien.
—Más vale que así sea; tu Anna no lo pasó demasiado bien contigo.
—¿Oíste que se quejara?
—No. Pero tú eres un Spada... ¡y suelen durar más que la mayoría de los hombres!
—¡Tía Lisa, tienes una mente sucia!
—Eso también es útil, muchacho. —Empujó afectuosamente al hombre—. Los invitados están llegando. ¡Ve a reunirte con tu tío Andrea!
El almuerzo se sirvió en la terraza soleada, donde el tío Andrea, buen estratega social, había distribuido a sus invitados en grupos de seis por cada mesa, de modo que la conversación pudiera ser más libre e íntima, y los extraños no tuviesen que soportar el hastío de los temas de la familia. Spada se encontró junto a Hugo von Kalbach, Luigi Castagna, la tía Lisa y dos de las mujeres jóvenes más inteligentes, de quienes el tío Andrea había dicho con gesto huraño:
—No son las más bonitas del grupo, pero por lo menos no charlan y pueden leer palabras de tres sílabas.
Von Kalbach era la figura más impresionante del grupo, un gigante encorvado con un mechón de cabellos blancos y una mirada límpida e inocente como la de un niño. Su italiano era un poco duro, pero escuchaba con atención, alerta a todos los detalles de la conversación. Castagna, el hombre del partido Comunista, era un individuo de diferente clase: delgado, moreno y sombrío, con un frío ingenio y la lógica implacable del hombre que tiene muy claras todas sus premisas y conoce todas las normas del libro.
Incluso antes de que hubiesen concluido las pastas, la tía Lisa comenzó a probar las defensas de Castagna.
—De modo que es florentino, ¿eh?
—Por mi madre. Mi padre nació en Arezzo.
—¿Qué hacía su padre?
—Era albañil, signora. Se especializaba en lápidas.
-¿Y usted?
—Yo avancé, signora... de los epitafios a los folletos políticos.
—Tal vez compruebe que los epitafios duran más.
Castagna rió con una risa sonora y feliz, sorprendente en un hombre tan medido. Spada sonrió y palmeó la mano de la anciana.
—Tía Lisa, estoy seguro de que tu epitafio aún tardará mucho tiempo. Y ahora, ¡compórtate! Si llega la revolución, necesitarás amigos.
—Estoy interesado. — Von Kalbach se esforzó por mostrar una actitud amable, con su italiano cuidadoso y correcto—. Somos un grupo muy heterogéneo... un gran capitalista norteamericano, un diputado comunista, un obispo del Vaticano, un banquero, un fabricante de automóviles, un editor liberal, un filósofo quebrado... ¡todos invitados por un demócrata cristiano que vive como un príncipe!
—Andrea se complace en la comedia —dijo bruscamente la tía Lisa.
—Y tiene talento para los compromisos razonables —dijo Castagna con ecuanimidad—. Es necesario en los tiempos que corren.
—De acuerdo. —Von Kalbach de pronto se mostró elocuente y animado—. Ahora nos amenazan los absolutistas... el terrorista que trata de modificar el curso de la historia con una bomba, el tirano que quiere perpetuar el presente en que él florece.

—¿No es una diferenciación demasiado tajante? —El tono de Castagna era engañosamente suave—. ¿No omite a las organizaciones que patrocinan el terror y a los que promueven la tiranía en beneficio propio?
—¿Como su partido, por ejemplo?
No era fácil silenciar a la tía Lisa.
La respuesta de Castagna fue cortés pero aguda.
—O quizá las compañías Spada, que contribuyeron a entronizar a Pinochet en Chile, y que sostienen regímenes análogos en otros países.
Todos los ojos se fijaron en Spada que permaneció en silencio, asimilando la acusación, consciente de que también él estaba a prueba. Castagna era demasiado inteligente para dejarse arrastrar a una disputa con una vieja sagaz. El propio Spada también debía tener inteligencia suficiente para evitar la misma trampa. Reflexionó un momento más y después dijo, con bastante serenidad:
—¿Ese no es en sí mismo un juicio absoluto? En el mundo de los negocios uno convive con lo que existe; uno trata de adaptarse a lo que sucede. A semejanza de los viejos jefes de las caravanas. Tenían que firmar tratados con las tribus del camino y pagar tributo al rey a las puertas de la ciudad. De lo contrario, el tráfico se paralizaba.
—Ya veces también pagaban a los conspiradores para elevar a un nuevo rey... o se unían a los soldados del rey para aplastar a las tribus.
—Pero nosotros, que no estuvimos allí, ¿podemos formular juicios válidos acerca de ellos?
—Bien dicho, amigo mío. —Castagna sonrió y esbozó un gesto despectivo—. Pido disculpas por mis malos modales. Quizá después podamos hablar del presente.
—Con mucho gusto. — Spada se volvió hacia von Kalbach—. El tío Andrea me dice que usted ha escrito un nuevo libro acerca del fenómeno de la violencia.
—Está casi terminado. —El anciano erudito tenía una actitud extrañamente moderada—. No sé muy bien cómo terminarlo... o incluso si tendré tiempo para hacerlo.
—¿Por qué no, profesor? —La pregunta provino de una de las jóvenes.
—Bien... —Von Kalbach hizo una pausa, tratando de formular la respuesta en italiano—. Todos estamos familiarizados con los fenómenos, con las cosas que suceden: asesinatos, secuestros, bombas, la violencia practicada por la policía y los servicios de seguridad, los torturadores profesionales... Lo que está en duda es nuestra respuesta. ¿Hasta dónde podemos llegar? ¿Qué moral es aplicable?
—¿Y cuál es su respuesta, profesor? —preguntó John Spada.
—No la tengo. —El tono del anciano era más sombrío—. No importa qué camino siga, me encuentro en un dilema. Puedo elegir, como cristiano, la resistencia pasiva. ¿Tengo derecho a permanecer indiferente mientras maltratan a otro? No he escrito una respuesta, sino un enigma: "Si actúo, me convierto en uno de ellos. Si no actúo, me convierto en esclavo de los violentos."
—Creo que usted debe actuar —dijo firmemente la tía Lisa—. ¡Es su derecho y su deber como hombre!
—¿Lo cree, querida signora? —Von Kalbach se volvió para mirarla— . En tal caso, quizá deba informarle que en mi propio país estoy en la lista de condenados de un comando Baader-Meinhof, porque se afirma que soy un instrumento de los reaccionarios. En Rusia, un colega distinguido fue encerrado en un instituto para enfermos mentales, reducido por las drogas a la condición de vegetal, porque protestó ante la invasión de los derechos humanos en su propio país. Es muy posible que pronto estemos muertos. ¿Qué hará al respecto, signora? ¿O usted, señor Spada? ¿O ustedes, jóvenes damas, qué dirán a sus hijos?

—Las damas no harán nada —dijo serenamente Castagna—. Porque son individuos impotentes contra las organizaciones... Spada no hará nada que pueda perjudicar su prestigio o sus ganancias.
—¿Y usted Castagna?
—Yo soy afortunado. —Había más que un atisbo de humor en la respuesta—. Pido directivas al partido y hago lo que me dicen. Es tan reconfortante como tener un padre confesor.
—Me agradaría creerle. —Spada sonrió—. Creo que usted siente la misma comezón que afecta a todos, y que se rasca con tanta fuerza como los demás... Usted debería pedirle a la tía Lisa que le cuente la historia de su soldado desconocido.
—¿Sí? —Castagna pareció desconcertado.
La tía Lisa volvió a relinchar. Spada explicó.
—Durante la retirada alemana había un destacamento SS alojado en la villa. Uno de ellos era un bruto borracho que aterrorizaba constantemente a las mujeres de la casa. Una noche salió y nunca volvieron a verlo. Solía haber un viejo pozo al fondo del viñedo más alejado. Ahora ha sido cubierto con ladrillos. El sargento todavía está en el fondo.
—Era muy profundo —dijo tía Lisa—. Y en primavera se secó, de modo que no nos hemos privado de agua.
—¿Y usted, signora, lo mató?
—Así dice la leyenda —afirmó serenamente la tía Lisa—. Nunca consideré necesario confirmarla o refutarla.
—Ya lo ve —agregó finalmente John Spada—. Es muy difícil juzgar de antemano el modo en que reaccionará la gente, o después si acertó o se equivocó. ¿Qué les parece si cambiamos de tema?
Una vez concluida la comida el tío Andrea llevó a algunos invitados a la biblioteca. Un criado trajo café y licores, y después se retiró. El tío Andrea realizó un breve anuncio informal.
—En el caso de tres de los que están aquí, es la primera visita a mi casa. Como les dije en privado antes del almuerzo, se los invitará a participar en un trabajo que viene realizándose desde hace un tiempo. Ustedes me han dado seguridades, como caballeros, de que al margen de que decidan aceptar o no, conservarán el secreto de lo que hoy se diga aquí. ¿Entendido?
Hubo un murmullo de asentimiento de Del Valle, Castagna y von Kalbach. El tío Andrea hizo un gesto dirigido a John Spada, que metió la mano en el bolsillo, extrajo un anotador, encontró la página que buscaba y después comenzó a hablar al pequeño grupo.
—Algunos de ustedes saben que la empresa que hoy poseo comenzó en esta habitación, con una reunión muy semejante a ésta. Entonces, como ahora, el tío Andrea era el anfitrión y también estaban Cario Magnoli y Freddie Fonseca. El obispo Frantisek no había venido... todavía no era más que un cura en Filadelfia. ¿Yo? Yo era un jovencito de Nueva York, con la cabeza repleta de ideas y quinientos dólares en el banco. Bien, el tío Andrea y sus amigos tuvieron fe en mí y me ayudaron a construir lo que tenemos hoy... Hicieron más. Cuando alcancé la meta, me dejaron libre. Por todo lo cual les estaré agradecido hasta el último instante...
Se interrumpió y con un gesto anticuado tomó la mano de su tío y la llevó a los labios.
El tío Andrea dijo amablemente:
—Diles el resto.

Librodot

—A medida que la empresa se amplió, decubrí que estaba atrapado en una cárcel que yo mismo había contruido. El éxito levanta muros alrededor de un hombre. Se acostumbra tanto a leer balances e informes comerciales que no ve al hombre que carece de calzado, a la madre que no tiene leche para su hijo. Pero simpre hay una absolución automática de sus pecados. Sin su capital, no existiría la fábrica y no habría trabajo para los obreros. Como la fábrica está allí, o se trata de una mina o un yacimiento petrolífero, también hay una ciudad, una escuela, un hospital, que en otras condiciones no existirían. Como es un realista, puede lograr que los políticos sean más o menos honestos, y que los banqueros arriesguen capital en nuevas empresas. De modo que no todo es blanco y negro, como un cartel de propaganda... Aunque a veces, como en Chile, Corea, Irán o Brasil las firmas del tipo de la mía son prostitutas que comparten el lecho del tirano y prosperan bajo la protección de su policía... de todos modos, es fácil condenar a las prostitutas. No es tan fácil determinar qué convierte a una mujer honesta en una trotona... o lo que puede suceder si ella desea arrepentirse y ser virtuosa... No sólo su compañero de lecho, sino también muchos otros aprovechan lo que ella hace. —Rió y abrió las manos en un gesto de derrota—. ¡Ya lo ven! ¡Incluso aquí hablo como el abogado de la defensa! Lo que intento decir es que uno no puede desmantelar una gran empresa para calmar su propia conciencia culpable. A lo sumo, puede usar el poder que ella otorga para construir lo que el tío Andrea cierta vez denominó "puentes de benevolencia", no sólo entre los neos y los necesitados, sino entre los que, si no existe un mediador, podrían continuar siendo enemigos; entre los amigos que no pueden hablarse a causa del protocolo, entre los hombres de buena voluntad divididos por las fronteras o las ideologías... Este grupo es uno de esos puentes. Hay otros en el mundo... en Irán, en Corea y en muchos otros lugares. Todos son secretos y todos se identifican con un símbolo común... en esta habitación hay tres hombres que no conocen el símbolo porque aún no están iniciados totalmente. Antes de continuar, quiero preguntarles si desean saber más o si prefieren retirarse sin mayores compromisos.

Hubo un silencio prolongado, y después Rodolfo Del Valle preguntó fríamente:

—Estoy casado con su hija, y sin embargo me trae sin aviso previo a este grupo. ¿Por qué?

—Porque yo no lo controlo. Los miembros deben aprobarte, como aprueban todo lo que se propone.

—¿Usted financia los grupos?

—Sólo en parte. Otros miembros contribuyen de acuerdo con sus medios. Los fondos son controlados localmente en cada sector.

—¿Cómo se ejerce este control?

—Por el voto de la mayoría.

—Por lo tanto, ¿cada grupo es autónomo?

-Sí.

—¿Cada miembro es autónomo? Por ejemplo, el obispo Frantisek... ¿habla por sí mismo o por el Vaticano?

—Sólo por mí mismo—dijo derechamente Frantisek—. Me comprometo a actuar de acuerdo con mi propia conciencia.

—Pero, ¿si el voto se opone a su conciencia?

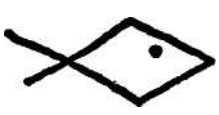
—Me abstengo de actuar. Incluso puedo retirarme totalmente del grupo. Hasta ahora, no me he sentido obligado a hacer ninguna de las dos cosas.

Luigi Castagna se incorporó al diálogo.

—Vine porque me atrae el concepto de la construcción de puentes de benevolencia. Me sentiría más cómodo si supiera algo de lo que ya se hizo.

Esta vez el tío Andrea contestó:
—La semana pasada, en Chile, cuatro miembros veteranos del partido de Allende salieron de la prisión y pudieron abandonar el país. También se confirmó que se redujeron drásticamente las atribuciones de la DINA, el servicio de seguridad. Mi sobrino y algunos de sus colegas fueron responsables de dicho paso.
—¿Cómo?
—Negándose a respaldar nuevos préstamos bancarios a Chile hasta que se adoptaran las medidas pertinentes. Hubo tensas negociaciones entre los diplomáticos de Washington y los banqueros de Nueva York, pero en definitiva obtuvieron el apoyo necesario.
—Ayer—dijo Cario Magnoli— el jefe del Movimiento Cristiano de Protesta de Corea del Sur llegó a Tokio. Nuestro grupo de Seúl consiguió sacarlo del país un instante antes de que lo atrapara la policía secreta del presidente Park.
—Hace tres meses —dijo el banquero Fonseca—, un conocido director periodista de Sudáfrica fue puesto bajo arresto domiciliario. Uno de nuestros grupos consiguió sacarlo subrepticiamente del país y llevarlo a Inglaterra.
—Podría decirse que somos secuestradores. — Spada sonrió a su yerno—. O si te agrada la historia, puedes concebirnos en el papel de hombres dedicados al rescate, los hombres que en la Edad Media dedicaban su vida a liberar a los cautivos de los moros.
—Me gustaría saber —dijo Castagna con voz suave—, quién les dio mandato para afrontar esta tarea.
—Yo la asumí —dijo francamente Spada—. No necesité mandato para extraer cobre del suelo o iniciar un programa de investigación de drogas. ¿Por qué necesitaría mandato para salvar una vida o devolver la libertad a un hombre?
—¿Y cómo proceden? —volvió a preguntar Del Valle.
—Utilizamos los medios disponibles: la negociación diplomática, los arreglos comerciales, el soborno, el chantaje, a veces...
—¿A veces qué?
—Digamos —dijo amablemente John Spada—, que en esta clase de trabajo es necesario ser muy flexible. Rodo, ¿el proyecto te interesa?
—Tal vez. —Del Valle se mostraba cauteloso y reservado—. Pero desearía saber más. Por ejemplo, ¿ustedes actúan en Argentina y Brasil?
-Así es.
—Nunca lo supe.
—Eso es un cumplido a nuestra discreción. Pero necesitamos más miembros. Es difícil encontrar hombres eficaces, y por eso fuiste invitado a esta reunión.
—¿Cómo eligen a las personas a quienes deciden ayudar?
—Nos recomiendan los casos. —El tío Andrea respondió a la pregunta—. Por ejemplo, el profesor von Kalbach nos ha pedido que contemplemos el caso de su colega Lermontov, confinado en una institución psiquiátrica que está en las afueras de Moscú. Ahora estamos trabajando en ese caso. Castagna desea que intervengamos en el asunto de un estudiante detenido por la policía en Milán, bajo la falsa acusación de haber puesto una bomba hace seis meses.
Del Valle guardó silencio. Spada lo apremió.
—El mandato te molesta, ¿verdad?
—En cierto sentido, sí.
—Entonces, pregúntate qué mandato tienes para los editoriales que escribes, los artículos que publicas... ciertamente, no recibiste ningún mandato de un gobierno o un partido.
—No, para mí es asunto de conciencia.

—¿E intentas formar la misma concienca en tus lectores?
—Así es.
—Hacemos lo mismo —dijo el tío Andrea—. ¿Por qué nuestros motivos tienen que ser más sospechosos que los suyos?
Castagna sonrió levemente, y después agregó un comentario casi burlón.
—Amigo mío, afronto el mismo dilema. Es difícil creer que el capital posea conciencia social.
—O que la Iglesia rechace la tiranía —dijo el obispo Frantisek—. Todos soportamos las culpas de la historia.
—Y la vergüenza del presente—dijo von Kalbach—. Los anarquistas que me amenazan parten de una premisa muy sencilla: los males de nuestro sistema tienen un solo remedio, la destrucción total y un comienzo nuevo. Tenemos que demostrar la posibilidad de la protesta y la reforma.
—Deseo formular una pregunta más a mi suegro.
—Hazla —dijo John Spada.
—¿En este… en esta labor… ha dado muerte a algún hombre?
—Lo hice. Y volvería a hacerlo.
—Y usted, obispo Frantisek, ¿qué dice acerca de eso?
—Nada —dijo el obispo—. Nunca afronté la exigencia del momento. No sé lo que haría. John Spada jamás me abrió su conciencia. No tengo los medios ni el derecho de juzgarlo.
—De todos modos, ¿está dispuesto a trabajar con él?
-Sí.
—Yo no —dijo Rodolfo Del Valle—. Lo siento, John. No puedo mantenerme al lado de asesinos.
—Respeto tu decisión—dijo Spada—. Confío en que respetarás el compromiso que asumiste al participar en esta reunión.
—¿Necesita peguntarlo?
—Sí. —El tono de Spada era duro—. ¡Están en juego mi vida y la vida de todos!
—Nada tiene que temer de mí —dijo Rodolfo Del Valle—. ¡Discúlpenme, caballeros!
Se puso de pie, esbozó una breve reverencia y salió de la habitación. La puerta se cerró tras él con un golpe seco y duro.
Hubo un silencio prolongado, y después el tío Andrea preguntó con voz suave:
—Giovanni, ¿eso era necesario?
—Era necesario —dijo John Spada—. Ahora, profesor von Kalbach, ¿cuál es su posición?
—Si puedo ayudar, lo haré. —El anciano erudito asintió serenamente—. No me queda mucho tiempo. No puedo pasarlo como un niño en un balancín.
—¿Y usted, Castagna?
—He consagrado al Partido los mejores años de mi vida. Ya no estoy tan seguro de que él posea todas las respuestas. De modo que reservaré un poco de mi personalidad para mí mismo. Sí… pueden contar conmigo.
—Gracias—dijo John Spada—. Ahora, vamos a jugar un pequeño juego. —Trazó un tosco boceto en su anotador, arrancó la página y la sostuvo en alto, sometiéndola a la inspección de los presentes—. Éste es el símbolo de nuestra organización. ¿Comprenden el sentido?
El boceto era un cuadro incompleto y en su interior había un pez.



Castagna y von Kalbach estudiaron atentamente el dibujo, y después se declararon derrotados.
Spada explicó, con elocuencia poco usual en él: —El dibujo rectangular es una de las formas más antiguas de la letra P. El pez no es sólo un pez. El dibujo representa a Proteo, el dios marino, pastor y guardián de todas las criaturas que viven en las profunidades: las focas, los delfines, los atunes y los pequeños peces. Poseidón le confirió el conocimiento de todas las cosas pasadas, actuales y futuras y también el poder de transformarse a voluntad adoptando una multitud de formas diferentes: una llama de fuego, un león, una flor, una serpiente, o un jabalí... —Se interrumpió, sonrió con cierta timidez ante su propia retórica y después explicó—: Ya ven la relación entre el símbolo y lo que hacemos. Somos guardianes de los que viven en un medio extraño, apartados de la atención humana. Disponemos del conocimiento y la inteligencia en el mundo entero. Podemos adoptar muchas identidades, cumplir muchas funciones... Cuando nos vemos amenazados, podemos refugiarnos en las cavernas del mar y reaparecer con otra forma. Si atrapan a un pez, siempre hay otros que ocupan su lugar. Por el momento yo soy Proteo, porque dispongo de los medios necesarios para desplazarme y actuar con más libertad que la mayoría de nuestros colaboradores. Pero si algo le sucediera a John Spada, un hombre nuevo asumiría mi título y mi función. Todos nuestros códigos se basan en los nombres de las criaturas marinas. Nos conocemos mediante este dibujo, que un niño puede trazar.
—Es un divertido engaño —dijo Luigi Castagna.
—Yo lo considero más bien conmovedor —dijo Hugo von Kalbach—. Me agradó su frase acerca de los seres que están apartados de la atención humana. ¿Cuántos miembros forman la organización?
—No preguntamos —dijo el tío Andrea—. Cuando necesitamos colaboradores en otros países, hablamos con Giovanni, que está en Nueva York. Él suministra el contacto adecuado. Es una medida de seguridad... basada en procedimientos normales de Inteligencia.
—¿Pero alguien seguramente tiene la lista completa?
—Esa lista existe—dijo John Spada con expresión cautelosa—. Yo soy la única persona que conoce dónde está y su contenido. En caso de que yo muera o me vea incapacitado, pasará a una de dos personas designadas para continuar la labor.
—Interesante —dijo secamente Luigi Castagna—. Para liberar a los cautivos, establecemos una dictadura.
—Hay otro punto de vista —dijo el banquero Fonseca—. John Spada fue el primero que inició la tarea. Hasta ahora ha trabajado en suelo muy estéril. Hemos aprendido a confiar en él.
—Yo aprendo lentamente —dijo Luigi Castagna—. Espero que tengan paciencia conmigo.
—En un mundo terrible como éste es útil ser prudente. —Spada extendió la mano para sellar el pacto—. Ahora, el trabajo. Ante todo, profesor, me pregunto si usted contemplaría una invitación para ir a Nueva York...
Mientras regresaban en automóvil a Roma, en el prolongado atardecer, Rodolfo Del Valle se mostró silencioso y retraído. Después de un rato, Teresa preguntó, con su habitual estilo franco:
—Algo sucedió hoy entre tú y papá. ¿Qué fue?
—Una cuestión privada —observó secamente John Spada—. No te concierne.
—Hablaremos del asunto en el hotel. —Anna señaló al chófer con un gesto furtivo—. Éste no es el momento ni el lugar.

Librodot

—Rodo y yo partimos mañana. —Teresa no se dejaba vencer fácilmente—. No queremos cargar sobre las espaldas todos los problemas de la familia.
—No hay problemas. — Del Valle se mostró firme—. Tu padre me hizo una propuesta. Yo la decliné, como tenía perfecto derecho de hacer. El asunto está cerrado.
Spada cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.
—Una de las cosas más difíciles en un matrimonio es respetar la intimidad del cónyuge. Teresa, ¡deja en paz las cosas! Rodo y yo nos entendemos.
—Él entiende. —Del Valle hizo un valeroso esfuerzo por mostrarse alegre—. ¡Yo todavía estoy tratando de aclarar el panorama! Pero tiene razón. ¡Quédate tranquila, querida esposa!
—Es precisamente lo que detesto en Italia. ¡Cuando uno menos lo advierte, ya tiene una conspiración en las manos!
—Pues cuando estás en Manhattan —dijo Anna—, la situación no es mejor. Allí no tienes conspiraciones... directamente asaltos a mano armada. Me agradan las cosas pequeñas que se convierten en importantes... Pero cuando son grandes y complicadas, me cubro la cabeza con la sábana y me duermo.
—Me rindo. —Teresa suspiró con expresión fatigada—. Seré una simpática esposa latina, obediente y aburrida, y permitiré que los hombres maravillosos continúen resolviendo los grandes problemas.
— ¡Magnífico! —Spada esbozó un gesto teatral de alivio—. Al fin, querida Anna, podemos tranquilizarnos. ¡Nuestra hija se ha convertido en mujer!
—¡Vete al infierno, papá!
—Con mucho gusto, bambina. ¡Allí están todas las muchachas bonitas!
De modo que pasó el primer mal momento, pero nubo que soportar otro antes de que acabase el día. Eran las diez de la noche. Anna y Spada habían terminado la cena, y cuando se preparaban para subir a su habitación, Del Valle apareció y propuso un paseo antes de acostarse. Spada estaba mortalmente fatigado, pero aceptó. Se reunieron en el vestíbulo y caminaron lentamente por la Via Bissolati en dirección al Véneto.
Del Valle dijo derechamente:
—John, hoy usted me ofendió mucho.
-¿Por qué?
—Había dado mi palabra de que guardaría el secreto. Entre caballeros, eso es suficiente.
—Me llamaste asesino. ¿No fue un juicio muy duro?
—En efecto. Pido disculpas.
—No quise ofenderte cuando te pedí que confirmases tu promesa. Lo siento si te lastimé, pero quería que recordaras muy claramente el momento.
—¿Por qué?
—Has pensado en lo que puede suceder cuando regreses a Buenos Aires y continúes escribiendo contra el gobierno?
—A menudo. Podría desaparecer, como muchos otros.
—¿Qué significaría eso?
—Que me matarían... lo cual no sería tan grave; o me encarcelarían para torturarme... lo cual sería infinitamente peor.
—En definitiva dirías lo que sabes.
—Inevitablemente.
—Entonces, lo que te ayudara a resistir un día, una hora más, sería un don y no un insulto, ¿no te parece?
-Sí.

—Eso es lo que intenté hacer hoy: suministrarte un momento que pudieras recordar.
—No lo entendí así.
—Del mismo modo que nunca pensaste en lo que Frantisek denominó "la exigencia del momento"... el momento en que tienes que decidir que matarías a un hombre.
—Estoy dispuesto a oponerme a todo lo que sea muerte y violencia. Es necesario acabar de una vez con la vendetta social.
—Es muy fácil. Enarbola la bandera blanca. Ríndete. Cuelga tu arpa junto a las Fuentes de Babilonia y gime.
—Sabe que ésa no es la solución.
—Entonces, dime cuál es tu solución, Rodo. Dime qué hago cuando Teresa me llame y me diga que has desaparecido.
—Viene a Buenos Aires y la trae de regreso a casa.
—¿Y qué respondo cuando ella rehuse partir y me pida que intervenga para defenderte? ¿Hasta dónde podré llegar? ¿En qué momento también yo me detengo y me rindo?
—Tiene una inversión de ochenta millones de dólares en Buenos Aires, y quinientos empleados... todos son rehenes del régimen. No puede ponerlos en peligro... Además, es posible que nunca suceda.
—Pero, ¿y si sucede?
—No sé. De veras, no lo sé.
—En ese caso, ¡más vale que de una vez te decidas! — Spada se mostró irritado y brutal—. Cuando te sientas frente a tu escritorio y redactas un editorial, no eres un erudito de cabellos blancos que desgrana fórmulas sabias para la posteridad. Estás armando bombas de tiempo, como cualquier maldito terrorista en una trastienda de Munich. Exactamente como él, tienes que considerar el costo, medir el efecto, afrontar la responsabilidad. No digo que debas renunciar y apartarte... ¡Nada de eso! ¡Pero no te engañes, hijo! Estás en un duelo con armas letales. De modo que no te sorprendas cuando veas sangre en el piso...
—Vaya discurso —dijo Del Valle—. Me agradaría escribirlo.
—Imprímelo sobre la palma de tu mano. Léelo todos los días. Léelo a tu esposa en la cama.
—Creo que ella ya lo conoce.
—¡Por Dios! —La cólera de Spada se agotó súbitamente, como fuego que recibe un cubo de agua—. No disputemos. Amo a Teresa más que a mi propia vida... casi tanto como a Anna. Creo que ella se casó con un nombre bueno. Pero ten cuidado, ¿eh? Y si alguien se te acerca y te dice la palabra Proteo o te muestra el dibujo de un pez en una caja, ayúdale, ¿eh?
—Proteo y un pez en una caja. Lo recordaré. Y gracias por haber confiado en mí.
—He infringido las normas —dijo Spada—. Pero tú tienes que saber que confio en ti; de lo contrario, terminaremos peleando.
—Gracias por decírmelo. Me ayuda más de lo que crees. Otra cosa.
-¿Qué?
—Hoy vi a otro hombre en John Spada. Al principio me desagradó, porque siempre me hiere el uso liso y llano del poder. Ahora comprendo que a veces siento celos de ese poder y que por lo tanto puedo usar mal mi escasa influencia.
—El juego del poder es como el golf—dijo amablemente John Spada—. Se necesita práctica. Uno comete muchos errores. He aprendido a convivir con los míos; no quiero que mueras por los tuyos.
—Brindaré por eso. Bebamos un brandy antes de regresar.

Con los brazos enlazados al estilo latino, caminaron con paso vivo hacia un bar del Véneto. Estaban más cerca que nunca, y pese a todas sus aprensiones y a todo lo que sabía y temía, John Spada estaba dispuesto a reconocer que no había sido una mala Pascua.

CAPÍTULO 2

Los momentos malos comenzaron apenas llegó a Nueva York. Como de costumbre, se iniciaron con una serie de molestias menores.
Anna estaba cansada e irritada, y se inquietaba por su hija que debía vivir tan lejos, y por los nietos, que ni siquiera estaban anunciados, y que serían atendidos por "una familia ignorante en medio de desierto". Se vieron detenidos una hora en Kennedy a causa de la congestión del tránsito. Un funcionario aduanero insistió en abrir todas las maletas de Anna, y los retuvo veinte minutos más mientras redactaba laboriosamente una nota por un recargo de treinta dólares. Cuando salieron de la aduana, tuvieron que esperar impacientes media hora porque la limusina de los Spada había tenido un desperfecto en la autopista. Al llegar a la casa descubrieron que el criado Cario estaba acostado con gripe y su esposa era presa del pánico porque la doncella se había retrasado con las compras.
Spada elevó las manos al cielo, desesperado, dejó que Anna se ocupase de la crisis doméstica, se duchó de prisa y se retiró a la relativa paz de su estudio. Su intimidad no duró mucho tiempo. Poco antes de las cinco y media llamó Kitty Cowan. Su saludo fue levemente más alegre que lo que la ocasión parecía justificar.
— ¡Bienvenidos a casa, jefe! ¿Cómo está el último de los grandes empresarios?
—Fastidiado y harto.
—Lamento lo ocurrido en el aeropuerto.
— ¡Eso fue sólo una parte! ¡Parece que hoy Dios me mira con malos ojos! ¿Cómo están allí las cosas?
—¡Bien! —Spada casi podía verla, tensa, preparándose para la explosión—. ¿Cómo le agrada, señor Spada? ¿Puro o con hielo?
—Puro, querida niña.
—Aquí está Maury Feldman. Será mejor que él le hable. Después yo vendré a recoger los pedazos.
Esos tres siempre hacían bromas. Kitty Cowan era la pelirroja de largas piernas que había dactilografiado las primeras facturas de la primera empresa de Spada y que ahora era jefa del equipo que ocupaba el piso más alto de la torre de vidrio de Central Park West. Maury Feldman, el atildado abogado que tocaba el piano casi como un maestro y coleccionaba cuadros de los pintores del Cinquecento, había pasado de una zapatería de la calle Mott a una de las empresas más grandes de Manhattan. Maury apareció en la línea y suspiró hondo.
—Las empresas prosperan, pero hay momentos terribles... y las noticias son malas.
—Ya escuché la obertura, Maury. Ahora, cántame la ópera.
—Prepárese —dijo Feldman con voz alegre—. ¿Recuerda el reactor que construimos para Central y Western?
—Por supuesto.

Librodot

—Hay una grieta en el revestimiento de la columna número dos. Podría convertirse en una situación muy peligrosa. Hemos traído urgentemente a Peters y Dubrowski desde Detroit, con el fin de que cooperen con el equipo local y nos envíen su informe. Kitty pidió copias de las especificaciones y los certificados de aceptación. El cálculo más optimista incluye un peligro relativo, protestas locales y publicidad desagradable. El peor habla de grandes daños, grave peligro y un importante juicio judicial por negligencia.
—¿Desean que vaya allí?
—¡De ningún modo! —Maury Feldman se mostró inflexible—. Manténgase alejado. Spada Nudeonis es la empresa contratista. Su administración afronta el caso. La compañía madre se mantiene a distancia. Es el primer rubro...
—¡Cristo!, no me diga que hay más.
—Hay más. Waxman llamó desde el banco de San Diego. Hay un faltante de medio millón en sus cuentas.
—Una hermosa cifra redonda. ¿Adonde fue a parar?
—El ayudante del contador estuvo jugando con la computadora... en las mesas de Las Vegas. En este momento está llorando a moco tendido en la oficina de Waxman. ¿Qué desea hacer con él?
—Aplicarle el peso de la ley. —La voz de Spada sonó muy seca.
—Waxman dijo que tiene una esposa inválida y un niño disminuido.
—¡De modo que ahora tenemos música de violines y un discurso acerca de la compasión! ¿Qué posibilidades hay de recobrar el dinero?
—Cero.
—Pídale a Waxman que me llame cuando hayamos terminado de hablar. Necesito tiempo para calmarme. ¿Eso es todo?
—Dos cositas más. Usted me dijo que había arreglado la huelga de la fábrica Oxford en Inglaterra.
—En efecto. Estaban redactando los escritos cuando me fui.
—Pues han retornado a fojas cero. El gobierno dice que los acuerdos infringen las pautas establecidas en las tarifas oficiales de salarios.
—¡Palo porque boga y palo porque no boga! —explotó Spada—. ¡Y entretanto, estamos sangrando por la herida.
— ¡Y mucha sangre, amigo mío! ¿Puede soportar más?
—Me siento como Prometeo cuando los buitres le picoteaban el hígado.
—Cari Channing falleció mientras usted estaba de viaje.
—Lo supe. Cablegrafié mis condolencias.
—Lo que usted no supo son los términos del testamento. Su esposa recibe la mitad de la propiedad. La otra mitad, que incluye especificamente las acciones de Spada, van a parar a un fideicomiso que beneficia a los dos hijos.
-¿Y?
—Los fideicomisarios son Hoffinan y Liebowitz.
— ¡Dios Todopoderoso! ¡Y yo creía que Channing era mi amigo! —Querido, usted nunca lo quiso entender —dijo serenamente
Feldman—. Pero Cari Channing era un hombre muy envidioso. Siempre tuvo celos de usted.
—Eso significa que Hoffinan y Liebowitz pueden votar en representación del paquete accionario.
—¡Y por supuesto votarán,Johnny! Y no lo aman, porque cierta vez usted dijo que Max Liebowitz era un reaccionario miope. De modo que ahora usted tiene un dos por ciento menos de lo necesario para gozar de la mayoría, y en el horizonte se avizora una pelea encarnizada.

Spada guardó silencio lago rato.
Feldman habló.
—John, ¿todavía está allí?
—Estoy pensando. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de la asamblea de accionistas?
—Tres meses. No es mucho.
—Lo sé. Nos reuniremos mañana para examinar la táctica. Entretanto, enviaremos órdenes de compra para cada acción que salga al mercado.
—Sin duda esperan eso. Trataran de ofrecer más.
—Veremos hasta dónde tienen nervios sólidos... Bien, ¿tiene alguna buena noticia?
—Podemos comprar los Laboratorios Raymond Serum.
—¿Qué parte del total?
—El setenta por ciento... incluidas las filiales europeas.
—¿Cuánto nos costará?
—Quince dólares la acción.
—¿Condiciones?
—El viejo se retira. El hijo obtiene un contrato de cinco años como jefe de la división de investigación.
—Muy barato. ¿Dónde está la trampa?
—Han abusado del crédito. El viejo está cansado. Ha soportado un ataque cardíaco. Quiere irse a pescar.
-¿El hijo?
—Es biólogo, y punto. Odia los negocios. Le agradría investigar con una hermosa y cómoda inversión personal que lo respalde.
—Un sabio —dijo malhumorado John Spada—. Probablemente morirá feliz a los noventa, con el Premio Nobel en el bolsillo. Está bien, Maury, compraremos. Arregle los detalles. Lo veré a las diez de la mañana.
—Que sea a las diez y media —dijo alegremente Maury Feld-man—. Tengo que hablar con un hombre acerca de un cuadro. Jura que pertenece a Andrea del Sarto. Me temo que es una falsificación, pero quizá tenga suerte.
—¿Cómo puede permitirse esos pequeños lujos?
—Tengo algunos clientes generosos. Esto lo pagaré con los honorarios del asunto Raymond,
—¡Bastardo! Comuníqueme nuevamente con Kitty. Necesito dictarle algunos memos.
—Pensé llevarla a cenar.
—Yo le pago el sueldo. Encuentre a sus propias mujeres.
—También a usted lo quiero mucho, John. ¡Que duerma bien!
Kitty Cowan apareció nuevamente en la línea. Esta vez su voz sonaba tenue y solícita.
—John, permítame atender el asunto de San Diego.
—¿Qué sugiere?
—No acuse al contador... por lo menos todavía. Waxman tiene su confesión. Que le pida otro documento: una solicitud voluntaria de examen psiquiátrico en una institución conocida. También le diré a Waxman que continúe pagando el mantenimiento de la esposa y el del hijo hasta que aclaremos todo el asunto.
—Me encanta —Spada sofocó la risa—. Nos roban medio millón y reaccionamos ofreciendo tratamiento psiquiátrico gratuito y mantenimiento a la familia del villano.

Librodot

—No recobrará el dinero. Por lo tanto, ¿qué le impide obtener cierta publicidad gratuita que revela el rostro humano de Spada Consolidated?
— ¡Y yo creía que usted estaba vertiendo la leche de la bondad humana!
—Estoy haciéndolo... pero usted suministra la leche y la jarra. Me pareció que sería mejor suavizar las cosas. ¿Qué le parece, jefe?
—¡Hágalo! Ahora escriba. Envíe órdenes de compra por las acciones Spada que salgan al mercado. Consígame información personal y financiera completa acerca de Max Liebowitz, sus colaboradores y su familia inmediata. También envíe una invitación formal al profesor Hugo von Kalbach, proponiéndole que pronuncie el discurso principal en nuestra conferencia de Nueva York, el mes próximo. Llámelo a Munich y arregle los detalles del viaje. El honorario es de quince mil dólares. Averigüe cómo y dónde desea que le paguen. Finalmente, consiga una lista actualizada de todos los accionistas de Spada; deseo tenerla sobre mi escritorio a primera hora de la mañana.
—¡También le traeré el diamante Hope y un cajón con rocas lunares! ¡Tranquilícese, jefe! ¿Recuerda que soy Kitty? Lo imposible exige una hora o dos más, pero en definitiva lo logramos. ¿Algo más?
—Sí. Pregunte a Maury dónde podemos encontrar a Henson y al Espantapájaros.
Hubo una pausa, y después Kitty preguntó en voz baja:
—¿Sale de pesca?
— Quizá. Que tenga una velada agradable. —Y usted, cálmese. Envíe mi afecto a Anna.
— ¡Chau, Caterina!
— ¡Shalon, John! Que duerma bien.
—Todos desean que yo duerma —dijo John Spada con voz agria—. ¡Por eso ponen espinas en mi cama y polvo picante en mi pijama...!
Mucho después de que Anna se durmió. Spada permanecía sentado en el lecho, tenso y alerta, tratando de calibrar la nueva amenaza que estaba organizándose contra él. Una gran compañía internacional era una suerte de imperio cuya estabilidad dependía de toda suerte de tratados y alianzas, algunos escritos, muchos más implícitos, pero todos basados en la confianza mutua, los intereses comunes, un precario equilibrio de situaciones y personalidades. Cada expansión, cada iniciativa implicaba incorporación de nuevos fondo, de intereses diferentes, una tensión suplementaria que gravitaba sobre las alianzas originales. Algunos amigos fallecían. Las rivalidades de familia se interponían en el camino. Los partidos perdían el favor de los electores. Los rivales se fortalecían. Antiguas enemistades, disimuladas mucho tiempo, se avivaban como fuegos en una pila de serrín. Los accionistas, siempre ávidos de más ganancias, se inquietaban y eran fácil presa de los estafadores que buscaban su oportunidad.
John Spada conocía —o creía conocer— todas las maniobras del juego. Con la colaboración de parientes y amigos del Continente, había conseguido conservar su lugar durante veinticinco años, sosteniendo firmemente las riendas del poder. Y ahora, de pronto, se veía amenazado, porque un hombre que en vida jamás se habría atrevido a oponérsele, estaba burlándose de él desde la tumba.
Cuando el banco de Cari Channing se vio en dificultades, Spada lo sacó del aprieto con efectivo, y después lo compró con acciones de la empresa Spada. La transacción había convertido a Channing, que era un hombre casi quebrado, en un individuo adinerado. Pero parecía que enriquecer a un hombre no implicaba convertirlo en amigo. Channing no recordaba el favor, sino la humillación de haberse visto obligado a unir en matrimonio un antiguo y aristocrático nombre con el de un advenedizo italiano llegado de Roma. Por eso se había aliado con Max

Liebowitz, que en los viejos tiempos había publicado la opinión de que Spada Consolidated era una empresa fugaz, probablemente financiada con fondos de la Mafia y que desde entonces había estado mordiéndose las uñas.
Aun así, la ecuación no era muy clara para Spada. Incluso si Liebowitz podía ganar la batalla en la asamblea de accionistas, todavía le faltaba proponer una dirección superior a la actual; y por lo menos hasta ahora no se entreveía un candidato evidente. El hombre apropiado debía ser diplomático, financista, político, un extraordinario administrador y también tener un toque de aventurero. El propio Spada, que no tenía hijos varones, revisaba constantemente el mercado en busca de un talento parecido, y había comprendido que ese tipo de hombre no abundaba.
De modo que aparentemente dispondría de cierto respiro antes de que comenzara a librarse la gran batalla. Pero tendría que aprovechar todos los momentos disponibles, poner a prueba a todos los aliados, vigilar el más mínimo indicio de deserción en las filas de sus partidarios. También por otras razones tendría que andarse con mucho tiempo. Era un hombre que vivía una vida doble: a la luz del día, como presidente de Spada Consolidated; en secreto, como Proteo, jefe de una organización clandestina, comprometido en el oscuro y peligroso juego de la política subterránea.
El más mínimo indicio acerca de sus actividades secretas lo arruinaría a los ojos de los accionistas, que lo veían como el fideicomisario de sus intereses financieros, y que no le habían concedido ningún mandato para realizar una cruzada de carácter privado. Hubieran aceptado complacidos que él financiara una fundación, donase dinero a una compañía de ballet, promoviese la investigación del cáncer; pero que se comprometiera en problemas morales o en el activismo político... ¡eso era inconcebible!
Pero John Spada tenía que pensar en ello día tras día. ¿Qué hace uno cuando el representante en Francfort llama y dice: "La policía me informa que estoy en una lista de la Baader-Meinhof. Necesito guardaespaldas para mis hijos cuando van a la escuela, alarmas para mi casa, un automóvil blindado que me conduzca a la fábrica?" ¿Qué dice uno al hombre de la SAVAK cuando éste afirma: "Usted tiene un centenar de técnicos en Teherán y algunos de ellos critican demasiado el modo en que el Shah dirige el país. A propósito, desearíamos que usted sustituya a Baraheni como gerente de la oficina, porque muy pronto lo llamaremos para conversar un poco"? ¿Cómo reacciona uno cuando el representante en Chile recibe la orden de redactar perfiles políticos de su personal y de informar a la DINA la actividad sindical de la fábrica? ¿Cómo responde al velado pedido de donaciones al fondo policial de Río cuando uno sabe que los Escuadrones de la Muerte actúan, recorren los caminos y ametrallan a los sospechosos? ¿Qué puede hacer uno si la policía allana la casa de su hija en Buenos Aires porque el marido redactó un editorial que a los opresores les parece intolerable?
John Spada no era un genio, pero hablaba seis idiomas, y sus raíces se hundían profundamente en la cultura latina de Europa. ¿Cómo reaccionaría Max Liebowitz? Max sabía recolectar fondos, ejercía mucha influencia en favor de Israel, recordaba con elocuencia los holocaustos. Pero Max todavía hablaba de los goyim y los schwartzers y los chicanos. ¿Qué haría cuando arrojaran el cadáver de un bantú en la puerta de la compañía en Ciudad del Cabo, y dijeran que había resbalado en un calabozo policial mientras estaba borracho? Tal vez él supiera desempeñarse muy eficazmente. Quizá se desentendiera del asunto, basándose en el principio de que uno recorre el camino según lo ve, y al demonio con los bárbaros que se

masacran a ambos costados de la ruta... tal vez, pero no importaba cómo se lo mirase, lo cierto era que Max Liebowitz representaba un grave peligro.
De pronto, Spada se sintió terriblemente fatigado. Apagó las luces del estudio, recorrió por última vez el apartamento, probó las alarmas y volvió silenciosamente al lecho. Extendió la mano para tocar a Anna. Ella murmuró en un gesto somnoliento de afecto, y se acercó más a su marido. Él apoyó suavemente el brazo sobre el cuerpo de la mujer, y la sostuvo en silencio hasta que ella volvió a dormirse. Después, entrelazó las manos bajo la cabeza y permaneció largo rato mirando fijamente la oscuridad.
El cuartel general de Spada Consolidated Holdings era una torre de concreto y vidrio en Central Park West. Sobre la entrada estaba el emblema de la corporación, una gigantesca espada de cruzado, hundida en un bloque de áspero granito. El símbolo resultaba una arrogancia que ahora, con más edad, él lamentaba. Exaltaba la fuerza personal, el poder de la corporación, la precisión militar con que John Spada dirigía una amplia diversidad de empresas distribuidas en el mundo entero: Australia, Taiwán, Filipinas, India, Japón, Reino Unido, África del Sur, América del Sur y Europa.
"No importa de qué se trata", decían los conocedores, "Spada tiene algo que ver, a veces con diferente nombre: armas, electrónica, propiedad inmobiliaria, hoteles, petróleo, metales, minerales y bancos. Es un coloso, y él lo controla. Si Spada estornuda en un día de lluvia puede dejar sin empleo a miles de personas y provocar una corrida en la bolsa de valores. Cuando empezó, dijeron que no era más que uno de tantos empresarios habilidosos, y que el primer viento frío lo barrería de la escena. ¡No fue así! Demostró que era sólido como este pedazo de roca que forma parte del símbolo. Dirige la organización como un ejército y es mejor estadista que la mitad de los muchachos que calientan sus sillones en el Senado..."
En el último piso de la torre estaba la sala de conferencias, que parecía el cuarto de operaciones de un ejército, con una amplia pantalla electrónica en la cual, a toda hora, podía verificarse el estado de las operaciones de la empresa Spada: el movimiento de los grandes cargueros, la cantidad de mineral en una cabecera ferroviaria, el estado de los mercados, los flujos de fondos, los inventarios y las manipulaciones monetarias en una docena de capitales...
— ¡Tenemos que saber! —un decreto de Spada era tan inmutable como las leyes de los medos y los persas—. Tenemos que conocer tanto las noticias buenas como las malas. No quiero sorpresas. Si afrontamos riesgos, que sea a sabiendas. Quiero una contabilidad diaria, no la historia del pasado. Perdono a quien comete un error. Y le corto la cabeza a quien comete dos veces el mismo error.
No era una amenaza vacía, y su personal lo sabía. El Hombre pagaba bien por el servicio y la discreción; el Hombre cuidada de su gente. Pero sus cóleras eran rápidas y frías y así lo demostraban los huesos de los que habían quedado en el camino.
Pero a pesar de la severidad de su régimen, Spada era un administrador sereno y equilibrado. Con su personal inmediato se mostraba considerado y atento. No se olvidaba un cumpleaños. Siempre había un regalo personal en las grandes fiestas y en las celebraciones de la familia. Sus directivas eran claras. Cuando discutía, se mostraba abierto y razonable. Una vez adoptada una decisión, asumía personalmente toda la responsabilidad de las consecuencias.
Entre sus pares tenía otro tipo de reputación: era un compañero ingenioso, un anfitrión amable, un buen amigo cuando llegaban los momentos malos. Su apretón de manos era tan bueno como un contrato; pero en el papel de

antagonista era un enemigo muy peligroso, y quien luchara contra él debía apelar a todos los recursos posibles. Las recepciones que ofrecía al mundo empresario eran generosas; pero jamás nadie había conseguido atribuirle un escándalo, personal o financiero. Con respecto a su familia, había una regla inviolable: el hogar de John Spada era privado. Se llegaba allí sólo invitado; no llame a nuestra puerta, nosotros lo llamaremos.

En su vida comercial, sólo dos personas estaban al tanto de todos sus secretos. Una era Maury Feldman; la otra era Kitty Cowan, una mujer de hablar franco, de actitud protectora como la de una gallina con sus pollitos, y fiel como la Brigada Ligera. Cuando tenía a estos dos en su despacho, Spada podía desabotonarse y aflojar la tensión, maldecir y discutir desembarazadamente, y llegar renovado al encuentro siguiente. Pero esta mañana el encuentro se realizaba en una atmósfera premisa e incómoda. Kitty Cowan comenzó con un informe de los corredores de bolsa.

—Dicen que hay muy pocos ofrecimientos de acciones de Spada. La mayoría de la gente espera los dividendos del primer semestre y el aumento del valor de las acciones.

Spada frunció el ceño, y se volvió hacia Maury Feldman, que estaba garabateando una miniatura erótica de Leda y el Cisne en su anotador.

—¿Qué puede ofrecer Liebowitz? La empresa prospera. En medio de una recesión nos desempeñamos mejor que la mayoría de las grandes firmas. ¿Cómo puede justificar Liebowitz un cambio de dirección? ¿Quién es su candidato?

—Max no lo ha revelado. Por mi parte, sospecho que es Conan Eisler. Ha realizado un buen trabajo con Allman Electronic, y Max cree que es un genio financiero.

—¡Al demonio! —dijo indignado Spada—. Lo estudié hace vanos meses. No es más que un hombre que depende de los sistemas.

Incluso las sábanas de su cama están confeccionadas con papel milimetrado. ¡Y políticamente es un niño de pecho!

—Lo sabemos, John —dijo Kitty Cowan con una sonrisa—. Pero usted tiene que convencer a los accionistas.

Spada estaba tenso e irritado.

—Bien, hablemos de la persuasión. No podemos hacer nada mientras Max Liebowitz no tome la iniciativa.

—Discrepo. —Feldman agregó algunos trazos fantasiosos a la anatomía de Leda—. ¿Por qué permanecer inactivos mientras el violador comienza a desabrocharse el pantalón? Propongo que comencemos a hablar con los votantes ahora mismo. Kitty tiene la lista. He señalado a los vacilantes, a los que pueden inclinarse hacia un lado o hacia el otro, y por lo tanto necesitan atención personal. Y a propósito, advertirá que la mayoría de ellos representan capital judío.

—¿De modo que ahora estamos comprometidos en un problema racial?

—No, pero estamos vendiendo muchas cosas a los sauditas y a Kuwait y Max Liebowitz es un sionista ardiente... Lo cual me recuerda... no creo que sea muy buena idea pedir a von Kalbach que hable en la conferencia.

—¿Por qué no? —Spada se volvió indignado—. Es un pensador importante y un orador notable. La prensa le prestará mucha atención.

—Y eso quizá logre que parezcamos hipócritas —dijo Maury Feldman—. Von Kalbach habla con elocuencia acerca de la represión y la violencia y entretanto nosotros despachamos sistemas de armas a Irán y a usted lo fotografían esquiando con el Shah en Saint Moritz.

— ¡Por Dios, Maury! Usted sabe por qué lo hago.

—Yo lo sé, pero el público no entiende esa actitud.

Librodot

—¿Y qué debo hacer? ¿Destruir toda la red de Proteo para demostrar que soy muy humanitario?
—Maury tiene razón, John. —Kitty Cowan agregó su propio áspero comentario—. El presidente ha mencionado los derechos humanos. Spada Consolidated está realizando grandes ganacias gracias al comercio con las dictaduras. En esta ciudad, en este momento, eso lo perjudica.
—Sería mucho más perjudicial que me incorporase a un grupo de guerrilleros.
—Sin duda, pero...
Spada la interrumpió con un gesto.
—Hablemos un momento de Proteo. Von Kalbach desea que ayudemos a liberar a Lermontov de ese manicomio de Moscú. Me he comprometido con el proyecto. ¿Pueden formular ideas?
—Usted sabe —dijo Maury Feldman— que se presentará una protesta formal en la conferencia mundial acerca de la salud mental que se celebra el mes próximo. Los rusos están preocupados. Han ordenado a sus delegados que abandonen la conferencia si se presenta la protesta.
—Pero, ¿no dejarán en libertad a Lermontov?
—No. La KGB le ha hincado los dientes. No quiere interferencias en el problema de la seguridad interna.
—¿Y un acuerdo privado?
—¿Tiene algo en mente?
Maury Feldman suspendió sus garabatos y miró a Spada.
—Pensé en la posibilidad de conversar con Anatoly Kolchak en Washington. Es un diplomático de primera clase y goza de prestigio ante el Politburó.
—Pero ni siquiera Kolchak puede enfrentar a la KGB.
—No, pero puede proponer un plan. La Misión Comercial Soviética está negociando desde hace meses los derechos de fabricación de los analizadores médicos Spada. Hasta ahora dimos largas al asunto, porque creemos que están dispuestos a pagar un aumento de un punto en la regalía. Supongamos que aceptamos la oferta soviética, y regalamos una unidad al Hospital General de Moscú con la condición de que liberen a Lermontov y le permitan salir.
—En ese caso —observó Maury Feldman— usted estará metido hasta el cuello en la cloaca. Habrá utilizado los fondos de los accionistas para comprar un cuerpo humano.
—No, si pago personalmente el regalo.
—En ese caso, algún individuo astuto preguntará si el contrato de regalía es el mejor que hubiera podido obtenerse en una negociación libre. En otras palabras, ¿qué descuento puede obtenerse por un intelectual judío un poco deteriorado?
Spada sonrió y preguntó amablemente:
—¿Quién puede saberlo, excepto nosotros tres?
—Anatoly Kolchak, y todos los muchachos del Politburó y la KGB.
—Pero no dirán una palabra... a menos que deseen reconocer que aceptan rescate.
—Y también Liebowitz, que seguramente ya está examinando con lupa todos los documentos que caen en sus manos.
—¿Y que puede decir? ¿Qué podíamos haber ganado el uno por ciento y dejar que Lermontov muriese? No, Maury, su tarea es destacar los riesgos. La mía es aceptarlos o rechazarlos. Hablaré con Kolchak.
—A mi entender —dijo Maury Feldman— es como Leda y el Cisne. Una imposibidad anatómica, pero tal vez sea divertido intentarlo.
Kitty Cowan consultó su anotador y formuló el punto siguiente.

Librodot

—Usted preguntó acerca de Henson y el Espantapájaros. Henson está en Roma, trabajando en un caso de secuestro para la firma Rick Consultant Limited. El Espantapájaros está en Teherán, puliendo su persa y vigilando a Azudi. Pero si usted lo necesita, vendrá inmediatamente.
—Que venga a Nueva York —dijo Spada—. Dígale que deseo tenerlo aquí veinticuatro horas. Después, viajará a Buenos Aires. Ordene a Henson que no acepte otra misión antes de hablar conmigo.
Maury Feldman comenzó otro boceto, esta vez un sátiro persiguiendo a una ninfa excesivamente adiposa. Preguntó con voz grave:
—¿Eso significa que está preocupado por Teresa? ¿Y su marido?
-Sí.
—¿Por qué no ofrece a Rodolfo un cargo en Spada Consolidated y lo saca del país?
—No aceptaría. Es un patriota del viejo estilo. Dice que su misión como director de un periódico es reflejar la situación en tiempos difíciles.
—Bien por él —dijo secamente Kitty Cowan.
—Mal por ambos. —El tono de Spara era sombrío—. Si el maldito general decide descargar el hacha...
—Mal para todos —dijo Maury Feldman—, si eso sucede en medio de una batalla por el control de la empresa. Usted tiene allí una cuantiosa inversión, y muchos posibles rehenes.
—Por eso deseo que el Espantapájaros vigile la situación.
—¿Y Henson?
—No habla bien español, pero es el mejor táctico de la guerrilla que conozco. Si las cosas se ponen difíciles lo enviaré detrás del Espantapájaros.
Maury Feldman frunció el ceño y consultó su reloj.
—El tiempo dedicado a Proteo es gratis. El resto le cuesta dinero. Ahora, ¿podemos ocuparnos de la empresa Spada?
Spada echó hacia atrás la cabeza y rió.
—Usted es transparente, Maury. Ya vio el cuadro. Está medio convencido de que pertenece a Andrea del Sarto, y ansia confirmar su opinión.
—¡Se equivoca! —Feldman le dirigió una sonrisa sardónica—. El Sarto es una falsificación; pero el vendedor necesita dinero y está dispuesto a venderme una cruz pectoral que juraría haber visto en un retrato de Farnese. He concertado una cita a mediodía para comenzar la negociación.
—La crisis del reactor... —dijo Kitty Cowan—. Dubrowski dice que pueden tapar la grieta del revestimiento y reforzar el punto débil. Pero es necesario detener el reactor.
—¿Cuánto tiempo?
—Todavía no lo ha calculado.
—¿Costo?
—Lo único que dijo fue que sería caro.
—¿Riesgo?
—No mucho, si se suspende inmediatamente el funcionamiento, recomienda que evitemos discusiones acerca de los costos y las responsabilidades hasta que él pueda presentar un informe completo. Asimismo, desearía un adecuado esfuerzo de relaciones públicas, en una actitud de coopración con la compañía cliente.
—Dígale que lo tendrá. Hablaré con Fitch cuando hayamos terminado aquí.
—Insisto — Maury Feldman embelleció los atributos sexuales del fauno y acentuó el temor que se reflejaba en el rostro de la ninfa— en que es necesario mantener alejada a la compañía madre. Que Spada Nucleonics suministre los servicios. Los clientes se mostrarán dulces como azúcar hasta que haya pasado la crisis... y

entonces mostrarán su cara más agria. Siempre es así. Ahora, ese contrato para la compra de Laboratorios Raymond Serum…
Y así continuó la reunión privada en la torre de vidrio, el preludio de las entrevistas de Spada con los jefes de departamentos, la sucesión cotidiana de llamadas telefónicas internacionales, la sesión de las seis en la sala de operaciones, donde se revisba la situación mundial. Fue un día largo y agotador, un ejercicio de gobierno, el mismo que otrora le parecía vivificante y que ahora de pronto parecía cargado de irritación e incomodidad.
La amenaza a su situación personal era un problema secundario comparado con las restantes amenazas que veía acentuarse en el mundo entero: las tiranías militares en América del Sur, el sangriento torbellino del continente africano, el armamentismo en Irán, el absurdo consumo de energía en Estados Unidos, los celos de las naciones comerciales luchando por los mercados en un mundo cada vez más pequeño, la desilusión de Europa con sus políticos y los grandes figuras, la ardiente enemistad entre los chinos y los rusos. Los satélites que sus compañías habían contribuido a fabricar vigilaban un globo que comenzaba a girar descontrolado hacia una zona de desastres cósmicos. La confianza del hombre en su propia sociedad estaba deteriorándose hasta el punto en que, según creían muchos, las brutalidades del tirano comenzaban a parecer una cirugía necesaria y curativa.
Precisamente para afrontar este momento él había empezado a crear la organización Proteo, del mismo modo que entre las dos guerras sir William Stephenson había credo el grupo llamado Coordinación Británica de Seguridad, con el fin de prepararse para la inevitable confrontación con el Reich de Hitler. Ahora, había llegado al punto en que Spada Consolidated era una amplia y provechosa cobertura para una cruzada personal. Si desaparecía la cobertura, si asumía la dirección un nuevo jefe, la organización Proteo podía deteriorarse de un modo irreparable. Su sistema de Inteligencia quedaría destrozado. Su poder como negociador entre distintos intereses desaparecería. En el mundo secreto de la diplomacia internacional, valía no sólo el dinero sino también la capacidad para usarlo, para reunir recursos, suministrar trabajo, promover proyectos en gran escala, forjar nexos de intereses entre los rivales y los enemigos de antaño. John Spada, el individuo privado, podía vivir rico y feliz hasta el fin de sus días, pero sin Spada Consolidated sería como Sansón despojado de sus cabellos. No estaba preparado para eso. No podía soportar el pensamiento de que el testamento de un muerto lo convirtiese en un eunuco, en un espectador impotente del juego del poder.
Al fin de la jornada, mientras peparaba su portafolios, Kitty Cowan formuló directamente la pregunta:
—¿Está realmente preocupado, verdad?
—Sí, muchacha, estoy preocupado.
—Jefe, jamás se lo pregunté. Y ahora se lo pregunto. Si tuviese que afrontar ya mismo el retiro, ¿estaría preparado para eso?
—No. —La respuesta fue clara y definida.
—Un día llegará ese momento. Usted es tan mortal como el resto de la gente.
—Siempe dije que moriría con las botas puestas.
—Tal vez no se le ofrezca esa alternativa.
— Si cree que permitiré que Liebowitz…
Ella extendió la mano y la apoyó sobre la mejilla del hombre.
—No hablo de Liebowitz.
—¿De qué?

—De usted. Del gran John Spada. ¿Cuánto tiempo puede continuar como ahora? ¿Qué sucederá si usted se enferma?
—Soy fuerte como un buey... y usted lo sabe.
—Ya veces tan tonto como ese animal. ¡Dios mío! ¿Qué haré con usted, jefe?
—Podría preparar una bebida para los dos.
Mientras ella retiraba los vasos y el hielo y servía el licor, dijo por encima del hombro:
—Ahora que Teresa se fue, Anna necesitará que le dedique más tiempo y atención.
—Hasta ahora no se ha quejado.
—Y no lo hará. Pero de todos modos lo necesita más que nunca.
Entregó a Spada el vaso de borbón. Chocaron los vasos y brindaron en silencio. Spada le dirigió una maliciosa sonrisa de aprobación.
—Usted es buena persona, Kitty.
—Lo sé, ¡La vieja Kitty! Estoy gastada, pero me gasté parejo. Sin embargo, no cambie de tema. Tendrá que comenzar a desprenderse de una parte de la carga. Si no quiere que venga Liebowitz, comience a preparar a su sucesor. Continúo afirmando que Mike Santos es el mejor individuo que usted tiene. Y Maury coincide conmigo.
—Todavía no estoy seguro de Mike. Es competente, ambicioso y muy eficaz en su labor, pero...
—Es más que bueno. Es el único que tiene inteligencia suficiente, de modo que usted lo respeta, y bastante coraje para enfrentarlo en una discusión. Sé que rechazó dos ofertas importantes este mes, porque cree que le debe fidelidad personal.
—Estuve pensando en él.
—Demasiado tiempo —dijo Kitty Cowan—. Es hora de trasladarlo a la habitación contigua y permitirle que coopere con usted.
—¿También en Proteo?
—Todavía no. Una cosa por vez. Veamos cómo reacciona cuando tenga las riendas en las manos. —De pronto, pareció que ella estaba al borde de las lágrimas. Se volvió, buscó el pañuelo y se sonó violentamente la nariz—. ¡Demonios! ¿Por qué tengo que preocuparme tanto? ¡Es su vida, y su maldita empresa!
Spada extendió una mano y la obligó a volverse. La besó suavemente y después la apretó contra su pecho, mientras trataba de calmarla con extraña suavidad.
— ¡Vamos, muchacha! Ésta no es mi Kitty. Usted es miembro de la familia... siempre lo fue y siempre lo será. Pero yo soy un viejo toro, y estoy celoso de los toros jóvenes que pastan cerca de mí. ¡Está bien! Si eso la hace más feliz, ensayaré con Mike Santos. Ahora, seque esas lágrimas y sírvanos otra copa.
—Vuélvase a su casa. —La voz de Kitty Cowan sonó ronca y sofocada—. Vuelva con Anna, antes de que yo olvide cuál es mi lugar.
Esa noche, después de la cena, Spada explicó su decisión a Anna. Lo sorprendió el entusiasmo con que ella reaccionó. Lo abrazó y lo besó y dijo con apasionada convicción:
—Me alegro tanto... ¡Estoy contentísima! Es la mejor decisión que adoptaste en mucho tiempo.
— ¡Eh, veamos! ¡Un momento! —La sostuvo como si hubiera sido una muñeca, a la distancia del brazo—. ¿Por qué tanto sentimiento? Primero Kitty, y después tú. Estoy preparando a mi sucesor, ¿por qué crees que es tan importante?
—Te amo —dijo sencillamente Anna—. Y hace mucho que estoy preocupada.
—¿Por qué?

Librodot

—En la vida de un hombre hay momentos en que necesita la compañía de un hijo. Nunca pude darte un varón. Y siempre lo lamenté.
— ¡Querida Anna! —Instantáneamente él adoptó una actitud tierna y solícita—. No tienes nada que reprocharte. ¡Absolutamente nada! ¡Gracias a ti he sido el hombre más feliz del mundo!
— ¡Por favor, amor mío! ¡Escúchame! Hace mucho tiempo supe que me había casado con un gran hombre. Comprendí que yo no podía competir con el mundo de ese hombre... y tampoco lo deseaba. Me prometí darle un hogar, de modo que siempre se sintiese feliz de regresar a él. Sabía que no era su vida entera y que nunca podría serlo; pero él era bastante, más que suficiente para mí. No quería influirlo en esto o en aquello. Deseaba que él siempre se sintiese libre de hacer su voluntad.
— ¿Crees que yo no lo sabía... y que no te lo agradecía:
— Sí, lo sabías, y sí, me diste la mayor segundad a la que puede aspirar una mujer. ¡Pero amor mío, tú nunca estuviste seguro! Ni un instante en ese mundo gigantesco y brutal has podido conservar la calma. Cierta vez hablé de esto con la tía Lisa. Me dijo que tenías *l'occhio dello spadaccino,* la mirada del espadachín, siempre alerta, siempre midiendo el peligro, siempre dispuesto a enfrentar a un adversario. Y también me dijo otra cosa... ¡muy propio de la tía Lisa! Lo siguiente: "No lo distraigas cuando afronta un duelo, porque un solo error significa la muerte para el espadachín. Cuando quiera relajarse, permítele que lo haga a su propio modo, porque las vigilias que él debe mantener son largas y solitarias..." Eso no fue fácil para mí, porque siempre sentí celos de tu amor y tu ateneión. Pero lo intenté... ahora, gracias a Dios, no tendré que esforzarme tanto. Mike Santos es un hombre bueno. Cuanto más te apoyes en él, más fuerza descubrirás en ese hombre.
—Anna, ser fuerte no basta, llene que aprender a olfatear el viento como un animal de la jungla.
—Puedes enseñárselo.
—Puedo enseñarle a interpretar el rastro. No puedo darle el olfato, si no nació con él.
—Pero a esta altura de las cosas, sin duda ya sabes a qué atenerte.
—Creo que sé, pero puedo engañarme. Confié en Cari Chan-ning, y hasta el momento de su muerte se preparaba para traicionarme.
—Y ahora desconfias de ti mismo.
—Eso es lo que me atemoriza, Anna. Hasta ahora siempe supe adonde iba y por qué. Pero ahora no puedo confiar en los cimientos sobre los cuales construí. La infomación que me llega es contradictoria.
—Estás fatigado, amor mío. Estuviste viajando semanas enteras y regresas para encontrar una serie de desastres... Ven a acostarte, y veamos qué efecto produce un poco de amor.
— ¡Anna, eres la mejor de todas las mujeres!
—Tengo que serlo —dijo Anna con una sonrisa—. Hay muchas otras que esperan apoderarse del gran John Spada.
A las nueve de la mañana siguiente Spada se encerró en su despacho con Mike Santos, el moreno californiano de aspecto juvenil que había ascendido pausada y discretamente los peldaños de la jerarquía de una gran corporación, hasta que ahora, sereno y paciente, estaba a un paso de la cima, esperando la correspondiente invitación. Y Spada formuló la invitación mientras ambos bebían sendas tazas de café. Las palabras fueron muy sencillas.
—La oficina contigua está vacía, Mike. ¿Le agradaría trasladarse allí?

Librodot

—Me complacería mucho, si cree que estoy preparado para eso.
—Dígame cómo se ve usted mismo.
Santos reflexionó un momento acerca de la pregunta, y después respondió con una serie de definiciones muy medidas.
—Primer rubro: soy un buen administrador, probablemente el mejor que usted ha tenido. Sé cómo trabaja esta empresa. Puedo dirigirla sin dificutades. Segundo rubro: he recorrido todos los territorios. Conozco a los gerentes locales, y los respectivos problemas. Creo que confian en mí. Tercer rubro: comprendo el mecanismo del dinero. He logrado un nivel razonable de protección frente a los malos tiempos que ahora afrontamos. Cuarto rubro: sé elegir a los hombres y utilizar sus cualidades. Quinto rubro: no me atemorizo fácilmente... Éstas son las virtudes. Los defectos son igualmente definidos. Sé moverme en Washington, pero no domino la política exterior. Necesito tiempo y oportunidades para formar relaciones en el campo de la diplomacia exterior. Hablo únicamente inglés y español, y ése es un inconveniente. Además, no puedo compararme con usted en el campo del derecho internacional, y por lo tanto dependo más del asesoramiento legal, y no puedo criticar con la misma eficacia las opiniones que recibo. Lo único que puedo decir es que estoy dispuesto a aprender, si usted acepta darme un poco de tiempo.
—¿Qué opina de mí?
Santos sonrió y abrió las manos, en un gesto típicamente latino.
—¿Qué puedo decir? Hemos disputado bastante. Hasta ahora, he conseguido permanecer en el cuadrilátero. Y usted siempre me trató con justicia y escuchó mis opiniones.
—¿Desea ocupar mi lugar?
—Sí, pero cuando usted esté dispuesto a abandonarlo.
—¿Con cuánta intensidad lo desea?
—Digámoslo así —respondió Santos—. La jefatura es un lugar solitario. Uno está acompañado sólo por sí mismo. Hay que aprender a convivir con el hombre cuya imagen uno ve reflejada en el espejo.
—¿Y está en condiciones de hacer eso?
—Hasta ahora sí.
—¿Tiene vínculos con otras personas... hombres o mujeres?
—Mi esposa, mis hijos y... usted.
—¿Podrían chantajearlo?
—Lo dudo. Mi padre fue un hombre pobre, pero un excelente ser humano. Yo lo amaba. Me agradaría volver a verlo y que me sonriese.
—Dígame lo que la corporación necesita ahora.
—Quizá no le agrade.
—Ése es asunto mío. Dígamelo.
—Spada Consolidated es un imperio, y usted es el hombre que lo dirige. Los imperios son un anacronismo. No pueden durar. Más tarde o más temprano tendrán que dividirse, humanizarse, dar tiempo y oportunidad a las tribus que forjaron su riqueza inicialmente. Esto no se puede hacer de la noche a la mañana, pero es necesario modificar las estructuras para alcanzar el objetivo...
—¿Y usted cree que eso es posible?
—Hay que hacerlo.
— ¿Cómo?
—He preparado un documento, y desearía que usted lo examinase Es decir, si después de esta conversación aún considera la posibilidad de designarme.
—¿Por qué cambiaría de opinión?

—Ese monumento allí… la espada en la piedra. Me ofende cada vez que lo veo.
—Costó millones de dólares en publicidad difundir ese símbolo en todo el mundo.
—Lo sé… y sugiere su propio apellido.
—¿Usted cree que habría que sugerir otra cosa?
—La paz —dijo derechamente Mike Santos—. La prosperidad compartida… no la guerra y las armas, ni el arrasamiento de la buena tierra, mientras no se le devuelva nada.
—Pero usted ayudó a aplicar la política que ahora tenemos.
—Porque ése era mi contrato con usted: servicio a lo que existía. Ahora, usted me ofrece otra cosa: que ocupe su lugar. Tiene derecho de conocer mis condiciones y los programas que yo intentaría aplicar.
—¿Y si no son aceptables?
—Entonces, dígalo. Le ofrezco mi renuncia, y abrigo la esperanza de que podamos continuar siendo amigos.
—Detestaría perderlo.
—Detestaría irme. Aquí trabajé quince años… años muy activos. Pero los tiempos están cambiando, y me agradaría plantar dos o tres árboles para el futuro.
—Entonces, continúe en la empresa. — Spada sonrió y ofreció la mano—. Antes de plantar los árboles tendrá que preparar el terreno. Una tarea más compleja de lo que parece; además, se necesita un jardinero muy paciente.
Santos aceptó inseguro la mano que se le ofrecía. Parecía tironeado entre el alivio y la incredulidad. Finalmente preguntó:
—¿Quiere decir que acepta lo que acabo de afirmar?
—Su formulación es muy amplia—dijo Spada con una sonrisa—. Y discutirla sería sumamente compleja. Prefiero leer el documento y comprobar las posibilidades de aplicación. Mike Santos, también usted tiene que aprender algo acerca de mí. Mi familia se ha dedicado a los negocios desde los tiempos de Lorenzo el Magnífico. Podría decirse que hemos aprendido algo acerca del arte de lo posible.
—Mis antepasados fueron peones en las Misiones. Probaban la tierra con la lengua para saber si era fértil o estéril. Es otro tipo de lección, y también muy perdurable. John, gracias por confiar en mí. ¿Cuándo desea que me traslade?
— ¡Ahora! —dijo John Spada—. Tenemos que preparar la conferencia administrativa, y se aproxima una batalla en la asamblea de accionistas. Quiero que usted elabore la estrategia en ambos casos.
Tres días después de la instalación de su ayudante, Spada viajó en avión a Washington para almorzar a solas con el embajador soviético Anatoly Kolchak. Fue una ocasión grata para los dos hombres. Kolchak tenía encanto, ingenio, inteligencia, y el talento de un gran navegante para interpretar los vientos de la política general. Además, era filosofo y resistente como el acero; y que Dios ayudara a los correligionarios ambiciosos que pretendiesen enseñarle su trabajo, o que comentasen su modo de afrontarlo. Conocía a Washington como la palma de la mano, y a Wall Street mejor que al Naco Narodny. Sus despachos estaban redactados meticulosamente, y sus opiniones eran equilibradas; su ojo para descubrir a las mujeres bonitas o al antagonista vulnerable no tenían rival en la profesión.
Por su parte, Spada se mostró relajado y animoso durante la reunión. Había asimilado todos los detalles del asunto Lermontov, así como la totalidad de las cláusulas contenidas en la correspondencia con la Misión Comercial acerca de las patentes de los analizadores médicos. Era característico de los dos nombres que a la hora que se sirvió el cóctel previo al almuerzo hubiesen dejado atrás las trivialidades, y estuvieran enzarzados en el tema principal.

Librodot

Como Spada dijo con buen humor:
—Podemos sobreentender, señor embajador, que ambos no hemos preparado bien. Supongamos que ninguno de los dos quiere convertir un excelente almuerzo en una pelea de perros.
—Excelente idea, señor Spada. Me llevó mucho tiempo encontrar un buen cocinero. Detesto ver que se menosprecian sus esfuerzos. ¿Qué desea discutir conmigo?
—Una cuestión comercial —dijo Spada—. Un cuerpo por un contrato favorable.
Anatoly Kolchak alzó el vaso en un brindis silencioso.
—Un buen comienzo, señor Spada. ¿Lo ensayó?
— Siempre ensayo, señor embajador.
—Háble me del cuerpo. ¿A quién pertenece? —A Lev Lermontov.
— ¡Ah! Un asunto difícil. —El embajador bebió y depositó la copa sobre la mesa. Sonrió, y tomó del brazo a Spada para llevarlo a la mesa—. Lermontov es la acostumbrada *cause celebre.* Su caso es complicado, y un asunto difícil para mi gobierno.
—Los derechos humanos son un asunto difícil para todos los gobiernos —se limitó a decir John Spada—. Incluso el norteamericano Por lo tanto, digamos que mi interés es personal y mi propuesta privada. No busco publicidad ni ventajas. Formulo una propuesta comercial, en la cual usted y su gobierno pueden ver ciertas ventajas
Por primera vez Anatoly Kolchak se permitió una expresión de sorpresa. Dijo en tono del más profundo desconcierto:
—Señor Spada, confieso que no alcanzo a ver cuáles son sus motivos.
—Yo hubiera dicho que son muy claros.
—En apariencia, lo son. Pero digámoslo así: su propuesta tiene la forma de una estupidez... y usted no es estúpido. En primer lugar, usted desea comprar la mercancía más perecedera y menos valiosa que puede concebirse... un cuerpo humano enfermo. A cambio de eso, ofrece un importante y permanente activo en la forma de derechos de patente.
—Así es.
—¿Cómo justifica ante usted mismo este acuerdo unilateral e impropio desde el punto de vista económico?
—¿Tengo que justificarlo, señor embajador... si estoy en condiciones de proponerlo, lo que en efecto es el caso?
—No, pero si yo comprendiese sus motivos y su razonamiento, podría ayudarme a explicar la propuesta a mi gobierno.
—Señor embajador, enfoquemos el asunto desde otro punto de vista. Ustedes también tienen problemas. Poseen un enorme territorio, controlan una fusión de grupos minoritarios, todos celosos de sus respectivas identidades locales. Tienen estados satélites, inquietos bajo el yugo de Rusia. En la frontera oriental está China, que se muestra hostil. Hay cismas y disensos en los partidos extranjeros, cuyos miembros rechazan el dominio de Moscú. También hay discrepancias entre los eruditos y los intelectuales rusos y una KGB muy impopular, cuyas medidas represivas no favorecen el prestigio ruso en el exterior. A ustedes les agradaría mostrar un rostro más humano. No pueden aparecer haciéndolo a causa del reclamo de las potencias extranjeras o bajo la presión de las cláusulas de ciertos tratados, que ustedes interpretan de un modo y los extranjeros de otro. Por lo tanto, les ofrezco la posibilidad de realizar un gran gesto liberal, sin que parezca que se sometan a la influencia exterior. Por mi parte, tengo edad y riqueza suficientes para permitirme el lujo de una actitud moral en un mundo en que la

Librodot

moral pasó de rnoda. Cuando muera, me agradaría tener un epitafio mejor que el signo de los dólares... Y eso es todo, señor embajador, y mis cumplidos... ¡en efecto, tiene un cocinero excelente!
Anatoly Kolchak dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, y examinó a su visitante con mirada grave y curiosa. Después de un momento dijo con voz serena:
—Amigo mío, también yo desearía darme los mismos lujos. Pero a diferencia de su caso, a lo sumo puedo mediar. No puedo firmar un contrato.
—Pero, ¿estaría dispuesto a mediar?
—¿Con la KGB? No. A lo sumo puedo presentar en Moscú su propuesta y su razonamiento.
—Gracias.
— ¿Puedo preguntarle de nuevo, oficiosamente, la verdadera razón de este pedido?
—Vivimos en un planeta muy frágil, señor embajador. Los mártires pueden ser más peligrosos que los fanáticos, ¿no le parece?
Kolchak le dirigió una sonrisa de aprobación.
—Sin comentarios, señor Spada; pero veamos qué dicen mis colegas de Moscú. Uno o dos de ellos pueden acoger favorablemente la idea.
—Y también podría recordárseles que agradecerán mucho la utilidad de los analizadores médicos de Spada cuando enfermen.
Anatoly Kolchak sonrió y levantó la copa en un brindis.
—Eso no sería muy sensato, señor Spada. ¿Acaso conoce a algún político que no se crea inmortal?... Bien, hablemos de otras cosas. Usted viajó las últimas semanas. ¿Cuáles fueron sus impresiones acerca de...?
Éste era otro aspecto del acuerdo. Ni en la diplomacia ni en los negocios existen los almuerzos gratis, y sólo un tonto hubiera esperado tal cosa. John Spada pagó su cuenta con elegancia: un comentario acerca de la situación económica japonesa, los excesos del ejército en Indonesia, el problema de la eliminación de los residuos nucleares. Cuando se despidió, Kolchak se mostró cordial, y Spada sospechó que levemente alentador. Poi supuesto, las cosas de ese carácter llevaban tiempo, y había que realizar muchas maniobras antes de que el juego concluyese. No importaba. Proteo era un dios paciente, y Lermontov no era más que un pez en un mar muy ancho.

CAPÍTULO 3

La primera carta que Teresa envió desde Buenos Aires llegó con el correo de la compañía, que viajaba semanalmente entre esa ciudad y Nueva York, llevando correspondencia confidencial y documentos demasiado delicados para confiarlos al correo argentino. Era un relato extenso acerca del nuevo apartamento, los encuentros de la joven con el clan Del Valle, sus primeras impresiones acerca de la activa vida de la capital. Reservaba para la última página las noticias importantes:
...He decidido comenzar a trabajar con las Hermanas Misioneras de los Pobres, que dirigen una serie de clínicas en los barrios más pobres de la ciudad. Necesitan gente que posea experiencia en ginecología y pediatría, para atender los consultorios de las clínicas y adiestrar a las enfermeras jóvenes. Es un trabajo muy interesante, y Rodo se siente feliz de que yo haya aceptado. Dice que es una especie de "testimonio de la acción", y creo que ayuda a su propia labor, la de ser

Librodot

"testigo con las palabras". Trabaja mucho, y lo presionan constantemente con el fin de que modere el tono de sus comentarios editoriales.
Aquí las cosas están muy mal. Hay más de veinte mil desaparecidos. La policía afirma que nada sabe de su paradero o su suerte, y este silencio oficial es incluso más siniestro que las brutalidades que según sabemos soportan las víctimas del régimen. Además de su trabajo en el periódico, Rodo está preparando un documento de protesta y acusación, y se propone publicarlo en la forma de una carta abierta al gobierno. Es un movimiento audaz y peligroso; pero creo, como cree él, que es necesario hacerlo. Me siento muy orgullosa de Rodo. Lo amo más de lo que jamás hubiera creído posible; y aunque hacemos una vida muy activa, nos sentimos felices como niños.
Lo que me lleva, queridos padres, a la última novedad importante. Tendré un hijo... probablemente a fines de noviembre. Ambos estamos muy emocionados. Sabemos que ustedes sentirán lo mismo. Abrigo la esperanza de que sea un varón. Rodo está absolutamente seguro del sexo. Dice que lo llamaremos Rodolfo Giovanni Spada Del Valle. Quizá, cuando se acerque el momento, ustedes puedan venir a pasar un tiempo con nosotros... y me agradaría que mamá esté aquí cuando nazca el niño.
Muchos, muchísimos cariños a ambos. Escriban pronto.

Teresa

Anna lloró feliz cuando conoció la noticia, e inmediatamente comenzó a planear su papel de abuela. John Spada la miraba con indulgencia y después comunicó la noticia a sus amigos y evitó expresar su más profundo sentimiento de angustia, hasta el día que el Espantapájaros llegó a Nueva York.
Su nombre era Pavel Lunacharsky. Sus documentos —auténticos o falsos— demostraban que había nacido en Shanghai, hijo de padres rusos emigrados, el año del Señor 1930. En 1946 había aparecido en Inglaterra, como hijo adoptivo de una anciana pareja británica, con la cual había pasado los años de la guerra en un campo japonés de prisioneros de Hong-Kong. Cuando sus padres adoptivos fallecieron, le dejaron un legado que le permitió financiar su educación, y había regresado de Oxford con un doctorado en literatura, una extraordinaria aptitud como lingüista y una valiosa reputación de erudito excéntrico y vagabundo.
Era un individuo de raro aspecto, muy delgado, con un andar extrañamente espástico, una melena pajiza y un rostro en que cada rasgo parecía un tanto irregular. Tenía los gestos bruscos y torpes como los de una marioneta y su actitud general era la de un pedante achispado y un tanto malévolo. Spada lo había conocido en Bangkok, donde Lunacharsky cumplía cierta indefinida tarea para la Embajada Británica. Hablaban por primera vez sentados frente al estanque del Erewan, y la charla tuvo un carácter extraño y casi surrealista.
Spada había preguntado:
—¿Qué tipo de actividades desarrolla, doctor?
—Servicio personal, señor Spada. Ante todo soy lingüista, casi tan bueno como el gran Mezzofanti, aunque no alcanzo del todo su nivel. Hablo y escribo veintitrés idiomas. A pesar de mi extraña apariencia, poseo talento para identificarme con diferentes estilos nacionales. Poseo una serie de pasaportes con distintos nombres: Doctor Pavel, Boris von Paulus, Henry Salmón. No tengo vínculos de familia, y soy un excelente organizador de... digamos, proyectos exóticos. He trabajado en el mundo entero. Mis honorarios son elevados, pero en general he conseguido satisfacer a mis clientes. Señor Spada, ¿está pensando en algo para mí?

Librodot

—Quizá. Dirijo una gran empresa multinacional y necesito información local exacta. Dígame, ¿cuál es su orientación política?
—Ninguna. — Lunacharsky le dirigió una sonrisa sesgada y sardónica—. Los sistemas políticos son tan imperfectos y corruptos como los hombres que los conciben. Digamos sencillamente que soy un mercenario, en venta al mejor postor, pero una vez que acepto una oferta, me atengo al trato... no por razones morales, sino porque es la mejor garantía de supervivencia y continuidad de los ingresos.
—¿Alguna vez mató a un hombre?
—A varios. Sus muertes eran necesarias en las circunstancias dadas, pero no fueron actos premeditados. No soy un asesino. Ese tipo de asesinato es tarea de los psicópatas y yo soy un ser humano normal, aunque un tanto estéril. Mi único interés real es la lingüística, de modo que no tengo vicios que me comprometan o perjudiquen a mis empleadores.
—¿Mujeres?
—No me consideran atractivo. En general, me dejan indiferente. Las uso cuando las necesito y las abandono sin pesar.
—¿Dinero?
—Gano bien y ahorro bastante.
—¿Enemigos personales?
Lunacharsky sonrió y abrió las manos en un gesto despectivo.
—Sospecho que tengo menos enemigos que usted, señor Spada. Soy un instrumento que la gente toma y deja nuevamente a voluntad. Tal vez no simpaticen conmigo, pero no tienen motivo para envidiarme u odiarme. Por mi parte, carezco de amor o maldad... ¿algo más?
—¿Cuánto cobra?
—Cinco mil dólares semanales, un mes por adelantado, los gastos de transporte y eventuales aparte, con un pago inicial de cuatro mil dólares. Rindo cuentas exactas al fin de cada tarea.
—¿Cómo me relaciono con usted?
—A través del Travellers Club de Londres.
—Muy bien. Me comunicaré con usted.
Después del primer encuentro, Spada lo había usado muchas veces en Praga, Beirut, Leningrado, París e Irán. Ahora estaba al servicio permanente de Proteo, una figura extraña y fugaz, entrevista un momento, desaparecida al siguiente, sin dejar rastros de su presencia de espantapájaros. Una hora después de su llegada a Nueva York se había encerrado con John Spada en el último piso de la torre de vidrio. El informe de Spada fue breve y preciso:
— ...Rodolfo Del Valle es una espina en la mano del régimen. Más tarde o más temprano tratarán de silenciarlo. Quiero evitar esa situación, si es posible. Su tarea será proteger a toda costa a Del Valle y a mi hija. ¿Puede crearse una identidad verosímil?
—La mejor de todas. — Lunacharsky movió las manos grandes— . Auténtica. Soy un estudioso de los idiomas. Me interesan las variedades dialectales del español local, por ejemplo el lunfardo, que es la jerga de Buenos Aires. A los agregados culturales les encanta ese tipo de cosas. Con mucho gusto alientan las visitas de los eruditos. Y de ese modo el régimen parece más respetable...
—¿Cuándo puede partir?
—Dentro de una semana. Obtendré inmediatamente la visa. Tal vez necesite unos días para conseguir las cartas de presentación apropiadas... pero valdrá la pena. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar?
—¿Para proteger a mi familia? ¿Necesita preguntarlo?

Librodot

—Muy bien —dijo plácidamente Lunacharsky—. ¿Sabrán que yo voy?
—Eso tendrá que decidirlo usted.
—En tal caso, es mejor que no lo sepan.
—Puede utilizar cuando lo desee las instalaciones de la empresa.
—No las necesitaré... excepto quizá el télex en situaciones urgentes.
—En ese caso, hable con Hernán Vigo, de nuestra oficina de Buenos Aires. Responderá al nombre de pez de "caballa" y lo relacionará con los miembros locales de la organización Proteo, si usted los necesita. Si requieren mi presencia, acudiré inmediatamente.
—Ojalá no lleguemos a eso —dijo el Espantapájaros—. Pero esa región es un mundo salvaje. Todo es posible.
— Si necesita entrar en acción, enviaré a Henson, que lo ayudará. —Es un hombre eficaz. Cooperamos bien. ¿Necesito saber algo más?
—Mi hija está embarazada —dijo secamente Spada. —Una complicación. La tendré en cuenta. —Admira al marido y lo ama profundamente. —¿Qué opina usted del joven?
-Lo aprecio.
-¿Pertenece a Proteo?
—No. Rehusó incorporarse, pero conoce el símbolo y lo identificará—Entonces, eso es todo. — Lunacharsky se puso de pie para salir—- A menos que usted desee recibir informes acerca de Azudi, en Teherán. Ese hombre es una bestia. Para él, la sala de torturas de la SAVAK es un campo de juegos. Personalmente, preferiría eliminarlo.
—Todavía no. Me ocuparé de su caso cuando esté preparado.
—Entonces, lo llamaré antes de partir para Buenos Aires.
—Vaya con Dios —dijo John Spada.
—Con muchísimo gusto —dijo el Espantapájaros—. Si supiera quién es o dónde está.
Salió sin mirar atrás, tropezó con el escritorio, se deslizó por la puerta: un personaje extraño, un sobreviviente de la época de Lilith, antes de que el Todopoderoso hubiese complicado al hombre otorgándole un alma.
La llegada de Meister Hugo von Kalbach, filósofo, teólogo, Premio Nobel, fue un hecho más grato. Spada y Anna lo recibieron en el aeropuerto y lo llevaron en automóvil a la Bay House, de manera que pudiese descansar el fin de semana antes de la inauguración de la conferencia administrativa, que debía realizarse el lunes.
A pesar de su edad y la fatiga del viaje, el anciano erudito se mostraba exuberante como un niño. Besó las dos mejillas de Anna, abrazó con fuerza a Spada y habló fluidamente durante todo el trayecto.
Había reflexionado mucho en la alocución que debía pronunciar. Estaba redactada en alemán. Fräulein Helga, su secretaria, había realizado la primera traducción al inglés, y después se había encargado de pulirla un miembro del consulado británico en Munich. Más tarde, Kalbach había ensayado el discurso con una bonita soprano inglesa de la ópera de Munich—una buena preparación, ¿eh?—. Por otra parte, el público adoptaría una actitud crítica... habría discusiones, ¿no? ¡Excelente! Había venido par participar, no para pronunciar sermones. Era importante escuchar las voces que respondían... ¿Lermentov? Lo complacía que se hubiese comenzado a trabajar en el asunto. Con los rusos uno siempre tenía que mostrarse paciente; pero este Kolchack parecía un buen hombre... ¿Y el propio Kalbach? Gracias a Dios, aún gozaba de buena salud. Fráulein Helga lo presionaba y trataba de que se cuidara, de que no comiese demasiado, que se

abrigase bien, que bebiese whisky inglés en lugar de cerveza alemana. ¡Ach! ¡Era como estar casado!... ¿Las amenazas contra él? Bien... La policía continuaba vigilando su casa de Tegernsee. Insistían en que llevase escolta cuando estaba en Munich. A veces se sentía una pieza de museo, a la que siempre desempolvaban y vigilaban. De todos modos, suponía que un filósofo tenía que ser más valioso que un político...

Apenas se había instalado en la Bay House cuando reclamó que lo llevasen a pasear por el jardín, y después a lo largo de la playa. Era tan evidente que se sentía feliz, tenía una codicia tan inocente de todas las pequeñas alegrías, que era imposible alimentar pensamientos sombríos en presencia del anciano. Pero cuando Spada mencionó el tema del nuevo libro, y la posibilidad de una traducción inglesa, el anciano pareció inquieto.

— ...Sé que usted lee alemán, de modo que traje conmigo un ejemplar del manuscrito. Se lo entregaré esta noche. Necesito una opinión acerca del último capítulo y usted, que tiene mucha experiencia en la vida práctica, puede ser el hombre que me la ofrezca. Creo que yo mismo me metí en una trampa. ¡Peor aún! Si mis temores están justificados, puede decirse que estoy arruinado como filósofo.

Con el propósio de tranquilizarlo, Spada dijo firmemente: —No creo ni por un momento que tal cosa sea posible.

— ¡Mi querido amigo! —Von Kalbach se mostró enfático—. La vida tiene tantas sorpresas que todo es posible. Pero a los setenta y cinco años, que el hilo de nuestros pensamientos nos lleve a la negación absoluta... ¡El pensamiento es realmente horrible! Y esto me ha inquietado tanto que la semana pasada fui a Tübingen para hablar con mi viejo amigo Hans Koenig. ¡Un hombre a quien usted debería conocer! Su nuevo libro será una avalancha. Piense en ello... un documento acerca de la cristología moderna, ¡y se vende como una novela pornográfica! El Vaticano lo llamó a Roma en abril y allí lo tuvo dos meses, interrogándolo como si hubiera sido un hereje de la época medieval. Sin embargo, moderó incluso a los inquisidores del Borgo Santo Spirito. Ahora regresó, siempre sonriente, siempre enseñando y predicando. Pero mi querido John, también él tropieza con el obstáculo que le impide avanzar...

—¿Y cuál es el obstáculo, Meister?

—Es el problema que comentamos en la casa de su tío: nuestra respuesta personal a la violencia que se despliega alrededor de nosotros, sobre nuestras cabezas. No es un interrogante nuevo, ¡Dios lo sabe! —El anciano abrió los brazos en un gesto de derrota—. Incluso los moralistas más rígidos se han visto obligados a modificar sus respuestas. Podemos matar en una guerra justa... ¡no importa qué se entienda por tal cosa! También podemos matar para defender la vida o la propiedad. Podemos interrumpir la vida fetal o impedir con una bala que huya el ladrón. ¡Matar, matar, matar! Para el soldado es una obligación; para usted y para mí un ejercicio tolerado, si podemos demostrar que hubo una amenaza importante... «Eso es todo? ¿Es el único fruto de toda la sabiduría acumulada, de nuestra experiencia espiritual, de nuestras sagradas revelaciones?

El anciano estaba conmovido por su propia vehemencia. Spada lo llevó al interior de la casa y sirvió un par de copas.

Pero von Kalbach no estaba dispuesto a abandonar el tema. Con expresión más serena continuó diciendo:

—Perdóneme. Este sentimiento de terror me abruma. Tengo que hablar del asunto con su gente, responder a las preguntas...

Spada lo interrogó amablemente.

—Dijo que fue a hablar con Koenig. ¿Qué le dijo?

— Su visión es incluso más sombría que la mía. Está dispuesto, aunque de mala gana, a considerar una teología en la cual la violencia no sólo puede ser tolerable, sino estar justificada e incluso representar un mandato para el hombre religioso. Todo su razonamiento exhibe una especie de sombría sensatez. Puede interpretarse la Crucifixión como un acto de autoinmolación, perseguida intencionadamente por la víctima. Cristo limpió el templo a latigazos... un gesto sin duda violento. Dietrich Bonhoeffer pudo contemplar seriamente el asesinato de Hitler como un deber cristiano... Koenig resume todo esto de un modo extraño. Dice que en ciertas situaciones Dios parece ausentarse; son circunstancias concretas que exigen la acción violenta y la respuesta, y que no nos permiten la retirada. Actos en que el hombre está solo y en la oscuridad, y debe adoptar sus propias decisiones de vida o muerte...
—Aceptaría ese razonamiento. —Spada reflexionó un momento—. En cierto sentido, debo adoptar todos los días ese tipo de decisiones trascendentes. No hay Biblia, ni Talmud, ni Corán que codifique la moral del mundo moderno. Las cosas que yo fabrico tienen aplicaciones constructivas tanto como letales. Concierto acuerdos con individuos perversos, y ellos benefician a la gente buena. No puedo sentarme a esperar el juicio celestial. Tengo que actuar en el marco de lo que su amigo Koenig denomina "la circunstancia concreta"... ¿Otra copa?
—Esperen a beber el vino — dijo firmemente Anna—. Cenaremos inmediatamente, y en vista de que he cocinado yo, no deseo que echen a perder la cena.
—¡Ésa es la circunstancia concreta! —rió Spada, y abrió la marcha hacia el comedor—. ¡Nada debe arruinar el pollo a la cazadora de mi esposa!
— ¡Exactamente como Fráulein Helga! —Meister Hugo sonrió feliz a Anna—. Dije que la buena comida y la filosofía no se mezclan bien. Dígame, querida señora, ¿cómo está su hermosa hija?
Spada sonrió y concentró la atención en la comida, mientras Anna iniciaba un discurso lírico acerca de su futura condición de abuela. Como filósofo Hugo von Kalbach podía tener sus problemas. Como diplomático a la hora de la cena, era mejor que Talleyrand.
La conferencia administrativa de Spada Consolidated Holdings se iniciaba tradicionalmente con una cena formal en el Waldorf, donde John Spada y sus colegas recibían a los delegados extranjeros, a los diplomáticos de los países en que la corporación funcionaba, al secretario de Estado norteamericano y a los directores de las secciones financieras de los principales diarios y revistas.
El día se consagraba a la cortesía política y el protocolo fijado por Spada era sencillo y rígido. No se invitaba a las esposas. Las únicas mujeres presentes eran las que tenían cargos diplomáticos o puestos en la empresa. Las precauciones de seguridad eran enormes: una flota de limusinas traía a los invitados y los retiraba después de la función. No se desplegaban emblemas o productos de la empresa. Los únicos símbolos eran banderas de los países en que funcionaba la corporación Spada.
Se anunciaba a todos los invitados por el nombre y el título. Spada y su plana mayor los recibían. Había un preludio intencionadamente breve dedicado a los cócteles y a las presentaciones, y después se servía la cena. El propio Spada pronunciaba la alocución de bienvenida, y presentaba al principal orador. Las respuestas estaban a cargo de los delegados extranjeros. Después, mientras se bebía el café y los licores, había un intervalo dedicado a la discusión informal entre el orador y los invitados. Todo estaba organizado de modo que la función concluyese a las once y media, pues se suponía que los delegados debían trabajar a las diez de la mañana siguiente en la sala de operaciones de la torre de vidrio.

Librodot

Algunos miembros de la corporación cuestionaban el valor de una ocasión tan rígida y elitista, pero el razonamiento de Spada era siempre el mismo: significa lo que pretende significar. Somos una organización mundial, que opera en muchos países para beneficio de todos. Cumplimos sus leyes y nos sometemos a sus estructuras fiscales. Ofrecemos hospitalidad diplomática en Estados Unidos a sus representantes. Les presentamos la mejor comida y el mejor vino existentes en el país, y la oportunidad de oír el discurso de un orador destacado. Después, se terminó. Tenemos que realizar nuestro propio trabajo.

El discurso de bienvenida de Spada expresaba el mismo mensaje, en términos menos formales y más cordiales. Normalmente, agregaba algunas observaciones relacionadas con el tema del discurso principal, pero esta noche el tema era tan delicado que decidió que era mejor que Hugo von Kalbach afrontase el peso total de la argumentación y el debate que seguirían.

El anciano mostraba una figura patriarcal, de pie en el estrado, mientras se ajustaba los lentes y comenzaba a hablar. Comenzó tranquilamente, pero la pasión creciente de su voz conmovió a todos.

—...Se nos dice que la violencia es un acto irracional, una respuesta animal. Ello es cierto sólo si se aplica al contexto más limitado, por ejemplo al crimen pasional, a la pelea en una cervecería, a los desórdenes en un encuentro de fútbol...

"Amigos míos, los invito a examinar una proposición mucho más siniestra: a saber, que la violencia, la crueldad y el asesinato son actos totalmente racionales, concebidos con tanta intención como una pieza teatral, para promover los objetivos, políticos financieros o personales, de quienes los perpetran...

"El asalto a un tren o un avión, el asesinato en un ómnibus cargado de niños, la bomba que explota en el vestíbulo de un hotel, son hechos de una campaña política. Están destinados a provocar otros hechos algunos inmediatos, como la liberación de detenidos, otros más lejanos, como el derrocamiento de un régimen o la destrucción de la confianza en los gobiernos legítimos...

"Pero las guerrillas y los terroristas no ejercen el monopolio de ese juego brutal. También los gobiernos lo juegan... y en escala mucho más amplia. Los campos de concentración, los centros de detención, las salas de tortura han sido concebidos racional y científicamente como un aparato opresor, para sofocar la discrepancia e infundir temor a la masa del pueblo, que no puede oponerse a la tiranía...

"¿Dónde acabará todo esto? Ahora soy un anciano. He vivido los años monstruosos del Tercer Reich, los años de los holocaustos. Y les digo que esos tiempos volverán, a menos que termine, ¡y muy pronto, esta maligna vendetta social."

Se interrumpió un momento para limpiar los lentes y volver la página de texto. El público se mantenía mortalmente silencioso, preguntándose qué vendría después.

—Quizá les sorprenda saber que yo, que ahora estoy aquí, he sido condenado a muerte, pues aunque no pertenezco a ningún partido, y dediqué la vida entera a la búsqueda de la verdad, se me acusa de ser instrumento de los reaccionarios. Sin duda ustedes se dirán: "qué absurdo". No es un absurdo. Es una pieza de teatro siniestro concebido por quienes creen que la anarquía es el primer paso necesario en el camino que lleva a un nuevo orden.

"Lo terrible del caso es que quizás acierten. La anarquía inevitablemente provocará tiranía. La tiranía es el semillero de la revolución. Y así el ciclo sangriento se cerrará, a menos que podamos hallar un remedio para la locura que nos aflige.

"¡Porque es una locura, amigos míos! ¿Cabe asombrarse de la crueldad de las guerrillas cuando los fondos públicos pagan a los torturadores y, exactamente como los pistoleros, muchos gobiernos contratan asesinos? ¿Cabe maravillarse de

la brutalidad de la policía cuando, como ocurrió en mi país hace poco, algunos jóvenes enmascarados desfilaban burlonamente frente a la tumba de una víctima del terrorismo?
"¿Hemos rechazado del todo la razón y la humanidad? ¿Estamos tan acostumbrados a vivir bajo la nube en forma de hongo que ya no creemos que es posible o siquiera deseable una sociedad justa y pacífica? ¡Si hemos llegado a eso, puede decirse que hemos cometido el pecado contra el Espíritu Santo, y estamos condenados irrevocablemente al infierno en nuestro propio planeta!"
Recogió sus papeles y se sentó. Hubo un momento de silencio mortal, y después la asamblea entera se puso de píe y aplaudió. Aún estaba aplaudiendo cuando un botones apareció y se acercó rápidamente con un mensaje para John Spada. El mensaje decía: "Urgente, venga a la sala de télex."
Spada vaciló un momento, y después tocó el hombro de Mike Santos y murmuró:
—Tengo que salir unos minutos. Ocupe mi lugar.
Mientras se alejaba, Santos ya estaba de pie y anunciaba:
—...Nuestro amigo de Irán, Riza Baraheni, propondrá un voto de agradecimiento al orador.
En la sala de télex el operador señaló el primer diálogo impreso:

¿HOTEL WALDORF?
Sí, HOTEL WALDORF.
BEWLEY . EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS EN ARGENTINA, ENTIENDO QUE EL SEÑOR JOHN SPADA ESTÁ AHORA EN UN BANQUETE DE LA COMPAÑÍA EN SU HOTEL. POR FAVOR LLÁMELO. MUY URGENTE.
LO HARÉ. POR FAVOR, ESPERE.

Spada se detuvo al lado del operador y comenzó el diálogo:

AQUÍ SPADA. ADELANTE.
HABLA BEWLEY. LLAMÉ A SU CASA. SU ESPOSA ME DIJO DÓNDE PODÍA ENCONTRARLO. MALAS NOTICIAS, SU YERNO TELEFONEÓ A LAS 21.00. ME INFORMÓ SU HIJA TERESA ARRESTADA POR POLICÍA DE SEGURIDAD A LAS 18.00 MIENTRAS TRABAJABA EN UNA CLÍNICA SUBURBANA. NO SABE DÓNDE ESTÁ AHORA PERO ESTÁ REALIZANDO TODOS LOS ESFUERZOS Y ESTABLECIENDO CONTACTO. LAS LÍNEAS TELEFÓNICAS DE SU CASA Y LA OFICINA INTERVENIDAS, POR LO TANTO QUIZÁ NO PUEDA ESTABLECER CONTACTO PERSONAL DURANTE UN TIEMPO. PROBABLEMENTE TAMBIÉN INTERVENIDAS LAS LÍNEAS SPADA.
¿POR QUÉ ARRESTARON A TERESA?
ANOCHE LAS MONJAS LA LLAMARON PARA REALIZAR UNA OPERACIÓN URGENTE EN UNA VÍCTIMA BALEADA. LA VÍCTIMA FUE RETIRADA INMEDIATAMENTE DE LA CLÍNICA POR SUS AMIGOS. TERESA REGRESÓ A SU CASA. AL PARECER, LA POLICÍA AFIRMA QUE EL HERIDO ERA UN TERRORISTA REVOLUCIONARIO. SU YERNO CREE QUE LA POLICÍA DESEA ATEMORIZARLO.
¿QUÉ MEDIDAS ADOPTO?
PROTESTA Y PRESIÓN EXIGIENDO INMEDIATO CONTACTO CONSULAR CON TERESA.
PERSONALMENTE PEDÍ AUDIENCIA MINISTRO INTERIOR Y PRESIDENTE PERO SE AUSENTÓ EN UNA GIRA POR EL INTERIOR DEL PAÍS. SI USTED CONSIGUE QUE EL DEPARTAMENTO DE ESTADO O LA CASA BLANCA PRESIONEN SERÁ MUY ÜTIL.

Librodot

SECRETARIO HENDRICK ES NUESTRO INVITADO ESTA NOCHE. LO HAREMOS INMEDIATAMENTE. ES MUY IMPORTANTE QUE USTED Y LA POLICÍA SEPAN QUE TERESA ESTA EMBARAZADA.
ENTERADO JOHN.
¿CUÁL ES LA SITUACIÓN DE RODOLFO DEL VALLE?
HASTA AHORA EN LIBERTAD PERO BAJO PERMANENTE AMENAZA. OFRECÍ AYUDA. ÉL CREE QUE SU OBLIGACIÓN ES MANTENER ABIERTAS LAS LÍNEAS DE LA PRENSA. CORRESPONSALES EXTRANJEROS ENVIARÁN DESPACHOS ESTA NOCHE.
LLEGARÉ CUANTO ANTES. AGRADEZCO SUS ESFUERZOS. POR FAVOR MANTENGA ABIERTAS LAS LÍNEAS DE TÉLEX EN CASO HENDRICK QUIERA HABLAR CON USTED.
ASÍ LO HARÉ.
¿DIJO ALGO A MI ESPOSA?
NO. SÓLO QUE DESEABA HABLAR CON USTED.
DE NUEVO GRACIAS. SPADA FUERA.

Arrancó el impreso de la máquina y lo leyó de nuevo, temblando de cólera impotente. Después, lo plegó con cuidado, concentrando la atención en cada gesto como si quisiera afirmar que aún estaba en un mundo real. Caminó lentamente de regreso a la sala del banquete, donde Toshi Hatanaka estaba apoyando el voto de agradecimiento. El secretario de Estado Hendrick ocupaba el lugar de honor, a la derecha de Spada. Spada le pasó el télex. Lo leyó pausadamente, volvió a plegarlo y lo devolvió.

Murmuró:
—Hablaré ahora con Bewley. Haremos todo lo posible. ¿Dónde estará después?
—En mi apartamento. Usted tiene el número.
—Lo llamaré.
—Creo que voy a anunciar esto.
El secretario reflexionó un momento y después asintió:
—¿Por qué no? Pero permítame salir primero. Me llevaré conmigo al embajador argentino. No tiene objeto avergonzarlo. Es un hombre bastante decente y puede ayudarnos.
Los dos hombres abandonaron la sala precisamente cuando el japonés concluía su discurso. John Spada se puso de pie y acalló los aplausos con un gesto. Hizo una pausa momentánea, como ordenando sus pensamientos, y después anunció serenamente:
—Ahora comienza el período de libre discusión entre nuestros invitados y el orador. Pero primero les ruego me permitan realizar una declaración personal. Acabo de recibir noticias que tal vez confirmen todo lo que Meister Hugo von Kalbach ha dicho. Mi hija Teresa hace poco contrajo matrimonio con Rodolfo Del Valle, que como algunos de ustedes sabrá es uno de los periodistas más liberales y valerosos de América del Sur. Después de su regreso a Buenos Aires ella estuvo trabajando como médica en una clínica dirigida por las Hermanas Misioneras de los Pobres. Ayer la llamaron para realizar una operación urgente en un hombre herido de bala. Esta noche la policía de seguridad la arrestó y la retiene en un lugar desconocido. El marido continúa en libertad, pero de acuerdo con la información oficial vive en estado de permanente amenaza. Les pido que extraigan sus propias conclusiones... Por favor, les ruego que ahora me disculpen. El señor Mike Santos ocupará la presidencia durante el resto de la noche.

Mike Santos se acercó rápidamente al micrófono, apoyó una mano afectuosa sobre el hombro de Spada y lo apartó de la mesa, para llevarlo hacia la puerta. Kitty Cowan y Maury Feldman, sentados a cierta distancia, intentaron acercarse, pero Spada les indicó que continuaran ocupando sus lugares. Trató de mantenerse erguido y firme, pero sentía que algo se había quebrado en su interior.

Las pruebas de la velada aún no habían concluido. Hacía cinco minutos que había llegado a su apartamento, y mantenía fuertemente abrazada a Anna, que sollozaba, cuando llamó el teléfono y un operador de habla castellana apareció en la línea.

—¿Señor John Spada?

-<Sí?

—Un momento, por favor. Una llamada para usted de Montevideo.

Durante un segundo experimentó un sentimiento de desagrado. No conocía a nadie en esa ciudad. Pero después recordó que Montevideo, la capital de Uruguay, estaba frente a Buenos Aires, y que el tiempo de vuelo en avión entre las dos ciudades era muy reducido. Esperó mientras escuchaba una serie interminable de chasquidos y crujidos y de pronto en la línea apareció Lunacharsky. Su informe llegó en un italiano preciso y claro.

—¿Supongo que está enterado?

— Sí. ¿Dónde demonios estaba?

—Llegué esta mañana a Buenos Aires. Me alojé en el Palace Hotel. Por la tarde recorrí los lugares: la residencia, el diario, la clínica. Volví al hotel y llamé a Caballa. Pero ya era demasiado tarde. Abordé uno de los últimos aviones para informarle. Regreso por la mañana.

—¿Qué dice Caballa?

—¿Acerca de la dama? Mal y bien. El arresto es público y oficial. Por lo tanto, tendrán que responder a las preguntas de los diplomáticos, aunque alargarán la cosa todo lo posible. Si actúan contra el hombre, no será oficial, y eso puede tener muy mal aspecto. Organizaré la vigilancia, pero también necesito ayuda, de modo que el hombre no estará protegido del todo durante unos días.

—Entiendo. Haga lo posible. Diré a Henson que vaya cuanto antes.

— Será útil.

—Yo mismo llegaré dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

—Necesitará ayuda diplomática de muy alto nivel.

—Estoy consiguiéndola.

—Bien. Si no estoy en el hotel cuando llegue, deje un mensaje. Hasta la vista.

Acababa de cortar la comunicación cuando hubo otra llamada, esta vez del secretario Hendrick.

—¿John?... Hendrick. Las cosas están moviéndose. Llamé a la Casa Blanca. El Hombre demuestra simpatía y hará gestiones, si puedo garantizarle que en este caso no hay nada que lo comprometa.

—Me parece justo. Le enviaré una nota de agradecimiento. ¿Qué más?

—Bewley tiene orden de actuar vigorosamente en el nivel ministerial. El embajador argentino aquí está impresionado y me manifestó su simpatía; además, por la mañana recibirá una enérgica nota norteamericana. Pero será mejor que usted comprenda la situación. Los funcionarios argentinos resistirán todo lo posible. Se atendrán a las reglas: no habrá contacto consular antes de tres días, y pueden prolongarlos hasta siete. Tratarán de obtener de su hija alguna declaración que justifique el arresto y que otorgue a la libertad la apariencia de un acto de clemencia.

—¿No hay duda de que será liberada?

Librodot

—Es muy probable.
—Comprendo. ¿Me permitirán verla?
—Lo dudo. Por lo menos hasta que obtengan su declaración.
—Si eso significa lo que yo creo...
—Por esa razón estamos adoptando medidas enérgicas.
—¡Cristo!
—Una cosa más, John. Si usted va...
—En efecto, iré.
—Mantenga la boca cerrada, y no haga nada sin el embajador Bewley. Si comete un solo error, arruinará todo lo que intentamos hacer.
—Entiendo. Si hay algo que puedo hacer...
—Rece. Buenas noches.
Depositó el receptor en la horquilla y se volvió para mirar a Anna. Ahora ella tenía los ojos secos, pero estaba pálida y conmovida. Spada explicó la situación.
—Era el secretario Hendrick. Buenas noticias. El presidente intervendrá si es necesario. Toda la maquinaria oficial trabaja para nosotros.
—¿Quién fue el primer llamado?
—El Espantapájaros. Está en Argentina y realiza investigaciones privadas, ya sabes que es muy eficaz. Tiene contactos en todas partes.
Fue al bar, sirvió dos bebidas fuertes y entregó una a Anna. Ella apenas consiguió beber un sorbo. Spada le limpió los labios y las manos y después acercó el vaso a la boca de su mujer, hasta que ella tragó un buen sorbo. Después, la obligó a sentarse, al mismo tiempo que intentaba tranquilizarla.
—Sabíamos que algo parecido podría suceder. Ahora ya estamos en ello, y tenemos que mostrar serenidad y sensatez. Todos, del presidente para abajo, desean ayudar... y eso significa mucho poder, Anna. ¡Salvaremos inmediatamente a Teresa'
¡Pero ella no puede permanecer en ese país! La próxima vez será Rodo. ¡Jamás tendrán paz!
—Por eso iré personalmente. Quiero conversar a fondo con Rodo.
—Iré contigo.
— ¡De ningún modo, querida! ¡De ningún modo! Quédate aquí. Todos los días te llamaré o me comunicaré por télex. Diré a Kitty Cowan que venga y te acompañe.
--¡No deseo que venga Kitty! —Habló con voz aguda y colérica—. ¡No deseo que venga nadie!
— ¡Muy bien! ¡Muy bien! —Le acarició la frente y los cabellos—. Como tú quieras. Pero si te sientes sola y deprimida...
La mujer irguió orgullosamente la cabeza y dirigió a su marido una sonrisa pálida y trémula.
—Soy Anna Spada. Si mi hija puede soportar la celda de una prisión, ¡seguramente yo puedo tolerar la comodidad de mi propia casa mientras la espero!
— ¡Así se habla! Yo soy John Spada, y si puedo armar suficiente escándalo para...
Llamó el timbre de la puerta de la calle. El criado Carlo fue a atender. Un momento después entraron Maury Feldman, Kitty Cowan y Mike Santos.
Después de los saludos, y cuando todos estaban sentados, cada uno con una copa en la mano, Maury Feldman dijo:
—Pasamos por mi casa. Llamé a nuestro abogado en Buenos Aires. A primera hora de la mañana iniciará un recurso legal, como representante de Teresa.
—Gracias, Maury. ¿Cuál es su opinión?
Feldman hizo un discreto gesto de advertencia.

Librodot

—Nunca habla mucho. Es un hombre eficaz, muy relacionado. Nos prestará el servicio más eficaz.
—Gracias, Maury. ¿Qué sucedió después que salí de la sala?
Mike Santos contestó por todos.
—El período de preguntas fue deslucido. Nada podía ser más dramático que el anuncio que usted hizo. Los periodistas corrieron a los teléfonos. El resto se dividió en pequeños grupos, hasta que ordené cerrar el bar. Todos estaban conmovidos. Por la mañana habrá mucho movimiento en las cancillerías. Algunos norteamericanos se preguntaron si era posible contemplar la aplicación de represalias económicas. Traté de evitar que la conversación continuara por esos carriles.
—Bien. ¿Y von Kalbach?
—Lo llevamos de regreso al hotel —dijo Kitty Cowan—. Le expliqué que usted iría a buscarlo por la mañana para desayunar... ¿Cuál es el próximo paso, jefe?
—El Departamnto de Estado está moviéndose. La Casa Blanca intervendrá después, si es necesario. Mañana iré a Buenos Aires.
Utilizaré el jet de la empresa. Es un vuelo de diez horas. Ordene que esté abastecido y preparado para partir a mediodía. Envíe un télex a la embajada. Que nuestra gente hable con Rodo y consiga que venga a buscarme al aeropuerto. Resérveme la suite de costumbre. No estaré mucho tiempo allí, pero necesito una dirección oficial. Lo cual me recuerda...
Se acercó al teléfono y marcó un número de Nueva York.
—¿Por favor, está el señor George Kunz? Habla John Spada... Hola, George. Lamento llamar tan tarde, pero necesito un gran favor. Mi hija fue arrestada en Buenos Aires... Un problema político, y no puedo dar los detalles por teléfono. Bien, mañana viajo en avión a esa ciudad, y estoy seguro de que las líneas de la empresa están intervenidas, y que también habrá micrófonos en el teléfono de mi hotel. Sé que su compañía tiene un apartamento. Si está desocupado, me agradaría usarlo como escondite... Magnífico. Mil gracias. Ordene que envíen la llave a Hernán Vigo... Usted es un gran amigo y no olvidaré lo que ha hecho.
—¡Bien! —Mientras Spada regresaba, Anna se irguió en su asiento y lo enfrentó—. De modo que así están las cosas —dijo.
—Es posible, amor mío. Prefiero estar preparado. Otra cosa, Kitty. Consiga que Henson vaya cuanto antes. Dígale que el otro amigo está en el Palace Hotel.
—De acuerdo.
—Nunca oí hablar de Henson —dijo Mike Santos—. Nunca supe de su amigo en el Palace Hotel. Si es un asunto de la empresa, debo enterarme, ¿verdad?
Hubo un silencio breve y tenso. Kitty y Anna se miraron. Maury Feldman estudió el dorso de sus manos largas y delicadas. Mike Santos esperó impasible.
Finalmente, Spada contestó:
—Todo esto afecta a mi hija, pero no son asuntos de la empresa.
— Pero el personal de la firma está comprometido en el asunto... por ejemplo, Kitty.
—¿Entonces?
—Entonces, usted confía en mí para administrar una empresa de mil millones de dólares y proteger sus inversiones personales. Me parece que no debería pedirme que haga nada... ¡y dije nada!, a oscuras.
—Nuestro hombre ha dicho algo cierto —afirmó Maury Feldman.
—Nuestro hombre ha dicho algo absolutamente cierto —confirmó Kitty Cowan.
—Desearía formularle una pregunta, Mike —dije Anna Spada— pues también yo insistí en que mi marido lo ascendiese.

Librodot

—Pregunte lo que desee, señora.
Mike Santos se mostró sereno y respetuoso.
—Usted ha visto lo que puede suceder, aunque se trate de personas muy influyentes. ¿Imagina cómo son las cosas cuando se ven en el mismo aprieto personas que carecen de protección o de fuerza?
—Sí, lo sé, señora. Aludí al asunto en un documento que preparé para su marido, aunque sé que aún no ha tenido mucho tiempo para leerlo.
—Lo he leído —dijo John Spada—. Y Kitty también lo leyó y lo mismo Maury. No concordamos con algunas cosas, pero la orientación general es razonable.
—Usted asumió un grave riesgo al escribirlo —dijo Feldman con una sonrisa.
—¿Estaría dispuesto a afrontar un riesgo todavía mayor? —preguntó John Spada.
—¿Por ejemplo?
—Jugarse la carrera por algo en lo cual creyese.
—No entiendo.
—Trataré de explicarle. Todos concebimos la idea de invitarlo a unirse a cierta empresa. Solamente deseábamos esperar hasta que usted hubiese asimilado la nueva designación. Pues bien, ahora los acontecimientos nos han sobrepasado. Los tres que estamos aquí, y excluyo a Anna, porque ella es parte de mí y no de la corporación, realizamos otra tarea, privada, sin remuneración, que implica ciertos riesgos. Nuestro trabajo para Spada Consolidated es una cobertura, una cobertura indispensable para esa tarea privada. Por ejemplo, en mi caso, si se llegase a saber lo que hago, sin duda perdería la próxima batalla con Liebowitz. Ahora bien, si usted se compromete en esto afronta un riesgo más grave, porque es un empleado ejecutivo que puede ser despedido a voluntad con sólo pagar el monto de su contrato. Y ése es el fondo del asunto. Si usted sale de aquí sin saber nada, que yo continúe en la empresa o me marche, su carrera no se verá amenazada. Pero tan pronto yo hable usted se verá en un aprieto. Si no puede afrontar mi revelación, tendrá que renunciar. Si puede, hará lo mismo que venimos haciendo desde hace mucho: vivir una doble vida. ¿Está claro?
—Hasta ahora, sí. Pero le preguntaré algo. ¿Se trata de un plan político, izquierda, derecha, esa clase de cosas?
—Se trata de un plan humano —dijo Kitty Cowan—. Por mi parte, continúo votando a los demócratas.
-Podrá mantener el juramento de fidelidad —dijo Maury Feldman-, y mirar en los ojos a su Dios el domingo.
—Pero—aclaró Spada— podría afrontar una situación muy difícil n una reunión de los accionistas... y en circunstancias extremas recibir una bala en la espalda.
—¡Basta, Giovanni! —Anna estaba ofendida—. Todo esto carece de sentido.
—Yo me lo busqué, señora —dijo Mike Santos—. Está bien, amigos. Estoy debidamente advertido. Ahora, ¡veamos de qué se trata!
—Hay una advertencia final —dijo con firmeza John Spada—. Una vez que sabe, tiene en las manos vidas humanas.
—Todavía deseo que mi padre me sonría cuando nos encontremos.
—¡Excelente! —dijo John Spada—. Partimos de una pequeña adivinanza, un pez en una caja...
Era la una de la madrugada cuando concluyó su explicación acerca de Proteo y las criaturas marinas. Mike Santos estaba inmóvil en su asiento, el mentón apoyado en las manos, los ojos fijos en la alfombra. Kitty Cowan extendió la mano y lo tocó.
—Eso es todo; no hay nada más.
Mike Santos meneó la cabeza como un hombre que despierta de un largo sueño. Se irguió y enfrentó a John Spada.

Librodot

—Es mucho para tragarlo de una sola vez.
—¿Necesita más tiempo?
-No.
—¿Cuál es su respuesta?
—Hace pocos días usted me preguntó cuánto deseaba este empleo. Le dije que sería necesario que yo pudiese tolerar al hombre cuya imagen veía reflejada en el espejo.
-¿Y?
—Imagino que éste es un modo de lograrlo.
—¡Bienvenido! —dijo John Spada—. Maury y Kitty le explicarán los detalles. Ahora, márchense todos. ¡Deseo acostarme con mi esposa!
Mientras se despedían en la puerta del apartamento, Kitty preguntó en voz baja:
—¿Vendrá por la mañana a la oficina?
—Naturalmente. Estaré a las nueve. Pero primero pasaré a desayunar con von Kalbach.
—¿Es grave la situación de Teresa?
—Muy grave. Consuele a Anna mientras yo no estoy.
—Lo que usted diga, jefe. Coraje, ¿eh?
Mike Santos estrechó la mano de Spada y dijo con extraño sentimiento:
—Muchas gracias por haberme invitado. Siempre me ha despertado admiración, John, pero ésta es la primera vez que simpatizo realmente con usted.
A lo cual Maury Feldman agregó su propia y seca posdata:
—¡Gocen esta noche! Mañana comerán los frutos del mar Muerto... polvo y cenizas en la boca. Buenas noches, John. Cuando llegue a Buenos Aires, camine junto a la pared.
A la mañana siguiente, mientras Spada bebía la última taza de café en la habitación del hotel de Hugo von Kalbach, el anciano dijo con acerba convicción:
—Anoche fue horrible: pero en definitiva lo vi todo claro. No hay modo de negociar con el demonio... hay que combatirlo... hasta la muerte.
—Meister, ¿está seguro de eso?
—Sí. Finalmente me siento seguro. Cuando fui a acostarme recibí otra advertencia: ¿cómo se dice en inglés?: una fibrilación del corazón. Permanecí inmóvil hasta que pasó y el ritmo se regularizó. En realidad, no tenía miedo. Ahora comprendo que la muerte es cosa muy pequeña, y que pronto se sobrepasa y se olvida: pero ser un hombre es un hecho importante, colado de posibilidades, aunque uno sea viejo. Cuando regrese a Alemania trataré de encontrar gente eficaz para usted... gente para Proteo. Cuando la consiga, le enviaré los nombres.
—Gracias, Meister.
—Y usted, tan pronto pueda, por favor venga a visitarme. Tiene que conocer a Fraülen Helga. Una mujer buena, que necesitaba casarse bien; pero yo era demasiado viejo y estaba muy ocupado. ¡Ah! ¡Los años pasan!
—Iré. Tal vez antes de lo que usted cree.
—Nunca será demasiado temprano. Rezaré por su hija y el marido. Poco más puedo hacer.
—Hay algo.
—Lo que usted diga.
—Tal vez llegue el momento en que necesite una identidad nueva, y por lo tanto otro pasaporte. Mi alemán es bueno. Me han dicho que puedo pasar por un suabo.
—Más o menos. —El anciano erudito se animó—. Déjeme pensar en ello. Veré qué puedo hacer.
—Pero por favor, de prisa.

Librodot

—¿De qué otro modo, amigo mío? Cuando uno oye los golpes en la puerta, todo llega a ser muy urgente.
Se abrazaron al viejo estilo. En la puerta, Spada se volvió. El anciano sonrió y agitó la mano, pero tenía el rostro húmedo de lágrimas.
Mientras pasaba en limpio las últimas directivas que debían aplicarse mientras Spada se ausentara, Kitty Cowan dijo:
-jefe...
-¿Qué?
—Hemos trabajado juntos mucho tiempo. Cuando usted sufre, yo también sufro.
—Lo sé muchacha. Me siento agradecido. Es difícil poner en palabras el resto, pero...
Pero usted ama a Anna y a Teresa, y todo eso está muy claro y no merece discusión. Pero recuérdelo... me importa todo lo que suceda. De modo que sea sincero conmigo, ¿eh?
—Lo prometo.
—Lo dice, pero lo conozco. Veo la mirada asesina en su ojo y empiezo a sudar.
—Las damas transpiran.
—No soy una dama. Nunca lo fui. Nunca lo seré. Si me necesita, llámeme. ¿Prometido?
—Naturalmente. Aunque no la necesite. ¿Cómo está Mike Santos esta mañana?
—Ya lo verá. Fuego en los ojos y en el vientre, dispuesto a revestir la armadura del cruzado. En excelentes condiciones.
—Vigílelo, muchacha. Todavía está a prueba.
—Otra cosa.
-¿Qué?
—Maury y yo hablamos del asunto anoche. Ambos somos judíos y por lo tanto compendemos. Cuando las cosas se echan a perder, como ocurrió en Argentina, como sucedió en Alemania antes de la guerra, sólo pueden hacerse dos cosas... pasar a la clandestinidad o partir y luchar desde el extranjero. Si uno muestra la cara en la plaza pública, lo eliminan. Teresa y Rodo tienen que entenderlo. Es necesario que usted los obligue a comprender la situación.
—No será fácil. Teresa es obstinada como usted.
—Y Rodo desborda orgullo y vinagre español. Lo sé. A lo sumo, puedo tratar de persuadirlos.
—Pero, ¿si no obtiene resultados?
—Soportaremos la decisión que ellos adopten.
—Eso lo dice usted, pero, ¿Anna podrá afrontar el momento?
—Tendré que ayudarla.
—De acuerdo... Pero usted no podrá ni querrá hacerlo, por esa maldita fibra típica de los Spada. No se quebrará, simplemente se amargará. Pero Anna se quebrará, a menos que usted le enseñe a ceder cuando el viento sopla más fuerte. ¿Me comprende, amigo John?
—La comprendo, Kitty. Deséeme suerte, ¿eh?
—Toda la suerte del mundo.—Le tomó la cara con las manos y la besó—. Salude a Mike cuando salga. He aprendido a vivir sin usted. Él todavía no sabe hacerlo.
Cuando llegó a Buenos Aires, veinte minutos antes de medianoche, descubrió que se le había acabado la suerte. Hernán Vigo lo recibió a la entrada del sector de la aduana y le dijo que Rodolfo Del Valle había sido arrestado.
—¿Cómo? ¿Cuándo?
—Espere a que estemos en el automóvil. ¡Por favor!
—¿Quién maneja?

Librodot

-Yo.
Mientras se dirigían a la ciudad, Vigo le suministró los escasos detalles.
—Tan pronto recibí su télex llamé al apartamento de Del Valle. Como suponía que los teléfonos estaban intervenidos fingí un mensaje normal, con noticias de la familia. Anuncié su llegada. Ta! vez él querría venir conmigo al aeropuerto. Decidimos reunimos a tomar un café en un bar próximo a Plaza de Mayo. No apareció. Fue a su apartamento. Estaba destrozado, todos los cajones en el suelo, las ropas, los libros y los papeles en el mayor desorden. Fui a su oficina. Dijeron que no solía llegar antes de las tres, la hora de comenzar a preparar la edición de medianoche. Le dejé un mensaje pidiéndole que me llamase apenas llegara. A las cinco su ayudante telefoneó para decir que no lo habían visto. Después, telefoneó Lunacharsky y me pidió que bebiésemos una copa antes de la cena. Explicó que había estado vigilando el apartamento de Del Valle desde la mañana temprano, oculto en un automóvil aparcado a pocos metros. Vio a Del Valle salir y comenzar a caminar hacia la Plaza. Tres hombres descendieron de un automóvil aparcado, lo detuvieron, lo metieron en el vehículo y se alejaron. Lunacharsky los siguió poco más de un kilómetro, pero les perdió en eí transito. Dijo que estuvo merodeando por allí el día entero, tratando de obtener información. Hasta ahora, no hay nada.
—¿Dónde está ahora Lunacharsky?
—Nos espera en la parada de ómnibus, frente al Hospital de Clínicas.
—¿Noticias de Teresa?
—Su abogado y el personal de la Embajada estuvieron en contacto con la policía. Han presentado un petitorio formal para verla. La policía dice que el asunto se resolverá a su debido tiempo.
—¡Mierda!
—He comunicado la noticia a toda la gente de Proteo. Están buscando información.
—¿Cuál es su opinión, Hernán?
—Grave... pero es fácil comprender lo que sucede. Siempre quisieron silenciar a Del Valle. Cuando él se casó con su hija se vieron en dificultades, porque usted controla muchas inversiones en este país. Pero ahora creen que lo tienen atrapado. Su hija afronta una acusación criminal: conspiración para ayudar y proteger a un delincuente. Reunirán documentos suficientes para demostrarlo. Después, la soltarán y la expulsarán del país. Se imaginan que ella guardará silencio y que usted no hará nada a causa de lo que puede sucederle a Del Valle.
—¡Bastardos! ¿Informaron a su familia?
—Sí. El padre vendrá a Buenos Aires para hablar con usted. Pero ante todo desea realizar sus propias averiguaciones.
—¿Puede hacer algo?
—Lo dudo. Tiene muchos amigos en cargos influyentes, pero la mayoría de la gente está atemorizada y no quiere hablar.
—Ante todo, el orden en la calle, ¿eh?
—Así están las cosas aquí —dijo Hernán Vigo—. Ahí está el hospital. Prepárese para abrir la puerta trasera. No quiero detenerme, a lo sumo aminorar la velocidad.
Spada llevó hacia atrás el brazo y mantuvo apenas entreabierta la puerta. Cuando pasaron frente a la parada de ómnibus la abrió bruscamente y el Espantapá)aros se deslizó en el interior del vehículo con sorprendente agilidad, y ocupó el asiento trasero de la limusina. Vigo aceleró la marcha y los tres se alejaron rápidamente.
Spada preguntó sin rodeos:
—¿Hay noticias?

Librodot

—Algunas. La policía no registró la detención de su yerno. Lo cual significa que lo tienen los servicios de seguridad.
—¿Dónde?
—Probablemente en el cuartel general. El lugar que ellos llaman "la feria de diversiones". Lo siento. Vi cuando lo hacían, pero no pude intervenir... menos aún porque su hija está detenida.
—¿Cuál es el paso siguiente?
—Para usted, uno solo. Trabaje con la Embajada y los abogados para conseguir que liberen a su hija. Deje a Del Valle por mi cuenta. Es un trabajo completamente distinto. Por favor, deténgase en el próximo semáforo. Caminaré el resto del trayecto.
—Manténgase en contacto —dijo John Spada.
—Por supuesto —dijo el Espantapájaros—. Pero no espere milagros; y envíe su avión de regreso a Nueva York. Es probable que usted permanezca aquí un tiempo. Había tratado antes con la burocracia, pero siempre como un hombre proderoso que podía marcharse dando un portazo, tintineando los dólares en los bolsillos, hasta que los empleados y los jefes de las oficinas recibiesen los correspondientes tirones de oreja de las autoiidades superiores. Ahora todo era distinto, totalmente diferente. Era el peticionante, obligado a mostrarse cortés, forzado a la humildad, porque varias vidas estaban en juego, y aquí el hábeas corpus ya no tenía vigencia. El abogado con quien Maury Feldman había hablado le explicó la situación el primer día:
—En Argentina sucede más de lo que usted ve en la superficie. Hay una lucha por el poder entre los extremistas y los moderados de la junta militar, se está impartiendo una lección a los inversores extranjeros en el sentido de que quien quiera trabajar aquí debe atenerse a las normas militares, y se está advirtiendo a los liberales que, ahora que se vieron salvados de la evolución, más vale que se contenten con una tiranía ordenada... Usted y su hija se verán favorecidos, pero serán favores concedidos con cuentagotas, de modo que en definitiva usted aceptará como una concesión la condena y el destierro de la joven. Personalmente le aconsejaría que no permanezca aquí, y en cambio vaya y venga con fecuencia.
—¿Cuánto tiempo necesitaremos para liberar a Teresa?
—Por lo menos un mes, quizá más.
—¿Cuándo me permitirán verla?
—No lo sé. En todo caso, no será muy pronto. Ni siquiera yo puedo acercármele, y soy su representante legal.
La razón se aclaró bastante después de la visita del cónsul general, diez días más tarde. Informó a Spada y al embajador Bewley en una sesión a puertas cerradas, en la embajada.
—Me permitieron verla en la prisión de mujeres. No pude estar a solas con ella. Asistieron una carcelera y un hombre de los servicios. Le dije que usted estaba aquí y que hacíamos todos los esfuerzos posibles para conseguir que la liberaran. También ella habló con mucha prudencia.
—¿Cómo está?
—De acuerdo con sus propias palabras: "Bastante bien, en vista de las circunstancias..."
Dijo que había sufrido un aborto, pero que ahora se había recobrado.
—¿Cómo sucedió?
—Señor Spada —el cónsul evidentemente se sentía muy molesto—, más vale que sepa a que atenerse. Es evidente que su hija fue interrogada con brutalidad.
—¿Quiere decir que la torturaron?

—Me temo que sí.
—¿Ella se lo dijo?
—Es evidente que no podía hacerlo, pues en definitiva su liberación dependerá de que firme un documento donde dirá que fue bien tratada. De todos modos, consiguió darme a entender algo. Cuando habló del aborto, dijo que médicamente lo atribuía al estado de shock después del arresto. Uno de los métodos estándar de interrogación es la aplicación de la picana eléctrica.
—¡Dios Todopoderoso!
Spada se sintió dominado por una cólera asesina. El cónsul trató de calmarlo.
—Si de algo sirve, le diré que es evidente que los interrogatorios han concluido, pues ahora ella está confinada en el sector político de la cárcel de mujeres.
—Pero podrían recomenzar.
—No es la costumbre. La primera sesión suele ser exhaustiva.
Spada abandonó su sillón y se paseó por la habitación como un león enjaulado, impotente para controlar la cólera.
— ¡En nombre de Dios, hay que hacer algo! No podemos sentarnos aquí y…
— ¡No estamos sentados, John! —Había una vibración acelerada en el tono de Bewley—. Ahora que hemos establecido contacto y que sabemos lo que le sucedió, somos mucho más fuertes. He ordenado que se presente un pedido personal al presidente. Lo veré mañana a las diez. Para entonces ya habré recibido una comunicación personal de la Casa Blanca.
—¡Por Dios, comunicaciones! Mi hija está…
—Su hija es una de muchos miles que han sufrido lo mismo. ¡El marido se encuentra en condiciones mucho peores, y por lo que sabemos puede estar muerto! Usted pregunta qué significan estas comunicaciones. Se lo diré. Hablaré a las diez con el presidente. Me dirá que, como es un hombre muy atareado, no está familiarizado con el caso, pero ciertamente pedirá un informe urgente, y me informará dentro de la semana. Después, dirá a sus subordinados que ha llegado el momento de iniciar el acto segundo, es decir la preparación de los documentos que demostrarán que su hija es una delincuente. Más tarde, me convocará, y comenzaremos a negociar su liberación. La firmeza que podamos exhibir depende del grado en que levantemos a la opinión pública exterior: la prensa, la televisión, la amenaza de sanciones económicos.
—Entretanto, Teresa se pudre en ese maldito calabozo y su marido desapareció de la faz de la tierra. —Un pensamiento súbito lo indujo a volverse para mirar al cónsul—. ¿Dijo algo acerca de Rodo?
— Sí. Preguntó si había noticias de su marido. Por el modo de hablar, creo que sabía que él había desaparecido. Es probable que la propia policía se lo haya dicho, para quebrarla más rápidamente durante el interrogatorio. Le aseguré que estábamos realizando todos los esfuerzos posibles para encontrarlo.
—¿Qué dijo a eso?
—Algo muy sencillo: "Por lo menos no soy la única. Transmita mi agradecimiento a papá."
De pronto Spada perdió el control, y descubrió que estaba llorando… lágrimas saladas y amargas que no lo aliviaban. Cuando al fin se agotaron las lágrimas y se volvió para enfrentar a sus interlocutores, éstos vieron únicamene una máscara gris, los ojos sombríos y la expresión implacable. La voz que habló detrás de la máscara parecía provenir del reino de los muertos.
—Generalmente no soy tan emotivo. No volverán a verme de este modo. Gracias a ambos por lo que están haciendo. Cooperaré todo lo posible. Pero quiero formular

Librodot

un juramento. Si el presidente rehusa liberar a Teresa, ¡pagaré personalmente a los asesinos que lo matarán!

CAPÍTULO 4

Esa misma tarde a las cinco, John Spada salió de su hotel para acudir a una cita con el Espantapájaros.
Su ruta lo llevó a la calle Florida, y a pesar de sus preocupaciones, trató de observar a la multitud colorida y aguzó el oído para recoger fragmentos de conversación en diferentes idiomas. El aire era tibio y suave, y Spada no tenía prisa. La cita era entre las cinco y media y las seis, en un bar de una calle lateral. Lo complació disponer de cierto tiempo para odenar sus pensamientos, para recuperar el control de sus sentimientos quebrados. Ahora estaba en guerra, y su fuerza se oponía a la de todos los hombres que se alzaran entre él y el objetivo. Ya no podía concederse los lujos del pesar y la penitencia, o siquiera la distracción del amor. Debía volver a ser lo que había sido en su juventud: una máquina de pelea, precisa, desapasionada y desprovista de compasión.
Cuando ya había caminado bastante por la calle Florida se volvió hacia la izquierda y entró por una transversal. A ambos lados descubrió toda clase de negocios, pero la mayoría se especializaba en la venta de ropas de hombre y de mujer. El bar era un subsuelo oscuro, diez peldaños bajo el pavimento, con banquetas pegadas a las paredes. Las mesas estababan distribuidas paralelamente a largas pilas de cascos de vino y cubiertas con manteles rojos e iluminados con velas de cera. En un rincón, cuatro amigos jugaban a los naipes. En el extremo opuesto, un individuo regordete, de escasa estatura, vestido con una camiseta bastante sucia, sorbía una copa de brandy. Detrás del mostrador recubierto de estaño un patrón corpulento, el rostro picado de viruelas, examinaba los resultados del fútbol. El Espantapájaros estaba sentado enfrente, con un anotador sobre la mesa, y junto al codo una copa de vino y una botella de agua mineral.
Spada se sentó al lado, pidió un café y un coñac y esperó que el Espantapájaros iniciara la conversación. Antes de que tuviese tiempo de hacer nada hubo una distracción: sirenas, ruido lejano de frenos, gritos, el movimiento de varios hombres que corrían, y después un silencio ominoso.
Los jugadores de naipes continuaron en lo suyo, inconmovibles. El barman plegó cuidadosamente el diario, retiró del estante un libro de contabilidad y comenzó la dolorosa pantomima de sumar las cuentas. El hombre regordete del rincón se inclinó, como si se le hubiese caído una moneda, y después se deslizó en dirección al cuarto de baño. El Espantapájaros bebió un sorbo de vino, después un poco de agua mineral y continuó escribiendo.
Un momento después dos hombres ataviados con pantalones deportivos y chaquetas de cuero abrieron bruscamente la puerta, descendieron ruidosamente los peldaños y durante un momento observaron en silencio a los bebedores. El barman se encogió de hombros e hizo un gesto que significaba: "Lo que ustedes ven es todo lo que hay." Los cuatro jugadores de naipes buscaron en los bolsillos de las chaquetas, y extrajeron documentos, los depositaron sobre la mesa y continuaron jugando. El Espantapájaros continuó escribiendo laboriosamente en su anotador. Spada observó con el cauteloso desconcierto de un extranjero.

Los dos hombres examinaron sin interés los documentos de los jugadores de naipes, y después se acercaron lentamente a la mesa de Lunacharsky y se inclinaron sobre el hombre. Uno de ellos dijo secamente:
—¡Usted! ¡Atención!
El Espantapájaros levantó la mirada, apenas sorprendido, casi obsequioso. Dijo en español:
— Sí, caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes?
— ¡Documentos!
—Por supuesto, documentos. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, extrajo su pasaporte y se lo entregó al interrogador.
—Como ven, soy visitante en este país.
Primero uno, y después el otro, examinaron el pasaporte; comenzó el interrogatorio.
—¿Cuándo llegó a Buenos Aires?
—Ahí está la fecha, en el sello de ingreso.
—¿El propósito de su visita?
—Discúlpeme. —Rebuscó de nuevo en su bolsillo y extrajo un sobre grande, de aspecto oficial—. Esta es una carta de la embajada argentina en Londres a los correspondientes ministerios de Argentina. Explica mejor que yo el propósito de mi visita.
Después de leer la carta, los dos hombres adoptaron súbitamente una actitud más respetuosa.
—Disculpe, señor. Es una operación de seguridad. No deseamos molestarlo.—Por supuesto.
— ¿Desde cuándo está aquí?
—Unos quince minutos. ¿Por qué?
—¿Vio entrar o salir a alguien?
—Nadie.
—¿Por qué vino aquí?
—Como ustedes ven, para beber una copa. Estuve dando un paseo. Estaba cansado y tenía sed.
—¿Dónde se aloja?
-En el Plaza Hotel.
—¿Cuál es exactamente el tema que estudia?
—Caballeros, ¿puedo ofrecerles una copa?
—No, gracias. Tenemos que trabajar. Por favor, responda a la pregunta.
—Bien... ¿Cómo puedo explicarlo? Estudio el desarrollo del lenguaje de acuerdo con las influencias del ambiente. Por ejemplo, ustedes dos hablan español. Sin embargo, sospecho que usted, señor, viene de la región noreste, cerca de Uruguay, y su amigo de un lugar que está mucho más al sur, quizá de la región de los criadores de ovejas, cerca de Tierra del Fuego. ¿Me equivoco?
—¿Cómo lo sabe?
—Oh, por la entonación, la forma de las vocales, la fusión de ciertas consonantes.
—Bien. Quizás acertó.
—¿Pueden devolverme los documentos? Sin ellos estaría perdido.
Con evidente renuencia el interrogador devolvió los documentos.
—¿Cuánto tiempo se propone permancer todavía en Argentina?
—No estoy seguro. Pero el visado es válido por tres meses, ¿no es así?
—Sí. Después de ese plazo, tendrá que irse... o pedir una renovación.
—Gracias, caballeros.
—¿Está seguro de que no vio a nadie en este local?

Librodot

—No vi a nadie, pero como ustedes han comprobado estuve redactando algunas notas. Cualquiera hubiera podido entrar o salir sin que yo lo advirtiese. Lamento no ser de mayor utilidad.
—No importa. —Se desentendieron de él con un encogimiento de hombros y desviaron su atención a John Spada. Éste les entregó su pasaporte sin pronunciar una palabra. Lo examinaron minuciosamente, y después preguntaron—: ¿Qué está haciendo en Buenos Aires?
—Poseo aquí una gran empresa. Empresa Spada.
Había esperado una reacción inmediata. Como no hubo ninguna, se desconcertó. Después recordó que seguramente conocían a Teresa por su nombre de casada, Del Valle.
El interrogador cerró el pasaporte y se lo devolvió.
—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? —preguntó.
Spada señaló la taza de café y la copa de coñac, todavía intactos.
—Acabo de sentarme —dijo.
—En ese caso, que le haga provecho la bebida.
—Una buena idea —Spada levantó la copa en un brindis irónico—. ¡Salud!
Se marcharon tan bruscamente como habían llegado. El individuo bajo y regordete emergió de su escondite, con el vaso de licor todavía en la mano. Los jugadores de naipes continuaron la partida. El Espantapájaros volvió a inclinar la cabeza sobre sus notas. Spada no dijo nada. Un momento después el barman se acercó y llenó otra vez las copas.
—Con los saludos de la casa, caballeros —dijo.
—Gracias —contestó tranquilamente el Espantapájaros—. Usted es muy amable.
—Al contrario —replicó el barman—. Ambos serán bienvenidos siempre que deseen visitar mi local.
—Esa basura está por todas partes en los tiempos que corren —dijo uno de los jugadores de naipes, hablando por encima del hombro—. Es agradable conocer a un par de caballeros. —Mostró una carta y reunió todo el dinero depositado sobre la mesa—, ¿Cómo es posible que hable tan buen español?
—Es una cualidad innata —replicó el Espantapájaros con una sonrisa. Como jugar a los naipes. Uno la tiene o sencillamente no la tiene.
El hombre regordete bebió de un trago el contenido de su copa y se preparó para salir. Se detuvo un instante al lado de las mesas del Espantapájaros y Spada y dijo en voz baja:
—Me llamo Sánchez. Si cualquiera de ustedes necesita que le preste un servicio, pueden buscarme aquí, a toda hora. Alguien se ocupará de comunicarse con el interesado. Ah, cuidado con el Plaza. Las muchachas del conmutador escuchan los llamados. Hasta la vista, amigos.
—Hasta la vista —respondió el Espantapájaros.
—Vaya con Dios —dijo John Spada.
—Créanme —dijo el barman—. Sánchez es un buen amigo y un mal enemigo.—Lo recordaré —dijo el Espantapájaros. Levantó la copa en dirección a John Spada—. Malditos sean todos los bastardos.
—Apoyo el brindis. —Después, en voz más baja, Spada preguntó—: ¿Hay novedades?
—Del Valle vive, pero está muy mal. Lo retiraron de la Feria de Diversiones.
—¿Dónde lo tienen ahora?
—En Martín García. Es una isla que está en la desembocadura del Río de la Plata.
—¿Está seguro de la información?
—Siempre estoy seguro —dijo el Espantapájaros con acento de reproche.

Librodot

— ¿Planes? —¿Cuándo llega Henson?
—Mañana. Reservó habitación en el mismo hotel que usted.
—En primer lugar, Henson debe examinar la isla y las vías de aproximación. Segundo, necesito obtener información acerca de lo que sucede adentro, y si es posible un juego de planos. Necesitaré ayuda para conseguir todo esto.
—¿Qué clase de ayuda?
—Contactos con los grupos clandestinos. Son más cerrados que ostras. El único modo de relacionarse con ellos es obtener una recomendación externa.
—¿Qué significa externa?
—La central de los grupos clandestinos, en París. Tienen emisarios que van y vienen. Por supuesto, quizás usted no desee comprometerse tratando con ellos.
—Mi hija y el marido están en manos de esos carniceros. Trataré con el propio diablo, si es necesario para salvarlos. En Roma tengo un amigo que puede sernos útil. Es miembro de Proteo... y del Partido Comunista italiano.
— Será mejor que actúe con rapidez... —dijo el Espantapájaros—. El índice de mortalidad es muy elevado en Martín García.
—Por la mañana mi embajador conversará con el presidente. Esperaré su informe. Después decidirá si puedo ausentarme sin riesgo unos días. Regresaré vía Munich y Roma.
—¿Ha pensado —preguntó el Espantapájaros— en que una vez que expulsen a su hija jamás podrá regresar?
—Eso me parece bastante obvio.
—Tal vez usted mismo se vea incluido en la prohibición.
—Lo imaginé —dijo sombríamente Spada. Por eso iré a Alemania... Termine su copa y salgamos a caminar un poco. Deseo que conozca a cierta persona.
Con una seña indicó al barman que trajese la cuenta. Mientras contaba el cambio, el barman dijo en inglés:
-No es prudente venir aquí con demasiada frecuencia... Ustedes estuvieron hablando de Martín García. — Spada y el Espantapájaros se miraron. El barman señaló el cielorraso—. En un sótano el sonido se difunde. Desde el mostrador puedo oírlo todo. Felizmente, los demás no saben una palabra de inglés.
—Gracias —dijo John Spada.
—Ese Sánchez. —El barman habló con voz que era casi un murmullo—. Estuvo detenido doce meses en Martín García. Tal vez pueda ayudarle.
—Quizá pueda —dijo el Espantapájaros—. Pregúntele si está dispuesto a reunirse conmigo... y dónde. Mañana vendré a buscar la respuesta.
—Que sea pasado mañana —dijo el barman—. Es un hombre muy atareado. Siempre está yendo de un lugar a otro. ¡Hasta la vista, señores!
La tienda de Salvador González, comerciante de libros y grabados raros, era una construcción angosta con un solo escaparate polvoriento protegido por un enrejado de hierro. El escaparate revelaba únicamente unos pocos grabados amarillentos y algunos volúmenes encuadernados en cuero. Adentro, el local mostraba un aspecto ordenado y pulcro: los ejemplos del arte de los antiguos cartógrafos bellamente enmarcados e iluminados, los grabados distribuidos sobre una ancha mesa, los volúmenes antiguos meticulosamente desempolvados, con sus cubiertas de cuero reparadas por manos afectuosas.
El propio Salvador González era un ejemplar extraño de una raza extraña, la raza de los anticuarios que se las arreglan para sobrevivir a las guerras, los terremotos y los cambios políticos, y pese a todo emergen indemnes, siempre aferrados a sus preciosas reliquias como un talismán que los defiende en la desgracia. Era un hombre minúsculo, parecido a un gnomo, con un mechón de cabellos blancos y

Librodot

una barba majestuosa, siempre bien recortada. Sus trajes eran de corte anticuado. Todavía usaba botines con polainas, y de su cuello colgaba un monóculo atado a una cinta negra. Además, un reloj y una cadena de oro le cruzaban el chaleco.
Una campanilla tocó sobre la puerta cuando John Spada entró con el Espantapájaros. El minúsculo caballero salió al encuentro de los dos hombres.
— ¡Buenos días, señores! Bienvenidos, yo soy Salvador González. Tal vez desean ver algo especial... grabados... mapas... ¿No he tenido el placer de verlos antes?
—Lamentablemente, no nos hemos conocido antes —dijo gravemente John Spada. Presentó al otro una tarjeta de visita sobe la cual se había dibujado el símbolo de un pez en una caja—. Usted es Delfín. Creo que podrá facilitarme un mapa bastante especial.
El hombrecito se ajustó el monóculo en el ojo, estudió un momento la tarjeta y después se la devolvió a Spada.
—Ah, sí. Caballa me dijo que usted vendría a verme. ¿Y cuál es el mapa que está buscando?
—Martín García —replicó secamente el Espantapájaros—, Las vías de acceso por el río, la isla y sus instalaciones, los puestos de guardia y sus defensas. Los sistemas de alarma y los circuitos eléctricos. ¿Cuánto tiempo le llevará conseguir eso?
Sonó la campanilla sobe la puerta y, como un refinado actor Salvador González inició un complicado monólogo:
—... Un ejemplar muy raro de los *Tratados* de Bartolomé de las Casas, edición de 1552. El estado no es tan bueno como uno podría desear, pero la rareza de la edición justifica plenamente el precio reclamado. No tengo aquí los volúmenes pero podría... ¡Oh, mi querida señora Moreno! Como siempre, es un placer verla. Ya pusimos marco a su retrato. Permítame mostrarle... Discúlpenme un momento, señores, por favor. Por aquí, señora. Por aquí, se lo ruego - Siguió a la visitante, una joven y atractiva dama, y ambos pasaron la puerta del fondo y ascendieron una escalera. Se ausentaron unos cinco minutos y cuando regresaron la joven traía un paquete chato de aproximadamente un tercio de metro cuadrado. Después que ella abandonó la tienda, el hombrecito adoptó un tono áspero y duro.
—Lo que ustedes necesitan... es bastante difícil. No sé muy bien cuánta información existe acerca de Martín García. Necesito por lo menos tres días para reunir los datos y organizados.
—Por lo tanto, dentro de tres días a esta hora —dijo Spada—. Vendrá uno de nosotros.
—Será mejor que primero telefoneen. Tengo un grupo muy heterogéneo de clientes. Por ejemplo, esta señora Moreno. Es la segunda esposa de uno de nuestros generales prominentes. A él le agrada la pornografía antigua. Ella colecciona ese material para su marido. Y yo le vendo todo lo que encuentro. ¡Ay de mí! Por desgracia, soy demasiado viejo para sentir placer con esas cosas. Cuando llamen, mencionen los *Tratados* y la edición de 1552.
Díganme que el asunto podría interesarles si se modifica el precio. Oh, ahora que hablamos del precio...
—No hablemos de dinero —observó cortésmente John Spada—. Necesitamos el mapa y sus servicios. Estamos dispuestos a pagar ambas cosas.
—¡Por favor! —El hombrecito deseaba vivamente evitar todo lo que fuera un malentendido—. Para los amigos de Proteo el precio es mínimo; pero siempre hay gastos incidentales, rubros accesorios...
—Siempre es así —dijo John Spada—. Estoy seguro de que coincidiremos sin dificultad. Y ahora, me agradaría olvidar un momento las cuestiones prácticas y examinar algunos de los tesoros que guarda aquí.

—Por ejemplo, éste... —El Espantapájaros señaló un ancho mapa sobre pergamino, preservado cuidadosamente por una lámina de vidrio. El hombrecito miró a su interlocutor con una actitud de renovado respeto.
—Ah, veo que usted tiene el ojo del conocedor. Se trata de una de nuestras piezas más valiosas. Su autenticidad está perfectamente demostrada. Es uno de los mapas del Río de la Plata, preparado por el cartógrafo de Pedro de Mendoza en 1536...
—He visto otro parecido en Londres —dijo el Espantapájaros.
—Seguramente usted viaja mucho.
—Por desgracia, así es. Envidio.su vida de estudioso, rodeado por piezas tan bellas.
El hombrecito frunció el ceño y se movió incómodo sobre los pies.
—¡Por favor! Jamás diga de un hombre que es feliz. Trae mala suerte. En estos tiempos uno debe sentirse agradecido si consigue conservar la vida. Mi nieto, un muchacho de dieciocho años, fue asesinado por los militares hace seis meses.
—Lo siento —dijo John Spada—. Mi hija está en poder de la policía. Y su marido, Rodolfo Del Valle, se encuentra detenido en Martín García.
—Lo sé. Su padre es un antiguo y apreciado amigo. Durante muchos años le he vendido grabados. Haré todo lo que sea posible para ayudar. Pero ahora márchense. Y no olviden la contraseña...
—No lo olvidaré. Dentro de tres días hablaremos del precio de los *Tratados,* edición de 1552. A propósito, ¿quién es el dueño de esa edición?
—Está en la biblioteca del presidente. Lo cual no significa que jamás la lea. Pero estoy seguro de que ni usted ni yo podremos comprarla nunca. Vayan con Dios, amigos míos.
—¿Todavía cree en Dios, señor González? —preguntó John Spada.
—Con más dificultad cada año que pasa —dijo el minúsculo caballero—. Pero si usted puede entrar en Martín García, el domingo asistiré a la misa de la catedral.
Cuando salieron de la tienda a la luz de un atardecer polvoriento, el Espantapájaros dijo:
—Señor Spada, permítame decirle que usted es un hombre sorprendente.
—Doctor, permítame decirle que deseo estar en condiciones de abrir esa maldita prisión como si fuera una lata de sardinas... ¡y no quiero que la llave se me rompa en las manos!
—Amén —dijo el Espantapájaros.
El hombre que estaba detrás del escritorio parecía un actor a quien le habían asignado el papel de dictador militar. Era delgado y moreno, y tenía una expresión sombría. El uniforme le ajustaba perfectamente. Tenía gestos medidos. Disimulaba su acento argentino con una apariencia de español castizo. Trataba de ocultar su hostilidad tras una máscara que quería ser puntillosamente formal.
—...Como presidente de Argentina, rara vez intervengo en los asuntos de mis ministerios. Sin embargo, como gesto de fraternal buena voluntad hacia el presidente de Estados Unidos, realicé un estudio personal del caso de Teresa Spada. No me cabe ninguna duda de que es culpable, como se la acusa, de ayudar y proteger a los enemigos del Estado y de obstruir la investigación policial. Confrontada con todas las pruebas, redactó y firmó una confesión completa y libre. También firmó una declaración en el sentido de que, mientras estuvo detenida, se la trató con el respeto debido a su sexo y a sus derechos legales y personales. Todo esto está incluido en el protocolo y confirmado por los documentos fotostáticos que ahora mismo le entregaré. Ahora bien, señor embajador... —El general se recostó en el respaldo del sillón y uriió las manos, apoyando unas en otras las yemas de

los dedos, como un inquisidor que examina un interesante problema teológico—. Bien, señor embajador, ya ve cuál es mi dilema. Esta joven es ciudadana norteamericana, y se le concedió el privilegio de residir y trabajar en este país. Ha cometido graves delitos, que se castigan con largas penas de cárcel. El juramento que presté me obliga a mantener la ley y el orden, y el debido proceso de la justicia, *¿*Qué haría usted si estuviese en mi lugar?

El embajador Charles Bewley se permitió una breve sonrisa.

—Señor presidente, fui banquero antes de convertirme en diplomático. Pienso en términos de costos y utilidades. Un acto de clemencia no le costaría nada y ciertamente le aportaría buenos dividendos.

—¿Qué clase de dividendos, señor embajador?

—Mejores relaciones con la Casa Blanca. Cierta medida de absolución personal frente a los excesos de sus subordinados.

—¿Usted cree que yo necesito que me absuelvan? —Había un leve matiz de cólera en la pregunta—. Usted habla como un banquero. Yo pienso como historiador y soldado. ¡Las revoluciones no se hacen con agua de rosas!

—Sebastian Chamfort a Marmontel. Señor presidente, yo también leí historia. Conozco muy bien la historia reciente. El caballo que usted montó al entrar en el palacio fue ensillado por los intereses comerciales norteamericanos y de otros países instalados en esta nación. Si usted desea continuar montando ese caballo necesita mercados para sus productos agrícolas e inversiones industriales para emplear a sus trabajadores desocupados. El quince por ciento de sus exportaciones corresponde a compañías controladas por John Spada. El diez por ciento de la inversión en dólares existente en la Argentina pasa por sus manos. ¿Y pretende mantener detenida a su hija?

—No. Quiero saber lo que obtendré si la libero.

—En tal caso, hable con el propio Spada. Está esperando afuera. Pero acepte mi consejo, señor presidente: será mejor que yo lo vea primero, con el decreto de libertad en el bolsillo.

Se hizo un silencio prolongado en la habitación, y lo interrumpió únicamente el sonido del reloj depositado sobre la repisa de la chimenea. Finalmente, con movimientos cuidadosos y medidos, el presidente anudó la cinta rosada alrededor del pliego depositado sobre el escritorio y entregó el documento a Bewley:

—Ahí está todo. El protocolo, los documentos, el decreto de libertad. La joven será llevada a su embajada mañana a mediodía, deseo que salga del país en el plazo de doce horas.

—Gracias, señor presidente. —Charles Bewley se puso de pie y se arregló la chaqueta—. Llamaré a la Casa Blanca y a mis colegas del Departamento de Estado. Estoy seguro de que se sentirán complacidos por su decisión. ¿Puedo saber ahora qué hará en el caso del esposo de esta señora… Rodolfo Del Valle?

—No haré nada—dijo serenamente el presidente—, por la sencilla razón de que nadie sabe dónde está. No fue arrestado, pese a lo que usted sugiere. Ni la policía ni las fuerzas de seguridad tienen la menor idea de su paradero.

Bewley asimiló en silencio la respuesta. El presidente agregó un frío comentario.

—…Sin embargo, incluso si estuviese detenido, su caso sería tratado como un asunto interno. Digamos que la intromisión de Estados Unidos representaría un acto indiscreto.

—Por lo tanto, debo informar al señor Spada que su hija será liberada pero que no hay constancia del paradero del marido.

—Exactamente, señor embajador. También debe informarle que no se permitirá el reingreso de su hija en Argentina, y que nos agradaría que él mismo limitara sus propias visitas al mínimo necesario para administrar sus negocios aquí.
—Con todo respeto, señor presidente.
—¿Sí, señor embajador?
—Usted aceptó recibir al señor Spada cuando terminemos de conversar. ¿Puedo sugerirle que una actitud más humana de su parte en definitiva sería más ventajosa para su país? El señor Spada es un hombre muy influyente.
—Agradezco su consejo. —El presidente adoptó un tono brusco—. ¿El señor Spada habla español?
—Español, francés, italiano, alemán... y creo que ruso.
—Una formidable hazaña.
—En general, es un individuo formidable... Buenos días, señor presidente.
—Hasta la próxima vez, señor embajador.
En la antecámara, Bewley ofreció a Spada un último consejo.
—Teresa saldrá el libertad mañana. El presidente niega conocer el paradero de Del Valle. Ahora lo verá. ¡Por Dios, modérese! Lo esperaré en el automóvil.
Spada asintió, pero no dijo nada. Bewley vaciló un momento y al fin se marchó, rígido como una estatua de mármol bajo la mirada del guardia. Sonó un timbre. El guardia abrió la puerta de la cámara presidencial, y con un gesto indicó a Spada que entrase, lo saludó al pasar y después cerró silenciosamente la puerta.
Spada había esperado encontrarse en una gran sala que lo obligaría a caminar hasta acercarse a los pies del potentado. En cambio, encontró al presidente en el centro de la habitación, en la actitud de un anfitrión grave y arrepentido. Su primer saludo fue una reverencia. El segundo, una disculpa.
—Señor Spada, no le ofrezco la mano. Estoy seguro de que no desea aceptarla. Si yo me encontrase en su lugar, sentiría lo mismo... Sin embargo, abrigo la esperanza de que soportará mi presencia unos instantes.
John Spada no dijo nada. El presidente lo invitó a sentarse, y después se puso frente al visitante, siempre de pie. Dijo con voz serena:
—Señor Spada, sé lo que piensa. Su hija todavía está en manos de la policía. Usted no hará ni dirá nada que pueda comprometer su seguridad. Por consiguiente, le digo que sea cual fuere el contenido de nuestro diálogo aquí, su hija será liberada mañana al mediodía. Informé a su embajador que ella debe salir del país en el plazo de doce horas.
—Mi avión ya está preparado. Nos embarcaremos apenas liberen a mi hija. Abrigaba la esperanza de que el marido también podría acompañarla.
—Nada me habría complacido más, señor Spada. Por desgracia, parece que él se ha ausentado, lo cual, dadas las circunstancias, no es muy meritorio.
—Fue secuestrado, señor presidente, y tengo testigos que lo confirman.
—En tal caso, usted debería presentar dichos testimonios a la policía.
—¿Y crear una situación de peligro para los testigos? No, gracias.
Una débil sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios del presidente. Dijo:
—Usted es un hombre como yo, señor Spada. Comprende los usos y las exigencias del poder. Su hija fue torturada y violada por interrogadores profesionales que obedecen mis órdenes. Si hubiese sabido desde el principio quién era, jamás se la habría molestado. Tengo tres hijas. Me estremezco el pensar que puedan caer en manos de mis propios secuaces. Pero en este país inestable, me veo obligado a utilizar esos métodos y a gente como ésa. ¿Acaso no hay un proverbio que dice: "El miedo defiende el jardín mucho mejor que el jardinero"? Si usted siente necesidad de una venganza personal, le daré los nombres y las direcciones de los

Librodot

funcionarios responsables. Incluso se los enviaré a Nueva York, donde usted podrá tratarlos como le plazca. Pero, ¿de qué le serviría? Habría otros que ocuparían sus lugares, del mismo modo que usted sustituye a los perros guardianes de sus fábricas cuando se amansan o se dejan dominar por la pereza. De modo que le ofrezco una venganza más dulce. Me humillo ante usted. Le pregunto qué efecto tendrá este asunto infortunado sobre sus relaciones comerciales con mi país.
— ¡Al demonio con el comercio! Hablemos de mi hija. La arrestaron y torturaron porque realizó un acto compasivo... extrajo la bala a un hombre herido en un procedimiento policial.
—Sepor Spada, ya le dije cuánto me pesa lo que sucedió. Ahorame preocupa un asunto más amplio: el bienestar económico de mi pueblo.
—Los negocios son como la prostitución —dijo derechamente John Spada—. Los burdeles continuaban abiertos mientras lavaban la sangre de César en la escalinata del Foro. Mis empresas continuarán aquí cuando usted haya muerto... a menos que desee expropiarlas, lo que no puede permitirse hacer.
—¿Y su actitud personal hacia mi gobierno?
—Es un asunto íntimo; de todos modos, le diré algo. Usted no tiene gobierno. Tiene una tiranía.
—De todos modos, señor Spada, usted se beneficia... y sus ganancias se han duplicado desde que yo ocupé la presidencia.
—Lo sé. ¿Qué quiere que haga al respecto? ¿Que me ahorque como un Judas o me mate porque es un carnicero?
—Señor Spada, estaría muerto antes de que oprimiese el disparador de su arma.
—Habría que verlo. ¿Usted lee mucho, señor presidente?
—Ahora muy poco... excepto los documentos oficiales.
—Que lástima. Parece que le agradan los proverbios, recuerde éste de Cervantes: "A cada puerco le llega su San Martín." Le deseo buenos días, señor.
—Buenos días, señor Spada —dijo sombríamente el presidente—. Confío en que compruebe que su hija goza de buena salud.
Esa noche, en el apartamento prestado por George Kunz, Spada celebró consejo de guerra. Estaban allí el Espantapájaros, el mayor Henson, un individuo moreno y taciturno con acento de la región oeste del país y un ojo atento a los civiles que lo rodeaban, Salvador González, comerciante de libros y grabados raros, y un hombre delgado de piel morena y casi sesenta años: el padre de Rodolfo Del Valle. El informe de Spada fue preciso y detallado.
—Teresa será entregada mañana a mediodía en la Embajada de Estados Unidos. Volaré con ella a Nueva York. Allí me ocuparé de que sea bien atendida y resolveré algunos asuntos comerciales; después, iré a Europa para vincularme con las centrales de los grupos revolucionarios, y también para buscar una nueva identidad. Regresaré cuanto antes.
—¿Cuánto tiempo se ausentará? —preguntó el Espantapájaros.
—Supongo que diez días A lo sumo dos semanas. Entretanto, confío en que ustedes elaboren un plan para sacar a Rodo de Martín García. ¿Hay novedades en ese asunto?
—Usted ya dispone de un cuartel general —dijo Del Valle padre—. Tengo unas cien hectáreas de cultivos a orillas del río. Hay una casa grande y el personal es fiel. Está sólo a veinticinco minutos en automóvil de Martín García.
—Los planos de la prisión... —El pequeño anticuario habló con firmeza—. Poseo un viejo plano de las instalaciones más antiguas, y una carta actualizada del río. Hay una pequeña compañía que realiza exploraciones en avión. Estamos tratando de encontrar un hombre que tome fotografías desde el aire.

Librodot

—Hablé con Sánchez —dijo el Espantapájaros—. Es el hombre a quien conocimos en el bar. Está preparando bocetos de la distribución de las casas, y de todos los puntos estratégicos que puede recordar. También nos suministró detalles acerca de la rutina de la cárcel... creo que hará más si usted puede regresar con una autorización de su grupo político.
—Yo puedo suministrar vehículos —dijo Del Valle padre—. Dos jeeps y un par de camiones. También escopetas y pistolas.
—¿Hombres? —Spada formuló la pregunta.
El estanciero meneó la cabeza.
—¡No! No puedo comprometer a mi personal.
—También en esto debemos acudir a Sánchez —dijo el Espantapájaros—. Es un organizador del movimiento clandestino, pero no arriesgará la seguridad de sus grupos si no tiene la aprobación oficial de sus dirigentes. Sin embargo, una vez que tengamos el permiso correspondiente, Henson puede iniciar un programa de entrenamiento.
—¿Entrenamiento para qué? —Era la primera vez que Henson hablaba—. Eché una ojeada a Martín García; fui en una lancha local. No hay modo de entrar, como no sea bombardeando el lugar con un crucero. Y aunque entráramos, después no hay modo de salir. No es más que una inmensa trampa. Si quieren rescatar a ese hombre, habrá que conseguir que las autoridades del lugar lo entreguen.
—¿Y cómo piensa lograr eso? —preguntó Salvador González.
—Todavía no lo sé. La información disponible todavía es demasiado reducida. Ignoro si podemos organizar una operación sin datos adecuados: geografía, horarios, detalles del personal de la cárcel, comunicaciones locales. Una tarea como ésta puede insumir varias semanas.
—Es posible que mi hijo no sobreviva tanto tiempo —dijo Del Valle padre.
—Mucha más gente morirá si echamos a perder la operación.
—Hay un problema —dijo el Espantapájaros—. Rodolfo Del Valle es un liberal. Nunca fue miembro del movimiento revolucionario. ¿Por qué habrían de arriesgar a su propia gente para liberarlo?
—Precisamente por eso voy a Europa —dijo John Spada—. Quiero concertar un acuerdo con los grupos revolucionarios. Si nos ayudan con Rodo, los ayudaremos a liberar a la persona que ellos nos indiquen.
—De modo que ahora estamos hablando por lo menos de dos personas. —Henson era un hombre muy tenaz—. También hablamos de doble riesgo... los hombres de los servicios de seguridad por una parte, y los grupos revolucionarios por otra. Me desagradaría mucho quedar atrapado en ese cascanueces.
—Permítanme decir algo. —Del Valle padre se convirtió de pronto en una figura principal del grupo—. Conozco a mi hijo. Jamás consentirá que lo salven a costa de la vida de otros hombres.
—Lo necesitamos—dijo secamente Spada—. Necesitamos que su voz atestigüe contra la tiranía existente en este país.
—Su esposa quizá tenga algo que decir.
—¡De ningún modo! —contestó John Spada con gesto sombrío—. Lo que hagamos en adelante lo haremos por nuestras propias razones, a nuestro propio riesgo. Y ahora veamos cuál es la información necesaria y dónde podremos obtenerla...
Puntualmente a las doce del día siguiente Teresa Spada fue entregada, bajo escolta militar, a la Embajada de Estados Unidos. Cuando Spada la vio subir cojeando los peldaños de la embajada, mientras rechazaba el brazo de un miembro de la escolta, comenzó a maldecir dominado por una cólera impotente. La joven tenía veintiocho años, pero sus cabellos oscuros estaban salpicados de gris, y

Librodot

tenía la piel manchada y transparente, como la miel en una jarra. Hubiera podido ser hermana de sangre de la Madonna Annunziata de Palermo, con los mismos ojos grandes y sombríos, y la misma ironía triste en los labios. Aunque no había deformaciones visibles se apoyaba en un bastón, y cuando John Spada la apretó contra su pecho, ella se estremeció y murmuró:

—Papá, trátame con suavidad. Todavía me duele.

Hubo una breve y tensa ceremonia de bienvenida en la embajada, un rápido viaje a través de la ciudad, un premioso intercambio diplomático en el aeropuerto, y unos minutos después atravesaron la pista en dirección al gran Boeing que tenía el emblema de Spada pintado en el fuselaje. La trasera del avión había sido convertida en una sala de urgencia, atendida por un médico y una enfermera. La joven protestó débilmente, pero Spada se mantuvo firme.

—El viaje hasta Nueva York es largo, y no deseamos sorpresas desagradables en el camino. El doctor Timmins te examinará y verá qué necesitas a la llegada. Por favor, permite que ahora te atendamos.

—¡Prometiste hablarme de Rodo!

—Sabemos que vive... está en Martín García. Hay un equipo completo trazando planes para sacarlo de allí. Regresaré apenas estés instalada. Confía en mí, bambina.

—¡No tengo más remedio, papá!

Y entonces comenzó a llorar, con lágrimas suaves y agradecidas; y cuando partieron, ella sostuvo la mano de Spada y apoyó la cabeza en el hombro de su padre, y dejó escapar un profundo y estremecido suspiro de alivio, como un niño que despierta de una pesadilla. El verdadero horror de la pesadilla se perfiló nítidamente una hora después, cuando el doctor Timmins vino a presentar su primer informe.

—John, le apliqué un sedante. Dormirá dos o tres horas.

—¿Cómo está, doctor?

—¿Sabe que perdió al niño?

—Sí, explíqueme el resto.

Timins vaciló un momento, y después comenzó a repasar sus anotaciones, y habló con expresiones concisas y secas.

—Hay amplias pruebas de trauma, tanto interno como externo. La región dorsal inferior está lastimada, como si la hubiesen golpeado repetidas veces. Hay daños en el quinto disco lumbar e inflamación del nervio ciático... por eso cojea. Ambos pechos muestran marcas de quemaduras, provocadas por cigarrillos o cigarros. Los pezones están cauterizados, será necesario abrirlos quirúrgicamente para permitir la lactación después del parto. La han violado repetidas veces, tanto mediante la interveción física de hombres como con instrumentos, de modo que hay considerable daño en los tejidos y las membranas. Se observan irregularidades cardíacas, probablemente imputables a la repetida aplicación de descargas eléctricas. Hay daños en los ríñones y el bazo. Se observan estertores en ambos pulmones, y ella misma se diagnosticó neumonía después de la tortura del agua.

—¡Bastardos! ¡Bastardos sanguinarios y sangrientos! ¿Qué le sucederá ahora?

—Se recuperará físicamente de la mayor parte de los daños, aunque habrá secuelas; y será necesario someterla durante mucho tiempo a observación regular.

—¿Cómo está mentalmente?

—Bien, parece lúcida, serena, casi diría estable. El mejor signo es que su preocupación está centrada no en ella misma sino en el marido y los detenidos que

continúan en la cárcel. John, es una mujer muy valiente. Debería sentirse orgulloso de ella.
—¿Podrá tener más hijos?
—Lo dudo.
-¿Ella lo sabe?
—Es médica. Forzosamente tiene que sospecharlo.
—¡Dios mío! ¿Quiere que bebamos una copa?
— Con mucho gusto.
La bonita azafata, con el emblema de Spada en la pechera, sirvió las bebidas, permaneció un momento esperando insegura la sonrisa de agradecimiento de John Spada y después se alejó, decepcionada. Spada bebió un largo trago y permaneció sentado, los ojos fijos en el vaso. Finalmente preguntó:
—Doctor, ¿puede hacerme un favor?
—Por supuesto.
—Redacte sus anotaciones de tal modo que sea posible publicarlas. Deseo difundirlas en la prensa y en todos los periódicos médicos.
Timmins meneó la cabeza.
—No puedo hacer eso sin el consentimiento de mi paciente. Y no creo que éste sea el momento oportuno para solicitarlo.
—En ese caso, dejemos el asunto.
—Hay algo más, John.
-¿Qué?
—La prensa... manténgala alejada de su hija. De nada servirá que ella reviva una experiencia tan terrible y dolorosa.
—Ya he pensado en ello. Una ambulancia nos esperará en el aeropuerto Kennedy. Llevaré a Teresa directamente a su clínica. Y allí la acompañará su madre.
—John, también a usted lo necesitará.
—Necesita más al marido.
—¿Cuáles son las posibilidades de Del Valle?
—Reducidas. Ya vio lo que le hicieron a Teresa, aunque sabían que sería liberada. Imagine lo que pueden hacerle a uno de sus propios connacionales... iy uno de sus más enérgicos críticos! Doctor, vivimos en un manicomio. ¡Un manicomio dirigido por carniceros psicópatas! —De pronto se inclinó en el asiento para acercar su rostro al del médico—: ¿Todavía duerme?
—Sí, y continuará así todavía un rato. ¿Por qué?
—Tengo que verla. Necesito recordar todo lo que le hicieron.
—¡John, por favor!
— ¡Muéstreme!
Timmins se encogió de hombros, desabrochó el cinturón del asiento, y caminó hacia el compartimiento de la cola del avión. Hizo un gesto a la enfermera, que fue a hablar con la azafata. Timmins preguntó nuevamente:
—¿Está seguro de que desea esto?
—Muy seguro.
Timmins retiró la sábana y levantó la bata quirúrgica, de manera que quedó al descubierto todo el cuerpo de Teresa. Spada la miró largo rato, después se inclinó y besó las marcas de la tortura y cubrió de nuevo a su hija, como si hubiera sido una niña dormida. Se limitó a decir:
—Gracias. Ahora sé lo que debo hacer.
Después, dio media vuelta, regresó a su asiento y pidió otra copa.
Era medianoche cuando llegaron a Nueva York, y las dos de la madrugada cuando Teresa estuvo instalada en la clínica, atendida por una enfermera especial; Anna

Librodot

ocupaba la habitación contigua. Spada estaba sorprendido ante la serenidad de Anna, y la decisión que demostraba en sus esfuerzos por infundir fuerza y esperanza a Teresa. Estaba brutalmente fatigada. Tenía los ojos brillantes a causa de las lágrimas que no atinaba a derramar; pero permanecía sentada, serena, controlada y tierna, y al fin consiguió que Teresa se durmiese. Después, tomó la mano de Spada y lo llevó a la habitación contigua.
Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, y después lo apartó un poco, mientras le decía:
—Giovanni, eres un hombre bueno. Ambas tenemos suerte porque podemos contar contigo. Ahora tienes que regresar a casa. Carlos te servirá la cena.
—¿Estarás bien aquí?
—Muy bien, no te preocupes.
—Anna, muy pronto tendré que partir otra vez.
—Entiendo. Eso es lo que deseo decirte. Deja a Teresa por mi cuenta. Ahora esto es cosa de mujeres. Cuando se sienta mejor, la llevaré a Bay House. ¿Adonde irás?
—Anna, es mejor que no lo sepas. Diré que estoy en un lugar e iré a otro. Prometí a Teresa...
—Sé lo que le prometiste... que traerás a Rodo. Pero yo quiero que tú también vuelvas. Recuérdalo, amore.
—Siempre, querida Anna. Siempre. Pero durante un tiempo debo gozar de la libertad necesaria para ir y venir, aparecer y desaparecer sin responder a preguntas. Lo que haga tendrá que ser asunto mío... y sólo mío. ¿Entiendes?
—No necesitas explicarme nada, amore. Sé muy bien lo que significa esa expresión en tus ojos.
—¿Me lo censuras?
—No. Eres el jefe de la familia. Siempre nos protegiste. Sea cual fuere tu actitud, no te haré reproches. Pero ahora, vuelve a casa. Vuelve a casa y duerme.
Se abrazaron otra vez, y durante un instante él sintió el deseo de que Anna le pidiese quedarse. Pero ella lo empujó suavemente hacia la puerta y volvió para echar una última ojeada a Teresa, que gracias a los sedantes dormía tranquila. Mientras Spada descendía por los corredores y salía el aire frío de la madrugada, tenía la impresión de que un desconocido se le había metido bajo la piel: un duelista sombrío y siniestro, que ansiaba llegase la hora de cruzar las espadas en el campo de duelo.
A la mañana siguiente, cuando pasó por la clínica en su camino a la oficina, por primera vez oyó el relato del arresto y la cárcel de labios de la propia Teresa. Al principio él intentó disuadirla, pero la joven rechazó todas las objeciones.
Teresa habló con voz nerviosa:
— ¡Por favor, papá! Tengo que hablar. Lo aprendí de otros. Algunos habían soportado mucho más que yo; pero todos coincidían en que era mejor decir las cosas, aunque fuesen las más bestiales. Si uno no lo hace, se siente tan mezquino y sucio y cobarde que puede llegar a enloquecer. Para conservar la cordura, es necesario que las cosas mantengan cierta proporción humana. ¡De modo que déjame hablar, papá! Parte de lo que diré es mi confesión, y también necesito eso.
— ¡Bambina, en el mundo nadie tiene derecho de juzgarte! —Pero tengo que hablar, papá. Arriesgas tanto por Rodo. Tienes que saber cómo es esa gente... — Comenzó a hablar en un estilo tan clínico y desapasionado que lo mismo hubiera podido estar explicando un caso para beneficio del cirujano residente durante la ronda matutina—.... Estaba en mi casa, después de un largo día en la clínica. Poco antes de medianoche recibí una llamada telefónica de una de las Hermanas, para pedirme que fuese a cierta dirección en uno de los barrios pobres de la ciudad. Fui

y allí encontré a varias personas, algunas conocidas, y entre ellas un joven que había sido herido de bala durante un allanamiento policial. Le extraje la bala y lo vendé, de manera que pudieran trasladarlo a otro sitio. Después,
volví a mi casa. A la noche siguiente me arrestaron. Me vendaron los ojos y me llevaron a un lugar que, según supe, llamaban la Feria de las Diversiones. Era el cuartel general de la policía de seguridad. Allí esperé tres horas en un calabozo. Después, me llevaron a la oficina del mayor López Mitchell. Era un hombre de casi cuarenta años, muy apuesto y muy cortés. Me leyó un relato bastante exacto de mis actividades de la víspera. Señaló que yo había cometido un acto criminal... aunque no estaba dispuesto todavía a presentar la acusación formal. Entendía que mis motivos eran puros, compasivos y apolíticos. De todos modos, y aunque fuese involuntariamente, me había enredado con elementos políticos y criminales. Por consiguiente, me pedía que le suministrase una información detallada acerca de todas las personas que habían participado en el episodio de la víspera. Una vez que yo hablase, podría salir en libertad y reanudar mi vida normal como una apreciada huésped de Buenos Aires.
"Le dije que no podía satisfacer sus requerimientos. Preguntó por qué. Expliqué que me lo impedía el juramente hipocrático, que me prohibía revelar nada que hubiese llegado a conocer mientras practicaba el arte de curar. Le pareció un razonamiento aceptable. Incluso elogió lo que denominó mi 'fidelidad profesional'. Después, con palabras muy persuasivas comenzó a defender otra línea de razonamiento: que en condiciones anormales, en condiciones críticas para una comunidad, debían prevalecer otras consideraciones, porque los ciudadanos corrían peligro de muerte. Incluso citó el argumento clásico de Aquino en las situaciones que representan un dilema moral: 'el mayor bien para el mayor número'. Le contesté que sólo yo podía juzgar en el ámbito de mi propia conciencia. Aceptó también esta respuesta; abrigaba la esperanza de que yo le concediera la misma libertad de conciencia en el cumplimiento de su deber. Convine en que así debía ser.
"Después dijo... recuerdo muy claramente las palabras: 'Estimada señora, lamento tener que condenarla ahora a una temporada en el infierno. Si desea verse liberada de eso en cualquier momento, llámeme y responda a mis preguntas. Mientras no haga eso, no tendrá esperanza...' El significado de sus palabras era claro. Si no cooperaba, me entregaría a los torturadores. Una hora después estaba en manos de esos hombres. Y así continué siete días... En definitiva, les dijo todo lo que deseaban saber. Traicioné a Rodo, a nuestros amigos, a todos.
—Siete días es una eternidad —dijo serenamente John Spada—. En la guerra incluso los mejores hombres a lo sumo podrían soportar cuarenta y ocho horas. De modo que no debes sentirte culpable... ni siquiera por Rodo. Si no lo hubiesen atrapado de este modo, habrían descubierto otro camino.
—Cuando pienso en ello, me digo lo mismo. Pero mi corazón habla de otro modo. Si no nos hubiéramos enamorado, si no nos hubiésemos casado, si yo no llevase a su hijo en mi vientre, Rodo habría tenido más posibilidades... Es el horror que ellos crean. En sus manos, incluso el amor es un arma.
De pronto comenzó a temblar, como si estuviese al comienzo de un acceso de fiebre. Se recostó sobre las almohadas y cerró los ojos. Spada limpió el sudor pegajoso que cubría la frente y las manos de su hija. Se inclinó y la besó.
—Duerme, bambina. Yo traeré de regreso a Rodo.
Y en el momento mismo de formular la promesa, Spada se preguntó si no debía tener precisamente el cumplimiento de la promesa... y si un certificado de

Librodot

defunción no era un regalo más humano que una de las grotescas víctimas de la Feria de las Diversiones.

CAPÍTULO 5

Apenas se había instalado frente a su escritorio cuando Kitty Cowan fue a decirle que Max Liebowitz había llegado sin anunciarse y reclamaba verlo inmediatamente. En un momento de irritación Spada pensó negarse a recibirlo; pero inmediatamente se impuso la cordura: Max Liebowitz era un hombre demasiado puntilloso para arriesgar un desaire sin buenos motivos; más valía recibirlo y acabar de una vez.
Liebowitz era un hombre menudo y moreno, brusco y áspero, más o menos como quien sufre una dispepsia crónica. Pero esta mañana tenía una actitud moderada, casi amistosa. Sus primeras palabras fueron para disculparse.
—No pretendo entrometerme, pero después de lo que leí en los diarios, quise venir a decirle que estoy profundamente indignado por lo que le sucedió a su hija.
—Es muy amable de su parte, Max.
—Comprendo estas cosas. Perdí a muchos parientes en los campos de concentración. Y algunos de los responsables de esas muertes ahora son ciudadanos respetables en América del Sur.
—Lo que allí sucede es repulsivo.
Spada se sintió desconcertado, porque de pronto descubría que estaba frente a un adversario diferente.
—Lo que sucede en todas partes es repulsivo —dijo Max Liebowitz— . Estuve pensando en que era mejor que no lo hiciéramos más repulsivo el uno para el otro.
—¿Qué está pensando, Max?
—No es fácil decirlo. De modo que trataré de aclarar mi pensamiento.
—Como quiera.
— ¡Bien!... —Liebowitz extrajo del bolsillo un pañuelo de seda y comenzó a limpiar sus anteojos—. Tengo en el bolsillo los votos de Channing... en número suficiente para presentar batalla, y tal vez suficientes para vencer en una asamblea de accionistas. Tengo algo más que los votos. Me favorece el sentimiento, compartido por muchos, de que el gobierno unipersonal no puede durar eternamen-te. Usted no es, disculpe la expresión, una dinastía como los Ford, los Mellon o los Rockefeller. De modo que el futuro de la corporación encierra algunas incógnitas. Incluso podría verse amenazado. Necesitamos sentirnos seguros de la continuidad de la administración. Y estamos dispuestos a luchar para alcanzar el objetivo...
Spada no dijo nada. Liebowitz le dirigió una sonrisa fría y tensa.
—¿Le parece que podríamos pedir café? No tuve tiempo para desayunar esta mañana.
—Por supuesto. —Spada llamó a Kitty Cowan—. Envíenos café y bollos.
—Prefiero croissants —dijo Max Liebowitz.
—Croissants —repitió Kitty Cowan por el intercomunicador—. Inmediatamente.
—Usted estaba hablando de una batalla —dijo Spada.
—En efecto —dijo Max Liebowitz—. Pero ahora no es el caso. Me enteré de algunas cosas que no conocía antes. Su amigo Feldman está conmigo en un comité que trata de ayudar a nuestro pueblo en la Unión Soviética. Me dice que usted intervino personalmente en el asunto de Lev Lermontov. Además, está el asunto

Librodot

del banco de San Diego. Ahí perdimos medio millón. Llamé a Waxman. Me explicó que estamos manteniendo a la familia del hombre que nos robó una suma tan considerable.
—Y por supuesto, usted coincide con nuestra actitud.
—De ningún modo. Creo que es una estupidez, pero respeto al hombre que la comete. Además, creo que en este momento ese hombre afronta más dificultades que las normales.
—¿Qué quiere dar a entender, Max?
— ¡Por favor! —Liebowitz desechó la pregunta—. Usted promovió a Mike Santos. Eso me agradó. No sé si es tan bueno como Conan Eisler, pero...
— ¡Es mejor, Max! ¡Mucho mejor!
—Tal vez, tal vez. Por lo menos, estoy dispuesto a esperar los resultados.
—¿Cuánto tiempo?
—Un año a contar del día en que usted renuncie.
—¿Y cuándo cree que presentaré mi renuncia?
Antes de que Liebowitz tuviese tiempo de responder, se abrió la puerta y Kitty Cowan entró con la bandeja, con el café y los croissants. Se demoró lo suficiente paa preguntar:
—Jefe, ¿ha visto el Wall Street Journal?
—Todavía no —dijoJohn Spada—. Vine directamente del hospital. ¿Por qué?
—Hay un artículo acerca de Spada Consolidated
—Lo tengo encima —dijo Max Liebowitz.
Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, extrajo un recorte y lo depositó frente a Spada. Kitty dirigió un guiño de advertencia a John Spada y salió de la habitación. Spada recogió el recorte y leyó:
Un ominoso silencio se cierne sobre la torre de vidrio de Spada Consolidated. John Spada jamás se mostró paciente con los tontos. Parece improbable que soporte sin reaccionar los agravios infligidos a su hija y la sospechosa desaparición de su yerno en Buenos Aires. El ejecutivo Mike Santos insiste en que la frase "se trabaja como de costumbre" es absolutamente cierta; pero los veteranos del mercado prevén movimientos dramáticos en el futuro próximo. Spada tiene notable reputación como estratega, y nosotros recomendamos a los lectores que observen atentamiente el nivel de las cotizaciones... y también que no pierdan de vistas las columnas de noticias.
John Spada plegó el recorte y encogiéndose de hombros lo devolvió a Max Liebowitz:
—De modo que los sabuesos de las noticias están ladrando a la luna. Pronto se fatigarán de practicar ese ejercicio.
—Pero entretanto es muy posible que acaben despertando a los lobos —dijo tranquilamente Max Liebowitz—. Ya le dije que necesitamos sentirnos más seguros.
—¿Y se logrará con mi renuncia? —preguntó fríamente Spada.
—La cosa no es tan sencilla. —Max Liebowitz dividió en dos un croissant e introdujo una mitad en el café—. Supongo que podemos concertar un acuerdo. Yo lo apoyo con las acciones de Channing en la próxima asamblea. Se lo confirma en el cargo de presidente. Después, usted declara que continuará en el puesto sólo un año, e inmediatamente se designa un sucesor. Usted asciende a la posición de presidente del directorio.
—¿Y el sucesor sería...?
— Si demuestra que lo merece, Mike Santos. En caso contrario será Conan Eisler.

Librodot

—Y usted se impone sin necesidad de luchar. —John Spada esbozó una sonrisa de admiración—. Le ofrezco mi cabeza en bandeja de plata, y no se derrama una gota de sangre. ¡Muy prolijo, Max!
—Así lo creo. —Liebowitz se limpió la boca con una servilleta—.
Usted no tendrá que afrontar éste espinoso problema. Resuelve una desagradable situación política en el ámbito de la compañía. Y ofrece a los accionistas la continuidad que necesitan.
—Dígame una cosa, Max. ¿Qué espera realmente que yo responda a eso?
—Sólo que lo pensará —dijo plácidamente Max Liebowitz.
—Haré más —dijo John Spada—. Usted elimina del asunto a Conan Eisler. Acepta la confirmación de Santos como presidente, con un contrato por cinco años. Acepta a Maury Feldman como presidente del directorio. Usted ocupa el cargo de vicepresidente. Y yo me retiro inmediatamente.
Liebowitz lo miró asombrado.
—¿Quiere decir...?
—Exactamente lo que estoy diciendo, Max.
—No sé si es una buena idea.
—¿Por qué?
—Demasiado repentino. Podría deprimir el valor de las acciones. Necesitamos más tiempo para preparar el mercado, garantizar una transición sin tropiezos...
— ¡Tómelo o déjelo, Max! Pero si rechaza mi propuesta, lo obligaré a librar la batalla más cruel que esta ciudad ha conocido en ¡os últimos diez años. Y en este mismo momento estoy dispuesto a todo.
—No veo qué puede ganar con una maniobra tan brusca y apresurada.
—Nada, Max... por lo menos nada que usted pueda comprender... ¿Bien?
—Necesito tiempo para...
— i No dispone de tiempo, Max! ¡Ahora o nunca! Liebowitz se movió incómodo en la silla. Spada permaneció en silencio, observándolo con los párpados entornados y la expresión hostil. Liebowitz esbozó un gesto de derrota.
—Usted juega fuerte... ¡pero está bien! ¿Cómo arreglamos las cosas?
—Hablare con Maury Feldman. Él lo llamará. A propósito, si usted revela a otros una sola palabra del acuerdo, lo consideraré cancelado.
—No es necesario amenazar.
—No se trata de una amenaza, Max, sino de un consejo amistoso. Considérese satisfecho porque consiguió lo que deseaba. ¡No intente pasarse de listo conmigo! Un antiguo proverbio italiano dice: "Nunca remuevas el fuego con una espada."
Tan pronto Max Liebowitz salió del despacho, John Spada descolgó el receptor del teléfono rojo depositado sobre su escritorio y habló veinte minutos con Maury Feldman.
A mediodía llamó a Hugo von Kalbach, en Bavaria, preguntó-
—Meister, acerca de los arreglos que le solicité la última vez, ¿hay novedades?
La respuesta del anciano fue cautelosa.
—En principio puede hacerse. Sería mejor reunirse personalmente con mi amigo. Comprobará que él comparte el interés que usted tiene por la pesca.
—Bien. Llegaré a Munich dentro de pocos días.
— En tal caso, debe alojarse en mi casa.
—Con mucho gusto.
—¿Cómo está su hija?
—Recuperándose.
—¿Y el marido?
—Todavía no establecimos contacto. Estamos trabajando en el caso.

—Rezo por el éxito. Por favor, comuníqueme por cable o teléfono el número de vuelo. Enviaré un automóvil al aeropuerto.
—Gracias, Meister. *AufWiedersehen.*
La llamada siguiente estuvo dirigida a cierto número de Turín. Atendió el propio Castagna. La conversación entre los dos hombres fue breve.
—¿Oyó las noticias acerca de mi hija y el marido?
-Sí.
—Necesito ayuda. Deseo reunirme con el hombre que dirige a los grupos revolucionarios argentinos. Entiendo que reside en París.
—¿Cuándo desea verlo?
—Cuanto antes.
—¿Puedo ofrecerle una razón para justificar el encuentro?
—Mi yerno está detenido en Martín García.
—Eso no le importará demasiado.
—Estoy dispuesto a cooperar con cualquier detenido que él mencione.
—Es posible que eso le interese. Haré todo lo posible.
—¿Cuándo?
—Déme veinticuatro horas. Llámeme a este mismo número.
—Gracias.
Kitty Cowan entró en la oficina en el mismo instante en que Spada cortaba la comunicación. La mujer se detuvo frente al escritorio examinó a Spada como si hubiera sido una pieza de museo, y al fin pronunció su veredicto.
—Usted parece un pescado ofrecido en venta pero que nadie quiere comprar. Llamé al hospital. Teresa está descansando bien y Anna decidió regresar al apartamento. Dentro de quince minutos almorzaremos con Maury Feldman y Mike Santos... Ahora, utilice los próximos diez minutos en hablar con Kitty, ¿eh?
—¿Qué puedo decir, muchacha? Fue duro, y los próximos días será aún peor.
.
—No estaba pensando en Teresa. ¿Que significa el acuerdo con Max Liebowitz? Creí que estábamos preparando una batalla campal contra ese hombre.
—Ahora no es necesario. Tenemos a Mike Santos con un contrato por cinco años. Maury será presidente del directorio.
—De manera que Mike dirigirá la empresa. ¿Y usted qué hará? ¿Jugar a los bolos en la clínica geriátrica? ¿Y qué será de mí? Yo he sido su madrina todos estos años. Soy demasiado vieja para repetir la hazaña con Mike Santos.
— Siéntese. —Spada le dirigió una sonrisa—. Se parece a la Medusa, con serpientes por cabellos.
—¿Qué demonios es Medusa?
—¡No tiene importancia?
—Hablo en serio, jefe. Usted me ayudó a ganar mucho dinero, de modo que puedo pasarme el resto de la vida sin trabajar, divirtiéndome con alguien... Excepto que no deseo divertirme con nadie. Quiero ser absolutamente sincera: me encanta este trabajo. Pero no será lo mismo cuando usted se marche. De modo que hablemos claro, ¿eh?
—No le oculto nada, Kitty. Sucede únicamente que después de lo que le pasó a Teresa y a Rodo, todo lo que he hecho de pronto parece fútil. ¡Mire! Desde el momento en que los militares asumieron el poder en Argentina, prevaleció allí uno de los más bestiales reinos del terror de la historia de América del Sur... quince mil personas desaparecidas sin dejar rastros, diez mil detenidos, cuatro mil muertos identificados, cadáveres recogidos todas las semanas de los ríos, los lagos y las playas. Y no sólo allí. Se puede recorrer el mapa y completar un catálogo

Librodot

completo de horrores... En cierto sentido, yo soy parte de ese catálogo. Ese maldito advenedizo de Buenos Aires negoció conmigo por Teresa. Para él no era más que una transacción comercial; y estoy comprometido en situaciones análogas en muchos lugares del mundo. En mi situación actual, tengo las manos atadas, porque la ley y la conciencia me obligan a representar los intereses de nuestros inversores. Cuando me retire de la empresa, gozaré de libertad para organizar mi propia vida también mi dinero, del modo que me plazca. No puedo soportarlo más. Me retiro. En adelante no soy Spada Consolidated, soy Proteo... Antes de morir, libraré una batalla decente contra los bastardos del mundo. Si quiere unirse a mi, bienvenida; pero no tengo derecho a pedírselo, porque me dirijo a un campo de batalla La gente sale herida, y algunos mueren. Viven vidas secretas y peligrosas que no pueden compartir con la gente común. Usted ha visto algo del asunto, pero poco, muy poco... de modo que en verdad a usted le corresponde decidir. No me atrevo a persuadirla en un sentido o en otro. Ni siquiera puedo mostrarle un plan, porque todavía no lo tengo. Sencillamente estoy reaccionando frente a los hechos. Lo único que sé es que debo ponerme de pie y decir: "Basta. Voy a combatir el mal, sea cual fuere la máscara que él adopte..."
Se interrumpió, sorprendido de su propia vehemencia. Kitty Cowan lo miró con cierta ternura extraña y melancólica.
Finalmente, ella preguntó con voz neutra:
—¿Qué dice Anna de todo esto?
—Aún no le he revelado la totalidad de mis planes. Ella ve únicamente el problema de Teresa y Rodo. Y acepta completamente lo que yo haga por ellos.
—¿Y después?
—No sé. Todo depende de la condición en que se encuentre Rodo cuando lo liberemos... si lo logramos. Es posible que Anna tenga que cargar con dos inválidos.
—Y un marido que recorre un camino muy peligroso.
—La torta de la boda siempre tiene precio.
—Me lo imagino. El problema es: ¿quién paga el precio? Sea como fuere, gracias por haber sido franco conmigo.
—¿Acaso alguna vez adopté otra actitud?
—No. Y ahora le diré mi parte del asunto. Sostendré la mano de Mike hasta que se haya asentado, y después me retiraré. Si en lo que usted está haciendo hay un lugar para mí, lo ocuparé de buena gana.
—Siempre hay un lugar reservado para usted... primera prioridad.
—Gracias John. ¿Qué piensa Maury de este arreglo?
—Como es mi abogado, lo complace. Nadie puede dañar mi reputación frente a los accionistas. Salgo limpio del asunto. En el plano personal, Maury está preocupado. Cree que la organización Proteo todavía es demasiado frágil para soportar la presión. Sin embargo, ahora que dispongo de tiempo y soy libre puedo fortalecerla y perfeccionarla.
-¿Y Mike Santos?
—Aún no lo sabe. Le informaremos a la hora del almuerzo y brindaremos por su éxito.
-Yo preferiría brindar por usted.
—¡No lo haga!—dijo ásperamente John Spada—. En este juego, el único premio es el derecho de morir libre.
El almuerzo se desarrolló en una atmósfera nerviosa. Lejos de alegrarse con su propia designación. Mike Santos se sentía visiblemente incómodo. Coincidió con Max Liebowitz. El momento estaba mal elegido y venía a subrayar los compromisos

políticos de Spada. Habría una reacción negativa inmediata en el mercado de valores. ¿Por qué no podían esperar hasta la asamblea anual, y realizar entonces el cambio?
Maury Feldman ya había mancillado dos servilletas con fracasadas versiones eróticas de Pasifae y el Toro. Ahora estaba criticando la calidad del café y sugiriendo la reforma inmediata del servicio de comedor del presidente. Con respecto al cambio, si bien coincidía en principio con Mike Santos, opinaba que era mayor el peligro de tener un presidente comprometido en actividades criminales, que era exactamente lo que Spada se proponía hacer en Argentina. Además, hablando francamente y entre amigos, no estaba dispuesto a arriesgar ni un níquel agujereado apostando a una decisión comercial que John Spada adoptase en su actual estado de ánimo.
Era un modo irónico de defender la propuesta, y en definitiva Santos se dejó convencer. Si Maury arreglaba Jos detalles con el director y el propio Spada preparaba una declaración personal para la prensa, y Kitty aceptaba continuar por lo menos seis meses más él, se avendría a la designación. Finalmente, se convino en que se realizaría el anuncio durante la estada de Spada en Europa, de modo que la eliminación de sus relaciones con la empresa se definiese tanto física como Iegalmente.
Hacia el final, Kitty Cowan formuló un áspero comentario:
—Parece un maldito juego de encantamiento. Un momento vemos a John Spada y al siguiente desaparece tras una nube de humo azul. Pero supongo que los tontos lo aceptarán.
—Siempre lo hacen —dijo Maury Feldman—. Si no fuera así, yo me quedaría sin trabajo. La mitad de la ley es magia pura... tigres de Papel que defienden el templo de una diosa con los ojos vendados.
-No lo creo —dijo Mike Santos.
—Yo sí — dijo John Spada—. Cuando la ley permite que uno viole [a] una mujer con una picana y pague al torturador con fondos públicos, es hora de pasar a las barricadas... Gracias por lo que está haciendo, Mike. También a usted, Maury.
—No me lo agradezca —dijo Maury Feldman con una mueca— Por lo menos antes de ver la factura... En París se ofrece en venta un Mantegna. Como presidente del directorio creo que puedo comprarlo.
—¿Y yo qué recibo? —Mike Santos se había tranquilizado bastante, y ahora podía unirse a la broma.
—Úlceras en diez idiomas —dijo Kitty Cowan—. Sírvame otra copa de vino, señor presidente.
Dos días más tarde, después de una segunda conversación telefónica con Castagna, John Spada viajó en avión a la ciudad de Basilea en Suiza. En la jerga de los grupos clandestinos, Basilea y sus alrededores tenían una designación especial: El Pulgar de Hierro, una suerte de proyección neutral que lindaba con Francia hacia el oeste y con Alemania hacia el este, con tantas salidas y entradas que ni siquiera las patrullas fronterizas más entusiastas podían vigilarlas todas.
Si uno huía de los franceses o de los alemanes, el servicial patrón de una barca podía dejarlo al norte en la Pequeña Basilea, o al sur en la Gran Basilea. Podía llegarse en ferrocarril desde Estocolmo, Roma, Madrid, Estambul, Atenas y los puertos del Canal. Podía viajarse en avión a Blotzheim y si se recorrían doce kilómetros más regresar a Francia. Si uno necesitaba concertar una cita, podía indicar la tumba de Erasmo en el Munster y con el interlocutor pasearse contemplando los Helbein de Kunstmuseum, o sentarse para hablar en voz baja rodeado por un millón de volúmenes en la biblioteca de la Universidad, la misma

Librodot

que daba frente a la Pertes Platz. Si uno era un conspirador más descansado, podía hacer lo que se le antojara, siempre que no lo hiciera en las calles y no atemorizara a los burgueses, que creían en el dinero limpio, las calles limpias y la eternidad de la Confederación Suiza.
En ese enclave grisáceo un hombre a quien llamaban Tigre, jefe en el exilio de uno de los principales grupos revolucionarios, había consentido en reunirse con John Spada para hablar de destino de un hombre llamado Rodolfo Del Valle, detenido en Argentina. El encuentro debía realizarse a las ocho y media en una pequeña posada llamada El Becerro de Oro, en las afueras de la ciudad.
Dos minutos después de las ocho y media apareció el Tigre: un hombre alto y moreno con un traje de corte italiano. Su aspecto era inmaculado; tenía las manos manicuradas y los zapatos muy lustrados; los cabellos grises pulcramente recortados. Sonrió y dijo en español:
-¿Señor Spada? Yo soy Tigre. -Gracias por venir.
—Su amigo Castagna se mostró muy persuasivo. El camarero presentó el menú y después se retiró. John Spada preguntó:
-¿Pedimos primero?
—Pescado... una trucha a la almendra. Después una mousse. Me apasionan las cosas dulces.
—Pediré lo mismo. ¿Vino?
-Un chablis, por favor.
Spada llamó al camarero, y después de entregar el pedido pasó de lleno al asunto.
—Le explicaré lo que deseo.
—Ya lo sé. Quiere sacar a Rodolfo Del Valle de Martín García.
-¿Está dispuesto a ayudar?
— Si se trata sólo de Del Valle... No nos interesa. Sin duda, es un hombre valeroso, y un periodista notable. Pero no es y nunca ha sido uno de los nuestros. Es un liberal, un moralista, y como Tomás de Aquino piensa siempre en el bien y el mal, la naturaleza del Estado, los deberes del ciudadano... para nosotros todo eso carece de sentido, y no justifica los riesgos que habrá que afrontar para salvarlo. ¡El Día del Juicio Final todavía estará dudando! Sin embargo, en Martín García está detenido un hombre a quien yo desearía especialmente salvar. Es un veterano del ERP, un hombre totalmente consagrado a nuestra causa. Lo que sirve para la causa está bien, todo el resto es prescindible. No digo que ese hombre merezca un gran operativo, que provocaría más allanamientos, y más represión; pero si es un operativo combinado, estamos dispuestos a actuar. ¿Está claro?
—Muy claro —dijo John Spada—. ¿Cómo se llama?
—Chávez.
—Está bien. Chávez y Del Valle en el mismo paquete.
—¿Qué necesita de mí, señor Spada?
—Una nota, una señal a su gente de Buenos Aires, diciéndoles que pueden confiar en mí y que pago por los servicios prestados.
—Es bastante sencillo. Sin embargo, debe saber que no puedo obligarlos a apoyar su operación.
— Necesito voluntarios, no conscriptos.
—Y nosotros necesitamos dinero, señor Spada. —El hombre sonrió cortésmente—. El robo de bancos y los secuestros no son tan lucrativos como antes.
—¿Cuánto?
—Hagamos cálculos. Digamos que Chávez y Del Valle se equilibran mutuamente. No lo insultaré negociando el cuerpo de su yerno. Sin embargo, sin nuestra ayuda usted no puede hacer nada o por lo menos no puede actuar con la misma rapidez

o idéntica seguridad. De modo que digamos doscientos mil dólares, pagados aquí en Suiza. Es menos de lo que obtenemos con el secuestro de un individuo de la clase media.
—Cien mil.
—Es muy poco, señor Spada
—¿De veras? Chávez todavía está en la cárcel. Por lo que yo sé, nadie puede determinar cuánto vale su organización.
—De todos modos, usted nos necesita.
—Bien, agregaré cien mi! como premio... si tenemos éxito.
—Trato hecho, señor Spada
—¿A quién veo en Buenos Aires?
—Usted ya lo conoce, señor Spada. Creo que lo vio en un restaurante. Se llama Sánchez.
—Podría haberlo tenido por nada.
—No lo crea, señor Spada. — EJ argentino de pronto adoptó una actitud severa—. Es peligroso tratar con usted. Es un lobo solitario, y muy rico... y su nombre es conocido en todos los continentes. Podrían venderlo por diez veces la suma que usted nos paga.
—Sería un mal negocio —observó Spada—. Acabo de retirarme de los negocios y mis fideicomisarios tienen instrucciones explícitas en el sentido de que, si me secuestran, no debe pagarse el rescate.
—No confíe demasiado en la razón en el mundo moderno — dijo gravemente el argentino—. Gracias a las drogas y a la privación de los sentidos puede convertirse a un hombre en una marioneta... sin embargo, mientras seamos aliados, usted nada tiene que temer de nosotros.
—¿Puede ofrecerme otros contactos en Buenos Aires?
—No. —El Tigre fue tajante—. Todo se hará a través de Sánchez. Él decidirá cuáles son los contactos que puede ofrecerle. Ah... otra condición. Si necesita un asesino... tendrá que conseguirlo por su cuenta. Nos ocupamos de los ajustes ordenados por el partido, no de los privados.
—¿Recomendaciones?
El hombie consideró un momento ¡a pregunta y después dio una respuesta renuente.
—Hace poco utilizamos los servicios de un individuo. Es alemán, pertenece a la banda Baader-Meinhof. Vive en Amsterdam, y se gana la vida en parte pintando; el resto, matando por encargo.
Muy eficaz en el trabajo a corta distancia, o por lo menos así me lo dijeron.....Calles atestadas, transporte público, ese tipo de cosas. Su verdadero nombre es Gebhardt Semmler.
-¿Cómo puedo verlo?
—Llame a este numero de Amsterdam. — El Tigre garabateó en la esquina de una servilleta de papel—. Pregúntele si desea comprar un cajón de cerveza Tigre. Así sabrá que va usted de mi parte.
-¿Cuál es su precio?
—Diez mil dólares norteamericanos... y ni un centavo más, porque de lo contrario nos perjudicará a todos.
Spada sonrió y ensayó una agria broma.
— ¡Creí que todos los revolucionarios eran idealistas!
—¡Lo somos! —dijo amablemente el argentino—. Pero el día de la revolución tarda en llegar. Es útil un poco de comodidad en el exilio. Y ahora, le diré cómo debe pagarnos el dinero...

Una vez concertado el acuerdo, el Tigre se desinteresó del asunto. Comió de prisa y se retiró sin ceremonias. Spada permaneció solo, bebiendo un brandy y contemplando la menuda y sórdida comedia de costumbres del restaurante. Era una experiencia nueva. De pronto era un espectador de lo absoluto, remoto e indiferente, un ser de otra dimensión. Todas sus escalas y patrones de medida estaban deformados. Su identidad básica había desaparecido. Ya no eran John Spada, pilar de la sociedad capitalista, sino el *spadaccino nero,* el sombrío duelista, acechando en los callejones de un submundo internacional.
Mientras volvía caminando al hotel a través de las calles en sombras de la vieja ciudad, experimentó una extraña y perversa alegría. Por primera vez desde su juventud, era totalmente libre... una partícula anónima perdida en un elemento extraño. Mientras se desvestía y preparaba para dormir, tuvo el impulso de llamar a Amsterdam y conversar con Gebhardt Semmler, el asesino.
Descolgó el receptor y de pronto detuvo el movimiento. ¿Qué podía decir? ¿Cómo identificarse? ¿De veras le interesaba contratar un asesino? En definitiva, cedió al impulso de la curiosidad. Se sentó en el borde de la cama y marcó el número. Llamó una vez, otra y una tercera, y al fin una voz masculina contestó:
—¿ja, bitte?
Spada contestó en alemán.
—Me dicen que usted podría tener interés en una partida de cerveza Tigre.
-¡Oh! ¿De dónde llama?
-Estoy fuera de Holanda. ¿Le interesa?
—Podría ser... pero no en los próximos días.
—Con mucho gusto iré a Amsterdam para discutir el asunto
—¿Cómo dijo que era su nombre?
—No lo dije, pero la cerveza es Tigre.
— Sí, bien... Me ausentaré unos días, como ya le dije. Por qué no me llama... veamos el calendario... sí, el diecisiete, más o menos a esta misma hora. Entonces podremos arreglar un encuentro.
—Así lo haré.
—¿Conoce el precio?
—Diez... y los gastos.
—¿Dónde está la mercancía?
—Se lo diré cuando nos encontremos.
—Está bien. *Wiedersehen.*
—¡Wiedersehen!
John Spada depositó el receptor en la horquilla y se limpió el sudor de las palmas de las manos. De pronto descubrió que estaba riendo. Todo era tan sencillo. Uno podía ordenar una muerte como se pide una copa en un bar. Lo único que se necesitaba era audacia y dinero. Además —lo pensó ahora—, si la suerte lo acompañaba, tenía algo para negociar en Munich.
Cuando se retiró del control de pasaportes en el aeropuerto de Munich, un hombre alto y joven se le acercó.
—¿El señor John Spada?
Spada se volvió bruscamente, sobresaltado.
-¿Sí?
El individuo alto sonrió y le ofreció la mano.
—Deskau... Kurt Deskau. Soy amigo de Meister Hugo von Kalbach. Yo lo llevaré a Tegernsee.
—Muy amable de su parte.
—¿Tiene equipaje?

—Una maleta.
—Por favor, muéstremela.
Spada estuvo al borde de preguntar cómo se permitía que un chófer entrase en el sector de la aduana, pero se contuvo. Cuando su maleta llegó por la cinta sinfín Deskau la recogió y marchó delante de Spada. Su automóvil estaba aparcado en una zona prohibida, frente a la hilera de taxis. Un hombre de uniforme policial montaba guardia al lado. El policía saludo, recibió la maleta y la depositó en el baúl. Deskau invitó a Spada a ocupar uno de los asientos delanteros, y se instaló frente al volante. Spada estaba asombrado.
—¿Un auto policial?
-Inspector divisional Deskau, a sus órdenes.
-Es un honor, inspector.
—Estoy a cargo de las operaciones antiterroristas en este sector. Meister Hugo está bien protegido. Se encuentra en mi jurisdicción, lo mismo que usted mientras permanezca en nuestra ciudad. -Extrajo su billetera y retiró una tarjeta personal que entregó a Spada Al dorso de la tarjeta había un dibujo al lápiz del símbolo de Proteo—. Deseaba conocerlo también por otras razones.
—Me agrada haberlo conocido, inspector —dijo John Spada.
—Meister Hugo me informó de sus problemas de familia... y me dijo que usted necesita un nuevo documento de identidad. Quisiera saber por qué quiere un documento alemán.
—En primer lugar, hablo el idioma. Segundo, como usted sabe hay muchos alemanes en América del Sur. Por lo tanto, es fácil representar el papel.
—Si el documento es auténtico, y si al pedir antecedentes se los ratifica.
—En efecto.
—Ésa es la dificultad. De todos modos, no es insuperable. Por ejemplo, si pudiera demostrarse que usted presta ciertos servicios...
Dejó en el aire el resto de la frase. Spada la completó por él.
—¿En áreas de interés común?
—Precisamente.
—Lo pensaré —dijo John Spada—. Esta amenaza a Hugo... ¿es real?
—Muy real, señor Spada. Las técnicas del terror urbano se perfeccionan todos los días. Ciertos personajes, y Meister Hugo es uno de ellos, tienen un valor de propaganda que sobrepasa de lejos el de las víctimas normales. Son símbolos, cuyo secuestro o asesinato provoca un efecto teatral muy particular. Usted mismo es un caso análogo... otra razón que explica mi interés en usted mientras sea huésped en mi país.
—Me pregunto si seré un caso análogo —observó Spada—. Mi hija y su esposo son víctimas de esta clase de terror, el terror de los gobiernos y las instituciones que pisotean los derechos humanos para mantenerse en el poder.
— ¡De modo que ahora usted puede ver las dos caras de la moneda! La libertad y la prosperidad que hemos alcanzado después de la guerra produjeron los *Spontis,* es decir, los extremistas espontáneos, cuyo único programa es la destrucción del orden vigente, tanto el bueno como el malo. Están bien organizados, bien financiados y bien armados... además, casi todos son personas educadas. Pero se han consagrado al terror más irracional. En definitiva.
— Se llega al desorden civil —dijo Spada—. Y entonces los profesionales asumen el poder, con su propio tipo de terror. ¡Vaya consuelo!
—Ahora tengo hombres destacados en Schwabing —dijo sombríamente Kurt Deskau—. Y los estudiantes comentan: "Lástima que deba ser von Kalbach, pero de todos modos morirá pronto... ¡y es un nombre importante en la lista!"

—Dios mío. ¡Es obsceno!
—En Geiselgasteig usted verá otro tipo de obscenidad, la misma que observó en Argentina: "Reabramos Dachau y ofrezcamos a esos bastardos un ejemplo de lo que es la auténtica disciplina." Mi problema como policía es que entiendo ambos puntos de vista. Por eso respondí interesado a la invitación de Meister Hugo en el sentido de unirme al grupo. Es indispensable que exista un camino intermedio. Tal vez Proteo es el preludio... entiendo que usted vino por Basilea. Una ciudad interesante.
—No dispuse de mucho tiempo para explorarla. Anoche sostuve un encuentro. Y salí a primera hora de la mañana. Dígame, ¿oyó hablar de un hombre llamado Gebhardt Semmler?
Los ojos oscuros de Deskau mostraron un súbito resplandor de interés.
—¿Fue el hombre con quien usted se reunió?
—No. Pero se mencionó su nombre.
—¿En qué contexto?
—Como un *Meuchelmörder,* un asesino.
—Darían mucho por saber dónde encontrarlo.
—Por ejemplo, ¿un pasaporte? —Spada esbozó una sonrisa fría y torcida.
—Un tipo especial de pasaporte, señor Spada. El que usan nuestros agentes. La auténtica identidad del portador es conocida sólo por el superior... que también puede retirar a voluntad el documento ¿Le interesa?
—Mucho —dijo John Spada.
— ¿Se proponía usar los servicios de Semmler?
—No. Me lo ofrecieron ante la posibilidad de que necesitara un hombre como él.
—Tiene extraños amigos, señor Spada.
—¿Qué haría usted, inspector, si estuviese en mi lugar?
—Acepte la advertencia de un amigo, señor Spada. "¡Para cenar con el demonio, se necesita una cuchara muy larga!"
La casa de Meister Hugo von Kalbach se levantaba a orillas del Tegersee . Era una de las residencias más antigua del sector: un amplio chalet de dos pisos, en el tradicional estilo bávaro, con un jardín que descendía hacia la orilla y un muelle de madera con una lancha amarrada a un poste. La casa estaba casi oculta tras los árboles. Los macizos de las ventanas resplandecían de flores.
El propio Meister Hugo recibió en la puerta a sus huéspedes. Abrazó fuertemente a Spada y después fue con los dos hombres a su estudio, sin dejar de hablar un instante en el trayecto.
—¡Bienvenidos, amigos míos! ¡Bienvenidos! ¿Tuvo un buen viaje, John? Se lo ve fuerte y sano. ¡Magnífico! Ahora trataré de recordar. Usted bebe borbón con hielo y agua... ¡espléndido! Fraúlien Helga me dijo que no lo recordaría, pero lo hice, ya lo ve. Salud, mi querido John. Salud; Kurt. ¡Brindemos por un futuro más feliz para todos!
Bebieron y después el anciano preguntó ansioso:
—Ustedes dos... charlaron. ¿Están de acuerdo?
—Poco a poco... estamos llegando a eso —dijo Kurt Deskau.
—Aclaremos primero el principio —dijo John Spada—. Yo le entrego a su hombre, usted me da el pasaporte. ¿De acuerdo?
—De acuerdo.
—El problema es cómo realizamos el canje. No puedo comprometer la operación de Buenos Aires.
—¿Por qué habría de comprometerla?
—Puede ser ése el resultado si usted usa mal la información que yo le entregue.

Librodot

—He confiado en usted, señor Spada. Incluso me he unido al grupo Proteo, por pedido de Keister Hugo.
—Perdóneme. —Spada adoptó una actitud de disculpa—. No quise decir eso... Anoche conversé con un hombre llamado Tigre, que dirige la operación europea de un grupo revolucionario argentino. Prometió, a cambio de una elevada suma de dinero, recomendarme a su gente en Argentina. Necesito la ayuda de estos hombres, para sacar de la cárcel a Del Valle. Mencionó el nombre de Semmler, para el caso de que yo necesitara un pistolero. Después, llamé a Semmler. Concerté telefónicamente una entrevista dentro de cuatro días... el diecisiete.
—¿Por qué, señor Spada? Me pareció oírle decir que no pensaba utilizarlo.
—Sentí curiosidad —dijo Spada—. Deseaba comprobar cómo se conciertan esos arreglos.
—Creo que usted cometió un error, señor Spada. —La respuesta de Deskau fue fría—. ¡Un grave error! Su cobertura es endeble.
Ahora hay un vínculo directo entre usted, el Tigre y Semmler —Ya lo veo. Por lo tanto, debemos ver ahora el modo de reparar el error y resguardar mi operación.
— Señor Spada, quizás eso no sea posible.
—Todo es posible. —Hugo von Kalbach se apresuró a interrumpir el diálogo, y sirvió otra vuelta de bebidas. Somos hombres inteligentes. Tenemos un interés común. Demostremos un poco de paciencia. ¡Beban amigos míos! Incluso el águila necesita dos alas para volar... y quizá mañana estemos muertos, y las muchachas lloren sobre nuestros ataúdes.
La tensión se aflojó. Deskau se encogió de hombros, tratando de dominar su irritación, y dijo como de pasada:
—Perdóneme, señor Spada. Olvido que usted aún es nuevo en este juego.
—Estoy aprendiendo. —Spada levantó la copa en un breve saludo. Semmler está en Amsterdam. Se gana la vida como pintor. Tengo su número telefónico. Dijo que se ausentaría unos días.
Deskau asimiló la nueva información y después dijo:
—Lo cual probablemente significa que irá a cumplir una misión. Echaré mis redes y veré qué puedo encontrar. Con un poco de suerte quizá podamos sorprenderlo con las manos en la masa. De lo contrario, es posible que nos convenga que usted asista a la cita.
— ¡Ya lo ven! —El anciano erudito sonrió satisfecho—. Ahora están usando el cerebro. Deberíamos sentarnos a la mesa... ide lo contrario, Fraülein Helga me hará la vida imposible.
Durante la comida, von Kalbach representó complacido el papel del anciano erudito dominado por la voluntariosa secretaria Fraulein Helga, con sus cabellos canosos y el rostro sonrojado, parecía encantada de la situación. Relató anécdotas acerca de las manías y los olvidos del sabio. Lo reprendió por el exceso de apetito, su extravagancia con el dinero, sus accesos de cólera cuando lidiaba con un pasaje difícil. Todo era muy tierno y conmovedor, un tardío asunto de amor entre una virgen de cincuenta años y un anciano sabio que aún conservaba la caprichosa inocencia de un niño.
Exactamente a las dos y media Hugo consultó su reloj de oro —un regalo de Adenauer con motivo del Premio Nobel— y anunció que dormiría la siesta. Deskau y Spada podían comentar a solas sus asuntos. Tal vez les agradara usar el bote y pasear por el lago. Oh... tenía preparado un festejo para el día siguiente. Había conseguido dos plateas para la ópera de Munich, donde la nueva diva Ninna Gottmer haría su presentación en *El caballero de la rosa.*

Librodot

Spada se sintió atrapado. No estaba de humor para asistir a espectáculos. El inspector Deskau frunció el ceño. Tendría que adoptar medidas adecuadas de seguridad; por consiguiente, era necesario anunciar con tiempo ese tipo de cosas. ¿Cuándo se habían comprado las entradas? ¿Cómo se había organizado el transporte? Fraülein Helga prometió que antes de la salida del nspector le presentaría una lista mecanografiada. Hugo protestó y 'renegó a causa de las restricciones impuestas a su libertad de movimientos. ¡En realidad, era como si lo hubiesen encarcelado! Helga lo sacó de la habitación, cloqueando como una gallina.
Deskau sonrió y dijo:
— Parece un cuento de hadas, ¿verdad? Bien, señor Spada, veamos cómo podemos llegar a ordenar nuestros asuntos.
Caminaron hasta el muelle, ocuparon el bote y remaron en dirección al centro del lago, donde recogieron los remos y se dejaron mecer suavemente por las olas que provocaban las lanchas de paseo. Deskau se había encasquetado hasta los ojos el viejo panamá de Hugo, y tenía una caña de pescar en la mano. Al principio Spada se sintió levemente irritado por el infantil pasatiempo, pero al cabo de un rato se relajó y finalmente compartió la actitud de Deskau, que parecía inclinado en este momento a cierta objetividad filosófica.
—Yo soy la ley, señor Spada. Sé que la ley es ineficaz, pero si la corrompo provoco mi propia destrucción.
—Yo estoy fuera de la ley —dijo John Spada—. Porque la ley ha demostrado que es un instrumento de la injusticia para mi familia.
—Le hablaré de Gebhardt Semmler. —Deskau fingió que se ocupaba de ajustar la línea—. Sé que es un asesino, pero carezco de pruebas. En Alemania puedo arrestarlo por complicidad en varios asuntos de la Baader-Meinhof, pero conseguir que las autoridades holandesas autoricen la extradición... es otro asunto. Los holandeses tienen sus propios problemas, y necesitan abundantes y sólidas pruebas antes de proceder contra este hombre y conceder la extradición. Y apenas lo sometan a proceso, provocarán nuevos ataques terroristas.
—De modo que en la práctica los bandidos marcan el ritmo.
—Como usted, amigo mío, espera hacer en Buenos Aires.
—Jaque —dijo Spada—. Bien, sellemos un trato. Usted me entrega el pasaporte. Yo me ocupo de entregarle a Gebhardt Semmler.
—Lo quiero vivo.
—Haré todo lo posible —dijoJohn Spada—. No puedo prometer más.
—¿Qué se siente? —preguntó Deskau como si hablara de otra cosa.
—¿A qué se refiere?
—¿Qué se siente cuando uno pasa la barrera e ingresa en el mundo del asesinato?
—Lo que uno siente no es muy distinto de lo que usted, inspector, siente cuando encarcela por veinte años a un hombre como Semmler. Es un acto empírico. Utilizó la frase alemana: *"Auf Erfahrung gegründet"—.* El fin necesario de una cadena de circunstancias inevitables. No es posible un juicio moral. Uno enloquecería si lo intentara... ¿estamos de acuerdo?
—Venga a mi oficina mañana a las once. Tráigame tres fotografías para pasaporte, y cinco mil marcos alemanes para abrir una cuenta bancana, porque necesitará también una chequera y tarjetas de crédito. Pero recuerde una cosa: soy un el funcionario que emitió el pasaporte. Si usted provoca problemas, estos recaerán sobre mí. Y necesito eso tanto como un ataque de gripe.
—Trataré de ahorrarle dificultades —dijo Spada con una mueca—. Un hombre sin pasaporte es como un muerto en vida.

Librodot

El día siguiente en Munich fue laborioso. Se fotografió. Entregó las fotos a Kurt Deskau. Compró un traje de etiqueta barato pero pasable para la ópera. Estuvo una hora en una armería eligiendo una pistola y preparando los papeles para la exportación del arma en su vuelo al exterior. En el camino de regreso a Tegernsee la congestión del tránsito lo demoró bastante.

Cuando llegó a la casa, poco antes de las cinco, encontró bastante contrariada a Fraülein Helga. Llegaba tarde. Debía darse prisa y vestirse.La limusina llegaría treinta minutos después. ¡Por favor, prepárese, prepárese! Spada podía prepararse en ese plazo y gracias a Dios el traje de etiqueta no tenía muy mal aspecto, porque Meister Hugo era muy escrupuloso en sus apariciones públicas. No tenía paciencia para lo que él mismo denominaba "la erudición de los zapatos sucios y la caspa en el cabello". Afirmaba que el saber debía ser honrado por sus profesionales.

Spada pasó rápidamente a su habitación y estuvo pronto, aunque un poco sofocado, cuando el maestro descendió la escalera, resplandeciente con su traje de etiqueta y su capa, con guantes blancos y un bastón de empuñadura de oro. Helga examinó críticamente al anciano, le arregló la corbata, sacudió una imaginaria mota de polvo del hombro y después declaró que estaba listo para afrontar al público. Él le aplicó un pellizco paternal en la mejilla, y salió como un príncipe, con John Spada pisándole los talones.

Había dos automóviles... una limusina alquilada para Meister Hugo y un automóvil policial para los detectives que lo escoltaban." Era un acre recordatorio de que, por mucho que von Kalbach despreciara las amenazas contra su vida, la policía las tomaba muy en serio. Mientras recorrían las calles, Hugo se mostró tan excitado como un niño que se dirige a un parque de diversiones.

—Esta noche, amigo mío, olvidamos la fealdad de! mundo y nos distraemos. Contemplamos bellísimas mujeres. Oímos la grandiosa música de un hombre talentoso. Comemos fresones con nata en el vestíbulo y recordamos las dulzuras del ayer.

—¡La mejor noticia que he oído en varias semanas! — Spada trató de ponerse a la altura del humor de su amigo—. La primera vez que vi *El caballero de la rosa* fue cuando la Schwarzkopf representó el papel de Marschallin en San Francisco.

—Y yo, mi joven amigo, recuerdo a mi madre cuando se vestía para la primera representación en Dresde, el año 1911. Me pareció más bella que cualquier Marschallin que yo hubiese visto jamás. ¡Cómo pasa el tiempo!

Spada esperó que el anciano continuase hablando, pero von Kalbach cerró los ojos, se recostó en el asiento y comenzó a silbar una versión muy personal de *"Mein schöner Schatz, will Sie sich trauring machen..".* Spada se permitió una sonrisa disimulada. A pesar de su saber monumental, había una veta de payaso en el anciano, un despliegue de complacida vanidad que era infinitamente atractiva

Cuando entraron en el Maximilianstrasse y llegaron a la altura del hotel Vier Jahreszeiten, Hugo ordenó detenerse al chófer. Habían llegado con treinta minutos de anticipación. Von Kalbach tenía que hablar acerca de la cena con el jefe de camareros; después, continuarían a pie hasta la Ópera. El chófer recibió orden de aparcar el automóvil. Y los detectives bien podían ir a beber cerveza en la Hofbrauhaus. Acaso podía sucederle algo a un hombre en el tramo de doscientos metros entre el hotel y la Ópera...? Por lo menos, los policías debían mantenerse a respetuosa distancia y no perturbar el paseo.

John Spada volvió a sonreír. Todo estaba organizado con tanta felicidad: el maestro haciendo su entrada solemne en el Walterspiel, consultando públicamente y largo rato acerca de la mesa y el vino y la cena, y después paseándose por el

Librodot

bulevar, donde respondería al saludo de los hombres y las sonrisas de las mujeres, y desafiaría la curiosidad de los estudiantes, demasiado jóvenes para saber cómo era un gran erudito.
Si se quería interpretarla como escena teatral, todo funcionó maravillosamente. El jefe de camareros se agitó y garabateó furiosamente y chasqueó los dedos para movilizar a sus subordinados. El portero saludó como un sargento en un campo de ejercicios. Un grupo de turistas norteamericanos se apartó para permitir el paso de von Kalbach por la puerta, y las mujeres del grupo murmuraron excitadas a espaldas del anciano.
Hubo más saludos y más murmullos mientras von Kalbach caminaba pausadamente por la calle, deteniéndose para admirar un antigua pieza de porcelana de Dresde en la tienda de la esquina y mirar con menosprecio las litografías de la galería de arte moderno y señalar un tesoro de menor jerarquía en la tienda de antigüedades que estaba al lado. Un pequeño núcleo de personas se reunió alrededor del anciano mientras él estudiaba las fotografías dispuestas frente a la taquilla de la Opera, y relataba una sabrosa anécdota acerca dd bajo, el tenor y la contralto excedida de peso. Los murmullos de las personas que ascendían la escalera lo siguieron mientras von Kalbach señalaba con el bastón la maciza arquitectura y ofrecía a John Spada una breve conferencia acerca de las esculturas, su historia y su significado.
Después, concluida la conferencia, el anciano sonrió como un muchacho picaro, apoyó una mano sobre el brazo de Spada y dijo:
—Y ahora que los hemos entretenido, divirtámonos nosotros.
Cuando llegaron al final de la escalera, donde el público era tan denso, un joven vestido de etiqueta apareció detrás de uno de los macizos pilares del pórtico y los empujó. Se volvió como si quisiera disculparse. Spada oyó dos sonidos apagados, como el chasquido del corcho del champaña. Un momento después Meister Hugo yacía en el piso, y la sangre se extendía sobre su pechera, y el hombre había desparecido, protegido por el pánico de la multitud.
Kart Deskau era un hombre dominado por una cólera fría y asesina, pero trabajó con la eficiencia de un autómata. Cinco minutos después del asesinato estaba en la escalinata de la Ópera, dirigiendo las primeras operaciones, apremiando a los testigos, ordenando se bloquearan los caminos principales de la ciudad. Después de adoptadas las primeras medidas, fue con Spada al hospital y mis tarde, una vez que Meister Hugo fue declarado oficialmente muerto, se dirigió a la central de policía. Instaló a Spada frente a un escritorio con tres volúmenes de fotografías policiales y una seca orden:
—El bastardo es uno de ésos. Llámeme cuando lo haya encontrado. !Y no lo olvide, podría ser una mujer disfrazada!
—¡Sé que era un hombre!
—¡No discuta! ¡Encuentre la cara! Y ahora, tengo que trabajar.
Las fotografías no tenían identificación, sólo números. Spada había pasado la mitad del segundo volumen cuando encontró una instantánea de un grupo de estudiantes durante una manifestación en Francfort. Una de las parejas estaba rodeada por un circulo con tinta roja. Al lado, una ampliación, granulada pero dará. Miró fijamente unos instantes la foto y después llamó a Deskau.
—Estoy casi seguro de que es éste.
Deskau descolgó el teléfono y ladró una orden.
—Que venga Fischer... ¡de prisa!
Pocos momentos después el artista de la policía entró con un cuaderno de bocetos. Deskau señaló la fotografía.

Librodot

—¡Ésta! Quítele la barba, péinele los cabellos y vístalo con traje de etiqueta, corbata blanca y chaleco.
El artista se sentó frente al escritorio y comenzó a trabjar.
Spada preguntó con voz fatigada:
—Por su parte, ¿descubrió algo?
—La acostumbrada reacción de la gente. Versiones contradictorias, descripciones contradictorias. Estamos buscando a un enano barbudo, de dos metros de estatura, armado con un cuchillo de carnicero.
—¿Cómo sabían que Hugo iría a la ópera?
—¡Ah, eso! El anciano ocupó las mismas butacas veinte años seguidos. Asistía a los estrenos, todas las temporadas. Si no lo habían atrapado antes, lo conseguirían después..... pero él les ayudó cuando representó la gran escena para usted.
—¡Dios mío!
—Y otra cosa: Hugo siempre usó el mismo servicio de limusinas de Tegernsee. Tienen un solo vehículo grande, el mismo que ustedes usaron esta noche. Alguien telefoneó y lo pidió. Le contestaron que ya estaba reservado para un diente habitual.
—Cuidaron mucho todos los detalles.
—Mejoran constantemente.
El artista dio los últimos toques a su boceto y lo presentó a Spada. Deskau observó atentamente a Spaday éste asintió enfático.
-Es él.
—¿Lo juraría? —Había una aguda nota de advertencia en la voz de Deskau—. ¿Está tan convencido que aceptará enviarlo veinte años a Stammheim?
Spada vaciló.
—Bien, si lo dice así no estoy tan seguro.
Deskau se volvió hacia d artista.
—Tráigame el índice.
El artista salió rápidamente de la habitación. Regresó tres minutos después y trajo un fichero de color pardo.
Deskau lo estudió en silencio unos momentos y después dijo al artista:
—Eso es todo, gracias. Puede irse.
El artista recogió sus útiles y salió.
Deskau preguntó con voz neutra:
—Ahora que estamos solos, repito la pregunta: ¿Es el hombre?
-Sí.
Deskau entregó una tarjeta a Spada. El nombre escrito en el extremo superior era Gebhardt Semmler. Spada lo miró fijamente, aturdido. De pronto el horror lo agobió. Se volvió, muy pálido, hacia Deskau.
—La prensa me fotografió frente a la Ópera.
—Lo sé —dijo sombríamente Kurt Deskau.
—De modo que si usted detiene a Semmler, me veré comprometido. El Tigre sabrá que lo identifiqué y la operación en Argentina se derrumbará. No podré acercarme a Del Valle.
—Sólo si publicamos el hecho de que se realizó una identificación.
—Aunque no sea así, todavía soy el princial testigo de la policía. No pueden excluirme del prontuario.
—Podemos postergar el asunto... pero no mucho tiempo.
—¿Cuánto?

Librodot

—Hasta que pidamos a la policía holandesa que lo arreste y conceda la extradición.
—No es suficiente. Tengo un equipo completo atrapado en Buenos Aires. Si el Tigre hace una señal, son hombres muertos.
Deskau no dijo una palabra. Abrió el cajón de su escritorio y extrajo dos sobres, que entregó a Spada.
—Su pasaporte a nombre de Erwin Hengst, registro de conductor alemán, chequera, tarjeta de crédito, número de cuenta en el Deutsche Bank. Su nueva biografía. Usted es ingeniero constructor de Francfort del Mein. Estudie atentamente los detalles... mañana a las 14.35 hay un vuelo de KLM a Amsterdam. Úselo.
—¿Y lo que haga en Amsterdam es asunto mío?
—Exactamente. —Deskau ya había desechado el tema—. Ahora llamaré a un taquígrafo que anotará su declaración acerca de los hechos de esta noche. La firmará antes de marcharse. No puedo ocultar la declaración, de modo que sea cuidadoso cuando hable de sus motivos para estar en Munich y muy impreciso acerca de la identificación del asesino.
—Gracias, Kurt.
— ¡No me lo agradezca! — Deskau comenzaba a perder los estribos—. Un gran alemán ha muerto. Creo que usted tiene más posibilidades que yo de atrapar al hijo de perra que lo asesinó.
—¿Cómo lo quiere?
—La presa es suya —dijo Deskau con estudiada indiferencia—. Llámeme aquí una vez concluida la tarea. Y ahora, haga su declaración. Después, un automóvil policial lo llevará de regreso a Tegemsee. Lo hemos elegido para que comunique la noticia a Fraülein Helga.
Cuando llegó a Tegemsee descubrió que las noticias se le habían adelantado. Helga y el ama de llaves habían visto el noticioso de la telvisión. Los vecinos acudieron de prisa, al estilo de la gente de campo, y felizmente la casa estaba ocupada por amigos y conocidos, que acompañaban y confortaban a los deudos.
Helga acudió a saludar a Spada, lloró sobre su hombro y después quiso conocer todos los detalles de la horrible velada. Spada de buena gana hubiera rehuido el papel de narrador, pero no había modo de evitarlo. Revivir el drama fue un acto curativo, una suerte de purgación del terror que, de otro modo, podía envenenarlos a todos.
Pero a medida que hablaba, Spada advirtió que cada palabra lo alejaba un poco más de su público. No era que se mostrasen hostiles, era sencillamente que veían en Spada a un mensajero fatídico. Si él no hubiese llegado, tal vez Hugo von Kalbach aún estaría vivo; por consiguiente... ¡Pero no! La lógica nada tenía que ver con la actitud de esa gente. Era más bien una actitud primaria e instintiva de retraimiento en presencia de un extranjero tan portentoso. De modo que apenas pudo excusarse decentemente se apartó del grupo, dio las buenas noches a Helga y fue a su dormitorio, llevando consigo la caja de cartón que contenía el manuscrito del último libro de Meister Hugo.
Había prometido leerlo en Nueva York, pero la noticia del arresto de Teresa le había impedido ocuparse de asunto. Por lo menos debía hojearlo, como homenaje al viejo erudito; pero en el mismo instante advirtió que era un ejercicio inútil. Hugo von Kalbach había muerto víctima de la violencia epidémica cuyo uso había tratado de describir. Una vez que se hubieran desembarazado del último médico, la plaga seguiría su curso, ahora sin obstáculos; la ciudad sería entegada a los saqueadores y a los ladrones de tumbas. Era un pensamiento sombrío para

Librodot

rematar un día brutal. Dejó el manuscrito sin abrir sobre la mesa y diez minutos después estaba dormido y soñaba.

CAPÍTULO 6

En un pequeño y humoso bar de la Leidesplein, en Amsterdam, el hombre que había asesinado a Meister Hugo von Kalbach bebía cerveza y comía salchichas, mientras esperaba al hombre que deseaba hablar de una partida de cerveza Tigre. Parecía un buen candidato recomendado por ex clientes, y al parecer nada temeroso del precio. El dinero sería útil. La última misión había pagado únicamente los gastos, porque se hacía en nombre de su propio comando. El trabajo encargado por gente ajena a la organización estaba bien retribuido... y era mucho menos peligroso, porque no se ajustaba a una rutina.
Gebhardt Semmler era un hombre a quien agradaba la discreción. Como no era mal pintor, había conseguido organizar un esquema de actividades legítimas: bocetos y copias en las galerías, la venta de sus obras a los turistas que llegaban en invierno a los locales nocturnos. La policía no representaba un problema. Su nombre no estaba incluido en la nómica de los grupos de la Baader-Meinhof de Holanda. El boceto del asesino de von Kalbach, publicado por la policía de Munich, era tan inexacto que provocaba risa. Su única preocupación real era la soledad, un sentimiento de incomodidad y extrañeza, la necesidad de sentirse reconfortado, de saber que aún era apreciado y respetado por sus camaradas de armas. Era otra buena razón para aceptar una nueva misión. La necesitaba para afirmar la confianza en sí mismo.
Sabía que algunos camaradas ya estaban apostados alrededor de Amsterdam; pero la consigna era severa: "Manténgase apartado de esa gente. Cumplen una tarea especial y muy delicada." Era un modo de hablar muy discreto, pues se sabía que el grupo en cuestión custodiaba dos misiles SAM y estaba buscando un emplazamiento adecuado cerca de las pistas de vuelo del aeropuerto Schiphol.
De todos modos, Gebhardt Semmler no los envidiaba demasiado. Prefería trabajar solo, ideando su propia táctica para su propio blanco. Estaba concentrado en su ensoñación y en su segundo vaso de cerveza cuando un individuo que vestía un sucio impermeable, tenía anteojos ahumados y una barba de dos días se acomodó en el asiento, al lado de Semmler, y preguntó cortésmente en alemán:
—¿Tiene inconveniente en que me siente aquí?
—Como guste.
Llegó la camarera. El visitante pidió ron y agua caliente. Después dijo, como de pasada:
—Generalmente bebo cerveza Tigre, pero afuera hace frío.
—Hable —dijo Gebhardt Semmler—. ¡Pero no muy alto!
Spada extrajo del bolsillo un diario plegado y medio lo abrió sobre la mesa. El titular anunciaba el arresto de cuatro terroristas en un apartamento próximo al Aeropuerto Schiphol, y el descubrimiento de un gran depósito de armas, entre ellas un lanzacohetes. Spada volvió a plegar el diario y lo metió en el bolsillo.
—Eso sucedió en las primeras horas de esta madrugada. De modo que los camaradas han sido interrogados el día entero. Me imagino que pronto echarán la red. Sería un momento apropiado para salir de Holanda.
—No me preocupa. Nadie puede demostrar nada contra mí... ¡Nadie!

—Tanto mejor... para nosotros y para usted.
—¿Adonde quiere que vaya?
—A Suiza.
—¿Cuál es la tarea?
—La misma que usted ejecutó con Hugo von Kalbach: un hombre en un lugar público atestado. Usted entra y sale antes de que nadie sepa lo que sucedió.
—¿Cómo demonios supo lo de Hugo von Kalbach?
Spada se encogió de hombros e insinuó una sonrisa sesgada.
—Lo hemos vigilado, hijito. No creerá que estamos dispuestos a comprar palabras vacías, ¿verdad?
— ¿No lo he visto antes? —Lo dudo.
Semmler reflexionó un momento y después dijo bruscamente: —Diga el precio. — Diez mil dólares.
— ¿Cuándo cobro?
— Cinco ahora, cinco después.
— ¿Quién paga?
Spada extrajo su billetera y retiró una tarjeta sobre la cual estaba grabado el símbolo de Proteo. Entregó la tarjeta a Semmler.
— Guarde eso en su billetera. Una vez cumplida la tarea, usted irá a una dirección que yo le indicaré en París, presentará esa tarjeta y cobrará el resto de sus honorarios... Bien, ¿está dispuesto o no?
— Quiero ver primero el dinero.
—¿Aquí, en este tugurio? Bromea. Nos asaltarían antes de que camináramos veinte pasos por la calle. Si quiere venir a mi hotel...
—Iremos a mi casa —dijo Semmler—. Está apenas a cien metros de aquí, sobre el canal.
—¡Excelente! Salgamos de aquí.
Spada pagó la cuenta y los dos hombres salieron al viento helado y al lodo de la calle. Spada preguntó como de pasada:
—¿Qué clase de arma usó con von Kalbach?
-Una Walther PK. ¿Por qué?
—¿Todavía la tiene?
—Por supuesto. Siempre la llevo conmigo.
—¡Cambíela! —dijo ásperamente Spada—. No queremos dos muertes con la misma arma. Es el tipo de cosas que a uno lo delata.
—Si cambio, tengo que recorrer la mitad de la ciudad buscando un arma nueva. Y eso también podría ser peligroso.
—¿Sabe manejar una Luger?
—Por supuesto.
—Cuando lleguemos a su apartamento las canjearemos.
—El dinero primero—dijo firmemente Semmier—. Es aquí. En el tercer piso.
En eí rellano, Spada se limpió cuidadosamente los pies, se quitó las galochas y las depositó junto a la puerta. Semmier se echó a reír.
—¡Por Dios! No necesita ser tan cuidadoso. Entre.
La habitación era un amplio apartamento de la mansarda, ia mitad estudio de artista, la mitad vivienda; todo desordenado y sucio, con el descuido propio de! solterón. Spada examinó con desagrado el lugar.
— ¡Dios mío! No vive muy bien, ¿eh?
—Eso es asunto mío. Ahora veamos el color de su dinero.
Spada metió una mano enguantada en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo dos sobres de papel madera, y entregó uno a Semmler.

Librodot

—Cuéntelo.
Semmler contó cuidadosamente los billetes, y después con el fajo se golpeó la palma de la mano.
—¡Bien! Ahora, háble me del trabajo.
Spada le entregó el segundo sobre.
—Está todo allí. Léalo, y después de memorizarlo, destrúyalo. Mientras lo lee, veamos esa Walther.
El joven vaciló. Spada extrajo su propia pistola y la depositó sobre la mesa, al lado del dinero. Semmler le entegó la Walther, que estaba provista de silenciador.
—Tenga cuidado. Está cargada.
Spada la tomó con la mano enguantada y movió el seguro. Amartilló el arma y apuntó a la ventana.
Semmler deslizó el pulgar bajo la solapa del sobre y lo abrió. Levantó los ojos y dijo:
—Con el silenciador, desvía un poco hacia la izquierda, pero a corta distancia no es problema
—Conviene saberlo —dijo Spada, y le disparó un tiro en la cabeza
Recogió los papeles y el dinero, guardó en el bolsillo su propia pistola y después depositó la Walther en la palma del muerto. Caminando con cuidado para evitar las manchas de sangre salió y cerró suavemente la puerta tras de sí. No tenía prisa. Solamente necesitaba afeitarse antes de la próxima cita. En el primer rincón oscuro arrojó la pistola al canal y continuó caminando, mientras silbaba una melodía.
En la lista principal de la organización Proteo, Jan Pieter Maartens tenía el nombre de código Arenque. Era un hombre corpulento, de rostro rojizo, cuyo apetito por la buena comida y las mujeres bonitas era casi tan considerable como su fortuna privada y su colección de maestros holandeses. Se autodenominaba, al viejo estilo, armador de barcos y sus buques recorrían las costas desde Caracas hasta Callao, desde Bandung hasta Bottany Bay. Tenía contratos permanentes con Spada Consolidated y una antigua e íntima amistad con el propio John Spada.
Media hora después de la ejecución de Gebhradt Semmler, Spada estaba sentado en el estudio de Maartens, con un vaso de borbón en la mano y uno de los burgueses de Rembrandt como único testigo del coloquio.
Maartens dijo con su acostumbrada franqueza:
—Hombre, tiene un aspecto harapiento. ¿Qué ha estado haciendo?
—Uno de nuestros hombres fue muerto en Munich. Hugo von Kalbach.
—Leí las noticias. Una lástima. No sabía que pertenecía a nuestro grupo.
—También era un antiguo y querido amigo.
—Y bien, ¿qué lo trae a Amsterdam?
—Acabo de liquidar al hombre que lo mató.
— ¡Oh! —Maartens evitó demostrar sorpresa—. ¿Necesita ayuda?
—Para eso, no. Fue un trabajo limpio. Y la policía no se esforzará
mucho en la investigación. Sin embargo, hay otro problema. ¿Conoce el asunto de mi hija y el marido?
-Sí. ¿Qué puedo hacer?
—Estoy tratando de sacar a Rodolfo Del Valle de la cárcel argentina. Si puedo, y el "si" es grave, todavía afrontaré el problema de su salida del país. Probablemente está enfermo, lo cual agrava las dificultades.
—De manera que necesita un barco.
—Más que eso, Jan. Necesito que esté a la espera, listo para levar anclas apenas subamos a bordo.

Librodot

—¡Bien...! —Maartens reflexionó un momento, sin dejar de chupar su cigarro—. Tendrá que estar fuera de puerto, y no en los muelles, donde es necesario soportar la inspección de la policía de puerto y los aduaneros.
—¿Puede ayudarme?
—Estoy pensando. Tenemos el *Freya.* Ahora está en Caracas, esperando una carga sin importancia. Podríamos enviarlo a Buenos Aires. Es una antigua bañera, pero todavía nos rinde algunas ganancias.
—¿Podría mantenerlo a la espera un tiempo?
—¡Por supuesto! Lo mejor sería pretextar una falla de las máquinas. De ese modo las autoridades del puerto no hacen preguntas.
—¿Cómo es el capitán?
—Joven. El *Freya* es su primer mando. —Maartens sonrió—. Nos agrada probarlos con esos viejos barcos... sí, el *Freya* probablemente servirá.
—¿Es rápido?
—¡Demonios, no! Doce nudos y ya empiezan a saltar los bulones. Pero eso no importa. Un par de horas de navegación y ustedes están a salvo.
—Muy bien. Será el *Freya.* ¿Quiénes son los agentes locales?
—Los Hermanos Guzmán; pero prefiero no comprometerlos. Dejaré una nota para el capitán en la oficina de los agentes. Yo le diré que la solicite.
—La nota estará firmada por Erwin Hengst.
—Escribiré el nombre. —Maartens garabateó el nombre en su anotador.
—Habrá gastos, Jan. Después arreglaremos las cuentas.
—Para Proteo, no hay cuentas. —Maartens estaba indignado—. Una donación personal al capitán y la tripulación. Eso es todo.
—Jan, usted es un buen amigo.
—Beba otra copa. Leí en los diarios neoyorquinos que usted renunció al cargo de presidente.
-Sí.
—¿Puede ofrecerle un consejo?
—Por supuesto.
—Cuando esto haya concluido, diviértase un poco. Es un mundo de perros. Ni siquiera Proteo puede corregirlo durante la vida de un hombre.
—Y entonces, ¿qué hacemos, viejo amigo? ¿Permitimos que los perros se impongan?
—Terminemos nuestras bebidas. Lo llevaré a cenar.
—No puedo aceptar ni un bocado.
—¡Comerá! —dijo firmemente Jan Pieter Maartens—. Beberá. Se mostrará amable con un par de bonitas mujeres y mañana...
—Mañana parto para Buenos Aires. ¡Garantíceme que llegaré al avión!
Cuando el avión despegó, Spada se sintió repentinamente vacío e intolerablemente solitario. Había quebrado los últimos eslabones que lo unían a la normalidad. Era un hombre nuevo, con un apellido distinto, cuya identidad misma dependía de la buena voluntad de un policía de Munich. En Amsterdam había muerto a un hombre y aunque no se arrepentía del hecho en todo caso lo separaba del común de los seres humanos. Era una experiencia única, que no podía compartir, y que carecía totalmente de alegría.
En el lugar adonde ahora se dirigía llevaría la vida de un criminal, siempre alerta. Debía hablar una lengua extranjera, representar al pie de la letra el texto de una ficción complicada, consciente de que el más mínimo desliz significaba la tortura y la muerte. ¿Y para qué? Eso era lo que más lo abrumaba: ¿para qué? Recordó lo que Anatoly Kolchak le había dicho respecto de Lermontov: "El trato que usted

Librodot

propone parece una estupidez... usted quiere comprar la mercancía más perecedera y menos valiosa: ¡un cuerpo humano enfermo!..." Ahora estaba arriesgando la vida para conseguir esa mediocre mercancía y devolver a su hija, que amaría y cuidaría a su marido hasta que la muerte la liberase de él. El propio Spada había demostrado qué trivial era en realidad ese regalo. Había muerto a sangre fría a un hombre y después había ido a divertirse con Jan Pieter Maartens.
Durante un momento desesperado sintió que le estallaba el cráneo. Después, poco a poco, el viejo y pragmático John Spada asumió de nuevo el control. No puedes retroceder; avanza. No sueñes; ¡actúa! No cambies las categorías, de lo contrario la lógica se convertirá en absurdo.
De modo que comenzó, da capo, el ejercicio del cuestionario. ¿Nombre? Erwin Hengst. ¿Nacionalidad? Alemania Occidental. ¿Edad? Cincuenta y cinco años. ¿Lugar de nacimiento? Francfort del Mein. ¿Profesión? Ingeniero consultor. ¿Qué clase de ingeniería? Minería. ¿Propósito de la visita a Argentina? Turismo. ¿Dirección en Argentina? Plaza Hotel, Buenos Aires. ¿Idiomas? Alemán, español, italiano. No debía hablar inglés, excepto en compañía de sus colegas. ¿Puntos de referencia? Debía registrarse inmediatamente ante el cónsul general alemán. Cualquier contacto con la Oficina Spada debía realizarse en secreto, con Hernán Vigo. Para guardar el secreto, podía utilizar el apartamento de Kunz. ¿Dinero? Tenía que declarar veinte mil marcos alemanes. Hernán Vigo le suministraría más fondos. ¿Costumbres? Debía renunciar al borbón y beber vino, cerveza o whisky escocés. Tenía que pedir los periódicos alemanes, comprar un par de maletas alemanas y una guía de Argentina en idioma alemán. ¿Nombre del padre? Franz Erwin Hengst. ¿Profesión del padre? Maestro de escuela. ¿Nombre de soltera de la madre? Ludmill Dürer...
El ensayo y el servicio de cócteles lo ocuparon durante la primera y breve etapa hasta Zurich a Monrovia y a Río de Janeiro comió, bebió y durmió nerviosamente, perseguido siempre por el temor de que podía hablar en sueños. En el tocador del aeropuerto de Río se afeitó, se cambió de camisa y ropa interior, y se preparó para gozar de las últimas cuatro horas de vuelo hasta Montevideo y Buenos Aires.
Hubo sólo un momento de tensión, mientras en funcionario de rostro inexpresivo del mostrador de inmigración estudiaba el pasaporte de Erwin Hengst y buscaba trabajosamente en su archivo de indeseables. Finalmente, cerró el pasaporte y lo devolvió. Dos pasos más y John Spada, alias Erwin Hensgt, entró en el escenario de la muerte.
—Tenemos un plan —dijo el Espantapájaros.
—No me agrada —dijo el mayor Henson.
—Pero usted no ha propuesto nada mejor —dijo Sánchez—. Exagera los riesgos porque piensa como un soldado británico, no como un guerrillero.
—El tiempo está contra nosotros —dijo Del Valle padre—. Sé que mi hijo está muy enfermo. Muere un poco todos los días.
Estaban sentados en la galería de la estancia, bebiendo cerveza helada y contemplando la apretada arboleda que se prolongaba hasta las orillas del río. Todos se mostraban tensos e irritables, con la única excepción del Espantapájaros, que continuaba conservando su aire de objetividad sardónica.
Spada dijo serenamente:
—Veamos primero las buenas noticias. Un barco viene de Caracas. Cuando liberemos a los muchachos, nos recibirá a bordo y saldrá del Río de la Plata.
—Llevará solamente a su hombre —dijo Sánchez—. Chávez permanecerá con nosotros. Lo necesitamos.
—Muy bien —dijo cordialmente Spada—. Ahora, ¿cuál es el plan de fuga?

Librodot

—No es una fuga. —Era evidente que Sánchez deseaba defender su punto de vista—. Es una entrega... Me explicaré. Cuando los hombres de los servicios han terminado con un detenido, lo matan o lo envían a un calabozo, por si lo necesitan nuevamente. Si y cuando lo requieren, envían una orden al comandante de la cárcel, que entrega al prisionero. ¿Está claro?
—Hasta allí, sí.
—La orden llega en un formulario oficial firmado por un alto jefe de seguridad, casi siempre el interrogador principal, que es el mayor López Mitchell.
—Ése es el bastardo que entregó a mi hija —dijo Spada—. ¡Deseo crucificarlo!
—Una cosa por vez —dijo el Espantapájaros—. Todos estamos comprometidos en esto. Continúe, Sánchez.
—Por lo tanto, tenemos que conseguir tanto el formulario como la firma —continuó Sánchez—. Después, nuestra gente tiene que presentarse en la cárcel, recoger a los dos detenidos y firmar un recibo.
—¿Podemos conseguir los formularios oficiales?
—Sí —dijo Sánchez con una sonrisa—. Hay una muchacha que trabaja en el cuartel general... fea como la muerte, pero yo trato de que no se sienta sola.
—¿Y la firma?
—La misma joven, el mismo motivo. Podemos obtener una falsificación pasable.
—Entonces, ¿dónde está la dificultad?
—La dificultad —dijo el mayor Henson— está en la rutina de la propia cárcel. Sánchez la conoce, porque estuvo detenido y fue ayudante en la oficina. Normalmente los miembros de los servicios telefonean primero. Dicen que quieren al prisionero X, y que envían un destacamento, con orden escrita de retirarlo.
—¿No podemos hacer lo mismo?
—Por supuesto—dijo Henson—. Pero si los auténticos miembros de los servicios llaman y alguien menciona la primera orden... vamos derecho a una trampa.
—He contemplado eso —dijo irritado Sánchez—. Telefoneamos, y después cortamos la línea.
—Pero Martín García se comunica también por radio. No podemos impedirlo.
— Sin embargo, se atiende a horarios regulares. Podemos descubrir cuáles son.
— Si el teléfono no funciona, trabajarán fuera de horario. Es muy peligroso.
—¿Cómo podemos evitarlo? —preguntó Spada—. ¿O por lo menos reducir al mínimo el peligro?
—Martín García es una isla —dijo Henson—. La cárcel tiene su propia comunicación por ferry con tierra firme. Si conseguimos que entreguen a los prisioneros en la costa, por lo menos tendremos una línea de retirada si algo sale mal. De otro modo, estaremos atrapados en la isla.
—¿Sánchez?
—Teóricamente es posible. De hecho, significa romper la rutina. Y eso ya es sospechoso. Es posible que el oficial de guardia de la cárcel llame a su vez para confirmar la orden.
—¿Cuáles son los movimientos entre la cárcel y tierra firme?
—Bastante intensos. Se envían suministros. El personal de la cárcel sale con licencia. El comandante viene regularmente a la ciudad.
—¿Tenemos algún diagrama de todas esas cosas?
—Estamos preparándolo —dijo Sánchez—. Recuerde que no sabíamos nada de usted hasta hace pocos días. Estas cosas llevan tiempo.
El mayor Henson se encogió de hombros, como diciendo: "¿Comprende lo que quería decir? ¿Cómo puede dirigirse así una operación?"
El Espantapájaros habló por primera vez.

Librodot

—Comprendo el punto de vista del mayor. Y también el criterio de Sánchez. Consideremos el asunto desde el punto de vista de lo propios miembros de los servicios. Tienen sus propias emergencias. Están interrogando a un hombre y de pronto... ¡bum!, desean comprobar la información con un detenido a quien ya habían interrogado. Telefonean a la cárcel. Exigen acción rápida. Traigan el detenido al departamento central. Nosotros lo recibiremos. Es posible, ¿verdad?
— Posible —dijo ásperamente Sánchez—. Pero no probable. Esta gente trabaja en su propio circuito cerrado. ¿Por qué necesitan darse prisa cuando tienen en la heladera a sus víctimas? ¿Recueda que estuve allí?
—Bien —dijo serenamente el Espantapájaros—. No tienen emergencias. Podríamos provocarles una, ¿no es así?
—Podríamos. —Sánchez adoptó una actitud cautelosa—. Siempre que no agraven demasiado la situación de mi gente. Ustedes se marchan pero nosotros tenemos que vivir aquí. Recuérdelo., ¡recuérdelo siempre!
—Sánchez tiene razón —dijo Del Valle padre—. Lo que menos deseamos es una nueva oleada represiva. Pero nuestro amigo Lunacharsky por lo menos ha aportado una idea nueva y debemos examinarla atentamente. ¿Puedo decir algo?... Recibimos noticias de la cárcel. Desordenadas y fragmentarias. A veces llegan intencionadamente falsificadas. Pero todo lo que sabemos apunta al hecho de que están tratando a Rodo con especial brutalidad... como si quisieran dar el ejemplo de la humillación de un intelectual. La tortura lo ha dañado gravemente. Bien, parecería que...
Hacía mucho que habían terminado con él en la Feria de Diversiones. Lo habían exprimido como una naranja, jugo y pulpa y fibra, hasta que sólo quedó la cascara amarilla y vacía. Se habían ocupado de que conociese el catálogo entero de crueldades: la percha del loro, la picana eléctrica, la casi asfixia por inmersión en un tanque de aguas servidas, los golpes, los días y las noches en la perrera, donde debía acostarse sobre un lecho de piedras filosas, sin la posibilidad de incorporarse ni de extenderse, las uñas arrancadas, las pesas que colgaban de su cuerpo, colgado de las muñecas.
Muchas veces había estado a un milímetro de la muerte, pero siempre le habían negado la salida compasiva hacia las sombras. Cuando él había rogado que lo dejasen ir, que lo arrojasen al río, como había hecho con centenares, muertos y casi muertos, se habían echado a reír. Dijeron: "Jamás." Martín García necesitaba un payaso que aliviase el tedio, una mascota que adornase el desfile de los condenados. Y ahora, mientras los restantes detenidos caminaban en círculo alrededor del campo de ejercicios, lo tenían encadenado como a un perro a uno de los postes de ejecución, de modo que sólo pudiese sentarse o arrastrarse en un círculo de sólo dos metros de diámetro, para ejercitar sus músculos atrofiados y las articulaciones calcificadas.
A veces, uno de los guadias se detenía y lo palmeaba, medio compasivo y medio despectivo. Todos los días, sin faltar una sola vez, el coronel Ildefonso Suárez se acercaba cojeando a Rodo, le levantaba la cabeza con la punta del bastón y se burlaba.
— ¡Bien! ¿Cómo está hoy el gran Rodolfo Del Valle? Abrigo la esperanza de que pueda continuar trabajando. No debe decepcionar a su público. Esperan grandes cosas de usted, testimonios de estos tiempo difíciles. Aunque por supuesto, lo había olvidado. Está escribiendo un libro, ¿verdad? Ya decidió el título. ¿Qué le parece *El libro de las revelaciones?* ¿O *Las confesiones de Rodolfo Del Valle,* con una selección de fotografías? ¿Todavía nada? ¡Bien, no importa! ¡Hay mucho tiempo... años y años!

Librodot

Después, le aplicaba un bastonazo, juguetón pero doloroso, en la cadera enflaquecida, y se alejaba cojeando, mientras Rodolfo Del Valle continuaba sentado, inclinado y encogido, la espalda apoyada en el poste donde otros más afortunados habían sido fusilados.

El coronel se creía actor, pero desconocía el punto central de la comedia, porque en efecto Rodolfo Del Valle estaba escribiendo: no sobre el papel, porque no lo tenía, y además sus dedos estaban encorvados y heridos, y porque aunque hubiese tenido luz en la celda comenzaba a fallarle la vista... pero escribía mentalmente. Estaba redactando una letanía que recitaba y repetía con voz monótona: una letanía de los vivos y los muertos, de los que como él habían sido arrancados al ámbito humano, borrados de los registros como si jamás hubiesen existido. Todos los días, todas las semanas agregaba nuevos elementos: nombres murmurados durante el desfile de los detenidos, o mencionados por los guardias o garabateados en las paredes del cuarto de las duchas. Un día — ¡aunque fuese el Día del Juicio!— alzaría la voz para entonar la letanía, y por cada nombre obtendría una condena para los tiranos.

Soñaba también con la creación de otras obras: una vasta y visionaria épica del país que había absorbido a tantas razas humanas, un folklore utilizando el lunfardo, una guirnalda de poemas líricos para Teresa. Pero estas cosas no duraban mucho en su cabeza. Iban y venían. Sólo quedaban los restos, como jirones de tela enganchados en un matorral espinoso de la pampa... a veces el jirón enganchado en una espina era él mismo, cubierto de polvo, agitado por el viento, atravesado por muchos dolores, solo, tan terriblemente solo...

Y sin embargo —también había aprendido a contar los favores de la suerte—no siempre estaba solo. Una vez concluido el período de ejercicios, el guardia le retiraba los grillos y dos detenidos lo incorporaban, lo tomaban uno de cada brazo y medio caminando medio arrastrándolo lo llevaban de vuelta a los calabozos. Uno era Ferrer, que había sido cura rural y había protestado en sus sermones dominicales contra las brutalidades de un terrateniente local. El otro era Chávez, otrora maestro de escuela, veterano activista, que había sobrevivido a cien procedimientos policiales y organizado una veintena de operaciones terroristas, para ser arrestado finalmente por cantar temerarias canciones de protesta mientras estaba medio borracho en un bar. Conseguían trasladarlo con lentitud suficiente para comunicarle en voz baja las noticias y quizá ponerle en la mano un caramelo pegajoso o un pedazo de fruta. Incluso el contacto y la proximidad de los dos hombres provocaba en Del Valle el deseo de llorar agradecido. Los sábados, el viejo cabo Pascarelli se encargaba de recorrer los calabozos, mientras sus subordinados bebían hasta tarde en la cantina. Siempre estaba dispuesto a charlar un par de minutos y traía algún regalito, una píldora de vitaminas o un cigarrillo. Con menos frecuencia, cuando Del Valle escupía sangre y le permitían visitar la enfermería, el ayudante, un hombre pálido y melancólico, le masajeaba la espalda y trataba de aliviar el dolor de la columna vertebral deformada. A pesar de sus modales afeminados, ese hombre tenía mucho coraje, y era perfectamente capaz de enfrentar al médico de la cárcel, el doctor Wolfschmidt, cuyas únicas preocupaciones parecían ser el alcohol y las salas de tortura.

Sí, incluso en el infierno había ciertos dones, dolorosamente pequeños, pero suficientes para apuntalar la cordura de un hombre y alimentar el hilo cada vez más delgado de la esperanza. Pero, ¿esperanza de qué?

Ferrer, robusto y espartano en la antigua fe, lo apremiaba sin descanso:

—Cristo está contigo, Rodolfo. A medida que empeora la situación, más te pareces a Él. Cree en Él. Aférrate a Él. Jamás te abandonará.

Librodot

Chávez lo decía de otro modo, no menos reconfortante:
— ¡Agárrate a tu cráneo, hombre! Allí está todo. Cierra los ojos, cierra la boca. Cierra los oídos. Enróscate en tu cerebro y olvídalos. Es eficaz. ¡Créeme, es eficaz!
El viejo Pascarelli gruñía y resoplaba y se rascaba las axilas y como un pistolero hablaba por el costado de la boca:
—Los tipos importantes tienen mucho miedo. Quieren matarte como mataron a los demás, pero temen que sea necesario presentarte un día. No trates de enfrentarlos; sólo conseguirás perjudicarte más. Finge que no eres más que un estúpido, que perdiste la cabeza, y te dejarán en paz. Ésa es la idea. Hazte el estúpido. ¡Finge que eres un idiota perfecto!
De modo que, a falta de mejores remedios, ensayó esos métodos. Él, que no había asistido a la iglesia desde el día de la confirmación, trató de rezar. Él, que ansiaba comunicarse con el mundo, alimentó sus visiones —¿o eran su locura?— en la soledad. El, el hombre desafiante, habló incoherencias y sonrió como un mono domado frente a sus torturadores...

Después de que todos regresaron a la ciudad, cada uno por su lado, John Spada cenó y habló de asuntos de la familia con Del Valle padre. Era la primera vez que hablaba a solas... la primera vez que Spada recibía la invitación de usar el nombre de pila de su anfitrión: Francisco.
—Es extraño, ¿no? —comentó Spada—. Nuestros hijos se han casado, pero usted y yo apenas nos conocemos.
—Lo que es aun más extraño —dijo Francisco Del Valle—, mi hijo está detenido en mi país, y usted, un extranjero, viene a salvarlo. Lo cual determina que me sienta ineficaz y avergonzado.
—No debería ser así. El resto de su familia vive aquí, y pueden ser utilizados como rehenes del sistema.
— Que yo mismo contribuí a crear... si no cooperando, al menos con mi indiferencia política. Mientras estuviese en libertad de hacer lo que deseaba, y créame, John, de mi estancia salen los mejores caballos del país, me sentía feliz. Y también me disculpaba fácilmente. Era un hombre con un solo talento. A nadie hacía daño... incluso puede decirse que hasta cierto punto hacía un bien. Pensaba, creía realmente que mi hijo povocaba molestias innecesarias en cosas que con el tiempo se arreglarían solas.
—Todos caemos en la misma trampa —dijo serenamente John Spada—. Todos pactamos con el demonio, porque es muy buen pagador. Y también cortés..., hasta que uno lo contraría.
—Dígame sinceramente, John, ¿qué opina de nuestras posibilidades?
— Por el momento, cincuenta y cincuenta. —¿Podemos mejorar las probabilidades?
— Sí, con información más exacta. Fuera de eso, es peligroso hacer conjeturas. Puede desmoralizarnos. Debemos formular juicios racionales sobre la base de la inteligencia concreta... Pero hay un problema. En el supuesto de que tengamos éxito, ¿qué sucederá con usted y su familia?
—Creo que no mucho. Por supuesto, nos interrogarán; es probable incluso que nos molesten. Pero en definitiva nos dejarán en paz. Somos gente de campo. Los hombres de los servicios no se sienten cómodos en las zonas rurales. Son exterminadores de ratas, entrenados para recorrer las cloacas de la ciudad... Creo que en definitiva usted correrá más peligro que yo.
—Felizmente, estaré lejos... en Nueva York, con Rodo.

Librodot

—Vivimos en la era de los asesinos —dijo Francisco Del Valle—. Si Rodo vive para volver a escribir, y llega a saberse que usted es el hombre que derrotó a este sistema, ambos correrán peligro.
—Una cosa por vez —dijo John Spada—. Una cosa por vez.
—Quizás intenten expropiar sus empresas en Argentina.
— Serían estúpidos si lo intentaran. Los banqueros mirarían con malos ojos la operación. Además, ahora todos saben que me he retirado. Spada Consolidated es una corporación pública con muchos accionistas poderosos. Las reglas del juego establecen que los hombres son mortales pero las corporaciones gigantes son sagradas hasta la eternidad.
Francisco Del Valle sirvió más vino.
—John, ¿cree que habrá violencia en este asunto?
—Por supuesto, intentaremos evitarla, pero sí, es posible.
—Quiero acompañarlo en la operación.
— ¡No! —La respuesta de Spada fue enfática—. Manténgase lejos. Usted podría comprometer a mucha gente. Y en último análisis podrían obligarlo a pagar tributo al ERP.
—Lo comprendo, pero...
—Tragúese su orgullo y mantenga la distancia. Y a propósito, necesito una buena escopeta.
— Se la conseguiré —dijo Francisco Del Valle—. Pero por Dios, no la lleve consigo ni la guarde en el hotel. Muchos miembros del personal son hombres y mujeres a sueldo de los servicios.
—La guardaré en el apartamento de Kunz.
— ¿Está dispuesto a matar a un hombre? -Sí.
—En ese caso, le pido... ¡no, se lo ruego!, que si algo sale mal, si hay peligro de que Rodo sea detenido nuevamente... ¡mátelo!
— ¡ Madre de Dios! —John Spada juró por lo bajo—. *i* Qué clase de hombre cree que soy yo?
El coronel Ildefonso Suárez era un hombre muy metódico, y ésta no era la menor de sus cualidades como comandante de una cárcel. Mantenía al día sus registros... excepto los casos en que los servicios de seguridad ordenaban que no se llevase ningún registro. Sus cuentas siempre cuadraban, lo cual quería decir que el manejo corrupto de los fondos de la cárcel se mantenía siempre en un nivel aceptable. Sus informes eran breves y claros: los accidentes y las bajas cero, las enfermedades infecciosas mínimas, las fugas cero, las infracciones disciplinarias importantes cero, las quejas de los detenidos cero, los problemas con el personal cero.
Su oficina era un modelo de pulcritud. No había un papel fuera de su lugar, ni trastos de polvo en los archivos. Se afilan diariamente los lápices, el canasto de los papeles se vaciaba a mediodía y al final de la jornada. Los zapatos del coronel relucían como cristales y el peluquero de la cárcel le recortaba los cabellos dos veces por semana; también lo afeitaba antes de la recorrida matutina. Con sus superiores adoptaba una actitud de respeto militar; para sus inferiores era un tirano despótico, y a veces demostraba un humor sardónico destinado a provocar la sonrisa apreciativa de los soldados.
Su residencia fuera del sector de la cárcel era un pulcro cottage con un jardín de flores y un huerto, atendidos por un sargento, dado de baja y condenado veinte años antes por haber asesinado a su amante; además, contaba con los servicios de un ordenanza y una vieja criolla originaria de Entre Ríos, que se ocupaba de limpiar y cocinar para el coronel.

Incluso sus diversiones eran metódicas. Los últimos cuatro días de cada quincena abandonaba su mando, siempre después de un acto formal de traspaso al mayor Gutiérrez, y un auto lo conducía a Buenos Aires, dónde tenía reservada una suite en el Hotel Formosa. Allí, la misma criada lo recibía siempre, y se ocupaba de que las ropas civiles del coronel estuviesen planchadas y las camisas y la ropa interior preparadas en la cómoda. También lo esperaba allí su provisión de licores y cigarros, que nadie había tocado desde la última visita. La camarera esperaba mientras él se desvestía, le ayudaba a ponerse la bata, le servía una copa y después se retiraba, llevándose la ropa sucia al lavadero y el uniforme a la planchadora.

Entonces comenzaba la rutina de la diversión. Bañado y vestido con ropas civiles, se dirigía al Círculo Militar, para renovar la relación con sus amigos del servicio. Éstos se mostraban bastante cordiales... aunque el coronel a veces se preguntaba si el olor de la cárcel continuaba envolviéndolo; pero la cordialidad de estos hombres era menos importante que los comentarios acerca del servicio: quién estaba destacado dónde, quién había pasado al sector político, qué visitantes llegaban de la zona de frontera a la ciudad, cuáles eran los colegas que venían de Uruguay o Chile o Paraguay. Este tipo de información contribuía a la seguridad de un hombre, le permitía conceder favores personales y formarse cierto prestigio en la jerarquía.

Si había pocos colegas, se marchaba temprano; si muchos habían acudido al Círculo, el coronel Suárez cenaba allí y después cojeaba de un grupo al otro, en la sala donde se servía café, para cambiar saludos. Con los conocidos pacientes, la cojera era tan útil como una tarjeta de visita. Siempre estaba dispuesto a explicar— aunque lo hacía con un aire modesto— que había recibido un balazo en una emboscada tendida por los revolucionarios en el Norte del país, pero que los bastardos lo habían pasado mucho peor, con tres muertos y dos que sobrevivieron para hablar largamente en la Feria de las Diversiones.

Después de cenar, y de rechazar la propuesta de algún individuo solitario que deseaba acompañarlo, salía del club y el automóvil lo llevaba a otro tipo de local, aproximadamente a un kilómetro de la Plaza de la República. Allí, un oficial y un caballero podía entretenerse muy satisfactoriamente, pues los inspectores médicos del Ejército garantizaban que las muchachas estaban sanas, y por otra parte varios miembros de los servicios vigilaban atentamente el lugar. En la planta baja había un bar, con música y baile; arriba, una larga serie de cuartos que podían alquilarse, lo mismo que sus ocupantes, por hora o por la noche entera. La tarifa era elevada, pero los riesgos reducidos, y Rosita, una sonriente y opulenta matrona originaria de Mar del Plata, siempre atendía bien a sus clientes regulares.

El coronel Suárez era un cliente muy regular; también fiel a su modo. Era sabido que durante tres visitas sucesivas había preferido a la misma muchacha hasta que, como él mismo lo dijo, "Pareció que de la noche a la mañana ella envejecía y parecía tener dieciocho años más que catorce". Así, esa tibia noche de octubre había ordenado que le trajesen otra, confiando en que Rosita jamás lo decepcionaría. Cuando el automóvil se detuvo a la entrada del local, como siempre impartió sus órdenes al chófer: "Venga a buscarme a las diez de la mañana. Hasta esa hora, páselo bien." A lo cual, como siempre, el chófer respondió agradecido: "El coronel es muy amable. Pero tengo que cuidar de mi bolsillo." Y a esto agregó, pero sólo para sí mismo: "Aún así, soy más hombre que tú, ¡viejo podrido!" Después, el chófer enfiló el auto hacia el puerto, donde su primo Luis tenía una cantina, y un lugar en que a las tres de la madrugada a nadie le importaba un cuerno de los servicios, la policía o los políticos.

Librodot

En ese sótano feliz y ruidoso tuvo la buena suerte de sentarse a la misma mesa que ya ocupaban dos bonitas jóvenes, un individuo de aspecto extraño que se llamaba Pavel o Paul o algo parecido y un individuo que gastaba mucho, un tal Sánchez, cuyos bolsillos parecían forrados de dinero…

—Nuestro amigo —Sánchez señaló el dormitorio donde el chófer del coronel Suárez roncaba feliz entre dos muchachas— merecería una medalla. Vean todo lo que nos dijo por el precio de un par de botellas de brandy de mala calidad. Ocho días por mes está en la ciudad con el coronel Suárez. Suárez siempre sigue el mismo camino, va a los mismos lugares: el hotel Formosa, el Círculo Militar, Rosita durante dos noches, después regreso al hotel Formosa y de vuelta a Martín García. ¡Ya ven qué estúpidos son estos individuos! Podríamos matarlo cuando quisiéramos. Podríamos meterle plástico en el automóvil, liquidarlo en el cuarto del hotel, deslizar una pildora en la bebida que recibe en el local de Rosita, seguirlo cuando sale de la ciudad y emboscarlo en el camino… ¡Hermoso, realmente hermoso!

—Lo que es incluso más hermoso—dijo amablemente el Espantapájaros—, es que no lo tocamos. Lo dejamos en su feliz inocencia, como una langosta en un frasco repleto de verdura, hasta que estemos dispuestos a aprovecharlo.

—Veamos cómo podemos usarlo—dijo Sánchez—. Cuando viene a la ciudad visita el local de Rosita… siempre entre las once y la medianoche. Nunca sale antes de las diez de la mañana. De modo que lo detenemos al entrar.

—¿Él supone que somos miembros de los servicios de seguridad?

—En efecto. Siempre visten ropas civiles. Viajan en coches sin matrícula. De modo que si le presentamos un documento cualquiera, no sospechará demasiado. Lo llevamos a una casa, y desde allí telefonea a la cárcel y ordena que realicen la entrega urgente de los detenidos. Confirma que él mismo estará presente durante la entrega.

—Con esa llamada también comprobaremos si hubo otros pedidos de los servicios.

— ¡Me agrada! —dijo Sánchez feliz—. ¡Me parece un plan perfectamente razonable!

—Una pregunta —dijo el Espantapájaros—. Qué hacemos después con el coronel?

—¿Ustedes? Nada. — Sánchez se puso inmediatamente a la defensiva—. Es nuestro. No necesitan pensar en él.

—Spada querrá saber.

—Entonces, yo se lo diré —dijo Sánchez—. No dormimos en la misma cama… a lo sumo, cooperamos en esta operación. Por eso no quiero que se mezcle con la situación local. Él sale del país. Nosotros tenemos que afrontar el desastre. Y después de esto, la cosa se pondrá mucho más difícil.

— Spada es un hombre inteligente —dijo el Espantapájaros—. Entenderá.

—Hace mucho que estoy en este juego —dijo Sánchez—. Pero Spada me inspira cierto temor. Se lo ve excesivamente tranquilo, demasiado controlado. Es como manipular una granada de mano… dentro está el explosivo.

—Debo volver a mi hotel — dijo el Espantapájaros—. Ha sido una velada muy instructiva. Necesito reflexionar acerca de los detalles.

—Habrá que conseguirle transporte. Este sector es peligroso durante la madrugada y una patrulla policial podría detenerlo. Espere cinco minutos y le conseguiré un taxi.

—No se moleste. Yo mismo puedo buscarlo.

—Necesita el taxi adecuado —dijo secamente Sánchez—. Ésta es una casa de la organización, y deseo preservar su seguridad.

— ¿Qué dice de nuestro amigo borracho?

—¿Eh? Oh, no es problema. Lo sacaremos de aquí. Despertará en el automóvil del coronel y se preguntará cómo demonios llegó allí. Pero un extranjero que salga de aquí a las cuatro de la madrugada... eso es una noticia para el boletín policial.

Durante tres días, después de volver de Buenos Aires, el coronel Suárez mostraba un insoportable buen humor. Como decía Pascarelli: "Es como un perro viejo; se babea a cada rato y orina contra todas las sillas, sólo para que uno sepa que todavía es sensible al olor de una perra en celo."
Transmitía a sus oficiales los chismes del servicio recogidos en el club, y le relataba anécdotas sabrosas originadas en el local de Rosita. A los soldados les sugería escenas de lujuria inconcebible, que podían ser vividas sólo por los oficiales y los caballeros, pero que un día, mediante buena conducta y los correspondientes ascensos, ellos también podrían saborear. Inventaba pequeñas crueldades para los detenidos, por ejemplo versiones acerca de nuevas inspecciones de los servicios de seguridad; o mencionaba los nombres de algunas parientes de los detenidos, de modo que ellos pudiesen oír, y después se echaba a reír, como si estuviera presenciando una comedia obscena. Durante este período que seguía a las diversiones sexuales del coronel, la tensión en los calabozos siempre se elevaba hasta el punto crítico y los guardias se mostraban nerviosos y aprensivos.
Pero esta vez la usual exuberancia del coronel se vio amortiguada por un informe del mayor Gutiérrez. Había un brote de disentería en el bloque D, y el doctor Wolf'schmidt, por una vez sobrio, había diagnosticado la presencia de una *Endamoeba histolytica* muy infecciosa, y sumamente peligrosa, tanto para el personal como para los detenidos.
Las medidas médicas que el doctor Wolfschmidt reclamó fueron drásticas: un pedido masivo de drogas, y una modificación a fondo de la higiene de la cárcel. El pedido debía tener el apoyo de una explicación personal del comandante; y las medidas higiénicas incluían un control de expertos sobre la provisión de agua de la cárcel, y personal suplementario para afrontar el tratamiento de los pacientes.
De pronto, el coronel Suárez vio que su agradable y pequeño reino caía en pedazos y su versión cuidadosamente elaborada aparecía como pura ficción. Lo que era aun más peligroso, se delineaba la perspectiva de disturbios y desórdenes en la población de la cárcel, excesivamente aumentada, formada por individuos en general inteligentes y aislada como un posible lazareto.
De modo que cuando salió al campo de ejercicios para inspeccionar el desfile de los detenidos, estaba de pésimo humor, irritable y cruel. Rodolfo Del Valle, encadenado y en cuclillas contra el poste de ejecución, fue su primera y más obvia víctima. Golpeándose el muslo con el bastón, atravesó el patio, puso el extremo del bastón bajo el mentón Del Valle y lo obligó a levantar la cabeza.
— ¡Bien! ¿Y cómo está hoy nuestro perrito? Un poco perezoso, por lo que veo. Dormitando al sol y soñando con las perras. No podemos tolerar eso, ¿verdad? ¡Es hora de practicar ejercicios! ¡Arriba, perrito! ¡Sobre las manos y las rodillas! ¡Vamos, ahora mismo!
Golpeó dos veces en las nalgas a Del Valle y lo obligó a gatear alrededor del poste, acicateándolo y castigándolo y urgiéndolo a moverse cada vez más rápido, hasta que al fin el detenido se derrumbó, la cara hundida en el suelo y escupió sangre sobre las lustradas botas del coronel. Eso encolerizó al coronel Suárez y comenzó a castigar al hombre postrado, hasta que un súbito y áspero rugido lo detuvo. Desvió los ojos, sudoroso y vio que los detenidos habían suspendido la marcha y formaban un estrecho círculo alrededor, un grupo cargado de odio y hostilidad. A

Librodot

gritos les ordenó que continuaran caminando. No le hicieron caso. Dijo que si no obedecían, los guardias abrirían fuego. Permanecieron inmóviles, como mudos acusadores, mientras el coronel Suárez sopesaba rápidamente las consecuencias de un patio colmado de cadáveres, además de un lazareto repleto de casos de disentería. Los guardias contuvieron la respiración y advirtieron aliviados que la primera avalancha permitiría a los prisioneros pasar sobre el cuerpo del coronel. Transcurrieron varios segundos, uno, dos, tres cuatro... y entonces el coronel Suárez recobró la cordura. Ordenó al guardia más próximo.

—¡Usted! ¡Desencadene a este hombre!

Después, señaló a Chávez y Ferrer. —¡Y usted y usted! Llévenlo a la enfermería. El guardia avanzó de prisa, y arrodillándose al lado de Del Valle abrió los grillos. Después, miró a su jefe, aturdido y temeroso.

— ¡Está muerto, coronel! —¿Usted es médico? —No, señor, pero...

—Entonces no adopte decisiones médicas. ¡Llévenselo!

Chávez y Ferrer se inclinaron sobre Del Valle. Chávez le tomó el pulso y apoyó la cabeza sobre el pecho deprimido y esquelético. Después, se irguió y enfrentó al coronel. Con voz alta y clara como la de un juez anuncio:

—Está vivo, apenas vivo. Pero si muere, coronel, usted es el asesino. Todos somos testigos.

Después, se inclinó, alzó en brazos a Del Valle y lo llevó adentro como si hubiera sido un niño. El coronel Suárez lo siguió cojeando, mientras los guardias se acercaban, gritando y empujando a los detenidos para obligarlos a reanudar la marcha. Media hora después el coronel Suárez llamó a su despacho al doctor Wolfschmidt, le sirvió una medida de brandy y lo interrogó.

—¿Cómo está Del Valle?

Wolfschmidt se encogió de hombros, indiferente.

—Resiste. Detuvimos la hemorragia, le aplicamos estimulantes... pero no tiene muchas reservas.

— ¡Manténgalo vivo! —El coronel Suárez se mostró enfático—. Si no lo consigue, tendremos dificultades. Hay una atmósfera desagradable entre los detenidos.

—Si lo quiere vivo, tendrá que alimentarlo y abrigarlo como a un ser humano.

—Muy bien. Manténgalo en la enfermería. Cuídelo hasta que tenga fuerza suficiente para regresar a los calabozos.

—Lo intentaré, pero usted me lo entrega con cierto retraso. No puedo prometer nada... Y a propósito, ¿por qué demonios le importa esa basura?

— Porque uno cualquiera de los servicios puede reclamarlo otra vez y no quiero que me acusen de asesinato, ahora o después.

—Bien, hasta ahora tuvo mucha suerte. Este brandy es excelente.

—Sírvase.

—Hay otro problema. ¿Cuándo recibiré las drogas y el equipo sanitario? Esta disentería está extendiéndose como un incendio en la pradera.

—¿No puede limitarla mediante una cuarentena?

—No, si el agua está contaminada. Necesitamos un buen sistema de cloacas, la desinfección de las ropas y un poco de limpieza en la cocina.

—Hablé con el cuartel general. Prometieron acción urgente... ¡También sería útil que usted se mantuviese sobrio más horas todos los días!

—La embriaguez me ayuda — Wolfschmidt bebió su brandy de un sorbo y se puso de pie—. No me apremie, querido coronel. He ocultado muchos de sus errores. Y ahora me pide que traiga a éste de regreso del mundo de los muertos. Tengo que estar muy borracho para realizar un milagro parecido.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el coronel Suárez—. En ese caso, ¡llévese la botella!

Librodot

CAPÍTULO 7

En el alba grisácea de un día lluvioso, el *Freya,* un viejo carguero de ocho mil toneladas, entró dificultosamente en el estuario y echó el ancla en uno de los canales de acceso al puerto de Buenos Aires. Cuando los funcionarios del puerto abordaron la nave para realizar la inspección acostumbrada, los documentos demostraron que se dirigía al Callao, y que estaba provisoriamente incapacitada por la rotura de un eje, que debía ser sustituido antes de continuar viaje. Las piezas de repuesto venían en avión de Holanda. Las formalidades concluyeron rápidamente. Se otorgaron permisos temporarios de desembarco a los oficiales y la tripulación, y una hora después el capitán fue a tierra para visitar a los agentes de la compañía, los hermanos Guzmán. A mediodía, estaba sentado frente a una mesa en un pequeño restaurante del puerto en compañía de John Spada, alias Erwin Hengst.

Las instrucciones que recibió fueron sencillas. Durante cinco días se atendería a la rutina normal de un navio sometido a reparaciones. Los marineros de cubierta limpiarían el barco, y se dedicarían a rasquetear y pintar, además de bajar a tierra por las noches. En el cuarto de máquinas fingirían el desorden de una tarea de reparación, con herramientas y repuestos distribuidos aquí y allá, de tal modo que hubiese confusión suficiente para distraer a cualquier funcionario que se acercase al barco. Al sexto día, cuanto más tarde mejor, todos se embarcarían y obtendrían los documentos de salida, de modo que pudieran estar prontos para zarpar entre medianoche y el alba, apenas los fugados estuviesen a bordo.

El capitán señaló un problema inmediato. Ciertamente, podía partir con la nave. Pero de acuerdo con los reglamentos, debía tener un piloto a bordo hasta que saliese del canal. Por consiguiente, los refugiados debían embarcarse antes que el piloto, y permanecer escondidos bajo cubierta hasta el momento en que el funcionario se retirase, en la boca del canal. Si trataban de salir sin piloto, podían ser abordados y arrestados por la policía del puerto. Cualquiera de los dos métodos implicaba cierto riesgo, pero aceptar al piloto era más seguro.

—Hagámoslo así —dijo Spada—. Ahora, hay otro problema. Mi yerno está enfermo. Necesitará atención médica. ¿Cuál es el primer puerto donde podemos obtenerla?

El capitán se mostró dubitativo.

—Montevideo está excluida. Uruguay y Argentina cooperan en las medidas antisubversivas. Podríamos recalar en Río, pero tampoco me agrada. Si en nuestro manifiesto aparece un enfermo, sin documentos, la policía entrará en sospechas. Lo más conveniente sería tener a bordo un médico, y poner rumbo directo a las Antillas Holandesas. Desde allí, el paciente puede viajar en avión a Nueva York.

—¿Qué tipo de equipo médico tiene aquí?

—El botiquín acostumbrado del capitán, pero no incluye muchas cosas: oxígeno, penicilina, sulfas, pildoras para el dolor de estómago, ungüentos para tratar las quemaduras, estimulantes cardíacos, elementos para entablillar fracturas, unos pocos bisturíes... en realidad, es un equipo de primeros auxilios.

—Está bien. Necesitamos un médico y el correspondiente equipo. Veré lo que puedo hacer. ¿El horario está bien aclarado?

—Absolutamente.

Librodot

—Bien. Entonces, a menos que haya cambios, no volveremos a hablar. Pregunte todos los días en la oficina de Guzmán, para el caso de que me vea obligado a dejar un mensaje. ¿Tendrá que dar explicaciones a la tripulación?
—No. Por supuesto, el ingeniero ya lo sabe, porque tuvo que fingir la avería en las máquinas. Los otros no sabrán nada hasta el último momento, entonces distribuiré un poco de dinero para mantenerlos callados hasta que se haya retirado el piloto.
—Entonces, creo que eso es todo... excepto que debo expresarle mi agradecimiento, capitán.
—Ha sido un placer para mí —dijo el capitán con una sonrisa—. Es mejor que una carga de cueros y cereales, lo que usualmente embarcamos aquí. ¡Buena suerte, amigo mío!
La siguiente visita de Spada fue a un convento de las Hermanas Misioneras de los Pobres, en uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Eran las diez de la noche cuando llegó, y la hermana que atendió la puerta criticó su presencia a hora tan tardía. La comunidad se preparaba para dormir. La madre superiora había tenido un día prolongado y fatigoso. ¿Quizá mañana? ¡Por favor, hermana, ahora! Era muy importante. ¡Bien...!
En el saloncito, que olía a cera, bajo la mirada vacía de una Madonna de yeso, John Spada explicó su presencia y su misión a la madre superiora, una mujer de sorprendente juventud con fuerte acento de Nebraska.
—...Mi hija Teresa cooperó con ustedes, y por eso creí que estarían dispuestas a ayudarnos, si pueden.
—Por supuesto, queremos hacerlo. Teresa realizó aquí un notable trabajo, y las consecuencias fueron terribles para ella. ¿Cómo está ahora?
—Recobrándose. Pero la llevará tiempo. Ahora bien, sabemos que el marido está muy mal. Necesitaré ayuda médica, si conseguimos rescatarlo con vida.
—Hay dificultades, señor Spada. El médico que lo acompañe de hecho va al exilio, porque tendrá graves dificultades para volver al país, puesto que no podrá demostrar cómo o cuándo salió. Y mientras estuviese ausente, sus amigos y parientes correrían peligro.
—En ese caso, quizás haya alguien que desee salir y permanecer en el extranjero. No habría problemas si se trata de aportar fondos para ayudar a ese médico a instalarse en otro país.
—Y de ese modo privamos a nuestros pobres de una ayuda que necesitan muchísimo. Sin embargo, déjeme pensar... —Reflexionó unos momentos y después continuó—: La hermana Martha nos abandonará muy pronto. Ha pedido que se la libere de sus votos. Es médica diplomada y ciudadana norteamericana. Si está dispuesta a aceptar el riesgo, le permitiré que vaya con usted...
—¿Podría hablar ahora con ella?
—Me temo que no. Está en nuestra misión de Mendoza. Vuelve dentro de tres días.
—Es muy poco tiempo.
—Lo sé. Pero es todo lo que puedo hacer, y si ella consiente, es la mejor persona posible: no tiene vínculos locales, y carece de conexiones inmediatas con nosotras en Buenos Aires ¿Cómo puedo hablar con usted?
—Yo la llamaré... y recuérdelo, soy Erwing Hengst. La pregunta siguiente: ¿puede reunir un equipo médico para mí: drogas, instrumentos quirúrgicos, ese tipo de cosas? —Extrajo la billetera y depositó sobre la mesa un fajo de billetes—. Pague con esto, y conserve el resto para la misión.
La madre superiora no tocó el dinero depositado sobre la mesa. Preguntó con expresión grave:

Librodot

—Debo preguntarle esto, señor Spada: ¿qué riesgos correría la hermana Martha?
—Mínimos. —Spada se mostró muy seguro—. Una vez que estemos a bordo, lo peor ha pasado. Dígame, ¿qué clase de mujer es la hermana Martha?
—Como médica, de primera clase. Como mujer —la madre superiora sonrió apenas, con cierta ironía— digamos que se lleva mejor con los hombres que con las mujeres. En un convento, eso provoca ciertos problemas...
—Si ése fuese nuestro problema más grave —dijo John Spada—, podríamos considerarnos personas muy afortunadas.
En el comedor del apartamento de Kunz, el mayor Henson desplegó sobre la mesa una serie de mapas trazados a mano, y delineó su plan de batalla.
—...Desde Buenos Aires hasta la desembocadura del río Paraná y el ferry a Martín García hay unos ciento veinte kilómetros por tierra. He recorrido ese trayecto de día y de noche. Con tránsito intenso, se necesitan dos horas y media. Si la circulación es muy densa en la ciudad. Puede llevar más tiempo. Pero de noche podremos hacerlo en dos horas... Bien, aquí está la isla de Martín García, y aquí, en tierra firme, el muelle del ferry. Como ustedes ven, hay una playa de estacionamiento frente al muelle, y después un camino estrecho de medio kilómetro, que termina en la autopista. A ambos lados hay bosquecillos de limonares, donde podemos escondernos. Pero es fácil bloquear la aproximación al muelle, y nuestros vehículos podrían verse encerrados. De modo que es un lugar bueno para ocultarse, pero mal para combatir... Ahora, sigamos el camino principal durante unos doce kilómetros, y aparece este desvío que desciende hacia el río. Allí hay una playa tranquila, y podemos utilizarla para amarrar la lancha de motor del *Freya.* El *Freya* esperará aquí, al borde del canal... ¿Está claro?
Hubo un murmullo de asentimiento alrededor de la mesa. Henson desplegó otro mapa más pequeño sobre el espacio libre de la mesa.
—Ahora examinemos los lugares y los horarios. Estamos divididos en dos grupos. El destacamento está en el camión, suministrado por Sánchez. Estacionamos cerca del muelle, y nuestros hombres se dispersan y ocupan posiciones donde comienzan los árboles. Después de medianoche el ferry no funciona, de modo que será apenas una espera tranquila...
—En la ciudad, el coronel Suárez ha cenado en el Círculo Militar. Entre las once y medianoche va al local de Rosita; aquí está en este mapa. Despide a su chófer en esta esquina, y después camina diez pasos hasta la entrada de la casa de Rosita. Allí lo abordan Sánchez, Lunacharsky y Spada. Le muestran sus tarjetas de identificación de los servicios de seguridad. Vuelven con él al automóvil, y todos salen de la ciudad en dirección a la casa indicada por Sánchez, a unas veinte minutos del muelle. Desde allí, el coronel se comunica telefónicamente con la cárcel. Después, todos van al muelle, para incorporarse al comité de recepción...
—¿Con el coronel? — Spada se mostró dubitativo.
—Lo aconsejo —dijo secamente Sánchez- . De ese modo la escena en que los detenidos aparecen escoltados tiene más urgencia y autenticidad. Si hace un solo movimiento dudoso, lo liquidamos.
—¿Cuál es el próximo movimiento? —De nuevo fue Spada quien preguntó.
—Usted y su gente van con Del Valle al punto de embarque, y la lancha los lleva al *Freya.* El resto regresa a la ciudad. Terminado... ¡asunto concluido! Así de sencillo es.
—Parece sencillo, pero, ¿cuáles son los riesgos principales?
—Dígaselo —propuso el mayor Henson a Sánchez.
—Primero, que una patrulla policial se acerque al muelle. Vigilan ese sector del camino, y a veces se acercan a la orilla para fumar o pasar diez minutos con una

Librodot

muchacha a la que acaban de detener. En ese caso, adoptamos una actitud muy formal. Les mostramos nuestras credenciales, les decimos que estamos realizando un operativo y los alejamos. La policía no interfiere en el trabajo de los asesinos de los servicios de seguridad. El segundo riesgo, y el más grave, es que algún miembro del personal de la cárcel compruebe la orden con el cuartel general de seguridad y que decidan organizar una batida. Eso significa que nuestros hombres apostados entre los árboles tendrán que decidir si abren fuego o tratan de huir a pie. Tendremos una ventaja. Llegaremos en último término, con el coronel. Pasaremos por el desvío y después retornaremos por el mismo camino. Es decir que podremos comprobar si hay gente emboscada... Otro riesgo, es que cualquiera de los vehículos tropiece con un control rutinario de la ruta, a la ida o al regreso. También en este caso la única respuesta es exhibir las credenciales de los servicios y tratar de pasar sin choques. ¿Otras preguntas?
—Una sola—dijo el Espantapájaros—. ¿Cuál es la eficacia de sus hombres, mayor? Por ejemplo, ¿conservarán la calma ante un control policial?
—Más vale que lo hagan. Les dije que mataré al primer hijo de perra que respire sin orden inmediata mía.
—¿Lo dijo en español? —preguntó Spada con una sonrisa.
—No. Sánchez tradujo mis palabras. Y me pareció que le creían.
—Una pregunta más —dijo John Spada—. ¿Qué le sucederá al coronel?
—Es nuestro —dijo Sánchez sin rodeos.
—¿Qué harán con él?
—¿Qué demonios le importa?
—Soy parte de todo esto... y más tarde, se conocerá el hecho.
— Ése es el riesgo que usted afrontó al principio.
—Por lo tanto, repito la pregunta. ¿Qué harán con el coronel?
—Lo obligaremos a suministrar información; después lo mataremos. ¿Objeciones?
—Ninguna —dijo Spada—. Pregunto sólo porque no deseo que depositen el cadáver en mi puerta... o traten de cobrarme los honorarios de la funeraria, i
—¿Cómo podría pensar tal cosa? —dijo Sánchez con áspero humor—. Un trato es un trato, ¿verdad?
—Siempre que uno lea el texto en letra pequeña —replicó John Spada.
En la enfermería de Martín García intentaban mantener vivo a Rodolfo Del Valle. El doctor Wolfschmidt estableció el régimen; el joven ayudante lo aplicó con una constancia y una ternura conmovedoras... excepto que el único testigo era el médico, que sentía profundo desprecio por todo lo que aunque fuese remotamente se asemejara a humanidad. Había acuñado un repertorio completo de motes para su ayudante: "Mi madre superiora", "la hermanita de los labios tiernos", "Nuestro joven potrillo", "la corista del comandante". Sin embargo, había un límite que, borracho o sobrio, el médico no se atrevía a cruzar.
Al margen de lo que hiciera en la sala de torturas, cuando estaba en la enfermería jamás agredía a un paciente. Quizá descuidaba a sus enfermos, pero nunca los insultaba. Una vez, una sola vez, lo había ensayado, y se había visto reducido a un estado de abyecto terror por la furia fría y asesina de su ayudante, que lo había arrinconado contra una pared de la sala, y le había demostrado cuántos modos sutiles y dolorosos podían usarse para matarlo, y cómo, despierto o dormido, en la cárcel o fuera, siempre lo esperaba un verdugo.
El hecho de que Wolfschmidt se sometiese al chantaje asombraba a los detenidos, pero para su ayudante era un cálculo exquisito, aunque peligroso, porque el doctor Wolfschmidt era buscado por los israelíes y por el movimiento clandestino, y lo que era más, en el fondo ansiaba sentirse dominado y castigado, una actitud

Librodot

que sólo ese pálido joven tenía coraje para adoptar. De modo que se mantenía la extraña relación y el ángel oscuro de Wolfschmidt se convirtió en el hombre que dispensaba compasión a sus víctimas.
Este hombre sentía por Del Valle un afecto casi filial, un sentimiento de dulzura protectora, que hacía mucho se había depurado de todo lo que se relacionara con el sexo. Lavaba el cuerpo encorvado y esquelético de Del Valle. Lo alimentaba pacientemente, como puede alimentarse a un infante, a cucharadas. Trataba de inducirlo a demostrar el coraje del cual dependía la escasa esperanza de supervivencia de Del Valle.
— ¡Escúcheme, Rodolfo! ¡No renuncie! ¡Lo necesito vivo! Todos lo necesitamos. Lo que guarda en su cabeza, lo que un día dirá al mundo es importante para todos nosotros... incluso para un individuo ínfimo como yo. Oh, sí, tiene que creerlo. Ahora yo lo alimento, pero usted también me alimenta. Un día podré presentarme y decir: "i Ven a este gran hombre? Yo lo devolví al mundo. Las palabras que él pronuncia son las palabras que yo desearía decir." ...¡Muy bien! Otra cucharada. Es un excelente caldo. Lo preparé yo mismo en el calentador... No es como el agua sucia de la cárcel, ¿verdad?... ¡Espléndido! Ahora, quédese quieto mientras le aplico la inyección... sé que duele pero es porque está tan delgado. Cuando aumente un poco de peso, no lo sentirá tanto...
Pero no era fácil ganar la batalla. A menudo Del Valle se hundía en el pozo oscuro de la depresión, donde se acurrucaba, temeroso e inquieto, sospechando incluso de su benefactor.
—¿Por qué me tratan así? Jamás les importó. Los individuos de los servicios me quieren de nuevo, ¿verdad? Desean que mejore para obligarme a soportar de nuevo lo mismo. Ya lo hicieron con otros...
— ¡No, Rodolfo! ¡No! Le digo que el comandante está asustado. Si usted muere, le achacarán la responsabilidad, porque todos vieron lo que sucedió en el campo de ejercicios. No puede permitirlo. Es un hijo de perra, pero incluso entre los hijos de perra hay normas. ¡Vamos, ahora! Sabe que soy su amigo, ¿verdad?
—Sí, lo sé. Pero prométame una cosa.
—Lo que usted diga. Rodolfo. Lo que esté a mi alcance.
—¡Entoces, júrelo!
Las manos huesudas aferraron la chaqueta sucia.
—Jure que si sabe que me envían de vuelta a la sala de interrogatorios me matará. Puede hacerlo... una pildora, una inyección... ¡Lo que fuere! ¡Júrelo por su madre!
—No puedo jurar por mi madre. Aún vive y se acuesta con un sargento de artillería. Pero sí, se lo prometo. Jamás lo devolveremos con esa gente... ¡Vamos, no llore! Wolfschmidt regresará enseguida. Tiene que mostrarse fuerte y desafiante.
Era fácil formular la promesa y en definitiva no muy difícil cumplirla. El ayudante de la enfermería había acabado a más de un pobre diablo demasiado destrozado para sobrevivir, pero no tan debilitado que no pudieran infligirle unos pocos sufrimientos más. No era muy complicado... una burbuja de aire en la jeringa, mientras los carniceros descansaban y esperaban la próxima sesión. No había que preocuparse por la autopsia, y los ataques cardíacos eran muy usuales... Extendió la manta sobre el paciente, lo obligó a cerrar los ojos y le habló suavemente hasta que Del Valle cayó en un sueño espeso y agitado. ¡Pobre diablo! Tantc cerebro y tanto fuego en un cuerpo tan frágil.
Se abrió la puerta de la enfermería y apareció el viejo cabo Pascarelli, sangrando sobre el piso. Había tratado de arrancar un vidrio roto de la ventana de su habitación. La mano se le había deslizado y el vidrio le había abierto la palma.

Librodot

Necesitaba varias puntadas, y un buen trago de brandy de la provisión de Wolfschmidt. ¡El hijo de perra jamás advertiría el robo! Mientras el ayudante lo cosía, el sargento habló compulsivamente, con un murmullo de conspirador.
—Recibí un par de mensajes de gente que está fuera de la cárcel. Uno está dirigido a este muchacho. —Movió la cabeza en dirección *a* la cama de Del Valle--. Dígale que alguien le envía un pez en una caja.
—¿Eso es todo?... Un pez en una caja.
—Eso es todo.
—¿Quí significa?
—Hijito, yo nunca pregunto. Así es más seguro. La gente me paga para entregar mensajes y olvidarlos. Si desean una respuesta, trato de llevarla.
—¿Cómo saben que se entregó el mensaje?
—Me conocen. Conflan en mí. —Hubo un brillo orgulloso en los ojos llorosos y sanguinolentos—. Gozo de buena reputación. No todos los detenidos continuarán eternamente en este basural. Cuando salgan, recordarán al viejo Pascarelli. Casi todos los guardias son idiotas. Olvidan que, cuando sean trasladados, habrá alguien esperándolos para clavarles un cuchillo en las costillas, o estrangularlos en un callejón oscuro. ¡No será mi caso! Vivir y dejar vivir. Es mejor tener dinero en el bolsillo que quince centímetros de acero en las tripas. De modo que transmita el mensaje, ¿eh?
—Por supuesto. Un momento, todavía debo vendarlo... ¿para quién es el otro mensaje?
—Para Chávez. Pero hace seis días que está en confinamiento solitario. Saldrá mañana, si tiene suerte.
—Lo cual significa que probablemente pasará primero por aquí. ¿Qué debo decirle?
—Que el Tigre está olfateando el terreno. ¿Entendió?
—¡Lo entendí!... Bien, ya está vendado como un héroe herido. Lo único que necesita ahora es una medalla.
—En esta clase de guerra —gruñó despectivamente Pascarelli—, no habrá medallas, sólo maldiciones grabadas en nuestras tumbas. ¡Bien, gracias! Hasta luego, hijito. ¡Mantenga la espalda contra la pared!
A la mañana de su partida para Buenos Aires, el coronel Suárez realizó la recorrida de costumbre con el mayor Gutiérrez. Como siempre, el coronel se alegraba ante la perspectiva de cuatro días de libertad en la capital. Cuando llegó a la enfermería y vio a Rodolfo Del Valle acurrucado bajo las mantas sucias se reanimó bastante. Retiró las mantas con la punta del bastón y miró a su víctima con tolerante menosprecio.
—¡Bien! Mi perrito se ve mejor. Seguramente lo alimentan bien. Que lo goce mientras pueda. No durará mucho tiempo. Hoy voy a la ciudad. Informaré a la gente de los servicios que usted está casi pronto para otro interrogatorio. ¿Cree que lo olvidaron? ¡Jamás! Los apasiona el detalle y todavía hay muchas preguntas sin respuesta. ¡Pero no se preocupe! ¡Después de estas vacaciones, podrá soportar una sesión muy prolongada! Vueva a dormir, perrito. ¡Dulces sueños!
Después de que el coronel Suárez se marchó, Rodolfo Del Valle yació enroscado en posición fetal, temblando y balbuceando como si estuviese atacado por la fiebre. El joven ayudante se sentó en el borde del camastro y trató de confortarlo.
—¡Tranquilícese, Rodolfo! Ya se fue. Estará ausente el fin de semana... y también el lunes y el martes. Le prepararé un café con mucho azúcar. Le agradará, ¿verdad?

Librodot

—¡No! No deseo nada. —La intensidad de la protesta pareció una convulsión que conmovió el cuerpo debilitado—. ¡No puedo sorportar más! ¡No puedo!
—Ese hombre está jugando. ¿No lo ve? ¡Ignórelo! Baje las persianas y bórrelo de su mente.
—Habla en serio. Si no fuera así, ¿por qué me permitiría estar aquí? Desea verme muerto; pero no quiere matarme él mismo. Sabe que los interrogatorios lo harán por él. Por favor, amigo. Usted me lo prometió. Máteme, ¡se lo ruego, máteme!
Con la misma brusquedad con que había estallado, el fuego se apagó en él, y yació gimiendo como un animalito. El joven ayudante enjugó el sudor del rostro de Del Valle con un pedazo de algodón, y trató de calmarlo.
—¡Vamos! Le traigo un mensaje. Lo envían desde fuera de la cárcel.
—¿Qué clase de mensaje?
—Alguien le envía un pez en una caja.
—Dígalo otra vez. —Las manos frágiles y huesudas aferraron la manga del ayudante.
—Un pez en una caja.
—En ese caso, trataré de resistir.
—Sí, hágalo.
—Pero prométame que jamás permitirá que me lleven de regreso a la Feria de las Diversiones.
— ¡Lo prometo! Y ahora, le daré algo para que duerma mejor.
—Gracias. —Un murmullo agradecido—. Usted es un buen muchacho.
—Cuando vaya adonde tiene que ir, Rodolfo, hable por mí, ¿eh?
—Así lo haré —dijo Rodolfo Del Valle—. El mejor hombre. Entretanto, ¿quiere acompañarme? Yo… desearía sentirlo cerca hasta que me duerma.
—Todavía es temprano. —Sánchez aparcó el automóvil en un rincón oscuro de la calle—. Ustedes dos, quédense aquí. Yo pasaré caminando frente al local de Rosita, y comprobaré que todo está tranquilo.
Descendió del automóvil y caminó con aire indiferente en dirección a la casa señalada. Spada se volvió hacia el Espantapájaros.
—¿Todo está bien?
—Todo. Henson salió a tiempo con sus hombres, en el camión. La doctora está a bordo del *Freya.* El barco ya llegó al lugar de cita. Vamos bien.
—Hasta ahora —dijo John Spada—. Aquí viene Sánchez.
Sánchez se acomodó en el asiento, al lado de Spada, e impartió las últimas instrucciones.
—Hay que aprestarse. Se entra al local de Rosita por dos puertas. Ustedes dos acerqúense allí. Apenas el coronel se aproxime a la entrada, ciérrenle el paso. Que no toque el timbre, porque el hombre que abre la puerta pertenece a los servicios. Muestren sus tarjetas de identificación al coronel, y díganle que quieren hablar unas palabras con él. Yo me aseguraré de que su chófer se ha alejado y entonces me acercaré por la retaguardia. Vendremos con él hasta aquí, lo acomodamos en el asiento trasero y le hundimos una pistola en las costillas… ¿De acuerdo?
—De acuerdo.
—¡Vamos!
Esperaron cinco, diez, doce minutos inquietos en las sombras, hasta que vieron el vehículo militar que se acercaba a pocos metros de la entrada, y al chófer que descendía de prisa para abrir la puerta de su pasajero. Oyeron el diálogo ritual:
—Venga a buscarme a las diez de la mañana. Hasta esa hora, que lo pase bien.
—El coronel es muy amable. Tengo que vigilar mi bolsillo.

Librodot

Vieron al coronel, que se detenía en medio de la calle, se arreglaba la chaqueta, se ajustaba la corbata y se acomodaba mejor el sombrero, mientras el chófer ponía el automóvil en velocidad y se alejaba con decorosa precisión. Ahora, Spada y el Espantapájaros salieron de las sombras para encerrar a Suárez. El Espantapájaros pronunció las primeras palabras, con un acento porteño muy pasable.
—¿Coronel Ildefonso Suárez?
— ¡Sí! —El coronel endureció el cuerpo, en un actitud formal y defensiva.
—¡Seguridad! Nuestra identificación. Deseamos hablar unas palabras con usted. No lo demoraremos mucho.
—¡Oh! En ese caso, entremos.
—Nuestro automóvil está allí. Por favor, coronel.
El coronel vaciló un momento, pero cuando advirtió que Sánchez emergía de las sombras se encogió de hombros y dijo con acento irritado:
—Muy bien. Pero seguramente ustedes comprenderán que...
—¡Perfectamente, coronel! —El Espantapájaros era la cortesía personificada—. Pero el asunto es urgente, como ya le explicaremos.
—¿Qué asunto?
—En el interior del automóvil, por favor. No deseamos hablar de esto en la calle.
Lo pusieron e i el centro el asiento trasero, Spada a un lado y el Espantapájaros del otro. El Espantapájaros hundió el cañón de una pistola en el vientre del militar.
Sánchez se sentó frente al volante y anunció serenamente:
—Ahora, coronel, permanezca tranquilo y todo estará bien. Realice un solo movimiento tonto o un solo ruido y es hombre muerto.
Puso en marcha el motor y el vehículo se alejó. Siguió un curso establecido de antemano, en dirección a la Avenida del Libertador. Pasó por lo menos un minuto antes de que el coronel Suárez recuperase la voz o pudiese hablar.
—¿Qué significa todo esto? ¿Adonde me llevan?
—Es un operativo de seguridad —dijo el Espantapájaros—. Por favor, coopere.
—Entonces, ¿por qué me amenazan?
—La gente comete tonterías en los momentos críticos, y no podemos correr riesgos, ni siquiera con personas dignas de confianza como usted, coronel. Ahora, cálmese. Si nos detienen en el camino, no dirá una palabra.
—Todavía no me dijeron adonde me llevan.
—De regreso a Martin Garda.
—Estoy con licencia.
—Lo sabemos, coronel; pero un buen soldado siempre está preparado para la acción, ¿no es verdad? Ahora, escuche atentamente. Retiraremos a dos de sus detenidos para interrogarlos otra vez. Son Pablo María Chávez y Rodolfo Del Valle. Usted telefoneará a la cárcel y ordenará a su reemplazante que nos entregue a los detenidos en el muelle del ferry.
—Podría haber hecho eso desde el local de Rosita. De todos modos, Del Valle está enfermo.
—Coronel, preferimos hacerlo a nuestro modo.
—Necesito documentos y autorizaciones.
—Los tenemos, como ya verá.
—¿Y después que?
—Volveremos con los detenidos y usted.
—Esto es muy irregular.
—Vivimos en tiempos irregulares —dijo el Espantapájaros.
—¡Ustedes no pertenecen a los servicios!

—¿No? Nuestros documentos dicen lo contrario. Por qué no coopera? Le advierto que de ese modo es más seguro para usted.
—¡Dios mío!
—Recuéstese en el respaldo del asiento, coronel. Ponga las manos en las rodillas. Así está mejor. Ahora, dígame, ¿quién lo reemplaza en el mando de la cárcel?
—El mayor Gutiérrez. Pero ahora seguramente duerme. Hay un oficial a cargo de la guardia nocturna.
—Usted ordenará que despierten al mayor y le transmitirá directamente sus instrucciones.
—Querrá alguna forma de identificación y confirmación.
—La suministraremos. Los números de los documentos. Los originales serán entregados en el desembarcadero...
—No lo creo.
—¡Oh, hombre de poca fe! —El Espantapájaros lo reprendió amistosamente—. Por favor, trate de creer. De lo contrario jamás volverá a ver a las jóvenes del local de Rosita. Bien, dice que Del Valle está enfermo. ¿Cuál es la gravedad de su estado?
—Se encuentra en la enfermería.
—Eso significa que está al borde de la muerte —dijo Sánchez desde el asiento delantero—. Supimos que usted lo tuvo encadenado en el patio de ejercicios y que lo golpeó como si hubiera sido un perro.
—Eso es mentira.
—Pronto lo sabremos, ¿no?
Mientras los hombres hablaban, Spada permaneció silencioso, tratando de interpretar la química corporal del hombre que estaba al lado. El coronel se sentía tenso, pero estaba lejos del pánico. Aún funcionaba lógicamente y sopesaba la información contradictoria que le suministraban; observaba el camino que seguían, alerta a cualquier oportunidad posible de fuga. Spada decidió presionarlo más intensamente.
—Coronel, le ahorraré trabajo. El camino es el que usted conoce. No lo hemos amordazado ni vendado. Incluso puede memorizar nuestros rostros. Eso le dice algo, ¿verdad?
—No comprendo nada de todo esto.
—Coronel, hace tiempo que lo vigilamos.
—¿Que me viligan? ¿Por qué?
—Usted tiene un empleo agradable y cómodo. Queremos asegurarnos de que no ha abusado de sus privilegios.
—¿Absurdo...? ¡No tengo idea de qué están hablando! Mi hoja de servicios demuestra...
— ¡Ah, sí! ¡La hoja de sevicios! ¿Quién la redacta, coronel? ¿Quién envía los informes?
-Yo.
—En efecto. Por supuesto, si los hechos coinciden con los informes, no habrá de qué preocuparse, ¿verdad? El ejército protege a sus oficiales. Háblame de Del Valle.
—Ese hombre es un recalcitrante, un perturbador. Hay que disciplinarlo...
—¿Usted mismo, personalmente?
—En situaciones especiales, a veces...
—Ahora no, coronel. Más tarde, usted podrá explicar esas "situaciones especiales". Dígame, ¿no ha pensado jamás en la deserción?
—¿En la deserción? ¿En beneficio de quién ? ¿Adonde? La idea es absurda.

Librodot

— ¡Qué extraño! Hemos conversado con su chófer. Al parecer, él cree que usted lleva una vida muy dispendiosa, por tratarse de un coronel. Una habitación privada en el Formosa... las muchachas de Rosita no son baratas. Por supuesto, sabemos que en Martín García no gasta mucho, pero incluso así... Ya lo ve, es necesario responder a ciertas preguntas.
—En ese caso, responderé en el tribunal correspondiente. Después de que haya declarado ante nosotros.
— ¡Vean! No tengo nada que ocultar. Con mucho gusto cooperaré.
Ahora estaba confundido. Comenzó a sudar el olor del miedo. Spada se apartó un poco y por la ventanilla miró el tránsito y las luces de los suburbios. Ahora las casas comenzaban a ralear, y después de dejar atrás al suburbio comenzaron a aparecer las pequeñas parcelas cultivadas. De pronto, Sánchez entró por un camino de tierra. Después de recorrer unos pocos centenares de metros apareció una estructura grande, parecida a un galpón, con cajones de frutas y verduras apilados adelante. Apagó el motor y las luces y volvió la cabeza para hablar al coronel.
—Ahora escuche atentamente. Allí adentro hay un teléfono. Llame a la cárcel y ordene que el mayor Gutiérrez se acerque al teléfono. Le dirá que los dos detenidos, Del Valle y Chávez, deben ser enviados al muelle del ferry. Le transmitirá los números de los documentos que nosotros le suministraremos. También le dirá que estará con nosotros para recibir a los dos hombres. ¿Está claro?
-Sí.
—¿Cuántos escoltas envían normalmente?
—Tres. El hombre que maneja la lancha y dos oficiales.
—¿La radio está funcionando?
—A esta hora, no. Clausuramos las transmisiones a las diez, a menos que haya una emergencia.
—Lo cual no es el caso. Ahora bien, cuando haya impartido sus instrucciones, páseme el teléfono.
—Muy bien.
—Una última palabra, coronel. Diga únicamente lo que le ordené. De lo contrario, terminará como un cerdo, con una manzana en la boca.
—No comprendo por qué tienen que amenazarme así. Les dije que cooperaría.
—Pero quiere engañarnos, coronel —dijo amablemente el Espantapájaros—. Cree que no somos miembros de la seguridad, y por lo tanto está jugando el juego que le enseñaron en la Escuela de Estado mayor. Manténgase calmo. Suavice a los secuestradores.
Trate de establecer una relación personal... Esta vez no funcionará, porque nos atenemos a normas diferentes. Hay sólo dos. Se pasa de listo y muere en ese galpón. Coopera, y vivirá un rato más... Eso es todo. Adentro.
El galpón era un solo ambiente espacioso con una minúscula oficina en un extremo. Sentaron al coronel Suárez frente a la mesa y permanecieron de pie alrededor, las pistolas en las manos. Sánchez le presentó los documentos del servicio de seguridad y señaló los *números* de serie. Después, le entregó el teléfono.
—Trate de que todo salga bien, coronel.
Suárez marcó el número con mano insegura. La primera vez le resbaló el dedo y tuvo que volver a empezar. Spada guiñó un ojo al Espantapájaros, que asintió: el coronel Suárez no era un héroe. Oyeron la llamada del teléfono y después la voz

del operador de la cárcel, distante y poco clara. Sánchez se inclinó un poco más para escuchar. El coronel habló con voz insegura.
—Habla el coronel Suárez. Quiero que llamen al mayor Gutiérrez... Por supuesto, estúpido, sé que está en la cama. ¡Despiértenlo!
Hubo una pausa prolongada, el sonido de la derivación a otro teléfono y después una voz ronca y arrastrada.
—¡Gutiérrez!
— ¡Mayor! Despiértese bien. Habla el coronel Suárez.
—¡Sí, señor! ¡Sí, coronel!
—Escúcheme con mucho cuidado. Estoy con gente de seguridad. Exigen la entrega inmediata de dos detenidos: Chávez y Del Valle. Tráigalos con la mayor rapidez posible... ¿esta noche? ¡por supuesto, esta noche! Esperaremos en el muelle del ferry. Sí, sé que Del Valle está enfermo. ¡Tráigalo en una camilla!... ¡No, espere un momento! Anote el número de orden de la custodia. Agregúelo al prontuario. Recibirá el documento original cuando lleguen los detenidos. Son éstos: OS 759-8635-4126. ¿Los tiene? Un momento.
Sánchez recibió el teléfono y continuó hablando.
—Mayor Gutiérrez, habla el mayor Borja, seguridad. ¿Tiene ropas civiles para estos hombres? Bien, lo único que nos interesa es que sean más o menos decentes. No irán a una cena formal. Oh... sin cadenas. Tenemos hombres suficientes para vigilarlos. ¿Cuánto tardarán en llegar?... ¿Cuarenta minutos? Cristo, es mucho tiempo. Sí, esto es parte de una operación más importante. Si usted puede hacerlo en treinta minutos, lo agradeceremos... Una cosa más. A partir de ahora deseamos silencio radial completo. Ninguna transmisión desde Martín García. Si quiere hablar conmigo o con el coronel no utilice la Oficina Central; use este número: 758-9563.
Estamos fuera de la ciudad, y muy atareados... de modo que si no contestan, continúe intentando; pero no demore el envío de los detenidos. Eso es fundamental. ¿Más preguntas para el coronel?... No, no volverá a la cárcel. Regresa a la ciudad con nosotros... gracias, mayor. ¡Buenas noches!
Depositó el receptor y palmeó el hombro del coronel Suárez.
—¡Bien hecho, amigo! Continúe así y vivirá para acostarse con otras muchachas.
—Descolgó el receptor y lo depositó sobre la mesa. Después, apuntó la pistola a la mejilla del coronel—. Y recuérdelo, a partir de este momento para usted será como caminar a través de un campo minado. Un paso en falso y... ¡bum, bum! ¡Vamos, amigo!
El camión estaba aparcado en el espacio abierto, junto al muelle del ferry. El conductor ocupaba el asiento frente al volante y fumaba un cigarrillo tras otro. Los hombres se habían dispersado sobre los bordes del bosquedllo, y transpiraban en la atmósfera quieta y húmeda del río. El propio Henson los inspeccionaba a cada momento, y vigilaba la entrada del camino; pasaba de un árbol a otro, murmuraba órdenes en mal español, complementándolas con signos de la mano, un dedo que señalaba, un toque en el hombro, una señal que aclaraba cuál era la línea de fuego si llegaba la policía.
El río mismo estaba desierto, las aguas grisáceas bajo la pálida luna, y algunas luces amarillentas provenientes de las islas del estuario. Los únicos ruidos eran el ronroneo lejano del tránsito en el camino, el grito ocasional de un pájaro nocturno y el golpeteo de las aguas del río contra los pilares del embarcadero. Cuando llegó el camión, Henson arrancó el cigarrillo de los labios del chófer y lo aplastó con el zapato. El hombre protestó en español, pero Henson se pasó una mano por el cuello, en un gesto significativo, y caminó hacia el embarcadero. Consultó su reloj

Librodot

y maldijo por lo bajo. Spada llegaba diez minutos tarde. Si la lancha arribaba antes que el comité de recepción... De pronto oyó el ruido del automóvil, se volvió bruscamente y vio las luces de los faros que barrían el terreno. Los faros se apagaron y el automóvil se deslizó hacia el sector de aparcamiento, viró para enfrentar el camino y se detuvo. Sánchez descendió, abrió la puerta trasera y condujo al grupo de tres hombres hacia el círculo de grava. Henson se acercó de prisa y saludó ansioso.

— Gracias a Dios que llegaron. Comenzaba a preocuparme.

—No se inquiete —dijo John Spada—. Tenemos mucho tiempo.

En su papel de director de escena, Sánchez formuló una sola pregunta:

—¿Dónde están apostados sus hombres?

—Dos a la entrada del camino. Dos un poco más lejos. Dos al borde del parking.

—Bien. —Sánchez se volvió hacia el coronel y el Espantapájaros— . Cuando llegue la lancha, los tres nos acercamos al embarcadero para recibirla. Usted, coronel, presentará los documentos. Usted, mayor, y usted, señor Spada, irán atrás. No conviene que Del Valle lo reconozca inmediatamente. Los guardias de la prisión depositarán a los detenidos en el embarcadero. Después, usted, coronel, les ordenará que regresen. ¿Entendido?

—Comprendo.

—Mayor. Apenas usted escuche el motor de la lancha, ordene a sus hombres que salgan al descubierto. Queremos hacer una demostración de fuerza.

—De acuerdo.

—Y una cosa, coronel...

-¿Sí?

—Ahora piense como un soldado. Somos diez, contra tres guardias en una lancha. Es una proporción ingrata... y usted será el primer muerto.

—Dios mío, ¿cree que soy estúpido?

—Lo ha sido —dijo el Espantapájaros—. Es la última oportunidad que se le ofrece de usar su cerebro.

Desde el río llegó el ruido del motor; unos momentos después vieron las luces, rojas y verdes, que se acercaban al desembacadero. Sánchez y el Espantapájaros obligaron al coronel a adelantarse y a caminar a lo largo del embarcadero. El mayor Henson silbó por lo bajo, y seis hombres salieron del bosquecillo y se acercaron corriendo. Se dispusieron en círculo, cuatro frente al embarcadero y dos mirando hacia el camino; después, acompañado por Spada, Henson observó el breve y tenso drama que se desarrollaba en el embarcadero. Primero, el tripulante amarró la lancha, después, uno de los guardias se dirigió al coronel.

—Dos detenidos, de acuerdo con lo que se pidió. Chávez y Del Valle. Éste... — señaló a Del Valle que yacía sobre una camilla— está inconsciente. Le aplicaron un sedante antes de salir.

—Tráigalos al embarcadero —dijo secamente Sánchez.

Los dos guardias levantaron la camilla, y ascendieron los peldaños que llevaban a la plataforma; depositaron la camilla, y después miraron al coronel, esperando instrucciones.

Sánchez volvió a intervenir. Se dirigió al otro detenido.

—¡Usted, Chávez!

—¿Sí?

—Venga aquí.

Chávez ascendió la escalera y se detuvo frente a Sánchez. Un débil parpadeo de reconocimiento se manifestó en los ojos, pero no dijo una palabra. El guardia se volvió hacia el coronel.

—¿Regresa con nosotros, coronel?
—No... tengo que hacer aquí. Diga al mayor Gutiérrez...
—¡No le diga nada! Éste es un asunto de seguridad —intervino bruscamente Sánchez—. Coronel, puede telefonearle después, cuando haya concluido esta operación. Por favor, despida a sus hombres.
— ¡Retírense! —dijo el coronel Suárez. El guardia no se movió.
—Señor, necesitamos la orden y un recibo por los detenidos.
—Naturalmente.
Sánchez se mantuvo cerca mientras se entregaban los documentos. Después, con evidente alivio, los guardias saludaron y volvieron a la lancha. Una vez soltada la amarra, el motor arrancó y la embarcación se alejó a toda velocidad, en dirección a la isla. Sánchez abrazó a Chávez.
— ¡Bienvenido, camarada!
John Spada acudió corriendo, y retiró la sucia manta que cubría el rostro de Del Valle. El joven parecía más delgado y tenía la piel tan amarillenta, que por un momento Spada pensó que había muerto.
Chávez dijo con voz dura:
—Es necesario que reciba buena atención médica. Está casi muerto... y este bastardo lo hizo.
Escupió al rostro del coronel.
— ¡Suficiente! —dijo Spada—. Suban a Del Valle al camión. Sánchez y Chávez alzaron la camilla. Spada y el Espantapájaros los siguieron, caminando detrás del coronel. Mientras la pequeña procesión avanzaba, hacia los vehículos, el coronel se volvió y preguntó quejosamente:
—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué harán conmigo?
Spada guardó silencio. El Espantapájaros contestó por él.
—¿Nosotros? Nada. Usted no nos pertenece. Su propia gente se ocupará de usted. Pero no se preocupe. Cuidan mucho las formas. Cuando lo entierren, siempre habrá alguien que escupa sobre su tumba.
Una hora después del alba, el piloto se retiró y el barco enfiló hacia el noreste, en busca del Atlántico. Spada y sus compañeros salieron de la sentina, y mientras el resto subía a cubierta para aspirar el fresco aire de la madrugada Spada fue a la cabina del piloto, para ver a Del Valle. Aún se encontraba en estado comatoso. La hermana Martha estaba aplicándole una botella de plasma y le había puesto una máscara de oxígeno. Ahora le tomaba el pulso.
Spada preguntó:
—Hermana, ¿cómo está?
—Aún vive, y por ahora es lo único que puedo decir. Lo he atiborrado de penicilina, y lo alimento por goteo. Tiene el pulso débil pero regular. —Entregó una máscara de gasa a Spada—. Use esto cuando se acerque a él. Todos los síntomas indican que tiene tuberculosis... nummular sputum, a veces con sangre; el pecho lleno de estertores y silbidos. El resto... Dios lo sabe. Sin duda, ha sufrido terriblemente.
—¿Puede mantenerlo vivo hasta que lleguemos a nuestro país?
—Con suerte, sí.
—Le ayudaré a cuidarlo —dijo Spada—. Usted tiene que enseñarme lo que debo hacer.
—Es bastante sencillo. Inyecciones regulares, cambiar la botella de plasma, mantenerlo limpio y cómodo. Lo que es más importante, es necesario que quiera vivir.
—Hermana, le agradezco que haya aceptado venir.

—Ya no soy hermana. Sólo Martha... Martha Moorhouse. Y me complace ayudarle.
Del Valle se movió, gimió y abrió los ojos. Los tenía vidriosos y desenfocados. Spada se inclinó hacia él, Martha lo retuvo.
—Primero la máscara —dijo.
Spada se aplicó la máscara sobre la boca y la nariz. Su voz sonó apagada y extraña.
—Rodo, soy John... John Spada. ¿Me oyes? Si me oyes, aprieta mi mano.
Sintió un débil presión de los dedos delgados y pegajosos. Habló tratando de tranquilizar al joven:
—No intentes contestar. Ahora estás a salvo, ¿entientes? Estás a salvo. Te llevamos a casa, con Teresa.
— ¡Teresa! —A través del plástico transparente de la máscara de oxígeno vieron cómo sus labios formaron la palabra; después, volvió a cerrar los ojos, y la mano se aflojó bajo el apretón de Spada.
—Suficiente —dijo Martha—. Que descanse.
—Tengo que ver al capitán —dijo John Spada—. Vendré a reemplazarla en una hora. ¿Dónde dormirá?
—El segundo oficial me prestó su cabina. Al extremo del corredor. Oh, señor Spada...
-¿Sí?
— Supongo que se comunicará con su familia.
—Por supuesto. Usaré la radio del barco apenas salgamos de las aguas territoriales argentinas. ¿Por qué me lo pregunta?
—Que no esperen demasiado... especialmente su hija. Lleva a su casa a un inválido... un inválido permanente, y ese hombre jamás podrá volver a unirse con una mujer.

CAPÍTULO 8

En el viejo jardín amurallado de Bay House, el verano había llegado temprano, con una profusión de rosas y lavanda, el zumbido de las abejas, las peras que maduraban cerca de los muros, los espacios entre las ventanas adornados con clemátides. El cielo se desplegaba azul sobre la piscina, donde una carpa dorada nadaba perezosamente entre los nenúfares; la sombra del gnomon se perfilaba nítidamente sobre el bronce antiguo del reloj de sol.
En el centro de la pared oriental, protegida del frío marino, había una amplia alcoba semicircular, techada con tejas rojas y adornada con muebles rústicos. Allí, cuando hacía buen tiempo, el dueño de casa podía conversar con sus amigos y complacerse observando el paisaje de su dominio. Ese día, Rodolfo Del Valle estaba en la habitación; era una pequeña figura encorvada en una silla de ruedas. A veces dormitaba y después, respondiendo a breves accesos de energía, escribía en un cuaderno mientras Teresa lo miraba, sonreía con aprobación y volvía a su costura. A los ojos de John Spada y Anna, que observaban desde la ventana, la escena tenía un extraño patetismo pastoral.
— ...Como si ellos fueran los ancianos —dijo Anna con tristeza—. Y nosotros los jóvenes, con la vida entera por delante.
Spada apoyó un brazo protector sobre los hombros de su esposa, y la atrajo hacia sí.

Librodot

—No pienses demasiado en ello, Anna. Hacen todo lo que pueden.
—No pienso demasiado —negó Anna—. Pero a veces Teresa me habla. Dice que no siente la falta del sexo; después de lo que le hicieron, no lo necesita. Pero Rodo la inquieta. Él se siente destrozado e inútil. Ella tuvo que alentarlo constantemente para lograr que escribiese, porque Rodo tiene cosas importantes que decir; pero cuando se cansa, teme como un niño.
—No puedes criticar al pobre diablo. Parte de su persona desea anotar lo que vivió; otra parte quiere olvidarlo. Teresa afronta el mismo problema. Por el momento, todo lo que podemos ofrecerles está aquí: un lugar tranquilo y grato, precisamente cuando lo necesitan.
—¿Y tú, amore? —Anna apoyó la mano suave sobre la mejilla de Spada—. ¿Que necesitas?
—Imagino que lo que tengo. —Spada de pronto adoptó una actitud cavilosa y retraída—. Tú... y mucho trabajo que me mantenga atareado.
—Últimamente no te he servido de mucho.
—¿Acaso me quejé?
—No; pero siempre pasa lo mismo con las mujeres... los hijos parecen necesitarnos más que el marido, sobre todo cuando él es tan fuerte como tú. No es bueno para nosotros, que tú estés tanto en la ciudad y yo siempre con Teresa y Rodo. De todos modos, me necesitan cerca.
—Lo sé. —Spada se inclinó y besó los cabellos oscuros de Anna. Ya conseguiremos salir de esto.
—Lástima que abandonaste la empresa. Ahora necesitas sentirte atareado.
— ¡No! —Spada se mostró demasiado enfático en la respuesta—. No te equivoques, Anna. Después de comprar la Editorial Poseidón consagré todos mis esfuerzos a la reorganización. Estamos inaugurando filiales extranjeras, y un sistema de computación para el almacenamiento y la recuperación de datos. Danos tres meses más y comenzaremos a publicar un material realmente sensacional.
—¿Que clase de material?
—Ya te lo expliqué...
—Sé que me explicaste —dijo Anna con expresión contrita—. Ya escuché, pero oí apenas la mitad... y no entendí el resto. No te enojes conmigo, amore. Sucede únicamente que Teresa y Rodo eran más importantes.
— ¡Por supuesto! Pero ahora tenemos que aprovechar las experiencias que ambos realizaron para ayudar a otros, a millares en todo el mundo. Las principales armas de la tiranía son el silencio y la falsa información. Quebraremos el silencio y publicaremos informes auténticos de lo que suceda en el mundo entero: listas de detenidos políticos, versiones concretas de lo que les sucedió, a ellos y a sus familias; nombres, direcciones, historias personales de los que aprovechan la tortura y el terror. Los miembros de Proteo reunirán la información. La registraremos, y después de verificarla la publicaremos en boletines regulares, hasta que un día. Dios lo quiera, los criminales temerán mostrar su rostro ante la sociedad civilizada. Es una tarea importante y paciente, pero puede ser la más trascendente que yo haya intentado jamás.
—Y también la más peligrosa. —Anna se estremeció y se aferró a su marido—. Detesto el modo en que vivimos ahora, con guardias en la puerta y la playa... y gente que nos sigue adonde vamos. —Es necesario, Anna. Los dictadores tienen brazos muy largos.
— Pero ahora tú provocas más peligro y atraes nuevas amenazas sobre nosotros.
— ¿Qué debo hacer? ¿Guardar silencio? ¿Permitir que prosperen los malvados?
—No te enojes. Tengo derecho de decir lo que pienso.

— ¡Un momento! —Spada señaló hacia la habitación donde Teresa arreglaba las mantas sobre el cuerpo de Rodo, que domitaba—. Los hombres que los destrozaron todavía caminan libres y respetables, iluminados por la luz del sol. Algunos parecen personas comunes y corrientes. Después de un día de trabajo se lavan la sangre de las manos, se ponen ropas limpias y vuelven a su casa, para acariciar a sus esposas y mimar a sus hijos. Como lo que hacen no se ve, se los ignora, exactamente como hacemos con los embalsamadores y los operarios del servicio de cloacas. Prosperan por el consentimiento tácito de la gente común, que desea tener limpias las calles y que los trenes corran de acuerdo con el horario, y que sus casas estén a salvo de los ladrones de la noche. Los contribuyentes pagan los sueldos. Se los asciende en las listas militares y civiles. Caminan sanos y salvos a la luz del día, mientras sus víctimas se pudren en calabozos que están a cien metros de las plazas principales... Por eso es necesario detenerlos. Por eso...
—¿Por eso estás dispuesto a permitir que todos volvamos a vernos amenazados? —Anna se apartó del abrazo de su esposo y lo desafió con lacrimosa cólera—. ¿No tienes bastante? ¿Jamás volveremos a gozar de un momento de paz?
Un momento después se había ido y subía corriendo la escalera que llevaba a su dormitorio. Spada oyó el golpe de la puerta al cerrarse y el ruido de la llave en la cerradura. Permaneció inmóvil, como petrificado, los ojos fijos en el jardín florecido por el verano. En su vida nunca se había sentido tan vacío, tan absolutamente desolado.
En general, era demasiado orgulloso para quejarse de la actitud de los miembros de su familia; pero esta vez se sentía no sólo perturbado sino completamente desorientado, como si estuviera medio borracho y hubiese cometido una tontería que avergonzaba a otros. Salió al jardín, y con un gesto pidió a Teresa que lo acompañase a pasear por el prado, mientras Rodo continuaba dormitando en su silla de ruedas. Cuando le habló de la explosión de Anna ella adoptó una actitud extrañamente defensiva.
— ...Tú no lo ves, papá, porque siempre estás moviéndote, siempre en acción. Mamá está ahora en los años malos. Necesita ternura y estabilidad... el sentimiento especial de que entrará segura en ese período, con el hombre a quien ama. Lo que Rodo y yo soportamos fue una impresión terrible para ella. Tú no estuviste aquí para verlo, pero...
—¡Por Dios! —De pronto la cólera de Spada estalló
—¿Cómo pude ver nada? Estaba en Buenos Aires, arriesgando una docena de vidas para liberar a tu marido.
— ¡Por favor, papá! No es eso lo que quiero decir. —Entonces, ¡di lo que quieres decir! Tengo derecho de saberlo y dicho con toda franqueza y claridad. ¿Sí o no?
—¡Sí, papá! ¡Sí! ¡Si! Pero, ¿no entiees? En realidad, no está bien que yo lo diga.
—¿Por qué?
—Porque Rodo y yo somos bajas en esta batalla. Nos quebraron... oh, sí, estamos recuperándonos, un poco cada día; pero nunca volveremos a ser combatientes de primera línea. Todos los días leemos los periódicos y vemos otra historia de terror que reaviva las pesadillas. Estamos atemorizados, porque sabemos que estamos condicionados como perros de Pavlov y somos incompetentes para afrontar más riesgos.
— Por eso he venido a ocupar el lugar que ustedes dejaron. ¿Qué tiene de malo eso?
—¡También tememos por ti!
La vehemencia de Teresa impresionó a Spada. Después de un momento reaccionó, y entonces preguntó con bastante calma:

—¿Se sentirían más felices si yo me retirase? ¿Si me rindiese?
—Más felices, no. Pero sí más seguros. Aunque no tenemos derecho de pedirlo.
—Por cierto que no tienen derecho. —La cólera lo dominó de nuevo—. He sido un buen marido, un buen padre. Ni tú ni tu madre tienen derecho de convertirme en un eunuco.
—Por favor, papá...
—¡Cállate y escucha! No deseo vivir como un esclavo, envejeciendo en una maldita oficina, atemorizado de ir al cuarto de baño porque un anarquista retardado puede haber puesto una bomba bajo el retrete. Si soy una amenaza para ti, para tu madre o para Rodo, me marcharé y me instalaré en otro sitio. Pero no conseguirían que permanezca aquí sin hacer nada, mientras los matones se apoderan del mundo. Voy a luchar, bambina... y al demonio con...
—Papá, por última vez, ¡escúchame!
—Te escucho.
— ¡Ya basta! —Rodolfo Del Valle apareció en su silla de ruedas y se interpuso entre ellos ellos como un arbitro—. ¡Cállate, Teresa!
John, antes fui un hombre como usted. Ahora, no duraría diez minutos con los interrogadores. Pero le digo que usted debe seguir su propio camino. ¡Librar su propia batalla! ¡Lo apoyaremos con la escasa fuerza que tenemos!
—¿Y qué dices de mi madre? —Teresa se volvió furiosa contra él—. ¿Ella no tiene derechos?
—Sí, los tiene —replicó Rodolfo Del Valle—. Pero debe reclamarlos a su marido, no a su hija. Teresa, ¿no ves lo que sucede? Estás haciendo exactamente lo que esperan esos asesinos. Quieren que nos atemoricemos, que disputemos y nos odiemos.
— ¡Deseo un poco de paz! —Las palabras fueron como un grito quejoso.
—En Martín García rogué a un hombre que me matase —dijo amargamente Rodo
— porque deseaba paz, exactamente como tú ahora.
—¡Quizás hubiera sido mejor que ambos muriésemos!
—Nunca vuelvas a decir eso —declaró en voz baja Spada—. Hombres buenos arrisgaron la vida por ti y por Rodo. Se cometieron asesinatos por ti y ahora nos escupes en la cara. Rodo, ¡trata de que tu esposa demuestre un poco de decencia!
Se volvió y comenzó a alejarse atravesando el prado como un gigante encolerizado. Unos minutos después se había ido, y lanzaba su automóvil a gran velocidad por la autopista, conmovido por la amargura del rechazo.
¿Qué esperaba, amigo? — Maury Feldman dibujó un Narciso musculoso admirando su propio sexo en un estanque de nenúfares—. Usted atravesó el espejo y entró en una dimensión distinta. ¡Yo tampoco lo comprendo muy bien!
— ¡Cristo! ¿Es necesario que lo explique con palabras todavía más sencillas? ¿Qué hizo usted en los holocaustos, queridito?
— ¡Hijo de perra!
—Eso lo entiendo. —Spada le arrancó el lápiz de la mano y lo partió en dos—. Mi familia ha sido violada. Asesinaron a un viejo amigo. Quiero combatir a los carniceros. ¡Y entonces soy un hijo de perra! ¡Magnífico! Supongamos que me siento y me lo trago todo y digo: "Gracias, doctor. Esa medicina me hace bien." En ese caso, ¿qué soy?
—Un hombre sensato que no abusa de su suerte. Un buen marido que protege a su esposa y a su familia.
—¿Eso es suficiente?
— Para mí, sí... pero yo no tengo esposa ni familia.

Librodot

-—Para mí no basta —dijo John Spada. —¿Qué desea entonces... justicia o venganza?
— ¡Justicia!
—Pues no la conseguirá. — Maury Feldman retiró otro lápiz de su bandeja, y volvió al dibujo—. Soy un servidor de la ley, y le digo que la justicia es una ilusión... a menos que el Todopoderoso lleve cuentas mejores que lo que parece.
—Digamos, entonces, que estoy buscando que se me paguen daños y perjuicios.
—Es un juicio difícil.
—Porque no hay tribunal ni jurisdicción.
—En efecto.
—De todos modos, tenemos el tribunal de la opinión pública... y por eso he ingresado en el negocio editorial.
—He pensado en ello. —Maury Feldman dejó el lápiz, entrelazó las manos tras la cabeza y estiró las piernas bajo el escritorio—. He pensado muy cuidadosamente en ello, porque usted es un buen cliente y paga bien y a tiempo. Se propone publicar una serie de documentos acerca del terror, el terror institucional, el terror revolucionario. Desea recopilar pruebas: nombres, fechas, lugares, historias personales de víctimas y torturadores... También se propone difundir en todo el mundo esta información.
— ¡Exactamente!
—¿Y personalmente garantiza que todos los materiales que publique serán la verdad?
— Sí, hasta donde es posible. —¿Y hasta dónde es posible?
— Con los sistemas que estoy instalando, en un buen trecho. —De todos modos, no hay una garantía total... ¡No! ¡No diga nada! ¡Escúcheme! Hay un hecho elemental característico de los terroristas y los criminales políticos. Usan nombres falsos, identidades ficticias, como usted mismo hizo en Argentina. ¿Qué sucede si usted menciona a un inocente y alguien arroja una bomba en su sala y mata a la esposa y los hijos? ¿Qué sucede si usted acusa falsamente a un culpable y él le inicia juicio por libelo o difamación... y en definitiva sale bien librado? ¿Qué sucede si un servicio de Inteligencia le suministra información falsa y destruye desde el comienzo su crédito? ¿Qué sucede si usted publica la información exacta y ellos entregan un contrato para acabar con su vida y la vida de su familia y sus empleados...?
—Maury, excelentes preguntas. Ahora, yo haré una. ¿Qué sucede si no hago nada?
—Morirá tranquilamente en la cama —dijo Maury Feldman con voz fatigada—. Y yo continuaré mi trabajo... que no lo ayudará, pero conseguirá que yo me sienta mejor, porque usted es un gran tipo y yo lo aprecio muchísimo... ¿desea que llame a Anna?
—No. Ya comprenderá.
—¿A Teresa?
—También la dejaré un día o dos... ¿Cómo están las cosas en la empresa?
Muy bien. Mike Santos es eficaz. Casi hemos completado la compra de los Laboratorios Raymond Serum. Spada Nucleonics resolvió el problema del revestimiento y se consertó un razonable compromiso acerca de los costos con los clientes. Por el momento Liebowitz guarda silencio... pero Kitty se muestra cada vez más inquieta. Desea abandonar la empresa e incorporarse a la editorial.
—Ahora me sería muy útil.
—Hable primero con Mike—. Maury desechó el tema y después frunció el ceño, porque había concebido otra idea—. Deseo sugerir algo...
-¿Qué?

—Una visita a Washington, una charla tranquila con Hendrick, del Departamento de Estado. Por ahora usted no es muy popular allí, y los representantes de la empresa tampoco gozan de mucha cimpatía.
—¿Cuál es la queja?
—Oh, muchos detalles menudos.—Maury adoptó una actitud de teatral indiferencia—. Rumores y chismes que son muy embarazosos para el secretario Hendrick.
—¿Por ejemplo?
—Por ejemplo, que usted aporta grandes sumas a los fondos de los grupos marxistas europeos. Que usted cooperó con el ERP en Argentina. Que usted fue cómplice de esa gente en el asesinato del comandante de una cárcel... Los argentinos están trabajanado fuerte contra usted.
—Muy bien. Iré muy pronto a Washington y presentaré mi descargo. Además, deseo hablar con el embajador Kolchak. El asunto Lermontov está prolongándose demasiado.
—Ahora que usted es amigo del Partido, es posible que los rusos se muestren más tratables. —La sonrisa de Maury era intencionadamente provocativa—. Por donde se lo mire, usted se ha convertido en una figura notoria. No me sorprendería que mereciese cierta atención de la CÍA y el FBI.
—¿Hay pruebas en ese sentido?
—Algunas. Le pidieron a Mike Santos que enviase una lista actualizada de las garantías de seguridad del personal. El momento es un poco desusado. En su lugar, yo revisaría mi apartamento para buscar micrófonos escondidos.
— ¡Hermano! Ese tipo de persecución ahora es muy incómodo para mí.
Maury Feldman se encogió de hombros y volvió a inclinarse sobre su boceto.
—Se lo dije, amigo. Usted atravesó el espejo. Será mejor que se prepare para afrontar ciertos encuentros extraños... y quizá también peligrosos.
—La familia está protegida noche y día. Por mi parte, me cubro todo lo posible; pero no hay protección cuando uno camina por una calle de la ciudad.
—Imagino que no... de todos modos cuídese, ¿eh? Si usted muere, yo perderé una hermosa fuente de ganancias.
Había conocido demasiado tiempo a Maury Feldman para tomar a la ligera la advertencia. Ambos habían ascendido desde la insignificancia al ámbito de las grandes fortunas y la alta política. Allí, uno se sostenía precariamente. Un resbalón, un empujón a veces bastaban oara derribar de las alturas al incauto. De modo que cuando llegó a su apartamento hizo un llamado personal al secretario de Estado Hendrick, en Washington. Después de una demora significativa, se le informó que el secretario estaba en conferencia, pero que tal vez podría hablar con él en su domicilio particular, después de las siete. Hasta ahora, todo estaba bien... o mal. El secretario Hendrick no deseaba que se anotase la llamada de John Spada en los registros de su propio despacho.
La llamada siguiente estuvo dirigida a Mike Santos, que si se ajustaba al horario tradicional debía disponer de quince minutos antes de la sesión de las seis en la sala de reuniones. Aquí también tuvo que esperar, pero Kitty Cowan explicó el problema.
—Visitantes, jefe. Un par de muchachos muy atildados del Servicio de Investigaciones para la Defensa.
—¿Qué sucede?
— Según dicen se trata de proyectos relacionados con la seguridad de los productos para la defensa. Desean actualizar las medidas que aplicamos para custodiar los documentos y las precauciones que se adoptan para controlar el

Librodot

acceso a las áreas de alta seguridad de nuestras fábricas... Por lo menos, ésa es la documentación que me entregaron.
-¿Hace mucho que están allí?
—Aproximadamente una hora. Seguramente se marcharán en un minuto. Mike les dijo claramente que tenían que marcharse a las cinco y cuarenta y cinco... ¿Cómo están sus cosas, jefe?
—Más o menos. Teresa y Rodo mejoran lentamente, pero Anna siente la tensión. Y yo también.
—Lo extrañamos aquí. ¿Por qué no pasa a saludar?
—No es mi estilo, amiga. Y usted lo sabe. ¿Por qué no pasa usted y cena conmigo... por ejemplo esta noche?
—De acuerdo. Llegaré a eso de las ocho, después de la conferencia en la empresa... Un momento, los muchachos atildados acaban de salir. Lo comunicaré con Mike.
Mike Santos parecía fatigado y malhumorado con el mundo, pero *realizó* un valeroso intento de mostrarse cordial.
—...Esos tipos son un auténtico fastidio, John. Siempre se muestran tan serios que uno creería que tienen una línea privada que los comunica con Dios.
—¿Problemas?
—En realidad, no. Nuestros sistemas de segundad son muy eficaces. Formularon quejas menores acerca de la custodia del material secreto, pero me pareció que estaban interesados sobre todo en usted.
—¿Qué? —Spada se mostró alerta y prudente—. ¿Qué clase de preguntas formularon?
—Actividades recientes en el extranjero... les dije que no eran asunto mío. Posibles servicios futuros para la empresa... les dije que usted había aceptado aportar asesoramiento y consejo cuando se le pidiera. Preguntaron en qué áreas. Les dije que en cualquiera... pero específicamente y ahora necesitaba su ayuda para reorganizar los Laboratorios Raymond Serum. Lo cual es absolutamente cierto.
—¿Cómo reaccionaron?
—Vacilaron y dieron largas al asunto y al fin preguntaron si todavía deseábamos una autorización de máxima seguridad para usted, y les contesté que sí, que así era y que queríamos que fuese permanente y total.
—Gracias, Mike.
—¡De nada...! Y mientra estamos en esto, ¿dispondría de tiempo para conversar acerca de los Laboratorios Raymond? Estuve seleccionando candidatos para hacerse cargo de la empresa cuando el viejo Raymond se retire, pero la mayoría material de segunda clase.
—Si lo desea, me instalaré allí un tiempo y reorganizaré el lugar para usted.
—Se lo agradecería... pero sé que es pedir mucho a un ex presidente.
—De ningún modo. Es un campo nuevo para mí. —Spada se echó a reír—. Y usted puede pronunciar un breve sermón acerca del asunto en la próxima conferencia ejecutiva. Todos para uno, uno para todos, ese tipo de cosas. Además, compré la firma; lo que puedo hacer es entregársela en buenas condiciones... ¿qué le parece si almorzamos el lunes próximo?
—Es posible,.
—¿Otros problemas?
—Nada que no pueda esperar. Gracias, John. Lo veré el lunes.
Cuando cortó la comunicación, Spada frunció el ceño. No se hacía ilusiones acerca de las actividades de los agentes secretos norteamericanos y de sus investigaciones colaterales en el submundo de los negocios y la política. Como había dicho cierta vez Maury Feldman: identificaban muchos rastros falsos, pero

Librodot

también descubrían muchas cosas ciertas. Tan pronto hubiesen comprobado la relación de Spada con un grupo revolucionario, su prontuario pasaría a la categoría de los activos. Se vería sometido a vigilancia constante, y la red de Proteo podría verse gravemente comprometida.
Se sirvió una copa y esperó, con creciente impaciencia, hasta que llegó la hora de llamar al secretario Hendrick. Eran casi las ocho cuando pudo comunicarse. El secretario se mostró amable, pero levemente más formal que de costumbre.
—¿Qué puedo hacer por usted, John?
—Oí decir que están disparándome un poco de fuego antiaéreo. Me agradaría hablar con usted del asunto.
—No se lo recomiendo, por lo menos ahora. Usted me ha puesto en una situación un tanto embarazosa.
—¿Puede ser más concreto, señor secretario?
— Sí. Los argentinos reclaman su extradición, para afrontar un proceso, acusado de conspiración con el fin de cometer actos de violencia armada y obtener la fuga de detenidos, y por complicidad en el asesinato de un oficial militar. Les pedimos que presentaran pruebas. Felizmente para usted, son circunstanciales, y algunas fueron obtenidas bajo tortura. Les señalamos que este tipo de material no se sostendría en el ámbito del proceso legal norteamericano. Sin embargo, enviaron mucha información a la oficina local de la CÍA, y la mayor parte de los datos terminó sobre mi escritorio, y fue enviado, como asunto de rutina, al FBI. John, esa información no lo muestra bajo una luz muy favorable.
—¿Puedo preguntarle qué habría hecho en mi lugar?
—Felizmente, no necesito responder a esa pregunta, pero estoy seguro de que usted comprenderá que no puedo permitir que los sentimientos personales enturbien mi juicio político.
—Naturalmente. ¿Puedo hacerle otra pregunta?
—Adelante.
—Ésta es muy personal. Me afecta, y afecta a mi familia. ¿Están tendiéndome una trampa?
—Este departamento no. Su propia compañía, quizá. Los muchachos de Buenos Aires muy probablemente.
—¿Y no puedo contar con la intervención oficial?
—En absoluto... A menos que usted pueda demostrar que hay una amenaza evidente, o estuviese dispuesto a ofrecer... digamos mucho material secreto viable.
—Dudo de que eso fuera posible.
—Me lo imaginaba.
—Pero le ofreceré una seguridad personal; no participo en actividades subversivas contra Estados Unidos.
—Nunca creí que lo hiciera. —Había una débil nota de humor en el tono del secretario—. Pero eso tampoco nos ayuda mucho, ¿verdad?
—Supongo que no. De todos modos, se lo agradezco... le agradezco mucho su franqueza.
—En todo caso, no me pida que repita mi actuación. Tengo más dificultades de las que puedo afrontar. Cuídese, ¿eh?
—Me cuidaré —dijo secamente John Spada—. Gracias, señor secretario.
Fue la despedida fría e ingrata de un viejo amigo; pero no tuvo tiempo para cavilar acerca del asunto, porque deseaba llamar a Anna, que estaba en Bay House, y apenas disponía de tiempo para afeitarse y cambiarse antes de que llegase Kitty Cowan.

Librodot

—¡Huele mal, jefe! ¡Huele como pescado podrido!—Kitty Cowan estaba encaramada en el taburete, frente al bar, disparando carozos de aceituna sobre un plato—. Los argentinos lo odian, lo cual es natural; pero que en la empresa haya alguien... ¡bien, eso es para vomitar!
—Hendrick no lo habría dicho sin motivo. Recuerde que él leyó los documentos.
—Pero, ¿qué puede decir un miembro de la compañía? Las únicas personas que conocen realmente sus asuntos privados son Maury Feldman y yo. Ni siquiera Mike Santos sabe tanto como nosotros.
—No necesitan saber, Kitty. Sólo tienen que sugerir que puede haber motivos para una investigación de seguridad. El FBI y el Servicio de Investigaciones para la Defensa se ocupan del resto. Recuerde que no me convocan ante un tribunal. Se limitan a compilar información... por lo menos ahora.
—Pero, ¿de qué les sirve, si no pueden usar esa infomación?
— ¡Oh, ciertamente pueden usarla! —Spada comenzó a preparar otra ronda de bebidas—. Es la técnica más antigua del oficio y continúa siendo la más eficaz. Primero, uno aisla a la víctima, y después le corta las líneas que lo comunican con las fuentes del poder; más tarde, difunde información en el sentido de que están investigándolo. Al llegar a este punto, es como si estuviera apestado. Nadie quiere saber nada de él.
—Pero, ¿por qué? ¿Quién puede tratar de perjudicarlo? Ya abandonó la presidencia de la empresa. Con su fortuna, usted puede comprar y vender a la mitad de la población de este país.
— No se trata del dinero, Kitty. Se trata del poder y la influencia, de la capacidad de crear y orientar situaciones, y eso es cuestión de crédito y prestigio personal. Por ejemplo: actué en favor de Mike Santos. Pero todavía poseo un número suficiente de acciones, o casi suficiente, para luchar y regresar, si deseo hacerlo... Cuando saqué de Argentina a Rodo, la prensa, manejada por les colegas de Rodo, me convirtió en héroe popular, en una especie de Pimpinela Escarlata. No era un papel que me agradase, pero los medios de difusión lo crearon para mí. De modo que cobré nueva importancia en el mundo de los negocios. Y también en política, si deseara intervenir. Mi actitud fue la del héroe del Salvaje Oeste, la antigua frontera. Había un nuevo héroe en la ciudad... y mucha gente le teme, o siente celos, o ambas cosas.
—¿Por ejemplo?
— ¿Quizá Max Liebowitz?
— ¡Oh, hermano! ¿Cree que se rebajaría a eso? Es como cometer un asesinato, ¿verdad?
—Podría ser un auténtico asesinato, muchacha. Esto no es un polígono de tiro al blanco con patos de cartón. No es necesario anunciar públicamente que se inicia la temporada de caza... Además, está la nueva empresa editorial. Mucha gente mira con malos ojos su aparición.
—¿Es necesario que continúe en eso?
—Anna me formuló la misma pregunta. La respuesta es afirmativa.
—¿Por qué? —Ella lo miró con expresión grave y turbada--. ¿Por qué tiene que ser usted?
—Porque si yo no lo hago, me sentiré avergonzado por el resto de mi vida. Así de sencillo es.
— Sencillo para usted. ¿Y la gente que lo ama... yo incluida, John Spada?
—Teresa respondió a esa pregunta, aunque es probable que ya haya olvidado lo que dijo: "Este es el horror que ellos crean.Incluso el amor es un arma en sus manos." ¿No comprende, muchacha?... —Extendió la mano y la apoyó suavemente

Librodot

en la mejilla de la mujer—. ¡Ésta es una brutalidad intolerable! Prefiero morir antes que someterme. Usted es una buena muchacha judía. De modo que por lo menos debería entender.
Ella se llevó a los labios las manos de Spada y la besó.
—Usted es un hombre muy duro, John Spada... y no se engañe con las muchachas judías. Nos atemorizamos tan fácilmente como las goyim.
—Señor, la cena está servida —dijo Carlos desde la puerta.
El resto de la semana estuvo atareado, día y noche, con los asuntos de Editorial Poseidón, instalada en dos pisos de un nuevo edificio de oficinas de la Tercera Avenida. Había designado director a un canadiense-escocés, Andrew Maclean, que poseía veinte años de experiencia en la publicación de guías industriales, índices biográficos, almanaques y enciclopedias. Era un antiguo miembro de Proteo, y había organizado las primeras células de la estructura en Ottawa y Montreal. La segunda persona importante era un húngaro, Lajos Forman, a quien había sacado de IBM con el fin de que instalara el equipo de computadoras y diseñara la programación. Forman también era responsable de seleccionar y entrenar a los operadores, y Maclean debía organizar la recolección y análisis de los datos y la contratación de traductores y personal de redacción.
Incluso en su etapa embrionaria, era una operación costosa, y la diversidad de detalles parecía abrumadora. Sin embargo, Maclean era un general ordenado y meticuloso, que sabía exactamente lo que deseaba.
— ...Partamos exactamente de cero, John, porque después habrá muy escaso margen de error. Primero, está el material de las fuentes, los diarios, los boletines, las revistas, los periódicos en diferentes idiomas. Habrá informes de organizaciones como Amnistía, la Cruz Roja, los grupos religiosos, lo cual significa que necesitamos mucho personal. Después, tenemos el material de los miembros de Proteo, secreto y muy delicado. Tendrán que enviarlo fuera de sus respectivos países de modo que llegue aquí, a Nueva York. ¿Cómo se propone resolver eso?
—Le contestaré con un ejemplo—dijo John Spada—. Consideremos un área peligrosa como Rusia, donde se ejerce intensa vigilancia, la censura es rigurosa y nuestros miembros corren graves peligros. En este momeno tenemos unos cien miembros de Proteo distribuidos en la Unión Soviética. Uno de nuestros hombres es miembro del Politburó. Aproximadamente una docena son diplomáticos, y tres o cuatro están relacionados con proyectos que tienen que ver con construcciones en el extranjero. Estas personas son nuestros canales de salida. Reciben información de los grupos locales y la transmiten al contacto exterior más próximo. Por ejemplo, de Leningrado el material pasa a Tallinn y después, utilizando el ferry de los turistas, a Helsinki. De Helsinki viaja a Estados Unidos... pero no a Nueva York. El corresponsal de Helsinki está en Boston.
—Parece un trayecto muy largo —dijo dubitativo Maclean.
—Es seguro —dijo John Spada—. Recuerde que no estamos imprimiendo un periódico. Estamos formando archivos. El tiempo es mucho menos importante que la exactitud.
—Aceptémoslo así por el momento. La información llega a Estados Unidos: Florida, Boston, San Francisco y otros lugares. Ahora, tiene que venir a Nueva York. ¿Dónde se la entrega? Detesta la idea de que estos datos tan explosivos viajen a un lugar en el bolso de un cartero.
—No es así. Hay un servicio de correo. Viene por mano.
— ¡Dios mío! Los gastos serán enormes.
—Mac, tengo dinero suficiente para vivir tres veces. Y no puedo llevármelo conmigo.

Librodot

—Sí. — Mclean suspiró incómodo—. Pero veamos si es posible usarlo más eficazmente, ¿eh? Bien, ¿quién centraliza todos los contactos?
—Los jefes de los grupos locales, que informan a un jefe de área y éste en definitiva se subordina a mí.
—¿Y cómo sabe usted que quien informa es él y no un agente policial?
—Hay un signo de identificación.
—¿Qué sucede si, Dios lo permita, usted cae muerto en la calle?
—Mi sustituto ocupa el lugar.
—¿Y cómo sabremos que es la persona indicada?
Spada se desabrochó la camisa y mostró a Mac una cadena de oro colgada al cuello. De la cadena pendía un medallón religioso y una llave dorada. Sobre la llave estaba grabado el símbolo del pez en la caja.
—Él les mostrará el equivalente —dijo John Spada—. Es la llave de la caja fuerte donde se guardan los archivos de Proteo.
—Usted confia mucho en mí —dijo gravemente Mac.
—En este trabajo demostrará que lo merece —replicó Spada—. Cuando comencemos las publicacines, usted arriesgará la vida todos los días... Ahora, hablemos un poco más acerca de la seguridad. ¿Quién se ocupará de seleccionar a su personal?
—Denman Calder. Es una empresa cara, pero fidedigna. También tiene excelentes relaciones con los organismos oficiales.
—Que es más de lo que puede decirse de mí; y en nuestro carácter de grupo privado de inteligencia, nuestra popularidad no crecerá.
—No estaría tan seguro de ello. — Maclean se mostró más optimista que lo que Spada había previsto—. Cuando comprueben que nuestro material es exacto, se sentirán muy felices de utilizarlo... Oh, ¿sabe que necesitaremos microfilmes, además del almacenamiento en la computadora? No me agrada depender de un solo sistema... y también recomendaría que tuviéramos una bóveda, para guardar los duplicados.
—Ya alquilé una a la Union and Chemical.
—¿Supongo que con nuestro propio sistema de cerradura?
—En efecto, Mac.
—Es un placer trabajar con un hombre cuidadoso... ésta es una muestra de las tarjetas de registro que utilizaremos para cada asunto. Lajos programará todo para la computadora. Usted observará que la información está clasificada de acuerdo con la confiabilidad y que las fuentes responden a un código, sólo para referencia interna. Ahora bien, aquí hay una maqueta de tres publicaciones: un boletín mensual, un sumario trimestral, clasificado por países, y dos libros negros anuales, uno acerca de los detenidos, el otro relacionado con los profesionales conocidos del terror y la brutalidad institucional. Ésta será la lista inicial de circulación...
Todo estaba cuidadosamente preparado, y Spada se sintió inmensamente alentado; pero aún faltaba algo. En el plan general había una falla, y Spada sabía de su existencia, pero no atinaba a identificarla. De pronto, durante un fin de semana en Bay House, Rodolfo Del Valle se la señaló.
Era el final de un día luminoso y cálido, y estaba sentado en el pabellón con Rodo, mientras Anna y Teresa cortaban flores de lavanda y rosas para los canastos que Anna preparaba con el fin de regalarlos a sus amigos. Rodo parecía ahora más animado, aunque aún se lo veía lamentablemente pálido y enflaquecido. Había escrito cuatro o cinco páginas, y parecía complacido con su labor. Dijo:

—Vea, John, creo que descubrí la llave que abrirá nuevamente mi espíritu. Todo este tiempo estuve tratando de escribir una acusación... un alegato con detalles terribles acerca de lo que sucede en mi país y en el mundo. Hoy deseché ese texto. Estaba demasiado cansado para continuar argumentando. En cambio, traté de recordar las cosas buenas que habían sucedido en la prisión. Era extraño cuan numerosas eran: el viejo Pascarelli con sus cigarrillos y sus pildoras de vitaminas, Chávez con sus brazos fuertes que me sostenían cuando regresaba al calabozo, el extraño joven de la enfermería que me daba sopa preparada por él mismo... mis camaradas del patio de la prisión, desafiando a los fusiles para protegerme... Era un alivio pensar en eso. Pude escribir sin cansarme. De pronto, me asaltó un pensamiento distinto: el mal es tan monótono y la compasión es una sorpresa tan dulce...
—Sé lo que quiere decir —observó John Spada.
—No sé si lo comprende,John. —El desafio sorprendió a Spada—. Yo era muy semejante a usted en algunos aspectos. Para mí la máquina de escribir siempre era un arma... una espada contra los impíos. Ahora, no sé muy bien si la blandí valerosa o temerariamente.... oh, fui buen testigo, lo sé, y también un testigo necesario, exactamente como usted intenta hacer ahora con su nueva editorial. Pero hoy me pregunté si quizás incluso la gente buena está tan endurecida frente a la obscenidad que ya nada la conmueve, y si lo único que puede llegar a abrir sus espíritus es la inocencia: la sonrisa de un niño dormido, una anciana abuela dormitando al sol. Usted publicará documentos acusatorios. ¿No debería publicar también las cosas buenas, las pequeñas lucecitas en la oscuridad...?
—Rodo, ¿por qué no las escribe para mí?
Del Valle meneó entristecido la cabeza.
—Usted sabe y yo sé, John, que lo que ahora haga será muy pequeño. Pero hay otros, muchos otros. Difunda la noticia de que está buscándolos. Acudirán a usted... ¿Cómo atrajo inicialmente a los miembros de la organización Proteo? Les dijo que deseaba tender puentes de benevolencia. Fueron sus palabras, John no las mías.
—Rodo, si usted señala el camino, yo lo recorreré, hasta donde pueda. Pero no olvide que el mal siempre está allí.
—Lo sé... y parte de lo que digo es una excusa por mi propia debilidad; pero no todo. ¡Créame, John! ¡Créame!
Deseaba creer. La sobria admonición de Rodo lo había conmovido casi hasta las lágrimas. Era el testamento de dos seres amados que habían estado en el infierno y regresado. No deseaba refutarlo. Intentaría llevarlo a la práctica, pero ahora anidaba en él un núcleo duro de escepticismo. En el jardín amurallado de Bay House un hombre podía entrever visiones y soñar; por afuera, en el mundo grande, ancho y maravilloso de la gente común, había francotiradores en los techos de las casas y carniceros en los cuartos de la Feria de las Diversiones.
El lunes almorzó con Mike Santos, y después fue a Wilton para echar una primera ojeada a la casa matriz de los Laboratorios Raymond Serum, una sucesión de edificios antiguos agrupados alrededor de una administración central, que parecía más el cuartel de un regimiento que un moderno instituto serológico.
La historia de la corporación era bastante común: una constante expansión a partir de la estrecha base del capital en poder de la familia, buenos antecedentes de producción, con una administración anticuada y costosa, un fundador envejecido con un hijo que era un investigador brillante, un cuerpo ejecutivo disciplinado por años de regimentación. Era el tipo de situación que agradaba a Spada. Podía comprar a bajo precio la empresa, incorporar capital líquido,

Librodot

reformar la administración, elevar el valor de las acciones y después vender la firma o continuar explotándola.
Pero esta vez la situación ofrecía otros atractivos. Spada ansiaba actuar. El campo de la investigación y la producción de sueros era nuevo para él. Tenía la oportunidad de organizar una operación propia, sin las cargas y las distracciones de la responsabilidad por una gran corporación. Además, en un buen equipo de investigación siempre existía la posibilidad de descubrir algo nuevo y marcar un hito en la historia de la medicina.
El anciano Raymond era un guía amable, ansioso de retirarse, pero todavía entusiasmado por el trabajo mismo y orgulloso del talento de su hijo. El joven se mostró al principio reservado y prudente, pero Spada lo atrajo prometiéndole nuevas instalaciones de investigación y capital suficiente para incorporar talentos nuevos al equipo.
El joven habló francamente de sus propios defectos. No sabía una palabra de finanzas, pero podía dirigir una investigación. Poco antes había identificado una variante del Tipo A botulinus boise, y la había conservado estable a través de una serie de cultivos. Aún trataba de comprobar si la variante era una cepa existente o se había mutado en condiciones específicas de laboratorio.
Spada se sintió intrigado. El bacilo botulinus era un de los que aparecían incluidos en los manuales militares por su posible utilización en la guerra biológica. Su efecto tóxico era intenso. El índice de mortalidad superaba el cincuenta por ciento, y el período de incubación era mínimo. Podían aplicarse antotixinas, pero normalmente se las obtenía sólo en los casos tardíos o menos severos de un brote.
Esta discusión condujo naturamente al problema de la política general de la empresa. Laboratorios Raymond siempre había rehusado aceptar contratos oficiales asociados con la guerra biológica. A su vez, el joven Raymond era un decidido defensor de esa actitud. ¿Spada se proponía modificarla?
Spada le aseguró que no era ésa su intención. En el mundo había horrores suficientes sin necesidad de aumentarlos. Sin embargo, le interesó saber qué precauciones se adoptaban para evitar la difusión del bacilo, el robo de cultivos de un laboratorio o de una carga en tránsito. Por lo que vió, eran más bien elementales. Por supuesto, las normas aplicadas en el laboratorio eran rigurosas. Contaban con las acostumbradas alarmas contra robos y con una patrulla de seguridad. Las cargas se enviaban en cajas acolchadas y selladas, y había agentes de transporte que se especializaban en la manipulación de materiales de laboratorio. Fuera de eso, el joven Raymond desechó el tema. El mercado era excesivamente limitado, y no alentaba a los ladrones. Los documentos relacionados con la investigación eran mucho más vulnerables que los propios cultivos...
Eran casi las siete de la tarde cuando Spada terminó su inspección. Aceptó la invitación a beber café con el anciano, y después volvió en automóvil a Nueva York. Traía el bolsillo colmado de anotaciones, y estaba convencido de que Spada Consolidated había realizado una excelente compra.
Cuando llegó al apartamento advirtió sorprendido que Anna lo esperaba. Se sentía aburrida en Bay House. Creía que Teresa y Rodo estarían mejor si se los dejaba solos un rato. Además, extrañaba a su esposo y quería estar con él. Spada se mostró complacido. También él estaba harto de su propia compañía y de pronto tenía conciencia del rápido pasar del tiempo y de la ausencia de los momentos amables en que podía relajarse y hablar confiadamente con su mujer.

Librodot

Cuando pasó a la sala, el brazo apoyado en los hombros de Anna, vio un paquete sobre la mesa. Lo recogió. Era un ancho sobre de papel madera, dirigido al señor John Spada y tenía escritas las palabras: DOCUMENTO PERSONAL URGENTE. Lo depositó nuevamente sobre la mesa y preguntó:
—¿Cuándo llegó esto?
—Poco después de las siete —contestó Anna—. Lo trajo el portero.
Spada experimentó un sentimiento de incomodidad. En general los documentos de la corporación no venían por mano del portero. Un mensajero de Spada los llevaba al apartamento, y exigía un recibibo firmado. Spada se acercó al teléfono y marcó el número privado de Kitty Cowan.
—¿Kitty? John. ¿Me envió documentos esta tarde?
—No. —Era evidente que Kitty estaba desconcertada—. Tampoco lo hizo Mike. Yo despaché personalmente toda su correspondencia antes de salir. ¿Qué clase de documentos son?
—Todavía no abrí el sobre.
—Nosotros no lo enviamos.
— Está bien. Eso es todo. Iré allí por la mañana. Que pase bien la noche.
Cortó bruscamente la comunicación. Anna preguntó: —John, ¿sucede algo?
—No lo sé, Anna. —Guardó silencio un momento, y después dijo en voz baja—: Por favor, llama a Carlos. —Pero, John...
— ¡Haz lo que digo, Anna!
Cuando apareció Carlos, Spada le impartió breves instrucciones.
—Quiero que vayas con la servidumbre y la señora Spada y que cenen todos en el Restaurante du Midi. Llamaré al restaurante y te diré cuándo deseo que regresen.
—Pero, señor, la cena está pronta para servirla aquí.
—Lo sé, pero haz lo que te digo. Apaga las hornallas y avisa al personal.
— Sí, señor.
El criado salió desconcertado e incómodo. Anna preguntó:
— ¡John, por favor! ¿Qué significa todo esto?
—Ese sobre. No lo enviaron Kitty ni Mike Santos. Deseo que la policía lo examine... y que todos ustedes salgan del apartamento. Esperaré la llegada de los agentes.
— ¡Dios mío! —Anna palideció repentinamente—. ¿Esta locura jamás acabará?
— ¡De prisa! —dijo John Spada.
Después de que todos se marcharon, descolgó el teléfono y llamó a la policía.
— ...Habla John Spada, de Spada Consolidated Holdings. Acaban de entregar un paquete en mi departamento. Tengo motivos para creer que contiene explosivos. Por favor, ¿pueden enviar a alguien a esta dirección...?
Hubo una pausa, mientras el operador policial copiaba la dirección y después Spada recibió una pregunta levemente escéptica: —Señor, ¿puede indicarme la razón de su sospecha?
— Sí. Soy un empresario conocido, con vínculos políticos que no puedo discutir por teléfono.
—Gracias, señor. Enviaré a alguien en pocos minutos. No toque el paquete. Cierre la habitación y aléjese todo lo posible.
Cinco minutos después dos hombres de la Brigada de Explosivos aparecieron en el apartamento. Se mostraron bruscos y taciturnos. Las declaraciones podían esperar. Se apoderaron del paquete y salieron, recomendándole que esperase junto al teléfono. Media hora después uno de ellos llamó.
—Habla Mallard... Brigada de Explosivos. Señor Spada, ese paquete estaba activado. Media libra de plástico, con dos detonadores preparados para explotar apenas abriese el sobre.

Librodot

—¿Alguna idea del origen?
—Todavía no. Estamos buscando impresiones digitales. Probablemente encontraremos sólo las que correspondan a personas inocentes. Por supuesto, necesitaremos su declaración.
—¿Puede esperar hasta mañana?
—Es su vida, señor Spada. —Habló como si no la valorase mucho.
—Ustedes ya tienen todos los hechos. El resto es conjetura. Sin embargo, puedo decirles que es probable que el asunto esté bajo la jurisdicción del FBI.
—Eso lo decidiremos nosotros después de conocer su declaración. Por favor, venga mañana a las diez.
—Estaré allí. Y gracias.
—Encantados, señor John Spada. Ah, si sale esta noche, ándese con cuidado. ¡Quien entregó la bomba puede estar esperando cerca, para escuchar la explosión!
La línea enmudeció. Spada pensó un momento en la posibilidad de llamar a Teresa, que estaba en Bay House; pero después decidió desechar la idea. Los guardias nocturnos estaban en sus puestos; a lo sumo, él podía aconsejar que se duplicase la vigilancia. Llamó al restaurante y habló pocas palabras con Anna, para decirle que terminase tranquilamente su cena. No, no se reuniría con ellos. Era necesario arreglar ciertos detalles. ¡Detalles! Cuando depositó el teléfono en la horquilla, descubrió que estaba temblando, como si sufriera un ataque de malaria. Cruzó hasta el bar, se sirvió una buena ración de licor, bebió la mitad de un trago y después se sentó, encorvado, los brazos apoyados en el mostrador, sosteniendo el vaso en las manos, hasta que el temblor cesó.
Ahora no había modo de esquivar la sombría realidad. Habían entregado un contrato por su vida. Los asesinos habían comenzado su labor. Y poco les importaba que en el intento de liquidarlo otros cayesen con él.

CAPITULO 9

A diferencia de algunos de sus predecesores, el nuevo director del FBI era un hombre de modales suaves y encanto levemente académico. Se disculpó por haber pedido a Spada que fuese a Washington, pero creía que ciertos aspectos del caso debían ser examinados por así decirlo entre los principales. Spada se manifestó de acuerdo con la idea. El director sugirió que juntos verificasen los datos contenidos en los archivos. Spada creía que también eso podía ser una buena idea.
—En primer lugar—dijo el director—, aceptamos como primera posibilidad que el atentado contra su vida fue planeado en Argentina. Hay otra posibilidad que examinaremos después. De modo que si me permite interrogarlo...
—Con mucho gusto.
—¿En cierto momento usted tuvo relaciones con los grupos revolucionarios argentinos, y sobre todo con un hombre llamado Tigre?
—Sí. Le pagué doscientos mil dólares por la cooperación de uno de sus grupos en Buenos Aires. No estoy dispuesto a revelar los nombres de los miembros de ese grupo.
—Pero con la ayuda de esos hombres usted planeó la liberación de su yerno y una persona llamada Chávez.
-Sí.

—¿Usted participó en la muerte del comandante de la cárcel, el coronel Suárez?
—No. La última vez que lo vi estaba perfectamente vivo.
—¿Llevó a sus propios hombres al territorio argentino?
—Sí. Tampoco indicaré nombres o números.
—¿Cómo entró en el país?
—Ilegalmente.
—Entiendo. —El director se permitió una débil sonrisa de erudito—. ¿De modo que hay sobrados motivos por los cuales el régimen desee eliminarlo?
-Sí.
—¿Sabe usted que, después de la fuga, los miembros del personal de la cárcel fueron interrogados intensamente por las fuerzas de seguridad?
—No lo sabía; pero por supuesto, es el procedimiento normal.
—Una de las personas interrogadas fue un guardia de la cárcel, el cabo Pascarelli.
—Nunca oí hablar de él.
—Confesó haber transmitido un mensaje a Rodolfo Del Valle. El mensaje decía, en español: "Un pez en una caja." ¿Eso significa algo para usted?
-Nada.
—Es muy extraño.
—¿Por qué?
—Algo muy semejante apareció en un informe de la CÍA de Amsterdam. Nuestros hombres en esa ciudad están estrechamente relacionados con las autoridades holandesas e intercambian información acerca de las actividades terroristas.
—Imagino que eso es natural.
—Usted mismo estuvo en Amsterdam, ¿verdad?
—Sí. Viajé en avión desde Munich para conversar con uno de nuestros armadores. Jan Pieter Maartens.
—Poco después de su visita, descubrieron el cadáver de un terrorista alemán, Gebhard Semmler, en un estudio de artista de Amsterdam. La prueba disponible apuntaba al suicidio. En su billetera la policía encontró una tarjeta con un símbolo que parece un pez en una caja. —El director extrajo del archivo una fotocopia de la tarjeta de Proteo y la presentó a Spada—. ¿Le sugiere algo?
—Me temo que no.
—Quizá debamos preguntar a su yerno sobre el mensaje del pez.
—Me hará el favor de mantenerse apartado de él —replicó ásperamente Spada—. ¡Ha sufrido tanto como para colmar dos vidas enteras!
El director se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia sus papeles.
—Hay otra extraña coincidencia. El mismo cabo Pascarelli reconoció que había entregado otro mensaje al prisionero Chávez. El mensaje decía: "El Tigre está olfateando el terreno." ¿Entiende adonde quiero ir a parar, señor Spada? ¿Por qué el pez para uno y el tigre para el otro?
—Comprendo muy claramente el asunto. Pero me temo que no puedo ayudar a aclararlo.
—Entonces, le formularé otra posibilidad: que la gente que desea matarlo tal vez no venga de Argentina, y en cambio esté relacionada más o menos con el Tigre.
—No veo la razón. Cumplí el trato que hice con él.
—Bien... —El director del FBI dejó suspendida un momento la palabra en el aire. Después se movió en una dirección completamente distinta—. ¿Qué identidad utilizó en Argentina?
—Una identidad falsa.
—Naturalmente confirmada con documentos.
—Naturalmente.

Librodot

—¿Cómo obtuvo los documentos?
—Los pagué muy caro.
—Señor Spada, estamos intentando proteger su vida y la de su familia.
—¡Lo rectifico! No está haciendo nada de eso. Está buscando información para responder a interrogantes originados en la CÍA, que carece de jurisdicción sobre la seguridad interna de Estados Unidos. Reconozco francamente haber cometido actos ilegales en el territorio de otro estado soberano, que a su vez incurrió en abominaciones contra mi hija y su marido. Lo haría de nuevo... y peor, si fuera necesario. ¡Lo mismo que usted! De modo que dejemos de jugar. ¿Qué protección puede ofrecerme?
—Me temo que muy poca—dijo fríamente el director—. Estamos escasos de personal, tenemos poca información. Le sugiero que contrate sus propios guardaespaldas. Hay gente que suministra esos servicios. Algunos son muy buenos... Oh, una pregunta más. ¿Usted no fue testigo del asesino del filósofo Hugo von Kalbach, en Munich?
—En efecto. Me dirigía a la ópera con él.
—Pero no permaneció para asistir al funeral.
—La policía alemana me pidió que me marchase... en beneficio de mi propia seguridad.
—En ese caso, le interesará saber que el hombre que mató a von Kalbach fue Gebhart Semmler, el mismo que más tarde se suicidó en Amsterdam.
—En ese caso, ojalá esté pudriéndose en el infierno —dijo John Spada—. Y ahora, si me perdona, director, creo que estamos perdiendo nuestro tiempo.
Realizó otra visita antes de reunirse con Anna en el hotel. Esta vez lo recibieron cordialmente. Casi hubiera podido decir que con cierta efusión... excepto que Anatoly Kolchak la moderó con su habitual ironía.
Encerrado con Spada en su estudio privado, Kolchak dijo: —Amigo mío, siento profundamente lo que le sucedió a su hija y al marido. Le ruego que exprese mis simpatías a su esposa.
—Gracias, señor embajador.
—Y si me lo permite, le ofrezco mi expresión de respeto personal por lo que usted hizo. Cuando leí los detalles, confieso que sentí una excitación muy poco diplomática. Y también me alegré de que estuviese operando en Buenos Aires y no en Moscú.
—Tuvimos suerte. Y también llegamos demasiado tarde.
—No lo olvidarán tan fácilmente.
—Reclaman mi vida —dijo secamente Spada—. Hace un par de días me enviaron una bomba en una carta.
—Y por supuesto, continuarán intentándolo. Los gobiernos se muestran muy sensibles cuando se insulta su majestad. Me complace que nuestros camaradas pudieran serle útiles.
—¿Supo eso?
—Amigo mío, nos enteramos de casi todo. Y deseo preguntarle si ahora necesita ayuda. Esta vez no le costará nada. También a nosotros usted nos prestó un servicio.
—Continúo reclamando la persona de Lermontov — dijo Spada.
—Oh, sí, Lermontov. —El embajador limpió cuidadosamente sus anteojos con un pañuelo de seda, y después volvió a ponérselos—. Lamento... lamento sinceramente... decirle que el asunto está irrevocablemente cerrado. Aún no se ha difundido la noticia, pero Lermontov falleció la semana pasada.
—¿Todavía estaba confinado?

Librodot

—Por desgracia, así era.
—Entonces, como usted dice, el asunto está terminado.
—No del todo, señor Spada. Me han ordenado... y utilizo intencionadamente la palabra, con el fin de no comprometer nuestra relación personal, a la que atribuyo elevado valor... me han ordenado decirle que, a cambio de su ayuda personal en ciertas transacciones comerciales todavía pendientes, se considerará la posibilidad de otorgar visas de emigrantes a otros intelectuales judíos... Bien, he cumplido mi deber. Lo único que necesito es anotar su respuesta.
—*Nyet!*— dijo Spada con una mueca—. *Nyet. Nyet.*
—Me complace oírle decir eso. — Anatoly Kolchak pareció aflojarse—. Me veo obligado a tratar con idiotas. Pero en su locura hay cierto método. En este oficio todos se corrompen... aunque sea un poco.
—Dígame una cosa, señor embajador.
—Lo que usted quiera. —Kolchak esbozó una sonrisa juvenil y picara—. ¡Excepto el orden de batalla soviético, y la fecha del Día del Juicio!
—¿Qué es lo que usted más teme?
—¿Política o personalmente?
—En ambos sentidos.
Kolchak consideró la pregunta durante un momento prolongado, y después formuló la respuesta, frase por frase.
— Una cosa que ya sucedió, y cuyas consecuencias estamos soportando ahora mismo. Hemos corrompido de tal modo el lenguaje humano que es imposible creer lo que oímos o leemos. Yo le digo "sí"; y corresponde "no". Formulamos una posición y negociamos otra. Usted dice "alimentos"; yo oigo "bomba". Hemos creado un idioma de locos. Usted muestra en la televisión cuerpos destrozados en un accidente ferroviario. Un instante después, una mujer maravillosamente bella explica cómo lograr que los pisos brillen como cristal. La ilusión es total. No hay cadáveres. Jamás podría mancharse con sangre una superficie tan luminosa...
—¿Y las consecuencias, señor embajador?
—Las mismas que usted ya sufrió, amigo mío. La razón desaparece. Resta únicamente la magia negra de la violencia, e incluso desde ese punto de vista el lenguaje de los locos la fomenta... "guerra localizada", "acciones limitadas", "bombas atómicas limpias". Todos somos culpables, porque todos cooperamos con los ilusionistas... ¡Oh, ya lo sé! Si en Moscú me oyesen hablar así reclamarían mi cabeza; de todos modos, es la verdad... —Se interrumpió, como si estuviese avergonzado, y continuó siguiendo un hilo de pensamiento completamente distinto—. Dígame, amigo mío, ahora que sabe que su vida corre peligro, ¿qué se propone hacer?
—Le formularé una pregunta más, señor embajador. Se origina en una declaración que escuché hace media hora de labios del director del FBI. De acuerdo con su opinión, ¿es posible que mis asesinos no provengan de Argentina, sino de los grupos revolucionarios instalados en París?
El embajador consideró la pregunta durante un momento y después esbozó una sombría sonrisa.
—Su director es muy astuto. Los norteamericanos se sienten mucho más cómodos cuando se acuestan con los dictadores que cuando tratan a los gobiernos revolucionarios. A su director le conviene sugerir la posibilidad de un chivo emisario de la izquierda... Mi primera respuesta es negativa. Usted no corre peligro por ese lado. Por otra parte, ya no somos como antes una familia numerosa y feliz de camaradas. Recorremos una docena de caminos diferentes. De modo que no

Librodot

interprete mi veredicto como palabra santa. Permítame preguntarle: ¿hay alguna razón por la cual los grupos revolucionarios puedan desear su cabeza?
—No, que yo sepa —dijo Spada—. A menos que los servicios de seguridad argentinos hayan inventado algo y logrado que les crean.
—Siempre es posible —dijo Kolchak—. Es la locura de la cual hablaba antes. Permítame realizar algunas investigaciones y después le comunicaré el resultado.
—Gracias, señor embajador.
—Lamento lo de Lermontov.
—Por lo menos, ya está fuera del manicomio.
—En cambio, usted y yo, amigo mío, intentamos mantener la cordura mientras estamos adentro. ¡Buena suerte!
—*Amore?*
-Che c'és?
—¿Tenemos que salir para cenar?
—No. ¿Qué deseas hacer?
—Permanecer en la cama contigo.
Era el momento que seguía al acto de amor, y ambos yacían, somnolientos y abrazados, en una cama de hotel de Washington.
Spada volvió los ojos hacia los pechos de su esposa, y dijo blandamente:
—*Sto tanto contento, tanto tranquillo.*
—*Anch'io amore... tanto tranquilla...* Cuando entramos odié la habitación. Y ahora, no deseo salir.
—Es bueno estar solos y juntos.
—*Dolce come zucchero!*
—*Femmina! Sei tutta femmina, Anna mía!*
—Me agrada hablar italiano contigo.
—Siempre solías hacerlo... en la cama.
—¡Eh! ¡Cuando me dabas tiempo para hablar!
—Anna, tenemos que hablar. Y pronto.
—¿Acerca de qué?
—Del modo de organizar nuestra vida.
—No hay nada de qué hablar. —Ella lo sujetó mejor con los brazos y las piernas—. He pensado mucho en el asunto. Continuaremos viviendo como siempre hicimos. No quiero guardias y cámaras y alarmas al lado de nuestra cama. ¡Ya lo sé! Antes tuve miedo, pero ahora no. La vida es demasiado breve para aceptar todo eso. Tratemos de ser felices... como hacemos ahora.
—¡Eh! Todo esto es nuevo. ¿Qué sucedió?
—Durante tu ausencia llamé al tío Andrea, en Roma. Le expliqué todo lo que estaba sucediendo y cuál era mi preocupación. Primero, me reprendió. Dijo que ninguna mujer tenía derecho de despojar de su virilidad al marido. Después, me dijo cómo estaban ahora las cosas en Italia, los tiroteos y los secuestros... más de uno por semana. Agregó: "Anna, recuerda una cosa. Un parásito en la sangre, el bloqueo de una arteria pueden matarte más rápido que una bala. Pero el peor de todos los enemigos es el miedo..." Mientras te esperaba, pensé en ello. Recordé que cuando comencé a temer dejamos de hacer el amor, y así me convertí en una mujer a la que yo misma odio, y a quien en definitiva tú también habrías odiado... ¡De modo que continuemos, *amore!* Haz lo que te plazca. Tenemos nuestros momentos de felicidad y los compartiremos. Iremos al teatro, a los conciertos, a la ópera... como siempre. Teresa y Rodo se arreglarán. No podemos ser siempre sus niñeras... *Capisi, amore? C'é il mio cuore che parla.*
—*Son tanto grato.*

—*Come grato? Te lo devo, marito mio.*
—No hay deudas entre nosotros. Sólo amor.
—¿Como esto?
—¡Oh, sí, si...!
Pero ni siquiera durante el prolongado y tierno episodio que siguió él pudo decirle que el Espantapájaros vigilaba en el vestíbulo, y que el mayor Henson, sombrío y taciturno, caminaba por los corredores con los detectives de la casa.
Por extraño que pareciera, el Espantapájaros — el menos domesticado de los seres humanos— fue quien le demostró cómo debía aprovechar el cambio de la situación de su familia. En una breve y furtiva conferencia celebrada antes de salir de Washington le explicó:
—...Ahora, usted debe eliminar la mentalidad del sitiado. Ya adoptó todas las precauciones posibles. Continúe trabajando normalmente. No mire por encima del hombro, porque en realidad no verá nada. Debe aprender a confiar en Henson y en mí incluso cuando no nos ve. Recuerde que ésta es nuestra profesión y convendrá en que somos eficaces... pero una vez que usted acepte que no hay garantías, vivirá mucho más serenamente...
Spada asintió sobriamente, y después preguntó:
—¿Cómo juzga el riesgo para mí familia?
—Reducido. —El Espantapájaros habló con convicción—. En Europa tendríamos que preocuparnos por el secuestro. Pero aquí es menos usual y en definitiva menos rentable. A mi juicio, la situación es más peligrosa para su esposa que para su hija y su yerno. En cierto sentido, puede afirmarse que los dos jóvenes ya fueron eliminados; están fuera de combate. Atacarlos de nuevo sería contraproducente... mala propaganda. ¡No! ¡Usted es todavía el blanco principal!
—¿Cuánto tiempo?
El Espantapájaros se encogió de hombros.
—¿Quién sabe? Quizá varios años. Recuerde cuánto esperó Stalin para lograr que asesinaran a Trotsky. Me temo que usted tendrá que soportar esta situación más o menos como una úlcera péptica... comida blanda, pensamientos blandos y tanto buen humor como pueda movilizar.
—De veras, usted me aporta mucho consuelo —dijo Spada con una mueca.
—Consolar no es mi trabajo. Me pagan para tenerlo vivo.
—Tal vez necesite que muy pronto usted viaje... para relacionarse con los grupos de Proteo. Quiero que nos envíen información regularmente.
—¿Cuándo?
—Un mes, seis semanas.
—Cuanto más tarde mejor —dijo el Espantapájaros—. Necesito tiempo para formar una barrera protectora alrededor de su persona... y necesito contar con personas en quienes pueda confiar. Henson es un buen organizador, pero piensa como un anglosajón.
—¿Y usted?
—Se lo dije la primera vez que nos vimos, señor Spada. Soy un hombre de mentalidad matemática. Comprendo todo, y no siento nada.
Era un pensamiento escalofriante... de todos modos, encerraba un gramo de esperanza. Anatoly Kolchak había hablado de un mundo controlado por ilusionistas. El Espantapájaros carecía de ilusiones, sin embargo, por desconcertante que pareciese, aún tenía valor para soportar la sombría carga de la existencia.
Inmediatamente después de regresar a Nueva York, Anna comenzó a reorganizar la vida social de ambos: un cóctel para los amigos descuidados durante mucho

Librodot

tiempo, una serie de noches de teatro y conciertos en el Lincoln Center. Decidieron que Teresa y Rodo continuaran instalados en Bay House. Necesitaban la tranquilidad de un lugar aislado donde pudiesen reconstruir la vida en común. Spada dividió su semana entre la Editorial Poseidón y los Laboratorios Raymond, sin perjuicio de una ocasional y discreta visita al club, sólo para destacar que en realidad la peste que él padecía no era contagiosa.
Miró con irónica diversión el desconcierto de sus colegas, que después de haberlo desechado como se hace con una fuerza agotada o un contacto peligroso, de pronto tuvieron que recordar cuántas acciones Spada podía volcar al mercado, y cuan fácilmente podía trastornar el mundo de la Bolsa si se le antojaba. Durante una de estas visitas, mientras charlaba con Maury Feldman y Mike Santos, tuvo su primer contacto con Max Liebowitz después de varios meses. Acababan de sentarse cuando Max pasó cerca con un plato de ensalada en la mano; era evidente que pensaba instalarse frente a la larga mesa. Spada lo invitó a reunirse con ellos. Era obvio que se sentía un tanto embarazado, pero lo disimuló bien y ocupó el asiento vacío. Maury Feldman hizo una broma acerca de la situación.
—Max, es bueno para el mercado. La totalidad de los grandes accionistas de Spada Consolidated masticando en armonía. Nuestras acciones subirán tres puntos antes de que termine el día.
—Me agradan las cosas tal como están ahora. —Liebowitz decidió no hacer caso del humor—. Un poco subvaluadas. De ese modo ninguno de nuestros accionistas tiene probabilidades de vender para recoger ganancias.
—Siempre soy comprador, Max. —Spada se burló suavemente—. A propósito, creo que nos beneficiaremos mucho con los Laboratorios Raymond.
—¿Cuánto?—Max endureció el cuerpo, como un perdiguero que espera que caiga la codorniz.
—Bien, compramos a quince... Déme unos meses más. Yo diría que pueden llegar a veinticinco... Por supuesto, mis servicios son caros.
—¿Cuánto le pagamos? —Liebowitz se volvió hacia Maury Feldman, que se echó a reír.
—¡Cálmese! Max, ¿dónde está su sentido del humor?
—Lo perdí. —Liebowitz estaba irritado. Se dirigió a Mike Santos— . Oí decir que no somos tan populares en el Pentágono como antes era el caso.
— Explicaré eso —dijo Spada con el mismo tono neutro—. Hablé con el secretario Hendrick y el FBI. Formularon la sugerencia de que un miembro de la empresa está tendiéndome una trampa. Ya sabe, un llamado aquí y allí, una sugerencia discreta en el sentido de que quizás ando en malas compañías.
—¡Qué absurdo! —dijo irritado Max Liebowitz—. ¿Qué pájaro es tan estúpido que defeca en su propio nido?
—Pero Max, así están las cosas. —Feldman apoyó la mano en la muñeca del viejo—. Cuando uno consigue que un hombre sea políticamente impopular, de hecho lo ofrece como un blanco en una galería de tiro. Se diría que entonces a nadie le importa lo que le sucede... Además, hay un contrato por la vida de Spada. ¡Ya le enviaron a su casa una carta con una bomba!
Max Liebowitz pareció conmovido. Depositó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, y extendió la mano hacia el vaso de agua.
—¿Y ustedes dicen que esto ha sido arreglado por un miembro de la empresa?
—No, Max—explicó Spada pacientemente—. Las dos cosas están separadas. La amenaza proviene de fuera de la empresa pero agrava mi situación el hecho de que sea impopular en mi propio país. Usted conoce este tipo de cosas mejor que nadie.

Librodot

Apoya al grupo sionista, porque sabe que el señor Simpático siempre recibe mejor trato que el señor Antipático.
—¿Y usted se pregunta quién trata de provocarle dificultades en Washington?
—Exactamente.
—No soy yo —dijo Max Liebowitz—. En la sala de reuniones del directorio, sí. Ésos son negocios. ¡Pero no afuera! No dije una palabra a nadie. Lo juro por la tumba de mi madre.
— Si usted lo dice, le creo, Max.
—Se lo digo.
—Entonces, ¿quién es el enemigo interior? —preguntó Mike Santos.
—No lo sabemos —respondió Maury Feldman—. El rumor es siempre un ser anónimo.
—Tenemos que saberlo. —Ahora Max Liebowitz parecía más excitado—: ¡Si alguien ensucia nuestra puerta, todos nos perjudicamos! Por ejemplo, he recibido una información de que quizá perdamos la licitación para fabricar el nuevo Sistema Minotauro de Orientación y Guía.
—No lo sabía. —John Spada pareció impresionado—. Creí que era asunto arreglado. ¿Qué pasa, Mike?
—Max exagera —se apresuró a decir Mike Santos—. Todavía es necesario afrontar otras dos comisiones.
—Pero tenemos dificultades con la primera, ¿no?
—No dificultades, John. Algunas fricciones, eso es todo.
—Otra cosa. —Liebowitz parecía tener varias quejas—. La Norden Trust esta mañana sacó a la venta cincuenta mil acciones de Spada Consolidated.
—En ese caso, supongo que yo las compré —dijo John Spada—. He ordenado la compra de todas las acciones que aparezcan en el mercado. A menos que usted, Max, me haya ganado de mano.
—No, no pude adelantarme—dijo Max Liebowitz—. El arreglo se concertó en la propia sala de la Bolsa. Una transacción privada y Morgan Guaranty representó al comprador.
—Creía que en Norden Trust los directivos eran nuestros amigos. — Spada se mostró desconcertado y colérico—. ¿Por qué no me ofrecieron la primera opción?
—O no me la ofrecieron a mí —dijo Max Liebowitz—. Yo también negocio mucho con ellos.
—Me parece —Maury Feldman deshizo entre los dedos un pedazo de pan—, con todo respeto, Mike, que necesitamos información un poco más completa que la que usted nos suministra.
—No la tengo —dijo secamente Mike Santos—. Ya les dije, no somos demasiado populares en Washington, y estoy tratando de reconstruir algunos puentes. Con respecto a la venta de las acciones... ¡demonios! Fue sólo esta mañana.
—Mi opinión —insistió Maury Feldman—, es que no debió haberse llegado a eso. A usted se le paga para estar al tanto de ese tipo de cosas.
—Maury, el día tiene sólo veinticuatro horas.
—Entonces, ¡delegue funciones! —dijo Spada—. Que otro pegue los sellos.
— ¡Un momento! —dijo Santos, el rostro sonrojado—. ¿Olvidó que hemos afrontado ciertas crisis? Yo no las provoqué, pero el desastre recayó sobre mis espaldas. Estuve resolviendo problemas con la mayor eficacia posible, pero todo eso lleva tiempo y exige maniobras diplomáticas bastante complejas.
—Háblenos del contrato por el Sistema Minotauro. —Max Liebowitz introdujo en su boca una porción de ensalada—. ¿Cuál es el problema?

Librodot

—Segundad —dijo de mala gana Mike Santos—. Desean anular la garantía por John antes de pasar al comité siguiente. Estuve luchando para mantenerla.
—Pero usted no me dijo eso—objetó John Spada—. Me dijo que a su juicio el asunto estaba resuelto.
—Y eso es lo que todavía espero que será el caso.
—La esperanza es una virtud cardinal —dijo secamente Maury Feldman—, pero no nos permite untar con mantequilla la tostada.
—Debió decírmelo inmediatamente —dijo Spada—. Soy una persona adulta. ¡Sé leer las palabras escritas en la pared del retrete!
—Por mi parte —dijo Max Liebowitz—, desearía saber quién está difundiendo calumnias y quién nos está arrebatando las acciones en el mercado privado.
—Si me disculpan —dijo secamente Mike Santos—, no me agrada
que me tiren las orejas en el club. ¡Gracias por el almuerzo, caballeros!
Arrugó la servilleta sobre la mesa y salió. Los tres hombres se miraron. Max Liebowitz meneó la cabeza en un burlón gesto de tristeza.
—¡Dios mío! Es posible que Conan Eisler no tenga tanto seso, pero en todo caso conoce las reglas del juego.
— Estoy seguro de que Mike las conoce —observó Maury Feldman—. Me pregunto si no estará intentando ignorarlas un poco.
—¿En favor de quién? —preguntó John Spada.
—Cincuenta mil acciones. —Max Liebowitz comió la última porción de su ensalada y se limpió los labios—. Es un hermoso paquete para empezar a construir cierto poder. De veras, me agradaría saber quién las tiene.
Mientras viajaba en automóvil con Maury Feldman, Spada expresó en palabras su sentimiento de ansiedad.
—Es terrible decirlo, Maury, pero, ¿no cree que Mike puede estar jugándonos una mala pasada?
Feldman se encogió de hombros, incómodo.
— Los hombres se embriagan en las alturas. A veces padecen manías de grandeza.
—Me mintió acerca de mi seguridad.
—Mentir es una mala palabra en el campo del derecho. Yo diría que adornó un poco la situación.
—¿Las acciones? Tendría que haberlo sabido...
—Me pregunto si no las compró él mismo.
—Cincuenta mil a treinta y cinco dólares cada acción. Es un millón setecientos. No tiene modo de reunir esa suma... Además, es un alto funcionario de la empresa. Podríamos enviarlo a la cárcel.
—Si lograse demostrarlo... y cuando se opera con representantes, eso es casi imposible. Además, como usted dice, un millón setecientos es mucho, muchísimo dinero... salvo que alguien esté aportanto los fondos.
—No entiendo, Maury. ¿Qué puede vender este hombre... o para el caso dar en prenda?
—A usted —dijo Maury Feldman con voz suave—. A usted y a Proteo. Sabemos que hay mercado para eso, ¿no es así?
— ¡Dios Todopoderoso!... ¡Pero no! No puedo creerlo. Hasta ahora jamás hemos tenido que lidiar con un traidor.
—El precio sufre las consecuencias de la inflación. Un Judas realmente eficaz consigue más que treinta y cinco monedas de plata.
A veces era útil el buen humor; era una eficaz taquigrafía que permitía resolver los aspectos complejos de una enorme estructura de poder como Spada Consolidated. Pero ni Spada ni Maury Feldman estaban dispuestos a subestimar los riesgos que

Librodot

un traidor implicaba, y aunque no fuese un traidor, un funcionario excesivamente ambicioso en el seno de la organización. La base era tan ancha, la información tan valiosa, las oportunidades de acción tan vanadas, que un ejecutivo venal podía ganar millones con una fechoría bien planeada.

El peligro para la organización Proteo era aún mayor. Aún no se había invitado a Mike Santos a participar en sus actividades, pero el mero hecho de que conociera su existencia y su estructura representaba un arma en sus manos. Spada y Feldman discutieron dos horas el problema y durante ese lapso los garabatos de Maury adquirieron un carácter cada vez más erótico y fantástico.

Finalmente, Spada resumió fatigado la situación:

—Primer rubro: tal vez estamos cometiendo una grave injusticia con Mike. Segundo rubro: se echó a perder y tenemos que eliminarlo. Tercer rubro: no necesitamos pruebas judiciales... sólo los elementos necesarios para presentarle la acusación y atemorizarlo, de modo que nos diga qué juego está jugando y con quién.

—De modo que lo investigamos.

—Deje eso por mi cuenta—dijo John Spada con gesto sombrío—. Antes de que haya terminado, sabré incluso qué jabón usa para bañarse.

—Y si no sale sano y limpio, lo destruimos.

— Será mejor que se ahorque —dijo John Spada—. Porque de lo contrario lo enterraré con mis propias manos.

La precaria calma de la que había gozado después de su regreso de Washington ya no existía. Estaba en el centro de la tormenta, azotado por todos los vientos. Cuando salió del estudio de Maury Feldman caminó las treinta calles que lo separaban de su apartamento, esforzándose por recobrar la razón, preparándose para los encuentros domésticos de la velada.

No dirá una palabra a Anna. No tenía sentido inquietarla con novedades que él mismo aún no podía explicarse. Pensó llamar a Kitty Cowan, la supervisora más notoria de lo que sucedía en Spada Consolidated. Pero también en este caso prefirió guardar silencio. Los sentimientos de fidelidad de Kitty eran antiguos, pero su temperamento era muy vivo y Spada no podía correr el riesgo de una explosión prematura en la torre de vidrio. Necesitaba fría serenidad y el refinamiento del conspirador. De modo que entró en un bar, llamó a un número de Manhattan y dejó un mensaje para el Espantapájaros.

Cuando llegó al apartamento, comprobó que Arma había salido. Había dejado un mensaje diciendo que iba a la peluquería, y arreglado con Carlos que la recogiera para traerla de regreso. Sobre su escritorio del estudio había una carta certificada. El sello y el matasellos correspondían a Suiza, pero la carta había sido manuscrita por Kurt Desku, en Munich. La caligrafía de Desku era apretada y poco clara, y el estilo prosaico y un poco almidonado, de modo que Spada necesitó un tiempo para descifrar el texto completo. No era un documento alentador.

Mi estimado amigo:

Infrinjo una costumbre saludable, y pongo por escrito asuntos delicados. Después de que haya leído esta carta, destruyala. Me pagan para ser policía y no periodista político.

He seguido en la prensa europea los relatos de sus actividades en Argentina. Me alegro de que haya podido liberar a su yerno, aunque tengo cabal conciencia del riesgo que corrió y de los peligros que seguramente todavía lo amenazan. Precisamente esos peligros me inducen a escribirle.

No necesito explicarle que la labor policial ahora se ha convertido en una profesión internacional. Todas las fuerzas nacionales se comunican unas con otras, a pesar

Librodot

de que no siempre declaran todo lo que saben. Sin embargo, en la medida en que tenemos inquietudes comunes, por ejemplo los asaltos, las actividades terroristas, el tráfico de drogas, los asesinos fugados o los grandes estafadores, todos cooperamos.

Estuve recientemente en Italia para conferenciar con la policía acerca del asunto Moro, y la posible participación de elementos alemanes en el secuestro. También estuve en Estocolmo, Amsterdam y Viena, y en un seminario policial internacional de tres días en París. De modo que he recogido informaciones importantes. Como buen administrador, las ordeno con números.

Primero: usted mismo ha llegado a ser notorio. Todos coinciden en que los argentinos fueron estúpidos al atacar a su familia, pero muchos se sienten atemorizados ante la idea de que un hombre enormemente rico se mezcle con el submundo político. Usted sonreirá cuando lea esto, pero los criminales y la policía llevan en conjunto una vida muy privada, y no simpatizan con los extraños.

Segundo: seguramente sabe que corre peligro personal a causa de los agentes del gobierno. En América del Sur nadie mira con buenos ojos la subversión individual y menos la que se origina en una persona a quien consideran un capitalista renegado.

Tercero: usted también es un blanco para los extremistas de izquierda; creo que no porque sospechen una relación cualquiera entre usted y Gebhard Semmler, sino sencillamente porque ahora orientan su atención hacia la desorganización del comercio internacional, y así es muy posible que extiendan sus actividades a Estados Unidos. Hemos visto listas de futuras víctimas, formadas por instituciones y altos ejecutivos. Su nombre aparece en la mayoría.

Cuarto: la tarjeta de Proteo hallada en la billetera de Semmler provocó mucha curiosidad entre mis colegas europeos, porque se la interpreta como el símbolo de un nuevo grupo terrorista. Siempre creí que había sido una indicreción de su parte dejar la tarjeta. Fue un gesto teatral que yo comprendí, pero que personalmente jamás habría cometido.

Hasta ahora, nadie tiene la más mínima idea de su sentido real, pero el interés oficial perdurará. Los policías están educados para mostrarse inquisitivos en relación con los detalles no explicados. Personalmente, veo otro peligro. El símbolo intriga a la gente. Me pregunto qué sucederá si un grupo extremista en efecto lo adopta, y se imputan a los miembros de Proteo los crímenes que aquéllos cometen. Sé que todos le guardan mucha fidelidad, pero ninguna organización es inmune a la indiscreción o la deserción. Le ruego que piense en esto. Si es posible, tendríamos que reunimos y hablar del asunto.

Finalmente, supongo que aún conserva los documentos de Erwin Hengst. Si no se propone usarlos nuevamente, me agradaría los devuelva. Si los devuelve, le ruego me informe de antemano, de modo que yo pueda cubrir la situación aquí.

Ojalá pudiera enviarle noticias más gratas. En cambio, le informo que, en vista de las dificultades que prevalecen en Italia, la posibilidad de un gran desplazamiento hacia la derecha en Alemania continúa siendo un factor constante. En el seminario conversé con un ruso. Dijo: "Ustedes piensan que tratamos con excesiva dureza a los disconformes. ¡Esperen que llegue el momento en que intenten sentarse sobre la tapa de su propio caldero!" ¿Qué podía decirle? Ya nuestros traseros están quemándose.

Ojalá pudiéramos vernos pronto. Con mis más cordiales saludos,

Kurt

Spada leyó dos veces la carta, y después la rompió y quemó en un cenicero. Deseaba vivamente que llegase el Espantapájaros. Ahora tenía muchísimas cosas que comentar con él.
La investigación de las actividades de Mike Santos fue planeada y ejecutada con un cuidado tan escrupuloso como una intervención quirúrgica al cerebro. El margen de error era mínimo, los riesgos enormes. Una operación torpe podía dañar irrevocablemente la reputación de un inocente. Una revelación indiscreta podía provocar una auténtica conmoción en los mercados mundiales. Si el sujeto mismo llegaba a conocer su situación podía poner en peligro toda la red de Proteo. De modo que, por primera vez en años, se difundió el mensaje en toda la red norteamericana: "Proteo a los peces... por favor, suministren toda la información disponible acerca de Mike Santos..."
Uno de los peces, funcionario de Morgan Guaranty, investigó la transacción con las acciones de Spada. En Nassau, otro inició una detallada investigación de los más recientes contratos y de las compañías registradas poco antes. Un experto en electrónica entró en la torre de vidrio con el personal de limpieza e instaló un complicado sistema de micrófonos en la oficina de Santos. Se anotaron y vigilaron los compromisos sociales del personaje. Se copiaron sus declaraciones bancarias. Se escudriñó su rutina doméstica; sus visitas al médico, al dentista y al peluquero. Como Mike Santos era un hombre muy activo, fue un ejercicio de espionaje de grandes dimensiones. Sin el dinero de Spada y los recursos de la organización Proteo, habría sido imposible terminarlo en las dos semanas prescritas por Spada. Pero finalmente se lo hizo; y mientras Anna iba a Bay House a pasar el fin de semana con Teresa y Rodo, Spada permaneció en Nueva York para comentar el informe con Maury Feldman y el Espantapájaros.
—...es una situación extraña. —Maury Feldman miró preocupado las páginas dactilografiadas—. Al derecho y al revés, se lo ve limpio. Todos sus registros financieros incluso las declaraciones impositivas, revelan una administración prudente de su ingreso conocido. No juega. Tiene únicamente deudas mensuales. Su vida de familia parece estable. Sus llamadas telefónicas y la correspondencia encajan en el contexto de la empresa, según la conocemos...
—Excepto dos cosas—dijo el Espantapájaros—. Todos los miércoles se queda en la ciudad. Tiene alojamiento permanente en el Regency. Juega tenis en el Racquet Club, que es su excusa para pasar la noche fuera de su casa, y después va a un apartamento del East Side: aquí tiene la dirección... ocupado por cierta Marina Altamira. Permanece allí una hora, y después regresa al hotel, bebe un par de copas en el bar y después se acuesta. El hecho extraño es que la dama tiene más de sesenta años...
—¿Qué sabemos de ella?
—Nada, excepto lo que está en el informe. Es la viuda de un empresario argentino que falleció hace veinte años. Vive de sus rentas, administradas por Morgan Guaranty. Es ciudadana naturalizada de Estados Unidos y trabaja un par de días por semana en una pequeña galería que vende artefactos primitivos.
—¿Y su relación con Santos?
—Aún no la conocemos. Sin embargo, el siguiente rubro es más revelador. Esas cincuenta mil acciones de Spada... Aquí está el eslabón. Pasaron de la Norden Trust a Morgan Guaranty, en la cuenta de un cliente. El cliente es en este caso Altamira Investments Limited, una firma registrada en Nassau, Bahamas. Las acciones de esta compañía son propiedad de un fideicomiso, organizado hace dos meses por la señora Marina Altamira, en beneficio de cierto Mike Santos. Tenemos

Librodot

un informe reservado acerca de la firma. Su crédito le permite realizar transacciones hasta dos millones de dólares.
— ¿Y cuál es el origen de los fondos? —John Spada formuló la pregunta.
El Espantapájaros se encogió de hombros y abrió las manos en un gesto de derrota.
— ¡Quién sabe! Mi opinión es que llegaron a Nassau en una maleta.
—De modo que durante los últimos dos meses una viuda argentina regala dos millones de dólares a Mike Santos. ¿Qué deducimos de eso?
—¿Sexo? —preguntó Maury Feldman con una sonrisa.
—Ningún padrillo del mundo vale dos millones de dólares. — Spada no estaba de humor para bromas—. Entonces, ¿cuál es la conclusión?
—Quizá la conclusión está en la propia ley de fideicomiso —dijo el Espantapájaros—. Señor Feldman, usted es el experto. ¿Es cierto que el fideicomisario administra los fondos a su propia discreción? ¿El beneficiario no puede dirigir legalmente el fideicomiso?
—Es cierto.
—Por lo tanto, ¿no resulta que el señor Santos puede beneficiarse sólo si y cuando preste servicios apropiados?
— ¡Dios mío! —John Spada suspiró asombrado—. ¡Qué hermosa trampa! ¡Estamos pagando a nuestro propio asesino!
—Aún no lo hemos demostrado —dijo Maury Feldman con objetividad jurídica.
—Ni lo demostraremos —dijo el Espantapájaros—, hasta que podamos instalar un micrófono en el apartamento de la dama... lo cual no es tan fácil como parece. La casa está cerrada y defendida como una fortaleza. Ya saben cómo es esta ciudad, especialmente cuando se trata de las damas ancianas que viven solas. De todos modos, dije a Henson que trabaje en el asunto.
—Entretanto, ¿qué hacemos con Mike Santos?
—Nada. —Spada tenía la misma expresión fría de un juez implacable—.Lo manda la tradición, ¿verdad? Incluso Judas fue invitado a la Última Cena antes de recibir sus treinta monedas de plata. No podemos hacer menos por el señor Mike Santos.
—Tengo un sabor desagradable en la boca —dijo Maury Feldman—. Me agradaría salir a pasear. Tengo dos plateas para *Trovatore* en el Metropolitan... ¿Alguien está interesado?
—Yo iré —dijo John Spada—. Solía conmoverme mucho *"Ai nostri monti."*
—No me incluyan —dijo el Espantapájaros—. La ópera me parece un poco ridicula. Además, Henson me invitó a un restaurante llamado el Signo de la Paloma, donde la señora Altamira cena todos los sábados por la noche. Señor Spada, por supuesto estará protegido en la ópera.
— ¿Y Mike Santos?
—Hallará su rutina en el informe —dijo el Espantapájaros—. Los sábados siempre juega golf, cena en el club con su esposa y después le hace el amor. ¿Desea oír las cintas grabadas?
—Si a usted le parece ridicula la ópera —preguntó incrédulo John Spada—, ¿qué me dice de Mike Santos en celo?
El telón descendió a las doce menos cuarto. A medianoche Spada y Feldman caminaban tomados del brazo por las calles de la ciudad, dos caballeros de edad madura que ofrecían a los transeúntes una insegura versión de *"Ai nostri monti". A* la una de la madrugada Spada ejecutaba dúos con el pianista en el Regency Bar, y Maury Feldman conversaba animadamente con el comprador de una casa de modas de Bonwit Teller. A las dos y media John Spada entró con paso inseguro en

Librodot

el vestíbulo de su edificio de apartamentos. Cuando estaba dando las buenas noches al portero, dos hombres se acercaron.
—¿Señor Spada?
—Yo soy. ¿En qué puedo servirlos, caballeros?
—Somos policías, señor Spada. Lamentablemente, tenemos malas noticias para usted.
Bay House estaba destripada, y era un montón de ruinas negras y achicharradas a la luz de la falsa alborada. Los tres cadáveres, irreconocibles, habían sido depositados en la terraza, metidos en sacos de plástico verde. Al lado había seis envases de gasolina medio fundidos, por el calor.
Le dijeron que había sucedido un poco después de medinoche. Todas las luces estaban apagadas, la familia se había retirado temprano. Estaban de guardia dos hombres. Uno, apostado a la entrada del parque, patrullaba la calle. El otro recorría el perímetro del lado de la playa. El hombre de la playa fue el primero que vio las llamas. Cuando llegó a la casa toda la planta baja se había incendiado y las llamas se elevaban por las paredes exteriores. No había esperanza de salvar a nadie. Los ocupantes —(qué palabra extraña y neutra)— habían muerto en las camas. El lugar estaba empapado de gasolina, y los incendiarios —se habían hallado rastros de dos intrusos— habían huido fácilmente a través del bosque que se elevaba a ambos lados de la casa. El detective a cargo de la investigación insistió en explicar que la muerte por el fuego era más rápida de lo que parecía. El fuego consumía el oxígeno. La mayoría de la gente moría enseguida por asfixia. Spada se volvió y vomitó en la hierba.
A su modo brusco y profesional, se mostraron bondadosos con Spada. Lo sentaron en el banco que estaba frente al pabellón y le hablaron constantemente mientras los sacos de plástico eran cargados en la ambulancia. El médico rebuscó en su maletín y le ofreció cápsulas para dormir. Lo llevaron de regreso a la ciudad en un automóvil policial, y los policías esperaron hasta que Carlos lo acomodó, pasivo como un niño, en su propio lecho y lo obligó a tomar las cápsulas. Por pedido del propio Spada llamaron a Maury Feldman: pero antes de que Feldman llegase, John Spada se había sumergido en la inconsciencia.
El mismo exceso de horror conservó su cordura. La razón rehusaba el esfuerzo necesario para asimilar o explicar el hecho. Ni las lágrimas ni los discursos podían eliminarlo de la memoria. De modo que quienes tuvieron que relacionarse con John Spada en el período que siguió inmediatamente —la policía, el fiscal, los periodistas los colegas, Kitty Cowan, el Espantapájaros, Mike Santos— todos se maravillaron ante su granítica calma. Aceptó las condolencias con grave cortesía. Respondió a las preguntas con helada exactitud. Despachó eficazmente todos los asuntos que le propusieron, documentos comerciales, cartas a la familia de Anna, sus preparativos y los de Del Valle para el Réquiem y el funeral, los asuntos cotidianos de Editorial Poseidón y Laboratorios Raymond.
No lloró. No demostró cólera. No formuló reproches. Lo que sintió —si en efecto sintió algo— quedó oculto bajo una máscara gris y severa, de modo que incluso Kitty y Maury Feldman se vieron excluidos de su confianza.
Por la noche cenaba solo en su apartamento. Después, cuando Carlos ya se había retirado, salía del edificio, se dirigía a un hotelito del West Side, se encerraba con el Espantapájaros y examinaba mapas e informes hasta las primeras horas de la madrugada. Ahora eran como hermanos de sangre, llegados de cierto frío planeta muy alejado del sol, absortos en una complicada matemática de retribución.
Pero por muy tarde que se hubiese acostado aparecía sin falta a las nueve y media en las oficinas de Editorial Poseidón. A la una estaba en Wilton, absorto en el

Librodot

problema de hallar mercados para los sueros y los cultivos obtenidos por el más joven de los Raymond.

Dondequiera que iba, llevaba abrochado a un bolsillo de la chaqueta un sobre que contenía un fragmento de microfilme enviado por el pez de Nassau. El microfilme era la copia de un documento firmado atestiguado debidamente dos días después del incendio de Bay House. El documento se titulaba "Determinación de un acta de fideicomiso", y decía que Marina Altamira había abandonado su función de fideicomisaria para devolver al beneficiario, Mike Santos, todo el contenido del fideicomiso, a saber, las acciones de Altamira Investments Limited...

El minúsculo fragmento de microfilme era lo único cálido en el mundo helado de John Spada. Parecía que todo lo que restaba de su vida se encontraba encerrado allí; como si, en caso de que lo perdiese, él mismo debiera hundirse en la nada.

El día de las exequias amaneció tibio y claro. Maury Feldman y Kitty Cowan fueron con Spada en la limusina hasta la Catedral San Patricio, ocuparon el primer escaño, y percibieron su primera reacción de shock al ver los tres ataúdes, dispuestos uno al lado del otro, frente al altar. Kitty sollozó silenciosa. Maury Feldman se sonó violentamente la nariz y después hundió la cabeza en las manos. Detrás, un murmullo de compasión recorrió la congregación de los presentes, que habían llegado de todos los rincones del país para presentar sus respetos a los muertos y conservar en el recuerdo las últimas esperanzas de amor y continuidad de John Spada. El cardenal arzobispo entonó la antífona: "Señor, concédeles eterno descanso, y que sobre ellos se derrame perpetua luz."

John Spada trató de unir su voz al coro pero las palabras no brotaron de su garganta. Trató de concentrar la atención en el celebrante, pero no podía apartar los ojos de los tres ataúdes, con sus manijas de bronce. Un rato después los ataúdes se confundieron y formaron una mancha brumosa, mientras el canto ritual se elevaba y descendía con la monotonía de las olas en una playa invernal.

El sermón del cardenal fue elocuente pero estéril: un sermón cuidadoso y sincrético, aceptable para oyentes de todas las creencias y de ninguna, cerca de la fe que nunca fallaba, de la esperanza que era la única solución a las inclinaciones bárbaras del hombre, de la caridad que recaía incluso sobre el perverso. El filo de la alocución, que Su Eminencia había deseado se relacionara con la dulzura, estuvo en el último pasaje.

— ...Y rogamos por nuestro hermano John Spada, rogamos para que en esta hora de desolación obtenga la gracia de soportar con valor su pesar, y la generosidad de perdonar a los que tan brutalmente lo privaron de sus seres amados. No debemos llorar por Anna, Teresa o Rodolfo. Ahora están en paz. Nuestra atención debe dirigirse a John Spada, que tanto necesita de nuestro apoyo fraterno... En nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Amén.

Cuando se pusieron de pie para iniciar el Credo, John Spada vaciló sobre sus pies. Maury Feldman le pasó el brazo sobre los hombros para apoyarlo. Kitty Cowan le aferró la mano y murmuró:

— Resista, John. Pronto acabará.

Pero no acabó pronto; fue una eternidad de episodios secundarios: la bendición de los restos, la procesión hasta el carruaje, él ayudando a llevar el ataúd de Anna, y preguntándose por qué era tan liviano; el largo trayecto hasta la entrada del Cementerio del Cielo en Westchester, las últimas oraciones, los primeros terrones arrojados a los sepulcros. Fue un momento de refinado dolor, cuando vio a Mike Santos que lo miraba del lado opuesto de la tumba de Anna, y experimentó el feroz y demoníaco impulso de saltar sobre él, de matarlo con las manos desnudas y arrojarlo a la fosa abierta en el suelo.

Librodot

Y después, al fin todo concluyó. Maury Feldman lo ayudó a ascender a la limusina con Kitty, y se instaló en el asiento plegadizo que estaba enfrente. Cuando salían de la ciudad de los muertos para regresar al país de los vivos, Maury dijo firmemente:
—Ya es suficiente, amigo mío. No lo dejaremos solo esta noche.
—Comerán en mi casa —dijo Kitry Cowan—. Creo que todos deberíamos emborracharnos.
—Me parece buena idea. —John Spada asintió distraído—. Me parece que ya no pueda pensar con claridad.
Y entonces el dique cedió, Spada inclinó la cabeza sobre el hombro de Kitty y lloró desesperadamente todo el camino de regreso a Manhattan.

CAPÍTULO 10

Un lunes de mañana, cuatro semanas después del funeral, Kitty Cowan renunció a su puesto en Spada Consolidated. Mike Santos emitió sonidos formales de pesar, le deseó buena suerte y le preguntó si quería vender sus acciones de Spada, Kitty rehusó. También se negó a participar en ninguna ceremonia de despedida. Era una dama muy práctica y prefería recibir su dinero y desaparecer. ¿Qué planes tenía? Una prolongada vacación en Europa. ¿Y después? No estaba segura. Con suerte, quizás encontrase un pretendiente rico o descubriese en sí misma cierto talento para la ociosidad. ¿Planeaba unirse a Spada en la Editorial Poseidón? Por el momento, no... si Mike no se oponía, ella ordenaría su escritorio, entregaría los archivos y se iría hacia fines de la semana. Mike Santos convino en que una ruptura clara y definida era mejor para todos.
A la tarde del mismo día, John Spada presentó en los Laboratorios Raymond Serum a un cliente europeo, el doctor von Paulus, que dirigía en París un servicio en varios idiomas para la difusión de información científica. Le interesó especialmente el trabajo del señor Raymond relacionado con cepas aberrantes de bacilos, y manifestó el deseo de publicar parte del material... Además, y siempre en el mismo contexto, el doctor von Paulus podía ofrecer un activo mercado de exportación para especímenes microscópicos, cultivos y toxinas. Le interesaba crear en Francia el análogo de la Colección Nacional Norteamericana de Cultivos, una biblioteca única, de la cual todos los bacteriólogos conocidos podían obtener especímenes. Hacia el final de la tarde, cuando el doctor von Paulus se retiró para regresar a la ciudad con Spada, llevaba consigo un fajo de documentos, un paquete de muestras y una caja que contenía seis frascos sellados de caldos anaeróbicos llenos de cultivos botulínicos vivos.
A la noche siguiente Spada recibió a Max Liebowitz en su apartamento. Prevalecía una atmósfera sombría y Max la honró con lúgubre dignidad.
—...Me alegro de ser el primero en saberlo, John. Sé que nunca fuimos muy amigos, pero esto... esta monstruosidad ningún hombre la merece. ¡Me duele por usted!
—Max, tengo que retirarme. Ya no soporto más. Necesito descansar un tiempo, tratar de rehacer mi vida.
— Sería lo mejor. Vigilaremos de cerca la empresa.

Librodot

—Max, deseaba hablarle de eso. Tal vez no regrese en mucho tiempo. Maury Feldman asumirá la representación de mi paquete accionario. Creo que usted puede cooperar con él.
—Más fácilmente que con usted. —Max Liebowitz se permitió una seca sonrisa—. Pero... si me disculpa la expresión, ahora usted me agrada más. ¡Es un verdadero mensch!
—Me alegro de que piense así, Max, porque necesito que confíe en mí. Sin preguntas ni explicaciones.
—Y bien, confío en usted. Dígame.
—Mike Santos tiene que marcharse.
— ¡Caramba!... —Max asintió pausadamente, como un Buda de porcelana—. Coincido con usted, y no pregunto las razones. Siempre me pareció que ese hombre se atribuía excesiva importancia. Pero, ¿qué puede decir al respecto el propio Mike Santos?
—Todavía no lo sabe. Se enterará antes de que yo me marche. ¿Cuándo podremos incorporar a Conan Eisler?
—En dos meses, a lo sumo tres. Su antiguo contrato concluyó. Está negociando otro. De modo que podrá incorporarse con bastante rapidez... Lo que es más importante, ¿cuándo desea que Santos se marche? Tiene un contrato por cinco años.
—Dudo de que lo invoque.
— ¿Por qué está tan seguro?
—No haga preguntas, Max. Créame, es mejor. Cuando todo suceda, usted podrá jurar que no sabía nada.
—Entretanto, ¿qué le digo a Conan Eisler?
—Que el cargo está vacante, pero que lo arruinará todo si abre la boca.
— ¡Entenderá perfectamente! Pero dígame, ¿tendremos que soportar otro escándalo?
—Ya no hay escándalo, Max, peor que todo lo que usted imagina; pero creo que podré acallarlo.
—¿Maury sabe de qué se trata?
—Sí. Y coincide conmigo en que usted debe mantenerse apartado del asunto.
—Oí decir que Kitty Cowan renunció.
—Yo se lo propuse, Max. No deseaba que ella estuviera cerca cuando Santos reciba la noticia.
—¿Ella sabe del escándalo?
-No.
—Me agrada Kitty —dijo secamente Max Liebowitz—. Es mucha mujer... y siempre tuvo mucho aprecio por usted.
—Max, somos amigos desde hace mucho tiempo.
—John, no es asunto mío. Pero ya sabe lo que suele decirse: después de un buen matrimonio, es todavía más difícil vivir solo.
—Max, ¿se dedica a casamentero?
— ¡Mejor sería que metiese la cabeza en el horno de la cocina! Pero un hombre podría casarse con una mujer mucho peor que Kitty Cowan.
—Ella conseguirá un marido infinitamente mejor que yo... y además es posible que yo me ausente mucho tiempo.
—¿Quiere decir...?
—Max, todavía desean mi muerte. Y también quieren que muera del modo más doloroso posible.
—¿Quiénes son?

Librodot

—Ése es mi secreto, Max.
— ¡Pero no puede sentarse a esperar que le metan una bala en el cuerpo!
—Por eso me marcho.
—A veces —dijo Max Liebowitz con voz fatigada—, a veces me pregunto si los animales no están apoderándose del zoológico... ¿Qué más desea de mí?
— Sólo el silencio —dijo John Spada—. Usted no sabe nada. No oyó nada.
— ¡Cuántos secretos! Me provocan pesadillas. ¡Por supuesto, seré ciego y sordo! — Alzó la copa en un brindis—. ¡John, le deseo un futuro feliz!
A la mañana siguiente Mike Santos recibió una nota manuscrita de John Spada.
Mi estimado Mike:
He decidido viajar un tiempo, y tratar de recomponer mi vida. No sé cuánto me ausentaré y ni siquiera adonde iré. Creo que lo más sencillo será clavar al azar una aguja en un mapa, y después dirigirme allí.
Ahora, los Laboratorios Raymond están en buenas condiciones, y antes de partir le enviaré todas mis notas y recomendaciones.
La semana próxima, el miércoles por la noche ofreceré una pequeña reunión informal en mi apartamento, para despedirme de los amigos más cercanos y los colegas. Será a las ocho, con trajes de calle. Habrá bebidas y una cena fría. Abrigo la esperanza de que usted venga. Puede pasar mucho tiempo antes de que nos veamos nuevamente.
Llámeme para confirmar. Si no estoy, Carlos recibirá el mensaje.
Hasta entonces.

John

Mike Santos era un hombre muy metódico. Llamó al apartamento de Spada y habló con Carlos. Anotó la fecha en su diario y después garabateó en la esquina: "Recibido 10.15 de la mañana, aceptado por teléfono 10.20 de la mañana", y depositó el papel en la bandeja. Inmediatamente después, por la línea privada, habló con la dama de sesenta años que le había dado sus primeros dos millones. La cinta grabada de la conversación llegó a mediodía a manos de John Spada.
Ahora que no tenía familia, el domingo en Nueva York era el peor día. El apartamento estaba vacío. Carlos, su esposa y la criada no estaban. No estaba Anna para llevarlo a la Iglesia de la Fe, la Esperanza y la Caridad, poner en sus manos el misal y exhortarlo durante la liturgia y el sermón. Si algún Dios había, ahora estaba sielncioso y lejano, desconcertado por el desastre de su propia creación. Las calles permanecían vacías hasta mediodía. Los que dormían juntos, dormían hasta tarde. Los que dormían solos remoloneaban o leían las historietas dominicales o hacían tiempo hasta que abrían los bares y las tiendas.
De todos modos, no tenía motivos de queja. Podía ser un huésped bienvenido en muchos lugares del continente. Podía organizar una docena de almuerzos. Podía convocar a un harén de mujeres, volar a Haití o a Honolulú o a Honduras con sólo mostrar una tarjeta de crédito. También podía llamar a Kitty Cowan, que más de una vez lo había reprendido ásperamente por teléfono.
—¡Por Dios, John! Uno de los dos está loco... ¡Y no soy yo! No puede malgastar así su vida. ¡Vaya a un teatro! ¡Vaya a una feria de diversiones! ¡Viaje a Las Vegas! ¡Compre un equipo de béisbol! Lo que fuere... ¡no puedo soportar la idea de que está solo en ese enorme apartamento vacío! Venga aquí y yo le prepararé un almuerzo; o si no le agrada mi modo de cocinar, invíteme. Incluso compraré vino si anda corto de fondos.

Librodot

Él había rehusado siempre. El pesar lo oprimía como una lámina de plomo. Estaba dispuesto a luchar. Podía conspirar... ah, sí, la conspiración era incluso mejor que la lucha, una alegría compleja e invertida, medio placer y medio dolor. Pero hoy era diferente. Despertó temprano, aquejado por una soledad nueva y punzante. Lo torturaba el súbito deseo de una mujer, alguien que por lo menos pudiese demostrarle que aún era un hombre en un mundo salvaje poblado por gorilas. Leyó los diarios, se preparó tostadas y café, se duchó, se afeitó y se vistió con sus mejores ropas deportivas; se asomó a la ventana para contemplar la soledad de Parle Avenue y más tarde, después de muchas vacilaciones, marcó el número de Kitty Cowan.

— ¿Kitty? John. ¿Qué está haciendo ahora? —Salpicando agua sobre la alfombra. ¿Qué estuvo pensando? —¿Comemos en el Plaza?

—¿Con todas esas palmeras? ¡De ningún modo!

—Salgamos al campo. Es un hermoso día.

—Y hacia mediodía estaremos paragolpes contra paragolpes en la autopista. Le diré lo que haremos. ¿Por qué no viene aquí a eso de las once y media? Beberemos unas copas y yo prepararé el almuerzo. Después, si lo desea, podemos ir a ver escaparates en la Quinta Avenida.

—Me parece muy bien. ¿Quiere que lleve algo?

—Dos botellas de su mejor borgoña. Tengo bistecs en el congelador.

—Allí estaré.

—Lo espero. Ahora cortemos. La alfombra ya está empapada.

Era la primera comida que le parecía sabrosa en varias semanas, la primera conversación que no se veía rebajada por el tema del dinero o la malicia. Recordaban afectuosamente los viejos tiempos. Rieron al evocar pasajes de antiguas comedias, olvidadas mucho tiempo. Mientras Kitty lavaba los platos él se recostó en el diván, se quitó los zapatos y charló somnoliento hasta que el sueño lo dominó. Al despertar, la habitación estaba a oscuras, y Kitty estaba sentada en el piso, al lado, y alisaba los cabellos enmarañados de Spada.

El la miró parpadeando y murmuró:

—Hola, joven Kitty.

—Hola, gran John. Durmió mucho.

—¿Qué hora es?

—¿Importa?

—Supongo que no.

— Se lo veía tan sereno. No me atreví a despertarlo. —Gracias. Por primera vez en varias semanas siento que he descansado. —No necesita moverse. Quédese ahí.

—Creí que deseaba ir a ver tiendas.

—¿Acaso lo necesito? Puedo comprar lo que deseo en París.

—¿En París? Oh, sí, lo había olvidado. Irá a París.

—Es la ciudad que usted me recomendó al principio.

—¿Eso hice?

—Parto mañana.

—Olvidé también eso. Lo siento.

—No tiene por qué. Casi he terminado de empacar.

—Kitty...

-¿Qué?

—Yo también me marcho.

— Lo sé. Ya me lo dijo.

—¿No quiere saber adonde o por qué?

Librodot

—Sé por qué. Tiene que hallar los pedazos de Humpty Dumpty, y armarlo nuevamente. Creo que el lugar no importa mucho.
—¿Imagino que no querrá venir conmigo?
—Quizá sí.
—Tendría que adelantarse. Yo me reuniré con usted en el camino.
—¿Por qué?
—Porque si no procedemos así sería peligroso para usted. Todavía me buscan. Usted lo sabe.
—Lo sé.
—Tal vez no sea una idea tan buena. Le pedí que abandonase el empleo para evitarle peligros.
—No me importa el peligro. Usted me importa.
Spada cerró las manos sobre el rostro de Kittty y la besó suavemente en los labios. Ella se apartó, se puso en cuclillas y lo miró desafiante.
— Señor Spada, ¿adonde vamos después de esto? —Iniciamos un largo camino, señorita Cowan. Tokio, Bangkok,
Nueva Delhi, Moscú... usted indicará los lugares y en algún punto del trayecto nos reuniremos. Podrá ser divertido... un tiempo.
—¿Y después?
—La abandono —dijo bruscamente John Spada—. Ése es el problema. La abandono. Tengo una cita en Samarra... yo solo.
—¿Dónde está Samarra?
—Es un lugar diferente para cada hombre.
—¿Y ése es el pacto que usted me ofrece... un picnic y una separación?
—No es un pacto, querida Kitty. Es un sueño absurdo. ¡Olvídelo! A propósito, es necesario que sepa algo. Redacté un nuevo testamento. Como dicen los muchachos del departamento jurídico: usted es una importante beneficiaría. He arreglado las cosas de modo que no tendrá que pagar mucho al recaudador de impuestos. Con el resto podrá comprar muchas chucherías.
— ¡No me hable así! No quiero un céntimo de usted. John Spada, deseo verlo vivo y otra vez sonriente.
— ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué siempre digo lo que es menos oportuno?
— ¡Guárdese su legado! Usted me ofreció un picnic. Lo acepto. —¿Y una separación?
—También soportaré eso.
—¿Está segura?
—Segura. Hace mucho que no tengo un picnic. Y será mejor que me explique cómo lo haremos. Quiero decir que...
-Sé lo que quiere decir, querida Kitty. Haremos lo siguiente. Usted vuela mañana a París. Hace sus compras, ve todo lo que hay que ver, exactamente como lo planeó. Después va a Roma. Habrá una reserva a su nombre en el Grand Hotel. Allí me espera. Desde ese momento viajaremos juntos.
—¿Me promete que no habrá fantasmas en el dormitorio?
—Muchacha, no hay fantasmas... sólo recuerdos.
—Ahora tengo miedo.
—¿Por qué?
—John, ya no soy joven, y he vivido sola mucho tiempo.
—Yo tampoco soy un muchacho.. y no me agrada el hombre que vive bajo mi piel.
—Tengo frío —dijo Kitty Cowan.
—También yo —observó John Spada—. Tratemos de darnos calor.

Librodot

Cuando la alzó y la llevó al dormitorio, la suave vocecita en su interior agregó la cadencia precautoria: "Mientras podamos, mientras lo consigamos."
Estaban sentados en la oficina de Maclean, en la Editorial Poseidón, bebiendo café y preparando una lista definitiva. Spada anunció:
—Inmediatamente después de la reunión del miércoles por la noche parto en un vuelo nocturno a Europa. Estaré ausente mucho tiempo, porque deseo vincularme con todos los grupos de Proteo e iniciar el movimiento de información hacia ustedes...
Maclean preguntó:
—John, ¿cuánto durarán los fondos disponibles?
—Indefinidamente. Hay un fideicomiso que les suministrará un ingreso de dos millones anuales. El contrato especifica que Poseidón es una organización sin fines de lucro, y permite recaudar fondos suplementarios mediante donaciones y subsidios. Si en ese sector hay interrogantes, Maury Feldman puede resolverlos.
—En segundo lugar, las prioridades.—Lajos Forman examinó sus anotaciones—. Ya es evidente que la información corresponderá principalmente a los antecedentes de los detenidos políticos. Todas las organizaciones a las que hemos abordado respondieron con listas e historias de detenidos. La restante información, acerca de las instituciones y las personas comprometidas en actos graves e inhumanos de represión, por razones obvias es muy escasa y exige una comprobación más cuidadosa antes de publicarla.
—Creo que estamos preparados para eso—dijo Andrew Maclean.
John Spada asintió.
—De todos modos, los detenidos merecen preferencia. Es el orden apropiado... la compasión antes que la condena. Rodo me lo dijo, y tenía razón... Ahora, algo muy importante. A más tardar la última semana de agosto deben llegar a mis manos listas completas de todos los detenidos políticos, país por país. Cuando no sea posible redactar listas, ustedes suministrarán las cifras más autorizadas y mencionarán las fuentes. Especificarán los lugares conocidos de detención, e indicarán los medios de transporte que los vinculan con las ciudades principales. Necesitaré un ejemplar básico, dactilografiado en papel blanco sin marcas de identificación. Al mismo tiempo, exigiré la impresión de un millar de ejemplares, encuadernados y preparados para la distribución. Más tarde, ustedes recibirán instrucciones acerca de los destinatarios... si no provienen de mí, las enviará alguien que tendrá nombre de pez. ¿Está claro?
—¿Cuál es el significado de la fecha? —preguntó Lajos Forman.
—La Asamblea General de las Naciones Unidas comienza a sesionar el tercer martes de septiembre.
—Estaremos pronto. —Maclean habló con voz confiada—. Es un documento básico con muchas aplicaciones. Sugeriría una primera edición de veinte mil ejemplares...
—Eso lo deciden ustedes —dijoJohn Spada—. A mí me interesan únicamente los primeros mil ejemplares... Lo que ahora le diré tiene importancia vital. Desde el momento en que yo salga por esa puerta, no tendré más relación legal con Poseidón. Será una organización autónoma y ustedes dos la administrarán con ese criterio. Lo que me suceda, lo que se diga o escriba acerca de mí, no los afecta en absoluto. No controlaré los fondos. La política futura será determinada a la luz de los hechos mundiales. He contribuido a forjar un arma. Ahora, ustedes la esgrimen...
—Eso parece muy definitivo —dijo Lajos Forman con acento dubitativo.
—Tan definitivo como la muerte —dijo John Spada.
Maclean lo miró con expresión grave e inquieta.

Librodot

—Creí que usted deseaba que esta empresa fuese una actividad esencial de su nueva vida.
—Eso pensaba, Mac. Eso pienso. Pero después de lo que ha sucedido, puede decirse que en cierto sentido soy incompetente. Estoy marcado, manchado si usted lo prefiere. Ya no soy una ayuda, sino un peligro. De modo que... ¡les pertenece caballeros! Les deseo un largo y honroso servicio.
—John, nosotros también le deseamos suerte —dijo Andrew Maclean—. Manténgase en contacto, si puede.
—Si no tienen ritoticias mías —dijo John Spada—, recibirán información de Proteo.
—Buen viaje —dijo Lajos Forman—. Y paz cuando llegue al final del camino.
La entrevista más difícil que aún le esperaba era la que debía mantener con Maury Feldman. Habían sido amigos tanto tiempo, la relación entre ambos era tan sencilla y simultáneamente tan compleja, y era brutal tener que acabar con medias verdades y evasiones. Y sin embargo, ésa era la regla básica a la cual se habían atenido la vida entera. Maury Feldman la había formulado hacía mil años, en la zapatería de la calle Mott.
"Dos cosas no cambian conmigo. Soy hijo y servidor de la ley. Todo el resto es más o menos negociable. De modo que si he de ser su abogado, hay dos condiciones: nunca me mienta; pero nunca me diga una verdad que yo no pueda afrontar... Si duda, léame una parábola y yo la interpretaré como José hizo con el sueño del Faraón. Pero nunca me diga que asesinó o firmó un documento con la intención de estafar. Por lo que a mí se refiere, usted es inocente hasta que un jurado de sus pares lo declare culpable. ¿Está claro?"
Estuvo claro entonces. Y ahora era más claro que nunca. De modo que cuando llegó al apartamento de Maury compró un regalo: un anillo del siglo XVII, con certificado de autenticidad. Era una joya que otrora había pertenecido a un gran Duque de Toscana. La piedra era una esmeralda, y tenía grabada la figura de Eros. Maury Feldman la examinó cuidadosmente y dijo en voz baja:
—Es hermosa. Pero, ¿qué hice para merecerla?
—Nada —contestó Spada con una sonrisa—. Pensé que le agradaría más, sabiendo que no se la ganó. Digamos que es un regalo de despedida.
—¿Qué puedo decir? John, usted nació príncipe. Estoy conmovido. No se ausente demasiado tiempo... lo extrañaré.
—No nos engañemos, Maury. El miércoles próximo a medianoche habré sobrepasado la frontera de nuestro universo. Cuando regrese, si lo hago, manténgase apartado de mí... seré un hombre peligroso.
—John, no sé lo que está planeando, pero abandónelo. Se lo digo porque es mi amigo y le profeso profundo afecto. No quiero que usted se convierta en un delincuente. Como usted sabe, no se necesita mucho. Hay pocos metros de la aldea a la jungla.
— ¡Maury, mi familia entera ha muerto! ¡Tiene que haber rendición de cuentas por eso!
—"La venganza es mía", dijo el Señor...
— ¿Cree que busco la venganza? Demonios, no. Está a mil kilómetros de la verdad. Y de todos modos, siempre creí que la vendetta era un culto absurdo. ¡Pero quiero rendición de cuentas por mis muertos! Y por Dios vivo, la conseguiré. No se trata sólo de los asesinos a sueldo, sino de todos los grupos y sistemas que posibilitan esos horrores... Por Dios soy un hombre civilizado y en medio año me desnudaron y me devolvieron a la barbarie. ¡Ahora tendrán que enfrentar a la bestia que ellos mismos crearon!

Librodot

—¿Qué piensa hacer, John?
Spada meneó la cabeza.
—Recuerde nuestro trato, Maury. Entre nosotros no puede haber mentiras... ni verdades que usted no pueda afrontar. Nunca podría afrontar ésta.
—¿Qué puedo decir? —Maury Feldman se encogió de hombros, impotente—. No importa lo que suceda, soy un amigo. Cuando me necesite, recuerde que soy su abogado.
—Maury, este caso lo afrontaré solo; y gane o pierda, le prometo que el mundo jamás olvidará mi día ante el tribunal.
—Me vendría bien una copa —dijo Maury Feldman—. ¿Brandy?
— Gracias.
Feldman sirvió el licor con manto inseguro. Después ambos levantaron los vasos en un brindis silencioso y bebieron. Spada preguntó con voz más serena: —¿Leyó los informes acerca de Mike Santos? -Sí.
—¿Qué opina?
—Lo mismo que usted. ¿Qué se propone hacer? —Mostrarle las pruebas... y despedirlo. —No puede dejar las cosas así: Ese hombre es un criminal.
¡Conspiró para asesinar a su familia! Hay pruebas suficientes para enviarlo a la cárcel por el resto de sus días.
—Pero yo no estaré aquí para suministrar esas pruebas. Tengo cosas más importantes que hacer... De modo que dejo a Mike Santos en manos de Dios.
—No lo creo, amigo.
—Usted vendrá a mi despedida, mañana. Lo verá por sí mismo. Iré directamente del apartamento a Kennedy. Incluso me agradaría que me llevase en su automóvil.
—Por supuesto... Kitty me dijo que se reunirá con usted en Roma. Tienen mi bendición. Es una cosa buena para ambos. Cuídela bien, ¿eh?
— Usted y Kitty son la única familia que yo tengo en Estados Unidos.
—A eso me refiero —dijo Maury Feldman—. Hemos estado juntos mucho tiempo. Vimos a muchos bastardos ir y venir... Detesto la idea de separarnos ahora.
—Se la enviaré de regreso sana y salva.
—No querrá venir.
—Me ocuparé de que venga.
—Cuando me siento mal, tengo apetito. ¿Me pagará la cena?
— Spaghetti y vino en el restaurante de Gino... en recuerdo de los viejos tiempos. ¿Qué le parece?
—No es lo que esperaba —dijo incómodo Maury Feldman—. Vamos.

A las cinco de la tarde del mismo día que se celebraba la despedida de Spada, un hombre llamado Ruiz Patiño salió de una casa de baños de la Séptima Avenida. Un individuo alto y delgado, de movimientos desmañados, que parecía tener los miembros atados con cordeles, se le puso al lado y dijo en castellano:
—Continúe caminando. Quiero hablarle.
—¿Quién demonios es usted? —Ruiz Patiño se mostraba siempre muy cauteloso con los contactos casuales.
—Vengo del cuartel general—dijo el otro—. Usted no me conoce. Yo lo conozco. Se llama Ruiz Patiñno. Fue empleado por Marina Altamira. El último trabajo fue en un lugar llamado Bay House. Su ayudante fue Vespucci. No necesita decir nada. Continúe caminando. Esa mujer Altamira nos traicionó. Nos ha vendido... y eso significa que usted y Vespucci también están fritos. Ella y el norteamericano Santos llegaron a un acuerdo con el FBI.
— ¡Madre de Dios! ¿Cómo puedo creer eso?

Librodot

—Si lo no lo cree —dijo el otro—, acabará en la cárcel. Le daré un sobre. Tómelo y métalo en el bolsillo. No lo abra hasta que llegue a su cuarto. Contiene diez mil dólares. Cinco para usted y cinco para Vespucci. También hay una fotografía de Santos y una dirección de Park Avenue. Esta noche, poco después de las nueve y media, Santos saldrá de una fiesta en esa dirección. Uno de ustedes puede arreglarlo. El otro eliminará a Altamira en su apartamento. Después, los dos salen de Nueva York una semana o dos. ¿Dónde está Vespucci?
—En su habitación. Nos encontraremos a las siete.
—Entonces, disponen de mucho tiempo. Con silenciadores es tarea sencilla. No habrá problemas. Aquí está el sobre. Y cuidado... divida por la mitad el dinero. Es dinero del cuartel general. No les agradan las trampas. Vamos, en marcha.
Comenzó a alejarse y caminó de prisa en dirección a la Quinta Avenida. Ruiz Patino lo miró, un tanto desconcertado y después se encogió de hombros en un gesto de resignación. En esa profesión no era conveniente sentir demasiada curiosidad. Y diez mil dólares era más de lo que habían recibido por el trabajo de Bay House.
La fiesta de despedida de John Spada fue una reunión tranquila, muy distinta de las celebraciones de los viejos tiempos cuando Anna presidía, cálida y afectuosa, en su propio dominio. Otrora todos bebían mucho, había animadas conversaciones, la gente reía francamente. Los hombres galanteaban a Anna, y Spada cortejaba a las mujeres.
Esa noche el tono general era elegiaco, una conmemoración más que una celebración. Spada se desplazaba a través de la sala, sin detenerse demasiado con un grupo, no fuese que su presencia interrumpiera el flujo de corteses trivialidades o reviviese el recuerdo brutal de hechos recientes. De nuevo sentía que él mismo era, como en la casa de von Kalbach, un personaje fatídico, una presencia extraña. Deseaba que Kitty estuviese allí. Su buen humor brusco y un tanto atrevido al menos habría roto el hielo en esa ocasión.
Cuando llegó Mike Santos, Spada observó sorprendido la seguridad con que se movía ese individuo. Se disculpó por llegar tarde. El encuentro de tenis había sido más difícil que de costumbre. Transmitió los saludos de su esposa ausente. Recorrió los grupos de invitados, sonriente y confiado, la imagen misma de un nuevo príncipe de la industria.
Con Spada se mostró cordial y desbordó solicitud. No debía preocuparse por nada. Tenía que limitarse a gozar de sus vacaciones. Todo lo que Spada necesitara, absolutamente todo, Mike Santos lo suministraría. Incluso había llevado un regalo, un par de gemelos de oro con el monograma de Spada en relieve. Spada le agradeció con sobria cortesía... y se asombró del descaro de ese hombre.
Cuando advirtió el incidente, Maury Feldman se acercó y llevó a Spada a un lugar seguro, cerca del bar. Preguntó con un murmullo:
—¿Qué sucederá?
—Todavía nada —dijo John Spada—. Saboree su cena.
—Estoy a un paso de atragantarme. —Maury se sentía ofendido—. ¡El descaro de este individuo!
—¡A cada chancho le llega su San Martín! —Era el mismo proverbio que había utilizado con el presidente en Buenos Aires.
—Ya le oí eso otra vez. Pero después de veinte años nunca supe lo que significa.
—Un antiguo proverbio español. En España matan a los cerdos el día de San Martín.
—Uno vive para aprender —dijo Maury Feldman y regresó adonde estaba el resto de los invitados.

Librodot

Alison Hirchfeld, como siempre distraída y feliz, como siempre un poco encorvada, tiró de la manga de Spada y dijo:
—John, usted tiene más fibra que yo. En definitiva, parece una hermosa velada... aunque un poco triste.
—Me alegro de que le agrade, Alison.
—¡Ese señor Santos es un personaje! Cuánto encanto y cuánto dinamismo. ¿Es bueno en su trabajo?
—Muy bueno. —Spada se mostraba paciente y atento. Alison parecía distraída, pero jamás olvidaba nada—. Spada Consolidated estará en muy buenas manos.
—Excelente. ¡Muy bien!... ¿Le parece que Carlos podría prepararme otro martini? Odio el vino.
—Yo mismo lo haré, querida.
Por lo menos, era un alivio después de la tensión de la farsa. Estaba mezclando la bebida cuando Mike Santos batió palmas y pidió silencio. Cuando se apagaron los murmullos anuncio:
—Damas y caballeros. Deseo proponer un brindis...
Spada apoyó los puños cerrados sobre el mostrador del bar, y trató de controlarse.
—...Es muy sencillo. Sin adornos ni retoques. ¡A un gallardo caballero, John Spada! ¡Feliz viaje y pronto retorno a casa!
Todos aplaudieron. Elevaron las copas y bebieron. Gritaron: "¡Que hable! ¡Que hable!"
John Spada alzó las manos pidiendo silencio y respondió:
—Gracias, Mike. ¡Gracias, queridos amigos! Sé que no es como antaño... y nunca volverá a serlo... Pero me alegro y agradezco que hayan venido. Compartieron conmigo los buenos tiempos; y me acompañan en los momentos difíciles. Dios sabe cuándo regresaré, pero confío en que volveré a ver a las muchachas tan hermosas como ahora y a los hombres la mitad de gruesos y el doble de prósperos. ¡Dios bendiga a todos!
Era la nota apropiada para concluir el discurso. Todos aplaudieron. Las mujeres se acercaron para besarlo. Los hombres le estrecharon la mano y lo palmearon, y le desearon la mejor suerte del mundo. Poco después, cuando comenzó la salida de la gente, Spada retuvo a Santos.
—Espere un momento, Mike. Deseo beber la última copa con usted y Maury.
—¡Por supuesto, John, por supuesto!
Cuando la puerta se cerró, una vez que salió el último de los invitados, Spada dijo:
—Que Carlos se ocupe de ordenar esto. Traigan sus copas a la biblioteca.
—Son las diez menos cuarto —dijo Maury Feldman—. No debemos demorar demasiado.
—Está todo empacado, Maury. Saldremos dentro de quince minutos.
Sentó a sus visitantes en los grandes sillones de piel y el propio Spada se apoyó en el borde del escritorio. Recogió un manojo de papel con el membrete de Spada y un bolígrafo y los ofreció a Santos.
—El último documento, Mike. Necesito una firma.
—¿De qué se trata, John?
—De su renuncia al cargo, a partir de este momento. Fírmela.
—No entiendo. —Santos miró primero a uno y después al otro, desconcertado—. Tengo un contrato por cinco años.
—Está cancelado —dijo John Spada.
—¡No puede hacerlo!
—Acaba de hacerlo —dijo Maury Feldman—. Firme el documento, Mike.
—¡No! —Santos se puso de pie.

Librodot

—En tal caso, está despedido — dijo John Spada.
—Tampoco acepto eso. Tengo el derecho de conocer las razones.
—Le daré cuatro razones —dijo Maury Feldman—. Anna Spada; Teresa y Rodo Del Valle; dos millones de dólares en Nassau, Bahamas, que fue su precio para preparar el asesinato.
Mike Santos palideció. Permaneció inmóvil y mudo, balanceándose sobre los pies.
John Spada dijo:
—Mírese en el espejo del vestíbulo, Mike. Abrigo la esperanza de que pueda soportar lo que ve. Abrigo la esperanza de que su padre pueda sonreírle cuando lo encuentre.
—Esto... ¡esto es una locura! —Al fin Santos recuperó la voz—. Es pura farsa. Si están tan seguros, ¿por qué no llaman a la policía y le piden que me arreste?
—Disponemos de las pruebas —dijo Maury Feldman—. Copias del acuerdo de fideicomiso en Nassau, la identificación de Marina Altamira como antigua agente argentina en Nueva York, transcripciones de algunas de sus conversaciones con ella, una identificación de los dos hombres que incendiaron Bay House... sus nombres son Patiño y Vespucci....¿Satisfecho?
—¿Por qué lo hizo, Mike? —preguntó fríamente Spada—. No puedo creer que fuese por el dinero.
—No reconozco nada. —Santos se enderezó—. De modo que ustedes tienen dos alternativas: o piden mi arresto, al que no me resistiré, o salgo libre de aquí.
—El nombre tiene fibra —dijo Maury Feldman.
—El hombre es un Judas —dijo John Spada—. Un hipócrita codicioso... un asesino por dinero... ¡dos millones de piojosos dólares!
—Insisto en que es una farsa —dijo Mike Santos—. ¡Aún no he visto un solo documento... ni una línea!
—Aquí tiene su ejemplar.
John Spada arrojó a los pies de Santos un abultado sobre. Santos lo recogió y lo sopesó despectivo en las manos y después se echó a reír.
— ¡De modo que éste es el juego! No presentan cargos porque conozco lo de Proteo, y puedo denunciar a la organización ante el mundo y comprometer a mucha gente. En cambio, quieren que me aparte, o me vuele la tapa de los sesos, como un honorable héroe Victoriano. ¡Ni soñarlo! Ustedes pueden destruirme, pero conmigo caerán Spada Consolidated y la organización Proteo. —Arrojó el sobre a Spada—. Maury, por la mañana estaré en mi escritorio. Lo espero para beber un café. Que tenga feliz viaje, John. Envíenos una tarjeta de tiempo en tiempo. ¡Buenas noches, caballeros! —Se volvió y salió de la habitación, brioso como un actor que representa un importante papel en la comedia.
Cuando la puerta se cerró tras él, Maury Feldman dijo:
— Me gustaría saber qué hará ahora.
—No tengo la más mínima idea —dijo John Spada—. Pero aclaremos bien lo que sucedió aquí. Los tres bebimos juntos la última copa. Mike se marchó. No dijo adonde iba. Es la verdad, ¿no es así?
—Es una verdad que yo puedo sostener —dijo Maury Feldman.
Mientras el avión enfilaba hacia el norte, trepando para ganar altura, el Espantapájaros ocupó el asiento al lado de Spada.
—El trabajo fue completado.
—¿Confirmado?
—Sí. Henson estuvo vigilando la casa. Yo seguía a Santos cuando abandonó la reunión de despedida. Se detuvo para realizar una llamada telefónica desde una cabina de la calle Setenta y Uno. Patiño lo mató allí. Henson estaba vigilando el

Librodot

apartamento de la Altamira. Vespucci entró y salió cuatro minutos después. Henson y yo fuimos en automóvil al aeropuerto y allí esperamos. Por lo que pudimos ver, usted no estaba vigilado.
—¿Dónde está Henson ahora?
—En el vuelo de British Airways. Nos encontraremos en Londres y organizaremos allí la red europea. Después yo iré a preparar las cosas en América del Sur. Estaré en Nueva York cuando usted regrese.
—¿La mercancía?
—Henson tiene una parte. Yo otra. Ésta es la suya. —Entregó a Spada una caja con cuatro cigarros—. Los frasquitos están en los cigarros. Cada uno está envuelto en un papel que trae las instrucciones escritas para reproducir los cultivos. Es muy sencillo. Puede hacerse en la cocina de una casa particular... ¿Hay cambio de planes?
—Ninguno—replicó John Spada—. Tendrá noticias mías cuando esté preparado para actuar. Lo que importa es que todos entiendan lo que deben hacer si me veo impedido de enviar las órdenes necesarias.
—Nuestra gente entenderá. No puedo hablar por el resto.
—Ése es el propósito del ejercicio. Que cada uno responda por sí mismo.
—Me pregunto... —dijo el Espantapájaros—. Me pregunto si usted sabe lo que le espera. Todas las ciudades necesitan un cazador de ratas que se meta en la red de cloacas, pero ningún ciudadano lo invitará a cenar.
—Sé a lo que quiere llegar. Y puedo asegurarle que me siento perfectamente sereno de frente al futuro.
Y era la verdad. Estaba absolutamente calmo, en el verdadero sentido de la arcaica frase. Estaba en paz... aunque esa paz fuera la serenidad de la desesperación.
El asesinato de su familia lo había lanzado a una nueva dimensión, más allá de la ley y la razón, más allá de la culpabilidad, al margen de todo lo que fuera especulación filosófica o religiosa. Sencilla y absolutamente, estaba allí. Nadie podía apartarlo de su camino. No podía retroceder, aunque lo hubiese deseado, porque su intelecto estaba aferrado como el hierro a un imán, y su voluntad congelada, como la de los muertos, en la actitud del último momento de vida. Si no hubiera tenido una certidumbre tan imperativa, el acto que ahora estaba planeando hubiera sido completamente imposible.
Las ratas eran muchas y demasiado salvajes. Las cloacas en las cuales prosperaban, muy oscuras y complicadas. Además, en cierto sentido la ciudad y los ciudadanos que la habitaban eran aliados de las ratas. Era como si desearan que ellas se multiplicasen, que justificasen sus propios temores secretos, las crueldades que se infligían unos a otros. "Nosotros no somos malvados", decían. "Las ratas nos obligan a serlo. Nosotros no arrojamos a nuestros hermanos a verdaderos infiernos y manicomios. Las ratas tienen la culpa, porque los infectan y nos obligan a destruirlos para protegernos." De modo que el cazador de ratas podía ser en teoría un servidor honorable, pero en definitiva los burgueses no estaban dispuestos a pagarle. Y si no estaban dispuestos a pagar, debían aprender la misma dura lección que los flautistas habían enseñado a los ciudadanos de Hamelin: las montañas se abrirían y se tragarían a sus hijos, y jamás volvería a vérselos.
Era una operación digna de Proteo, magistral por su sencillez, de enormes consecuencias. El proyecto había sido preparado mucho antes como ejercicio estratégico. Los medios estaban a disposición de Spada. Los cuatro frascos que llevaba en la caja de cigarros contenían cultivos que podían multiplicarse indefinidamente. Producirían toxinas suficientes para contaminar una docena de

Librodot

ciudades importantes. Lo único que Spada necesitaba —y se los había implantado mediante una brutal operación quirúrgica— era el coraje y la convicción requeridos para aplicar el plan. Mientras el avión atravesaba el cielo estrellado sobre el Atlántico, Spada examinó las razones que lo habían inducido a adoptar la fatal decisión.

La mayoría de las personas tenían buenas intenciones, pero en la acción demostraban hipocresía. Derramaban lágrimas de sangre a causa de un niño muerto en la calle. Pero aceptaban sin vacilar la muerte de centenares de miles a causa de la desnutrición. La pérdida de un bote salvavidas era una tragedia épica; el genocidio tribal un parágrafo leído de prisa y olvidado muy pronto. Sesenta muertos en un accidente ferroviario eran un desastre; seis millones masacrados en los campos de concentración y las cámaras de gas eran una estadística de carácter histórico. Los hombres y las mujeres de buen corazón estaban dispuestos a reunir y enviar mil toneladas de alimentos para las víctimas de un terremoto; no estaban dispuestos a alzar la voz o levantar las manos en defensa de veinte mil personas arrojadas al pozo de los disidentes desaparecidos.

Afirmaban que no entendían. El mundo y la política mundial eran excesivamente complicados. ¿De veras? Pues ahora aprenderían que podían ser brutalmente sencillos. Y si lo condenaran y decían que él era un fanático, ¿por qué se inclinaban reverentes ante un dictador respaldado por un ejército, o un traficante de armas que clamaba al cielo en nombre de la santidad del comercio? El arma más poderosa en el arsenal de los tiranos era el miedo. Ahora, él utilizaría la misma arma contra los tiranos... no en combate singular, sino en el marco de una convulsión universal.

Formularía contra ellos la amenaza de una muerte lenta y silenciosa, y los desafiaría a ignorarla. Proclamaría una orden sencilla y brutal: "Abran sus cárceles y sus Ferias de Diversiones; liberen a los prisioneros; de lo contrario yo, John Spada, que ahora nada tengo que perder, convertiré sus ciudades, una por una, en cementerios."

Desde que aterrizó en Londres, comenzó a cubrir sus huellas. Apenas dejó atrás los mostradores de la inmigración y la aduana, pasó a la Terminal 2, y con el nombre de Erwin Hengst compró un billete para Zurich. De Zurich voló a Roma, entró en la República de Italia con el pasaporte de Hengst, alquiló un automóvil en el aeropuerto y fue directamente a la villa del tío Andrea en Frascati.

El anciano y la tía Lisa lo recibieron emocionados. Tuvo que revivir con ellos todos los detalles de los hechos sucedidos desde la Pascua; pero la narración fue una suerte de terapia. Ellos eran los *anziani,* los mayores de la tribu, los nexos de Spada con el pasado, los que mejor podían aconsejarlo y reconfortarlo. Por lo menos con ellos podía decir la verdad, y lo juzgarían, no con el código o la Biblia en la mano, sino de acuerdo con los precedentes de una larga historia de violencia. Como era miembro de la familia, lo protegerían de los perseguidores y los inquisidores; le permitirían descansar tranquilo, le facilitarían los medios para viajar de incógnito, y finalmente rogarían a un Dios comprensivo que lo juzgase compasivamente.

Concluido el largo relato, la tía Lisa se secó los ojos y se retiró para ordenar la cena e imponer silencio al personal. El signor Giovanni no estaba en la casa. Jamás había estado. Se sentía agobiado por el dolor, y había que dejarlo en paz. El tío Andrea lo tomó del brazo y lo llevó a pasear a la terraza y a contemplar la puesta del sol. Spada retiró del bolsillo un sobre y lo entregó al anciano.

—Tío, aquí explicó cómo están mis asuntos. Maury Feldman tiene las instrucciones necesarias y puede adoptar las medidas indispenables. Cuando yo

Librodot

muera, él retirará de la caja fuerte los archivos de Proteo y dirigirá la organización como yo lo hice hasta ahora.
El tío Andrea lo tomó del brazo y lo llevó hasta la balaustrada de piedra, desde donde podían contemplar los viñedos y los olivares que descendían hacia el Tíber. El tío dijo con expresión grave:
—Eres demasiado joven para hablar de morir, Giovanni; y no tan viejo que no puedas fundar otra familia. No puedes pasarte el resto de la vida guardando luto.
—Tío, el luto ha concluido. Estoy recorriendo el mundo para hablar con la gente de Proteo y organizar una red de información que proveerá material para nuestras publicaciones. Viajo con una mujer, una antigua amiga. Ahora está esperándome en la ciudad.
—Debiste traerla aquí.
—No, tío. Es un asunto entre ella y yo. No tiene nada que ver con la familia.
—En ese caso —era evidente que el tío Andrea se sentía aliviado— será mejor que gocen de la mutua compañía lejos de la tribu... Pero dime, si tienes una mujer, ¿por qué hablas de morir?
—Es un ejercicio —dijo Spada, tratando de adoptar un tono risueño—. Quiero acostumbrarme a la idea, de modo que nadie pueda intimidarme nuevamente.
—No es un pensamiento apropiado para llevar a la cama con una mujer. —El tío Andrea sonrió maliciosamente—. Podría tener consecuencias desastrosas. Ahora, sobrino... —De pronto adoptó una actitud brusca y severa, como un viejo celoso de sus derechos—. Hablaste mucho y no dijiste nada. ¿Qué piensas hacer en adelante con tu vida?
—Arriesgarla —replicó Spada.
—¿Con qué propósito?
—En beneficio de un momento, un solo momento de la historia, en que el mundo entero se detendrá, y escuchará y comprenderá la locura que lo aflige.
—¿Y tú serás el hombre que se lo dirá?
-Sí.
—¿Puedes hablar con voz tan fuerte?
—Puedo hacerlo.
—¿Y si la gente rechaza lo que le digas?
—Mucha gente morirá.
—¿Y tú serás el verdugo?
-Sí.
—Hablas de locura. Giovanni, ¿estás seguro de tu cordura?
—Creo estar cuerdo. Aquí estoy, razonando contigo.
—¿En esto estás usando a la gente de Proteo?
—Sí. Algunos creen que la buena voluntad es suficiente. Y otros, como yo, piensan que ha llegado el momento de luchar. Éstos serán los que contribuirán a organizar el día del Juicio Final.
—¡No tienes derecho de encomendarles una tarea semejante!
—No les imparto órdenes, tío. Siempre fueron libres de aceptar o rechazar un proyecto.
—No me uniré a ti, Giovanni.
—No te lo pediré, tío, del mismo modo que no se lo pedí a Maury Feldman.
—De todos modos, lo que propones compromete al resto del grupo.
—Tío, siempre fue así. Hace mucho establecimos un principio aplicable a todos los miembros de Proteo. Los hermanos pueden discrepar, pero continúan siendo hermanos. Es posible que en una guerra tengan que combatir unos contra otros, pero aun así conservarán el carácter de miembros de la familia.

—Ahora comprendo por qué te preparas para morir—dijo el tío Andrea con expresión sombría—. Yo mismo te profeso mucho afecto, y tal vez llegase a creer que debo matarte.
—Probablemente te agradecería tu bondad. —Spada rodeó con el brazo los hombros del anciano y lo estrechó fuertemente—. Tú y yo nunca hemos disputado, y no debemos hacerlo ahora. He salido a combatir a los asesinos. Desapruebas lo que hago; es tu derecho. Pero por lo menos recuerda que al proceder así estoy arriesgando la vida...
—Lo sé, Giovanni, lo sé. —El tío Andrea estaba turbado—. Pero he visto morir a muchos, y a los jóvenes que pasaban con los tanques sobre sus tumbas sin el más mínimo escrúpulo.
—La tragedia no es morir, tío. Lo trágico es el olvido. De manera que daré al mundo un momento para recordar... *Ma noi due...almeno noi dobbiamo fare la pace,* ¿eh? Por lo menos nosotros debemos hacer las paces. Tengo que partir a primera hora de la mañana.
—¿Irás a dejar flores en las Cavernas Ardeatinas?
-Sí.
—¿Y qué dirás a los muertos? ¿Qué pronto recibirán a otros que les harán compañía?
—Les diré que todavía estamos luchando contra los tiranos... ¡y que entre los guerrilleros siempre hay un Spada!
El viejo se estremeció. Spada lo acercó más para infundirle calor.
—No es nada—dijo bruscamente el tío Andrea—. Siempre tengo frío cuando cae el sol.
—Es como un sueño —dijo Kitty Cowan—. Un sueño bello y sereno. Estaban en el jardín sagrado de Ryoanji, contemplando un mar de arena blanca que parecía dibujar olas alrededor de las piedras oscuras depositadas varios siglos antes por el gran Soami. El sol estaba alto, las sombras de los surcos en la arena se dibujaban claramente, y las piedras afirmaban su presencia sólida y serena como la ensoñación del señor Buda.
John Spada guardó silencio largo rato, y después respondió: —Así es como todo confluye: no hay discusiones ni distracciones. Sólo serenidad.
—Cuando me hablaste de este lugar en Tokio, una ciudad tan activa e iluminada, pensé que sería un espectáculo triste y vacío.
—El hombre que me trajo aquí por primera vez ahora está muerto. —John Spada parecía sumido en los recuerdos—. Se llamaba Takeshi Saito. Había vivido una vida extraña y violenta, primero como soldado en la guerra chinojaponesa, y después como una especie de pistolero de una pandilla de Tokio. Y más tarde se convirtió en monje Zen.
—¿Cómo? ¿Por qué?
—Nunca me lo explicó claramente. Sólo me dijo que cierto día caminó hacia el silencio... Y tiempo después comprendí que en realidad no era necesaria otra explicación. Lo conocí cuando algunos colegas japoneses me trajeron para mostrarme los lugares interesantes de la ciudad. Takeshi fue nuestro guía en este templo. Pronto simpatizamos. Me intrigó la enorme serenidad que lo envolvía. Y creo que él vio en mí algo de su antigua e inquieta personalidad. Después, siempre que llegaba ajapón venía a visitarlo. Una o dos veces pasé la noche en el monasterio. En todo caso, Takeshi fue quien me explicó el jardín. Dijo: "La arena se mueve porque está inmóvil; las rocas hablan porque guardan silencio..."
—Me alegro de haber venido —dijo Kitty Cowan—. Nunca te había visto tan sereno.
—Pero todavía no me he detenido.

Librodot

La misteriosa observación desconcertó a Kitty Cowan.
—¿Qué quieres decir?
—Estaba pensando en otra cosa que Takeshi solía decir: "Un hombre no se detiene hasta que ha llegado."
—¿Llegado adonde?
—A un lugar que no es un lugar, en un tiempo que no es tiempo. —Spada sonrió ante el desconcierto de su amiga—. Es una adivinanza Zen. Te preocupa porque te parece ridicula. Pero si tienes suerte, llega un momento llamado *atori,* cuando adviertes que de ningún modo es ridicula, sino profunda y sencillamente cierta... Aquí tienes otro jardín. Es mucho más fácil entenderlo.
La apartó suavemente del jardín de arena sombrío e inmóvil, atravesaron de nuevo el templo y salieron a un parque de cedros, y arces, bordeado por azaleas y rododendros. La sentó en un banco que tenía al lado una gran linterna de piedra, y le señaló la carpa dorada que nadaba en el agua serena del estanque. Preguntó en voz baja:
—¿Te agradó el picnic, Kitty Cowan?
—¡Dios mío! ¡Cada instante, cada segundo fue maravilloso!
—¿Aunque se tratara de Erwing Hengst?
—A causa de Erwin Hengst... Fue extraño. Al principio me desagradaba la idea misma, porque el nombre era alemán, porque había aceptado viajar con el gran John Spada, no con un... no sé... un actor que representaba un papel que yo no comprendía. Me preguntaba por qué no me llevabas a todos los lugares de los que tú y Anna solían hablar: el Gran Canal, el Hermitage de Leningrado, la Acrópolis, el Taj Mahal, los hoteles famosos... Me sentí decepcionada, pero pensé... bien, no querías compartir conmigo el pasado que habías vivido con Anna. Después advertí que no deseabas ir a los lugares donde te conocían, y que te reunías con personas que tampoco deseaban ser identificadas. De manera que resolví aprovechar lo mejor posible el paseo...
Spada la apremió amablemente:
—¿Y después?
—Después, comprendí que estabas ofreciéndome una experiencia muy íntima y muy especial, y que estabas revelándome una parte muy profunda de tu ser. Erwin Hengst era un soñador, una especie de poeta... ¿Recuerdas el día en Torcello cuando nos sentamos en la antigua basílica, tomados de la mano, y contemplamos el maravilloso mosaico de la Madonna? Estuvimos allí casi media hora, solos, y apenas hablamos. Y por la noche estábamos acostados, y escuchábamos las ranas y los pájaros nocturnos, mientras tú me relatabas historias de los viejos dogos y los mercaderes del Adriático. Eran como los cuentos de hadas que yo oía cuando era niña. Allí comenzó a funcionar la magia, y continué sintiéndola desde entonces. Samarcanda, Bangkok, Singapur, Sidney... esos días tan hermosos en la isla Reef... ¡y ahora esto! Siento que he vivido una vida entera en pocas semanas. ¡Yo, Kitty Cowan, de Brooklyn!
—Y ahora —dijo John Spada con expresión grave—, casi es hora de regresar.
—Me lo temía. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Buscó un pañuelo y se sonó violentamente la nariz—. ¡Maldito sea! Me prometí que no lloraría. Y ahora estoy arruinándolo todo.
— ¡No! —John Spada extrajo su propio pañuelo y secó las lágrimas de las mejillas de Kitty—. Tampoco yo me siento muy feliz; pero quieto que sepas que el picnic me complació tanto como a ti. Me alegro de que Erwin Hengst te haya agradado.
—Amo a ese tonto alemán.

—Él también te ama, Kitty. Es extraño. El cambio de nombre me facilitó este amor diferente.
—Pero, ¿qué será ahora de ti?
—Es mejor que no preguntes, muchacha, porque cuando regreses te preguntarán, y no eres muy buena mentirosa. Tuviste un hermoso romance con un alemán. Te despediste de él con un beso y volviste a casa. ¡Basta! Fue hermoso mientras duró, y una dama tiene derecho a su intimidad. Y si insisten mucho, los mandas al infierno.
—No puedo soportar esta ignorancia de lo que te sucederá.
—Te prometo que en definitiva lo sabrás.
—¿Y esa gente con la cual te reúnes... saben más que yo?
—Sí, pero también corren más peligro que tú. ¡Por favor, muchacha! ¡Confia en mí!
—Está bien. Pero, ¿responderás por lo menos a una pregunta?
—Quiero saber primero cuál es.
—¿Qué sucedió realmente con Mike Santos? Cuando te mostré la noticia de su muerte publicada en el *Herald Tribune,* dijiste que no querías hablar de eso. ¡Muy bien! Soy una muchacha buena y no quise arruinarte la excursión; pero ahora necesito saber. ¿Qué diré si vuelvo a encontrarme con la esposa?
—Ella ya enterró a su marido muerto —dijo John Spada—. Que continúe enterrado.
—John, fue uno de nuestros hombres...
—íNo! Nunca fue uno de los nuestros. ¿Recuerdas ese grandioso discurso que pronunció acerca de sus antepasados campesinos que probaban la tierra para saber si era fértil o estéril? Creo que a Mike Santos todo le parecía estéril, salvo su propia ambición. Se sentía feliz sólo en la cima; y no estaba dispuesto a aceptar nada menos que eso. Conspiró para asesinar a Anna, a Teresa y a Rodo. Yo era el siguiente en su lista. Utilizó el dinero que le pagaron para comprar el primer paquete de acciones de Spada Consolidated. Después, aumentaría su influencia año tras año, hasta llegar al control total.
—¡Es horrible...! —Kitty lo miró asombrada.
—Horrible, pero cierto.
—Entonces, ¿quién lo mató?
—Yo ordené matarlo—dijo John Spada—. No podrán demostrarlo. Y dudo de que a nadie le interese demasiado el asunto.
—¿Y qué siente frente a todo esto John Spada?
—No siente nada. Ya es un hombre muerto. Por eso tu compañero de viaje es Erwin Hengst.
—Gracias por decírmelo. —Kitty lo atrajo hacia ella y lo besó en los labios—. Así las cosas son más fáciles. Mira, yo también amaba a John Spada. No son muchas las mujeres que pueden asumir al mismo hombre en dos formas distintas. Gracias, amor mío. Creo que ahora debemos partir. Estoy preparada para regresar a casa.
—Antes de que partamos —dijo John Spada—, deseo aclarar un aspecto. Maury Feldman nada sabe de todo esto; de manera que no le digas nada.
—De todos modos no lo habría hecho. Ya lo he olvidado todo... excepto los cuentos de hadas y el amor.
Mientras regresaban a través del bosque, una brisa leve y fría agitó las hojas y barrió la superficie de las aguas de los estanques. Todavía era verano, pero pronto llegaría el otoño, la época que los japoneses denominan "el tiempo de los arces en llamas".

Librodot

Un día después de la partida de Kitty Cowan, John Spada comenzó a ejecutar los últimos ritos de su existencia privada. Preparó un paquete con todos sus documentos personales —pasaporte, tarjetas de crédito, chequera—, lo selló y lo despachó como pieza certificada a Maury Feldman. Revisó sus propias ropas, separó todas las prendas que tenían rótulos neoyorquinos, y conservó únicamente las que había comprado en el Continente. Se dirigió al consulado norteamericano y presentó una solicitud de visa a nombre de Erwin Hengst. Después, ocupó un taxi que lo llevó a Nihonbashi. Allí, en una pequeña y antigua casa de té, estuvo dos horas, almorzando con un bacteriólogo diplomado en la Universidad de Tokio.
Después del almuerzo fue a una imprenta en Yoshiwara, y retiró un paquete que contenía papel fabricado a mano; cada hoja tenía grabado el símbolo del pez en la caja. Después de salir de la imprenta estuvo con un anciano calígrafo, que aceptó reproducir un documento manuscrito en inglés, un idioma que el anciano no comprendía. Por la noche, solo y deprimido, Spada se dirigió a un bullicioso club nocturno. A las dos de la madrugada, fatigado del estrépito, regresó a su hotel y escribió una carta a Kurt Deskau. La dirigió al domicilio privado del policía en Munich.

Mi querido Kurt:

Estoy seguro de que usted comprenderá por qué no le escribí antes. Me he sentido como la víctima de un terremoto, aturdido y desconcertado, luchando por recobrar el equilibrio. Agradezco su preocupación por mi seguridad, así como la amistad que la determina. Sin embargo debo decirle que ya he llegado casi al final del camino que conduce al lugar donde libraré mi última batalla. Tengo la serena conciencia de que probablemente no sobreviviré a este episodio, pero por lo menos habré dejado un testamento abierto... habré realizado el último gesto contra la iniquidad general.
Me pregunta por los documentos de Érwin Hengst. Necesito utilizarlos una vez más. Después, se los enviaré por correo, antes de que nadie pueda formularle preguntas embarazosas.
¿Qué más puedo decir? Le envío un último saludo, el saludo de un hombre que está al borde del mundo y mira hacia la nada. No tengo remordimientos, y sólo abrigo una pequeña esperanza: que lo que hago ahora demuestre la consecuencia inevitable de la violencia del hombre contra sus semejantes.
Saludos afectuosos y mis sinceras gracias.

John Spada.

Dejó la pluma, y permaneció largo rato contemplando la firma. Era la última vez que la utilizaba en un documento, la última afirmación en el sentido de que John Spada aún estaba entre los vivos.

CAPÍTULO 11

La primera sesión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas estaba fijada para el tercer martes de septiembre. Una semana antes de esa fecha un paquete sellado llegó a la sección correspondencia de las Naciones Unidas. Traía la leyenda: "Personal y Urgente", estaba dirigido al secretario general. El control usual de seguridad reveló que el paquete contenía una carta, con un abultado manojo de hojas dactilografiadas, y una cajita acolchada con algodón, que contenía dos cápsulas de vidrio selladas, una con un líquido, y la otra con una pequeña cantidad de polvo blanco cristalino. Las cápsulas fueron enviadas inmediatamente al laboratorio. El jefe de seguridad entregó personalmente la carta y las hojas mecanografiadas en manos del secretario general. A las ocho de la noche este funcionario la leyó en voz alta a sus principales colaboradores del secretariado:

"El símbolo que encabeza esta hoja representa a Proteo, pastor de las criaturas del mar, custodio del saber, el esquivo dios de muchas formas. También es el símbolo de la organización que yo he fundado y que, como Proteo, funciona en muchos lugares y con muchos disfraces.

"Cuando usted realice la primera lectura de esta carta sentirá la tentación de decir: Esto es obra de un loco. Le ruego que no ceda a la tentación. Como verá, no incluye ninguna propuesta que no merezca su apoyo o el de sus colegas, ninguna exigencia que las Naciones Unidas no hayan formulado, y muchas veces: la liberación de los detenidos políticos, la abolición de la tortura, la restauración de los derechos de palabra, reunión y proceso justo, el derecho a gozar de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

"Que ustedes formularon estas demandas es un hecho histórico. Que no pudieron lograr su satisfacción, es cuestión que provoca pesar universal. Sin embargo, ahora que es posible obtener su vigencia, le ruego, y ruego a sus colegas, en nombre de la humanidad, que no desdeñen esta posibilidad.

"Con esta carta usted recibirá dos frascos de vidrio. El líquido contenido en uno de ellos es un cultivo vivo de botulinus Tipo A. El polvo es toxina botulínica, un veneno mortal. Cualquier bacteriólogo competente le informará que tanto el cultivo como la toxina pueden obtenerse rápidamente en condiciones elementales de laboratorio, y que cantidades bastante reducidas pueden contaminar los suministros de agua de una gran ciudad.

"Mi organización, que existe en todos los países importantes, posee los cultivos, la toxina y las instalaciones de laboratorio indispensables, y por lo tanto está en condiciones de provocar en el mundo entero un desastre biológico en cadena, para prevenir el cual no hay remedio apropiado.

"Sé que al llegar a este punto las palabras ya conocidas asaltarán la mente de todos: agresión, extorsión, terrorismo. Les ruego que mediten y consideren otra palabra: sanción. Señor secretario general, pongo en sus manos el único poder que usted jamás tuvo; el poder de imponer una decisión de las Naciones Unidas apelando a las sanciones, a las penas sin reparación. Si usted no está dispuesto a usar este poder, yo lo haré, y continuaré usándolo, hasta que se satisfagan mis legítimas demandas, que son las mismas que usted formula.

"Con esta carta le envío una lista, necesariamente incompleta, de los lugares de detención donde hay hombres y mujeres confinados, donde se los interroga y tortura, desafiando todos los principios de humanidad. Les envió listas de detenidos, también incompletas, porque el secreto es el arma de todos los tiranos.

Solicito y exijo que se abran estos lugares de detención, que se libere a los internos, y se los envíe a sus lugares de origen dentro del plazo de veintiún días a contar de esta fecha, y que su liberación y dispersión sea supervisada y confirmada por observadores de los organismos internacionales designados por las Naciones Unidas.
"Solicito y exijo además que este reclamo sea informado durante la primera reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y que la Asamblea me invite, al día siguiente, para presentar el caso ante los miembros.
"Si se libera a los detenidos, y cuando se lo haga, me ocuparé de que sean destruidas todas las existencias de cultivos y la toxina que está en manos de la organización Proteo. Inmediatamente después, me entregaré en custodia al país del que soy ciudadano, y aceptaré sin discutir todas las penas de la ley. Si no se atiende el reclamo, comenzaré el desastre en cadena; y ustedes no deben dudar de su magnitud y su continuidad.
"Ahora, permítanme decir lo siguiente. No pertenezco a ningún partido, de izquierda o de derecha. No me adhiero a causas nacionales, sólo me interesa la causa de los que no pueden hablar porque están privados del derecho de expresión. Carezco de ambiciones personales. Una vez que me entregue en custodia no tendré un futuro que pueda denominarse humano; pero estoy dispuesto a aceptar esto con el fin de lograr lo que me propuse hacer.
"Inmediatamente después de la primera sesión de la Asamblea General, telefonearé a su oficina para conocer la decisión. Si ésta es afirmativa, la Asamblea garantizará mi inmunidad respecto del arresto en los límites del edificio de las Naciones Unidas. Si la decisión es negativa, no habrá nada más que decir. La acción se iniciará, con la misma certidumbre con que la noche sigue al día.
"Mi estimado secretario general, lo saludo con profundo respeto u sinceridad.

Proteo"

El secretario general depositó la carta sobre el escritorio y paseó la mirada por el círculo de sus colaboradores. Todos estaban silenciosos y sombríos. El secretario general habló al jefe de seguridad.
—¿Coronel Malin? Por favor, ¿puede resumir la situación?
—Primero, los hechos. Recuerden que ésta es una investigación preliminar, realizada por el personal de seguridad de las Naciones Unidas. El secretario general quiso que no comprometiésemos a organismos externos, a menos se considerase indispensable hacerlo. —El coronel Malin era un flamenco seco y directo—. El paquete fue despachado en Nueva York. La carta ha sido escrita en papel japonés fabricado a mano y el símbolo se imprimió con un taco de madera. La lista de las personas detenidas fue dactilografiada con una máquina de bocha IBM. El estilo de los tipos es el denominado "letra gótica". El papel es estándar y puede obtenerse en cualquier lugar de Estados Unidos. Los frascos contienen exactamente lo que la carta afirma: cultivos botulínicos vivos y toxina botulínica cristalizada... Entregué el cultivo y la toxina al jefe de bacteriología del Hospital Bellevue. Ratifica en esencia lo que la carta dice. El cultivo es Botulinus Tipo A. La toxina es letal. La amenaza es real. La propia carta está escrita con una caligrafía anticuada, como la que utilizaban los escribientes para preparar documentos legales.
Algunos adornos son característicos de los calígrafos japoneses cuando escriben la cursiva romana. Pudo haber sido escrita por un japonés, en Japón, o preparada de

Librodot

tal modo que nos llevase a esa conclusión. La información acerca de los detenidos políticos es exacta, y más detallada que la de Amnistía o la Cruz Roja. No hemos tenido tiempo para cubrir todas las organizaciones que manejan este tipo de información. El tono de la carta es cuidadosamente apolítico. El estilo pertenece a un hombre muy culto... Creo que debemos tomar muy en serio la amenaza... Si se me permite otra observación... Es evidente que este Proteo conoce el modo de funcionamiento de la organización de las Naciones Unidas. Se dirige formalmente al secretario general, que está obligado a presentar el asunto ante la Asamblea General, la única que puede aceptar su aparición en este sentido... Como hizo con Yasser Arafat...

—Bien, caballeros. —El secretario general se dirigió al pequeño y silencioso grupo—. Una carta con una serie de exigencias, escrita por un hombre culto e inteligente, que representa a una organización de dimensiones desconocidas, con el respaldo de una auténtica amenaza de desastre en cadena... ¿Cómo respondemos?

—Responderán —dijo el Espantapájaros— ajustándose rigurosamente al protocolo. El secretario general remitirá el asunto a los jefes de las delegaciones ante la Asamblea General. Éstas informarán a sus respectivos gobiernos y pedirán instrucciones. El jefe de seguridad conferenciará con el Departamento de Policía de Nueva York, que tiene jurisdicción sobre los delitos cometidos en el sector de las Naciones Unidas. La policía neoyorquina a su vez probablemente se comunicará con el FBI, que pedirá información a la CÍA y a otros organismos de inteligencia norteamericanos.

—Y así —dijo John Spada—, la pista conducirá a mi persona. Al llegar a ese punto, todos los organismos policiales del mundo querrán sostener una breve charla conmigo.

—Así arregló usted las cosas. —El Espantapájaros se encogió de hombros—. Este juego del terror es algo más que medio teatro.

Estaban sentados en Washington Square, iluminados por el sol, dos individuos comunes y vulgares, vestidos informalmente, jugando a las damas. Spada tenía los cabellos muy cortos. Llevaba una barba de tres días, usaba anteojos ahumados y tenía un zapato ortopédico que le impedía caminar normalmente, y lo obligaba a usar bastón. Se alojaba a trescientos metros de allí, en un sórdido hotel para pasajeros, donde había dado el nombre de Erwin Hengst. Tan mediocre alojamiento era, a juicio del Espantapájaros, un acto innecesario de masoquismo; pero el razonamiento de Spada era sencillo. Nadie supondría que él se había apartado tanto de sus conocidas costumbres. De ese modo podría moverse con más libertad y dormir tranquilo; y además, ese ejercicio le deparaba cierta satisfacción; un lobo solitario aprendiendo las lecciones de la supervivencia en un ambiente que se mostraba del todo indiferente.

El Espantapájaros movió dos de sus damas y coronó una. Dijo tranquilamente:

—Supongamos que la Asamblea General acepta su demanda y le ofrece inmunidad en el edificio de las Naciones Unidas. ¿Cómo llegará? Recuerde que afuera lo arrestarán apenas lo vean.

—Me parece—dijo John Spada— que no se atreverán a publicitar el asunto antes de que la Asamblea General lo discuta o concierte un acuerdo sin debate. Harán todo lo posible para evitar el pánico. Si aceptan recibirme y conceden la inmunidad, aterrizaré con un helicóptero, dentro de los límite del sector controlado por las Naciones Unidas.

—A partir de ese momento, usted está atrapado. Apenas intente salir de allí lo arrestarán.

Librodot

—Pero usted y el resto de nuestra gente continuará libre. Ésa es la esencia de la situación. Yo ya no seré necesario.
—¿Supone que lo matarán?
—Tienen que desembarazarse de mí —dijo John Spada—. Mi propio pueblo u otros. Si me someten a proceso, el mundo entero sabrá lo que sucedió.
—¿Ha pensado—preguntó el Espantapájaros— que tal vez prefieran conservarle la vida y someterlo a interrogatorio? Usted tiene muchas cosas que decirles... y en definitiva las dirá.
—También en eso pensé. —Spada rodeó con sus piezas la que el Espantapájaros había coronado—. Recuerdo lo que hicieron con Rodo y Teresa. De modo que he adoptado precauciones. Siempre tengo conmigo una cápsula de cianuro.
—Era necesario asegurarse. —El Espantapájaros asintió con un gesto de aprobación—. No deseo unirme a usted en la nómina de mártires.
—No esperaba tal cosa —respondió Spada con una sonrisa.
—¿También ha pensado —preguntó el Espantapájaros— que ellos jamás creerán que usted puede retirar la amenaza, o que querrá hacerlo?
—¿Por qué no?
—Una vez que usted abre la caja de Pandora, quedan en libertad todas las plagas. Nadie puede volver a encerrarlas. Es el tipo de amenaza que puede repetirse indefinidamente. Puede usarse el nombre de Proteo para cubrir toda suerte de masacres... por mi parte, me tiene sin cuidado. Creo que el hombre es una especie condenada. Sólo me interesa saber hasta dónde usted ha meditado en las consecuencias de la propuesta.
—De acuerdo con la leyenda —dijo serenamente Spada—, lo único que quedó en la caja de Pandora fue la Esperanza. Por mi parte, confío en que cuando vean el horror, los hombres retrocederán... de lo contrario, por supuesto usted tiene razón. Somos una especie condenada.
—Usted se contradice, amigo mío. —El Espantapájaros dirigió una seca sonrisa a Spada—. Acepta que su propia ejecución es inevitable. Lleva consigo una píldora de cianuro para protegerse de los torturadores. ¿Qué clase de esperanza es ésa?
—Convengo en que no es gran cosa. Es la alternativa de Hobson: una salida honrosa o una esclavitud prolongada.
—Mi querido Spada, como todos los fanáticos usted equivoca el punto. Formula una alternativa demasiado tajante para las personas normales. Cuando Moisés arrancó de la servidumbre a los israelitas, ¿se lo agradecieron? ¡Jamás! Reclamaron las cebollas y los guisos de Egipto. La libertad era un lujo que no podían entender ni permitirse.
—En tal caso, ¿por qué está sentado aquí conmigo?
—Usted paga muy bien —dijo el Espantapájaros—, y además, es como observar una partida millonaria en el casino. Sé que usted no puede derrotar a la banca, pero me fascina comprobar cuánto se acerca a la meta.
La máquina del poder comenzó a girar, al principio lentamente, y después cada vez más rápido, a medida que pasaban las horas. El presidente de Estados Unidos llamó al presidente de la Unión Soviética, y utilizó la línea privada para comprobar, primero y principal, que cada una de las dos naciones era tan vulnerable como la otra, y que esta vez no se trataba de una trampa para cubrir un plan militar. Cada uno de los dos mandatarios prometió mantener informado al otro mediante una comunicación personal diaria. Hubo conversaciones análogas con otros jefes de Estado de Europa, Medio Oriente y Oriente.

Librodot

El primer ministro británico fue el primero en formular una definición que después se convirtió en el eje de las discusiones: este Proteo, quienquiera sea, nos obliga a jugar a la ruleta rusa.

El presidente de Estados Unidos desarrolló la misma definición durante las primeras discusiones en la Casa Blanca, donde fue necesario definir una posición que más tarde presentaría el embajador norteamericano ante las Naciones Unidas.
—...Caballeros, afrontamos un riesgo intolerable. Debemos considerar, no una sola catástrofe, por ejemplo la pérdida de un avión con su pasaje completo, sino un ciclo casi interminable de invasiones biológicas. Todos conocemos la escena. Proteo sabe que la conocemos. De modo que deposita la pistola sobre la mesa y nos invita a dispararla sobre nuestra propia cabeza o sobre la suya. En un sentido absoluto él es invulnerable, porque no teme lo que podamos hacerle, y en cambio es horrible imaginar lo que él puede hacernos... Primera pregunta. ¿Tenemos idea de quién es Proteo y del carácter y la magnitud de su organización?
—Acerca de la magnitud y el carácter de la organización nada sabemos. —Había contestado el director del FBI—. Proteo afirma que su organización existe en muchos lugares y adopta diferentes disfraces. Aceptaría que dice la verdad. Acerca del hombre mismo, bien... —Depositó sobre la mesa un par de fotocopias—. Éste es el símbolo que aparece en la carta de Proteo. Ésta es una reproducción de una tarjeta hallada en la billetera de un terrorista alemán, Gebhardt Semmler, que presuntamente se suicidio en Amsterdam.
—De modo que, a primera vista, ¿tratamos con una organización terrorista real?
—A primera vista, señor presidente, diré que posiblemente es así. Sin embargo, examine de nuevo las fotocopias. ¿Cómo describiría en palabras el símbolo?
—Bien... es un pez, dentro de una caja invertida.
—¡Exactamente! Un pez en una caja.
—Pero no es una caja —se opuso el secretario Hendrick—. El cuadrado incompleto es la forma antigua de la letra P. La inicial envuelve a un pez. Proteo es el protector de las criaturas marinas. Muy ingenioso.
—Y fuera de la cuestión. —El director del FBI había hablado secamente—. Volvamos a la descripción del presidente: el pez en una caja.
—¿Y adonde nos lleva esto?
—A una fuga en Argentina. Liberaron a un hombre llamado Rodolfo Del Valle. Sabemos que Spada organizó la operación. Antes de la fuga, le enviaron un mensaje en código. El texto era: "Un pez en una caja."
—¡Dios mío! Eso significa que...
—¡Por favor! —El director lo interrumpió con un gesto perentorio. Mostró una copia de la lista de prisioneros y los lugares de detención—. Esta lista fue preparada por una editorial, fundada hace poco en Nueva York, con el fin de atraer la atención sobre la situación de los detenidos por ideología y las actividades de los regímenes represivos. Reciben información de organizaciones preexistentes, por ejemplo Amnistía y la Cruz Roja, y la enriquecen con sus propias fuentes... las cuales, a juzgar por el documento, son muy exactas. La editorial se denomina Poseidón...
—¡Por favor, vaya al grano! —El presidente comenzó a irritarse.
—Tres puntos, señor presidente. —El director mostró la misma cortesía de costumbre—. Uno: Rodolfo Del Valle era el yerno de John Spada. Dos: Gebhardt Semmier asesinó al filósofo alemán Hugo von Kalbach. John Spada fue testigo del asesinato y estuvo en Amsterdam el día que Semmier presuntamente se suicidó. Tres: Editorial Poseidón fue fundada por John Spada. Poseidón era el dios marino

Librodot

que daba su poder a Proteo. El pez en la caja vincula todos estos hechos... recuerde el destino de la familia Spada... y de su sucesor en la empresa. Todos fueron asesinados. ¿Cuál es la conclusión lógica de todo esto?
—El motivo —dijo el secretario Hendrick—. Un hombre rico y poderoso llevado a la desesperación.
—Y una serie de pruebas circunstanciales que no serán válidas ante los jueces— dijo secamente el presidente—. Pero continuemos. La idea parece lógica. ¿Dónde está ahora Spada?
—No lo sabemos, señor presidente. Conocemos la fecha de su llegada a Inglaterra; allí presentó una tarjeta de inmigración. Después, no hay rastros.
—¿Qué me dice de Interpol?
—Es un problema, señor presidente. Podría ser embarazoso para el gobierno si sugerimos que un ciudadano norteamericano está chantajeando al mundo.
—Podría ser un condenado desastre. —El presidente se mostró enfático—. Por Dios, guarden la más estricta reserva...
—Hay un modo de completar la investigación —dijo el secretario Hendrick con acento igualmente enfático.
—Veamos —pidió el presidente.
—Proteo desea revelar su identidad, quiere hablar y rendirse. ¿Por qué no le permitimos dar ese paso?
El director lo miró, incrédulo.
~¿ Y permitiremos que un terrorista imponga sus condiciones en el recinto de las Naciones Unidas?
—No sería la primera vez. Yasser Arafat compareció con un arma en la cadera, y se dirigió a la Asamblea General. Es evidente que Proteo conoce el precedente.
—Además su amenaza es más graves que la de Arafat. —El presidente se puso de pie y comenzó a pasearse nerviosamente—. Vea, simpatizo con Proteo. Defiende una causa que yo mismo he impulsado desde que asumí el cargo. En ese sentido, es un amigo y no un enemigo. Sin embargo, no puedo adoptar una actitud que parece implicar que apruebo los medios criminales que él adoptó. De modo que ahí está el límite. ¿Cómo votamos en las Naciones Unidas? ¿Qué actitud pedimos a nuestros amigos?
—Creo que la pregunta es prematura, señor presidente. —El director del FBI lo miró fríamente—. Hoy es miércoles. Disponemos de una semana antes de la reunión de la Asamblea General. Por lo menos, concédanos tiempo para...
—¿Para hacer qué? ¿Para arrestar a un hombre a quien no pueden hallar? ¿Para interrogar a un sospechoso que saldrá con un hábeas corpus antes de que ustedes puedan hacer un gesto? ¿Para obligarle a cumplir su amenaza? Señor secretario, ¿qué dice usted?
—Imagine, señor presidente, sólo le pido que lo imagine, que este reclamo de que se escuche a Proteo no se realizara bajo presión. En tal caso, ¿estaría dispuesto a apoyarlo?
—Es posible.
—¿Harían lo mismo los rusos, los chinos, los brasileños, los argentinos, los chilenos, los sudafricanos?
—¡Demonios, no! —El presidente se inclinó hacia adelante, se cubrió el rostro con las manos, y durante unos instantes permaneció silencioso y absorto. Después miró de nuevo a los presentes—. Todos los países del mundo afrontan un desafio a su seguridad y su soberanía. Sin embargo —eligió lenta y cuidadosamente las palabras—, esas son palabras relativas. No todas las soberanías tienen la misma legitimidad, como nosotros lo sabemos bien porque hemos intervenido en algunos

cambios de gobierno. No en todos los estados la legitimidad incluye la seguridad del individuo. De modo que podemos comparar estas relatividades con lo absoluto: es decir, que si rechazamos la exigencia de Proteo, centenares de miles, quizá millares de personas morirán en una catástrofe en cadena. ¿Qué puedo decidir?
—¿Cómo decide, señor presidente, si un chantaje exitoso conduce a otros que copian el primer episodio?
El director del FBI se recostó en el respaldo de su asiento y esperó mientras el presidente asimilaba el desafio. Cuando llegó, la respuesta fue dicha en tono moderado pero extrañamente definitivo, como el último toque de la medianoche originado en un reloj de pie.
—Caballeros, tengo que decidir sobre la base de lo que es, no de lo que puede ser. Proteo se nos adelantó. Digo que votemos autorizándolo a hablar. Y pidamos a nuestros amigos de la Asamblea que voten del mismo modo.
—¿Y si la votación no nos da la mayoría?
—Entonces, nada impedirá esto... la muerte negra.
En el silencio que siguió, Hendrick preguntó conmovido:
—Señor presidente, es necesario afrontar otro problema. ¿Qué me dice del periodismo?
—Ésa es una decisión que corresponde a las Naciones Unidas. Por mi parte, apoyo la publicación del problema. El pueblo tiene derecho de saber. Quizá puedan hallar una solución mejor que la nuestra.
El viernes por la noche Maury Feldman recibió una llamada telefónica en su apartamento. El interlocutor se identificó como el señor Mullet, y pidió una reunión urgente para discutir un contrato. A las diez, Maury Feldman estaba sentado con John Spada en un mugriento sótano de la calle Bleecker. Su observación inicial fue una expresión de repugnancia.
—¡Dios mío! ¡Parece un vagabundo!
Spada sonrió.
—Estoy conociendo cómo vive la otra mitad del mundo. ¿Recibió el paquete que le envié desde Tokio?
—Sí. Está en mi caja fuerte.
—¿Cómo está Kitty?
—Muy bien. Excepto que recibió visitantes, lo mismo que yo. La policía neoyorquina y el FBI están muy interesados en encontrarlo.
—¿Dijeron por qué?
—No. ¿Está dispuesto a explicármelo?
—Precisamente por eso lo llamé.
Maury Feldman lo escuchó en silencio. Después, permaneció largo rato contemplando el resto de su bebida. Finalmente, meneó la cabeza, como quien desea rechazar los últimos recuerdos de una pesadilla. Dijo sombríamente:
—John, usted es hombre muerto.
—Maury, aún no firmaron el certificado. La Asamblea General se reúne el martes. El paciente aún vive, y tiene esperanza.
—¿Qué esperanza?
—Que las aguas se dividan, y que el pueblo de Dios entre sin mojarse en la Tierra Prometida.
—Según recuerdo, Moisés nunca llegó.
—Aun así, dictó la ley... grabada en las tablas.
—Y ahora nadie sabe dónde está enterrado. ¿Qué desea de mí amigo?
Spada se desabotonó la camisa y retiró la cadena de oro con la llave de Proteo en el extremo. La depositó en la mano de Feldman.

—Maury, ahora es suya.
—Pero después de esto, ¿qué podré hacer con ella? Cuando creamos la organización, estaba destinada a crear puentes de benevolencia. ¡Ahora usted los voló todos!
—Maury, ¿cree realmente eso?
—¡Por Dios, John! ¿Acaso no ve que...?
— ¡Le diré lo que veo y lo que usted sabe! Llega un momento en que la benevolencia no es suficiente. Llega el momento en que uno se detiene en el campo de batalla y dice: "Ustedes ya avanzaron demasiado. Aquí nos detenemos y morimos." Y quizá, sólo quizá, uno no muere y las legiones retroceden. El hombre que voló el Hotel Rey David ahora es primer ministro de Israel. ¡Eso es historia, Maury! Si muere, es un criminal, y riegan con sal su tierra. Si sobrevive, es un héroe y un estadista. No me falle ahora, Maury.
—No sé qué demonios quiere.
—Mi día ante el tribunal. Y que usted me acompañe.
—Si ceden ante usted...
—Si no ceden, terminó la comedia. Ya no me tendrá como cliente. Sale limpio del asunto.
—¡Mientras usted arroja la plaga sobre seres inocentes!
—La mitad de los impuestos que usted paga permite preparar un nuevo holocausto, Maury, y todos los años usted vota incendios cada vez más grandes. ¡Por favor, no me falle ahora!
—¿Fallarle? ¡Creo que estoy enloqueciendo! Además, ¿qué puedo hacer?
—¿Qué hace un buen abogado? ¡Media, interpreta, alega!... Y no me diga que no se trata de un auténtico caso judicial. Recuerde a Yad Vashem y los millones que murieron porque nadie los defendió y porque la lucha comenzó demasiado tarde.
—Tengo que pensar en ello.
—¡Excelente! Lo llamaré después de la votación en la Asamblea General.
—¡Ojalá pudiese entender su actitud!
—Es bastante sencilla, Maury. Soy un hombre que lo ha perdido todo. Ahora sólo me queda la vida... ¡vamos, eh!
Pagó la cuenta. Se pusieron de pie y salieron al frío aire otoñal. En la esquina se estrecharon las manos y se separaron. Maury Feldman permaneció de pie en el mismo lugar, y lo vio alejarse, cojeando como Jacob después de su lucha contra el ángel. Se sentía al borde de las lágrimas, y no sabía si odiaba o amaba a ese hombre.
De acuerdo con el protocolo, el secretario general presentó la primera información ante una conferencia plenaria de corresponsales acreditados en las Naciones Unidas. La conferencia se celebró a las nueve de la mañana, hora de Nueva York, el lunes que precedió al tercer martes de septiembre. Se había fijado la fecha de modo que hubiese por lo menos una comprobación preliminar de la opinión mundial antes de la votación de la Asamblea General. El anuncio del secretario general fue engañosamente sereno. Cada corresponsal recibió un copia de la carta, la nómina de los campos de concentración y los detenidos y una fotografía de los frascos que contenían la sustancia letal.
El secretario general dijo pocas palabras:
—¡Damas y caballeros! Los documentos que tienen en las manos hablan por sí mismos. El material fue examinado por expertos, y su conclusión es que son un cultivo y una toxina, que pueden diseminarse ampliamente con resultados mortales. En vista de esta amenaza, los gobiernos han instruido a sus respectivos delegados en las Naciones Unidas, con el fin de que voten en la Asamblea General

que comenzará mañana a las diez. El propósito de esta sesión es oír las opiniones de todas las naciones miembros, y determinar, por votación, si la persona que se autodenomina Proteo podrá hablar ante la Asamblea, o si nos negamos a recibirla... con todas las consecuencias que ello puede implicar. Sólo puedo formular algunos breves comentarios. Consideramos que la amenaza es auténtica y no un engaño. Creemos que Proteo tiene los medios necesarios para ejecutarla. Sospechamos su identidad; pero a falta de pruebas definitivas, por el momento no podemos publicarla. No conocemos la ubicación o el método de diseminación del material letal, ni podemos formular conjeturas al respecto.
Los periodistas solían mostrarse inquietos y agresivos. La noticia los había sorprendido. Las tácticas que acostumbraban utilizar ahora parecían triviales y toscas.
La primera pregunta provino del representante de Tass:
—Este Proteo, cuya identidad, se conoce pero no puede revelarse, tes ciudadano norteamericano?
—Sin comentarios.
—Señor, ¿conoce las reacciones de las principales potencias?
—Ninguna que pueda revelar. Sólo los respectivos delegados pueden hablar en nombre de cada país.
— Señor... —La mujer de U.P. alzó respetuosamente la mano—. ¿Cuál sería el número de muertos a causa de la contaminación biológica del suministro de una ciudad como Nueva York?
—No tengo cifras, señora. Me dicen que sería una grave catástrofe.
El hombre del *Washington Post* preguntó:
—¿Qué medidas están adoptándose para descubrir a este Proteo y a sus colaboradores, y para localizar el material tóxico?
—Las medidas están bajo la jurisdicción de los gobiernos interesados. No puedo ofrecerle detalles porque no los tengo. Suponemos que todos están desarrollando el máximo esfuerzo.
—¿Cuál es su propia actitud, señor? ¿Está dispuesto a invitar a un chantajista para que hable ante la Asamblea?
—¿Mi propia actitud? No tengo ninguna que sea importante en esta crisis.
—¿Quiere formular algún comentario acerca de la situación?
—Tengo una pregunta. —De pronto, el secretario general adoptó la dureza del granito—. Una pregunta que tal vez ustedes mismos puedan formular a sus lectores y espectadores. Si ustedes participaran de la asamblea que muy pronto realizaremos, ¿qué decidirán? ¿Tratarían con el chantajista o intentarían encarcelarlo, mientras perecen los seres humanos y las ciudades? Ahora, discúlpenme. No sé más de lo que les he dicho. No puedo conjeturar más allá de los próximos dos días.

Las autoridades habían previsto un estallido de pánico. No lo hubo. Fue como si la humanidad hubiese estado saturada por el horror, borracha y entumecida después de una orgía de imágenes violentas que se volcaban sobre ella hora tras hora, sin descanso. No había dónde ocultarse. No había una pizarra que les permitiese calcular las chances favorables o cortiarias a la supervivencia personal. No había un enemigo que provocase su furia... ni siquiera Proteo, porque la magnitud misma del desafío determinaba la vibración de cierta extraña cuerda, de cierta simpatía desesperada, profunda en cada uno de los seres humanos. Los problemas del bien y del mal estaban demasiado entrelazados para distinguirlos

Librodot

con claridad. No era posible apelar a la ley, porque sin duda la ley era impotente contra esa intervención fulminante en los asuntos humanos.
La única imagen que se grabó en la mente de todos fue la metáfora de la ruleta rusa... la pistola con la bala y cinco cámaras vacías, pasada de mano en mano en una fiesta de borrachos. ¡Click!... El gatillo toca una cámara vacía. Gracias a Dios que todavía estoy vivo. ¡Click! ¡Click! ¡Click!... Gracias a Dios que todavía están vivos. ¡Bang!... ¡Murió! Bien, él tiene la culpa, ¡qué payaso! La gente no debería jugar con armas cargadas. Sólo después, y mucho más tarde, alguien se atrevía a preguntar: pero, ¿qué estábamos haciendo? ¿Cómo llegamos a ese momento de locura? ¿Por qué nadie nos detuvo antes de que estuviésemos tan borrachos que ya no podíamos razonar?
Después de la primera andanada de titulares sensacionales y comentarios preparados de prisa, comenzó a manifestarse un acento de cordura fría, aunque desesperado. El fin propuesto por Proteo era bueno. No excedía las posibilidades de la realización humana. La gente sensata y compasiva lo había promovido durante años... sí, nosotros también; nosotros, los miembros del Cuarto Estado. Si nadie nos prestó atención fue porque... y aquí los razonamientos cobraban un carácter difuso y contradictorio, se convertían en una mezcla de la filosofía del derecho, soberanía de los estados, las cuestiones comerciales, las necesidades políticas.
De todos modos, si el fin era bueno, ¿no podía idearse un medio ético que permitiera realizarlo? Proteo erraba el camino cuando amenazaba al mundo como podía hacerlo un salteador de caminos... Continuaban usando las palabras cargadas de sentimiento: terrorista, chantajista, asaltante; pero por lo menos, respondiendo al instinto o a ciertas directivas, habían comenzado a incorporar salvedades que permitían presuponer cierto grado de buena voluntad. Ningún director de periódico estaba dispuesto a admitir que otros guiaban su mano; pero cuando alguien trajo fotografías de víctimas de algunas epidemias y dijo: "Imprimamos esto. Quizás así detengamos a ese hijo de perra", hubo un alarido de protesta... "¿Qué pretende? ¿Que la turba entre en las Naciones Unidas...?"
En definitiva, el temor a las turbas hostiles decidió la votación. A las tres de la tarde, y gracias a una estrecha mayoría, la Asamblea General votó que: "Con la esperanza de eliminar prontamente una monstruosa amenaza a la humanidad, convenimos en invitar a la persona llamada Proteo, bajo la garantía de inmunidad, a hablar a los miembros de esta Asamblea en una sesión extraordinaria, y a permitir la cobertura noticiosa integral del caso y por todos los medios de difusión."
A las cinco, John Spada telefoneó al secretario general y recibió la noticia de la decisión. A las diez de la mañana siguiente descendió con un helicóptero en el recinto de las Naciones Unidas y con Maury Feldman fue escoltado hasta el despacho del secretario general. Quienes lo vieron observaron que, con los cabellos bien cortados, el cutis afeitado y vestido con un traje de quinientos dólares, no parecía un terrorista ni cosa semejante. A lo cual un cínico contestó: "¿Acaso no saben que todos los enterradores están bien vestidos?"
El secretario general se mostró cortés, aunque no cordial.
—Ambos serán alojados en el edificio hasta que esto concluya. La inmunidad está garantizada, pero mientras estén aquí sus movimientos se limitarán a sus propias habitaciones. La prensa y probablemente algunos delegados querrán verlos.
— ¡No, señor! —rechazó directamente John Spada—. Hablaré una vez, y sólo una vez, en la propia Asamblea. Pronunciaré mi discurso, responderé a las preguntas

de los delegados, si las tienen y después volveré a mis habitaciones para esperar el resultado. Deseo que no me retengan aquí demasiado tiempo.
—Señor Spada, yo también lo deseo. —El secretario general lo dijo como quien pronuncia una oración—. En caso de que el resultado sea favorable, supongo que usted se relacionará con sus... este... colaboradores.
—Eso no será necesario, señor. Tienen instrucciones acerca del modo de proceder en cualquiera de los dos casos. El único peligro es que si un país, y quiero decir cualquier país, impone la censura noticiosa, mis colegas no podrán recibir información. En ese caso, distribuirán los elementos contaminantes de acuerdo con un programa fijo.
— ¡Dios mío!
—Usted habrá imaginado, señor, que ciertos gobiernos intentarán eliminar o retocar las noticias, como en efecto hicieron los últimos días. Sería sensato explicarles lo que sucederá si hacen lo mismo mañana.
—Pero en ese caso, sus propios pueblos los enjuiciarán; no aceptarán esa actitud.
—En tal caso, tendrán que aceptar las consecuencias.
El secretario general miró a Maury Feldman, que se encogió de hombros, impotente.
—Lo siento. Es el discurso de Spada, no el mío.
—Una pregunta, señor. —Spada se volvió hacia el secretario general—. En caso de que se acepten mis reclamos, ¿sus observadores pueden trasladarse? Recuerde que la fecha en que debe comenzar la liberación de los detenidos es fija, no móvil.
—Pero sin duda, cierta flexibilidad...
—No, señor. Estoy familiarizado con las tácticas que se utilizan para tratar a los grupos terroristas... demora, discusión, nuevas condiciones, nuevos términos. Esta situación excluye todo eso.
—Señor Spada, usted seguramente tiene nervios muy firmes.
—Le aseguro, señor, que los tengo. ¿Puedo pedirle un favor? Necesito una secretaria para dactilografiar el borrador definitivo de mi discurso, y preparar copias que serán distribuidas.
—Eso puede arreglarse. ¿Otra cosa?
—Un sola. He indicado al señor Feldman que redacte un testamento en el cual dono una parte de mi fortuna personal, calculada en unos diez millones de dólares, a un fideicomiso que será administrado por las Naciones Unidas. Este fondo se utilizará en la rehabilitación de los prisioneros liberados y sus familias. Firmaré el documento después de que haya comenzado la amnistía.
—¿Y si no hay amnistía?
—En tal caso, temo que el dinero posea escaso valor. Es una mercancía extraña: una expresión de confianza en la condición humana. Cuando desaparece esa confianza, lo mismo podría usárselo para encender la pipa...
—Señor Spada, ¿usted cree en Dios?
—Por el momento, señor, Dios está ausente de mí. He orado pidiendo hallarlo de nuevo en este lugar.
—Rezo con usted, señor Spada —dijo el secretario general—. Ya hace mucho tiempo que está ausente.
En la gran sala de la Asamblea General, John Spada enfrentó a los delegados de las naciones, el periodismo mundial, el público privilegiado de los poderosos que colmaba las galerías. Todos guardaban silencio, las expresiones sombrías, sin duda hostiles a este intruso a quien debían soportar. Habían ido, no para escuchar un testimonio sino para examinar al hombre que lo prestaría, para medir su fuerza, su decisión, su resistencia como jugador dispuesto a arriesgarse. Que

Librodot

así fuera. Él también necesitaba probarlos: necesitaba saber si eran capaces de reconocer una verdad cuando la oían, de apoyar o refutar un derecho cuando lo veían claramente. Pero debía mirar más lejos que la presencia de esta gente, hablar por encima de esas cabezas, al mundo exterior donde su imagen y sus palabras llegarían a centenares de millones que, aunque aún no podían conferirles vigencia, formularían sus propios juicios acerca del testigo a quien ahora veían por primera vez.

El secretario general ocupó la tribuna. Su introducción fue breve y seca.

— ...Estamos aquí, porque se nos presionó y venimos bajo protesta. El hombre que les hablará no tiene derecho de ocupar este lugar. De todos modos, le hemos concedido inmunidad y garantizamos su seguridad mientras esté entre nosotros. En un foro sometido a chantaje, le concedemos libertad de palabra. Damas y caballeros, éste es el hombre que se autodenomina Proteo... el señor John Spada.

Cuando descendió de la tribuna lo aplaudieron. Cuando John ocupó su lugar, los aplausos se pagaron instantáneamente, y dejaron el lugar a un silencio sobrecogedor. Spada ordenó los papeles, ajustó el micrófono y comenzó a hablar, sereno y persuasivo.

— ...Es cierto que están aquí sometidos a presión; pero están aquí cómodamente, en su propio recinto, libres de ir y venir a voluntad, de discutir francamente, de comer bien, de reclamar inmunidad para cada uno y para sus respectivos hogares. Hay otros, decenas de miles de personas en las cárceles, los campamentos de detención, las salas de tortura, las instituciones psiquiátricas, individuos que no son libres, cuyos derechos humanos más elementales han sido anulados. Por ellos he venido a hablar. Por ellos he retaceado, provisoria y muy benignamente, la enorme libertad de la cual ustedes gozan. Les recuerdo que, en un documento público, he abdicado permanentemente de mi propia libertad...

Habían esperado otra cosa: amenazas, exhortaciones, quizás un discurso. Aún no estaban desarmados, pero sí, escucharían. Ahora, Spada comenzó a razonar con ellos.

— Estoy ante ustedes y soy un hombre y estoy solo. Ustedes son muchos. Están respaldados por el poderío colectivo de las naciones, grandes y pequeñas, por su riqueza, sus ejércitos, sus armadas, sus fuerzas aéreas, su policía civil y secreta. En resumen, gozan de un mandato de enorme potencia. Por lo que parece, yo no tengo ninguno.

"Pero afirmo tenerlo. Es un mandato de los que callan, y me piden que hable por ellos; de los encarcelados, que me piden que alegue por ellos; de los torturados, que me piden que proclame el daño que se les infligió; de los muertos, que me ruegan que escriba por lo menos un epitafio decente. Tal es el sentido del nombre que adopté: Proteo, el pastor de los que viven en un elemento extraño; Proteo, el de las muchas formas. Cuando ustedes me miran, deseo que vean muchas otras formas y caras: la estudiante violada y sangrando sobre una mesa; el gran erudito reducido por las drogas al nivel de un vegetal; el periodista golpeado hasta convertirlo en una masa sangrienta; la larga hilera de detenidos, mal alimentados, mal vestidos, trabajando con temperaturas bajo cero... Ustedes preguntan quién me dio el mandato. Ellos lo hicieron. Las manos que primero me lo ofrendaron fueron las manos de mi propia hija, torturada brutalmente en la Argentina. Después, mi esposa, mi hija y su marido fueron asesinados... ¿Acaso se necesita más motivo para la acción que he emprendido?... ¿El certificado de autoridad que ustedes poseen es tan sólido? ¿Acaso ustedes no deben aceptar el mío, como yo acepto el que ustedes traen de facto, y preguntarse, no cómo llegué a poseerlo, sino qué aplicación, buena o mala, hice de él?

"No los insultaré con ninguno de los lemas de la política: derecha, izquierda, centro, capitalismo, comunismo, revolucionario, desviacionista, disidente... Ustedes ya los oyeron, un número excesivo de veces, en este y en otros lugares. Son rótulos, colgados de maniquíes. Emplearé otras palabras: hombre, mujer, niño; les mostraré qué se hizo con este hombre, esa mujer y el hijo de ambos. — Percibió la inquietud del auditorio y los desafió sin vacilar—: ¿Están aburridos... o avergonzados? ¿Ya saben de qué se trata? Entonces, ¿por qué no se alzaron para rebelarse contra eso? ¿No lo hicieron? ¡Es claro que no! Siempre hay representantes, sustitutos, subrogados que ejecutan el trabajo sucio y dejan limpia la conciencia del resto. ¡Ahora escucharán! ¡Guardarán silencio! ¡Me oirán!...

Leyó el catálogo país por país, cifra tras cifra, un detalle sórdido tras otro, hasta que obligó a todos a callar. Después, con un gesto de desprecio arrojó los papeles al suelo de la sala.

— ¡Refuten eso, si se atreven! ¡Niegúenlo, si pueden! Demuestren que he mentido. ¡Lo aceptaré de buena gana!... No pueden hacerlo. Y bien lo saben. Entonces, ¿qué hacen? Dicen y repiten: no somos más que delegados, títeres, marionetas. Nuestros amos son los culpables, no nosotros. Les achaco la culpa... ¡Santo Dios, cómo los culpo! Pero también ustedes son culpables, porque se esconden tras las faldas del amo como perritos sumisos, gimiendo de temor ante la cólera del dictador. Y por eso los amenazo, por eso los presiono: para demostrarles que por cada monstruo hay una imagen refleja, por cada terror hay una respuesta terrorífica, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

Su voz parecía un trueno resonando en la cámara abovedada. Después del trueno llegó el silencio, y tras el silencio un alegato apasionado.

— ¡Miren! ¡Escuchen! ¡Atiendan, ése es mi ruego! ¡Se trata de nuestros hermanos y hermanas! Su sangre es nuestra sangre y no claman venganza, sino el fin de esta prolongada iniquidad. ¿Qué son ustedes? ¿Salvajes que bailan alrededor del fuego, y cantan mientras sus víctimas arden? ¿Inquisidores medievales que arrancan balbuceos a los moribundos? Si es así, el terror con que ahora los amenazo es menos de lo que merecen. Si no es así, entonces, en nombre de los dioses a quienes rinden culto, ¡acaben con esta monstruosidad! ¡Recuérdenlo, el tiempo se agota!

Permaneció en silenco un momento, dominando a todos, esperando las preguntas que los delegados no se atrevían a formular. Después, salió de la cámara y se dirigió a la habitación que le habían reservado, se arrojó sobre la cama y yació allí, como paralizado, los ojos fijos en el cielorraso blanco.

Mucho tiempo después, casi una vida después, Maury Feldman llegó y se sentó en el borde de la cama, palmeó la cabeza de Spada y dijo pausadamente:

—Hermano, hermanito, estuvo bien.

—¿Se difundió todo?

—Aquí y en Europa sí, se difundió todo. Qué hicieron en otros sitios, cómo lo recortaron... demasiado temprano para saberlo.

—¿Cuáles es la reacción?

—¿De los delegados? Se los ve contenidos... impresionados.

—¿Y el periodismo?

—Dicen que fue el discurso del siglo.

—¿Qué significa eso?

—Lo que siempre significa, amigo Johnny. El hombre es grande; ahora vamos a destriparlo para ver qué hay en el interior de su tripa... ¿Cómo se siente?

—Vacío.

Librodot

—Habría sido un buen abogado.
—Viniendo de usted, es un notable elogio. ¿Qué harán ahora?
—Lo que hacen siempre: conferenciar, confabularse, y en definitiva diluir la cosa.
—¿Pueden?
—Por supuesto, pueden. Lo único que necesitan hacer es incluir un "pero" al fin de cada frase: "Un noble alegato, pero... Una espléndida retórica, pero... Un impresionante caudal de pruebas, pero..."
—Pero qué, Maury.
—Pero no pueden permitir que usted se salga con la suya... ¡No, eso es imposible!
—¿Qué pueden decir? Está todo anotado. ¿Qué pueden hacer?
—Tratar de cansarlo. Hay catorce días antes del comienzo de la amnistía. Es mucho tiempo. Tratarán de que usted transpire cada hora de ese lapso.
— ¡Permanezca aquí! ¡Por favor, Maury!
—Por supuesto, pero a veces tengo que dormir, ir al cuarto de baño, realizar llamadas telefónicas. Y entonces, ellos vendrán. ¿Podrá soportarlo?
—Tengo que soportarlo. ¿Llamó a Kitty?
—Sí. Vendrá a verlo.
—¿Cómo se siente?
—Orgullosa. Inquieta por ciertos aspectos, pero sí, orgullosa.
—Me encantaría una copa.
—Trataré de buscarle una botella. Desconfío del servicio de bar.
—¿Cree que intentarán envenenarme?
—No, pero me agradaría abrir personalmente la botella.
—Gracias, Maury.
—Gracias a usted. Casi restauré mi fe en la naturaleza humana, pero todavía no estoy dispuesto a arriesgar mucho en ese sentido. Iré a buscar esa botella.
El visitante siguiente fue el secretario general, cortés como siempre, pero esta vez mucho más cordial.
—Mis cumplidos, señor Spada. He oído muchos buenos discursos en mis tiempos; el suyo fue el más conmovedor.
—Gracias, señor. Ahora, puede decirme qué hemos conseguido.
—Es demasiado temprano para eso, serñor Spada. Lo que importa no es la reacción en la cámara sino la que vendrá después, cuando los delegados redacten sus cables y respondan a los inquisidores de cada país... De todos modos, le diré algo. Deseo con todo el corazón que su bluff funcione.
De nuevo Spada sintió los dedos fríos del temor que se cerraban sobre su corazón. Esperó hasta que el espasmo se alivió y después dijo:
—No era y no es un bluff.
—Había abrigado la esperanza de que lo fuera. Señor Spada, usted hizo mucho esta noche, más de lo que nosotros hemos podido hacer en diez años en relación con este problema. Podríamos conservar todo el terreno que usted ha conquistado. Lamentaría ver que se perdiese a causa de un acto inoportuno.
—No es inoportuno; en realidad, cronometrado al segundo. No se engañe. No permita que sus colegas lo ilusionen.
—Entiendo. —El secretario general adoptó una actitud formal—. Bien, descanse, señor Spada. Haremos lo posible. El señor Feldman me dice que la señorita Kitty Cowan desearía visitarlo. He ordenado que la introduzcan sin demora.
—Gracias.
—Otra cosa. El embajador Kolchak, de Washington, desearía verlo. ¿Puedo admitirlo?
—¿Sabe qué desea?

Librodot

—No se lo he preguntado.
—En tal caso, envíelo.
Anatoly Kolchak y Maury Feldman llegaron al mismo tiempo. Spada realizó las presentaciones. Maury Feldman sirvió las bebidas. Kolchak abrió el juego con su estilo mesurado.
—Señor Spada, esta noche estuvo muy impresionante.
—Gracias, señor embajador.
—Brindaré por eso —dijo Maury Feldman—. Pero dígame una cosa, señor embajador. ¿El discurso del señor Spada fue televisado en Moscú?
—Sí, la mayor parte.
—¿Qué quiere decir la mayor parte?
Anatoly Kolchack tenía preparada la respuesta.
—La lista de delitos y víctimas fue suprimida, la misma actitud que según creo se adoptó en otros lugares. En cambio, hubo lo que denominamos un "análisis dialéctico de la ocasión". No lo conozco, y por lo tanto no puedo decir si fue adecuado. Sin embargo, el resto de la transmisión se mantuvo intacto.
—¿Cuánta gente lo vio?
—No lo sé —dijo Anatoly Kolchak—. Supongo que todos los que tienen televisor. Por supuesto, no podemos olvidar la enorme audiencia radical. Los fragmentos suprimidos fueron entregados a un grupo más selecto: el Presidium, la KGB, los supervisores de Moscú. Probablemente mañana me llegarán sus opiniones.
John Spada se acostó en la almohada y entrelazó las manos detrás de la cabeza.
—Ojalá sepan calcular bien.
—Estoy seguro de que así será —dijo Anatoly Kolchak con ecuanimidad—. Esta matemática no es complicada. Tenemos una población de doscientos cincuenta a doscientos ochenta millones de personas. Se ha calculado que en una ciudad de medio millón de habitantes contaminada por el bacilo botulínico, podemos esperar un diez por ciento de bajas antes de que las medidas de control lleguen a ser eficaces. Es decir, el 0,003 o el 0,004 por ciento de la población. Señor Spada, si multiplica eso por diez o veinte, todavía es una cifra mínima. Comparada con las pérdidas que sufrimos en la guerra, o las que prevemos en el caso de una nueva contienda, carecerá de importancia.
—*¿Y* si su esposa o su hijo estuvieran entre las víctimas?
-Me destrozaría el corazón —dijo Anatoly Kolchak—. Pero los estados carecen de corazón; ese órgano caracteriza sólo a las personas. Le digo esto, no para burlarme, sino sólo para demostrarle todo lo que arriesga. Sucede que yo creo en la validez de su actitud, y por eso hago todo lo posible... y me temo que no sea suficiente.
Entonces, dígale lo siguiente a su pueblo, señor embajador. ¡En Rusia seis ciudades soportarán sucesivamente los golpes! ¡Y Moscú será una de ellas!
—Le creo. Es posible que en Moscú no acepten su afirmación. Pero gracias por decírmelo.
Concluyó de un trago su bebida y salió.
Maury Feldman comentó secamente:
—Es un hombre honesto.
— ¡Todos son hombres muy honestos!
— ¡No todos, querido Johnny! Hay algunos auténticos hijos de perra, y muy pronto conocerá a varios de ellos.
Aunque estaba muy fatigado, esa noche Spada durmió mal; en sus sueños veía debates y discusiones, pero el hilo de los argumentos siempre se le escapaba. Por la mañana se levantó temprano y con mucho esfuerzo realizó ejercicios durante

Librodot

quince minutos; después, bañado, afeitado y vestido, llamó a la puerta de Maury Feldman. Maury estaba sirviendo café a dos individuos de aspecto muy formal que parecían abogados practicando para jueces. Maury los presentó con voz indiferente.
—El señor Adams, el señor Jewison... mi cliente, John Spada. Estos caballeros pertenecen a la delegación norteamericana. Deseaban conversar con usted. Con mucha sensatez, decidieron verme primero.
—¿Tienen inconveniente en que beba un poco de café?
—Sírvase. Yo pediré más.
Spada se acomodó en un rincón del diván y preguntó:
—Bien, caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?
—Desearíamos formularle algunas preguntas.
—Olviden las preguntas—dijo Feldman—. Tendría que aconsejarle que no las conteste. Es probable que avancemos más si explican al señor Spada lo que estuvieron diciéndome hace un momento.
—Como quiera. —El señor Adams exhibía una sorprendente seguridad
—. Señor Spada, usted probablemente sabe que las Naciones Unidas se muestran celosas de su independencia y sus inmunidades. Suscitaríamos mucho resentimiento si los organismos norteamericanos comenzaran a actuar en los edificios de la entidad o se entrometieran en sus asuntos. Estamos acreditados aquí, y por lo tanto funcionamos en el carácter de... digamos, intermediarios. Querríamos comentar su ofrecimiento de entregarse una vez concluido este asunto.
-¿Sí?
—¿Advierte lo que su entrega implica?
—Por supuesto. Me arrestarán.
—Probablemente también sabe que, a la espera de un proceso criminal, usted será encarcelado y no podrá salir en libertad bajo fianza.
—Eso es probable, pero no seguro —dijo Maury Feldman—. No podemos anticipar las decisiones legales.
—Tampoco podemos anticipar o evitar ciertos riesgos que correrá el señor Spada mientras esté encarcelado. Ya se ha difundido la voz, y mucha gente desea verlo muerto; además, las cárceles son lugares notoriamente inseguros para la gente impopular. De modo que... sugerimos que aquí tenemos la base de un acuerdo.
—¿Qué clase de acuerdo?
—El tipo de acuerdo concertado otras veces con individuos dispuestos a cooperar: una fuga arreglada, una nueva identidad, la oportunidad de iniciar otra vida en otro lugar.
—De hecho, una amnistía —dijo secamente Feldman.
—Sí, podría llamársela así.
—¿Y qué clase de cooperación esperarían de mí?
—Nombres y lugares. Dónde se producen las toxinas, quién las manipulaba, ese tipo de cosas.
—En resumen, una traición —dijo John Spada—. Permítame formularle una pregunta, señor Adams. ¿Por qué prefiere amnistiar a un criminal confeso más que a centenares y miles de personas inocentes que ahora están encarceladas?
— Porque —dijo el señor Adams— hay centenares y miles de personas inocentes a quienes usted amenaza con una muerte dolorosa y miserable si no se satisfacen sus reclamos.

—En tal caso, atienda los reclamos y elimine la amenaza. La amnistía puede otorgarse con sólo un movimiento de la pluma. ¿Por qué espera que el ángel vengador la escriba con sangre?
Adams le dirigió una mirada atenta y penetrante, y preguntó:
—Señor Spada, ¿ésa es la imagen que usted tiene de sí mismo... la de un ángel vengador?
—No, señor Adams. Sucede sencillamente que he modificado un poco el equilibro del poder. He incorporado autoridad suficiente para posibilitar una negociación que nadie había contemplado antes.
—Entonces, ¿estaría dispuesto a negociar? —Cuando formuló esta pregunta el señor Adams demostró demasiado su ansiedad.
Antes de que John Spada tuviese oportunidad de responder, intervino Maury Feldman.
—¿Qué demonios creen que significa esto? Spada no está regateando por el precio de una bolsa de cacahuetes. No está tratando de que lo nombren rey o papa. Está exigiendo un derecho humano para los humillados y los oprimidos. Dice sencillamente que si ustedes no restauran el derecho, él tratará de obligarlos, y dispone de los medios necesarios. Ahora bien, ése es un aspecto de la negociación. Tiene que haber una respuesta del otro lado: ¡Sí, no, o quizá!
—De acuerdo, abogado. Sus palabras me ofrecen algo para presentar a mi gente; pero necesito más. Señor Spada, ¿dónde están las existencias de toxinas?
—No tengo nada que decirles —Spada meneó la cabeza—. Ocupo el mismo lugar que al comienzo. Ustedes me entregan seres vivos; yo les entrego la toxina.
—Antes de que nos separemos —dijo con voz calma el señor Adams— entienda lo siguiente: somos las únicas personas que podemos ofrecerle la oportunidad de conservar la vida. Piense en ello, señor Spada.
—Ya pensé en ello, señor Adams. Ojalá pudiera decir que ese aspecto es importante para mí. No lo es. Además—agregó secamente—, ustedes olvidan la historia de Proteo. Tienen que apresar al dios y vendarle los ojos antes de que revele sus secretos. En el mismo instante en que lo tienen, cambia de forma...
El señor Adams abrió la boca para contestar, pero Maury Feldman lo silenció con un gesto.
— Señor Adams, me parece que usted va por mal camino. Usted se opone, y con razón, al hecho de que mi cliente amenace a las naciones. Pero usted mismo amenaza de idéntico modo a mi cliente. ¿No es eso precisamente lo que nos ha llevado a un callejón sin salida? No puede haber una ley para el Estado, y otra para el ciudadano individual.
El señor Adams tuvo la elegancia de admitir ese punto. Se encogió de hombros, resignado.
—Ese es el nombre del juego, ¿verdad? Siempre lo ha sido, y siempre lo será.
—Si así lo cree —observó John Spada—, ¿por qué le preocupa cuánta gente puede morir? De todos modos, el planeta está superpoblado.
—Creo que es un problema de escala. —Por primera vez el señor Jewison recuperó la voz—. Está en la Biblia, ¿verdad? Es lógico que un hombre muera por el pueblo.
—Siempre me he ofrecido voluntario —dijo John Spada—. Lo único que tienen que hacer es encargar el contrato.

CAPÍTULO 12

Librodot

Por la tarde, el secretario fue a verlos. Se lo veía tenso y fatigado. Explicó la situación con minucioso cuidado y expresión grave.
— ...Señor Spada, ahora estamos en un momento crítico. Necesitamos su cooperación para dejarlo atrás. La Asamblea General ha designado un comité especial que se ocupará de esta situación. El comité está formado por delegados de Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, Italia, Brasil, Japón, China, Suecia y Arabia Saudita. En su primera reunión, esta mañana, el comité formuló tres cuestiones principales. Primero: si se concierta un acuerdo, ambas partes tendrán que ser capaces de garantizar el cumplimiento. Hay considerables dudas acerca de la posibilidad de que usted ofrezca garantías adecuadas. Segundo: ¿cómo pueden saber las naciones miembros que las comunicaciones públicas a su propia gente significan lo que aparentan? Tercero: Su ofrecimiento de entregarse parece inadecuado si no va acompañado por la rendición del restante personal básico de su organización. En resumen, su carta indicaba una amenaza planeada. ¿Cómo podemos tener la certeza de que la amenaza no se repetirá en asuntos como la limitación de armas o el tratado de paz de Medio Oriente?
Hubo un momento de silencio antes de que Maury Feldman dijese con voz neutra:
—John, es una pregunta apropiada. Creo que usted debería tratar de contestarla. Después de todo, la historia reciente del terrorismo no es alentadora. Un chantaje exitoso siempre llevó a otros intentos.
—Lo sé. —Spada asintió secamente—. Lo he sabido desde el principio. De modo que al elegir a los miembros de la organización Proteo que debían ejecutar esta operación, tuve el cuidado de seleccionar sólo a los que se atendrían rígidamente a las órdenes.
—¿Y cuáles fueron esas órdenes, señor Spada? —El secretario general tenía la expresión severa de un juez en el tribunal.
—La primera y más importante es que aceptarían como auténtica sólo mi aparición personal en televisión... no un comunicado de prensa, ni un mensaje grabado y transmitido por radio; únicamente una aparición visual, que les permitiese ver mi cara, mis gestos, y oír la voz que brotaba de mis propios labios. La segunda era que las palabras que yo pronunciara transmitirían exactamente el mensaje que se les asigna en un diccionario... ni más, ni menos. En el caso de los que no saben inglés, un gesto preestablecido indicaría el sentido. La tercera era que, en caso de que se concertase un acuerdo, depositarían todos los suministros de cultivos y toxinas en un lugar apropiado, e informarían a la policía local mediante una llamada telefónica anónima. Finalmente, si no se llegaba a un acuerdo, o si yo no aparecía para pronunciar las palabras adecuadas, diseminarían las toxinas en áreas convenidas y utilizando una serie de fechas fijas... ¿Me he expresado claramente?
—Muy claramente, señor Spada. Pero como es fácil reproducir los cultivos, no hay garantías contra una repetición del episodio.
—No puede haberlas —dijo derechamente Spada—. El bacilo es muy común. Puede obtenerlo en el suelo de un jardín, y recomenzar el proceso completo. Cualquier persona que posea la habilidad necesaria está en condiciones de acometer la empresa.
—¿Está dispuesto a revelar cuáles son los primeros blancos?
-No.
—¿Otros miembros de su personal están dispuestos a rendirse?
-No.
—¿Conocen su ofrecimiento de entregarse personalmente?
-Sí.

Librodot

—¿Conocen el peligro que corren si usted se ve sometido a un interrogatorio prolongado?
—Esa posibilidad ha sido cabalmente examinada, y se han adoptado medidas adecuadas. Usted debe tener una visión muy clara del asunto; debe transmitirla exactamente al comité. Todo depende de mi aparición definitiva en la Asamblea General y de su difusión auténtica por televisión. Vea, podría suceder que si un país decide censurar el programa sufriese las consecuencias de la diseminación de bacilos, mientras otros se salvan de la amenaza.
—Imaginemos que por cualquier razón —enfermedad, o accidente o incluso una falla de las comunicaciones— usted no compareciera ante las cámaras.
—En ese caso, la operación se desarrollaría automáticamente. Ése es otro aspecto que usted debe explicar a sus colegas. Les conviene mantenerme vivo y sano.
—Señor Spada, ¿usted cree realmente que procederían así?
—Tengo buenos motivos para saber que lo harían. —El tono de Spada era frío como un viento invernal—. Vivimos en la era de los asesinos, y yo soy el producto perfecto... el hombre reducido a cero en los libros del Estado... ¿Hay algo más?
—Una sola cosa. ¿Está dispuesto a permitir que el señor Feldman negocie en su nombre? Me temo que usted puede ser un defensor muy áspero de su propia causa.
—Por eso estoy aquí —dijo Maury Feldman—. Abrigo la esperanza de que podamos coincidir antes de la hora cero.
—Debo formular un pedido —dijo John Spada—. Ustedes permiten la visita de la señorita Cowan. Aprecio la bondad. También desearía recibir la visita de mi confesor.
—¿Su confesor? —El secretario general lo miró, sorprendido.
Spada se encogió de hombros y sonrió.
—¿Le parece tan sorprendente? Soy... o era cristiano convencido. También estoy muy cerca del fin. Desearía arreglar en consecuencia mis asuntos.
— Parece un pedido razonable.
—Puede ayudarnos a todos —dijo Maury Feldman—. Hablaré con él y lo traeré... por supuesto, si usted lo autoriza, señor secretario general.
—Redactaré una nota en ese sentido. —El secretario general se puso de pie—. Nuestras precauciones de seguridad son ahora muy rigurosas. ¿Puede indicarme su nombre?
—Es el padre Pavel... El reverendo padre Pavel. Se ha retirado de las tareas parroquiales, y ahora vive solo. Desearía que se le eviten situaciones embarazosas.
— No habrá nada de eso—dijo firmemente el secretario general—. Un poco de santidad nos vendría bien en esta casa. ¿Entiendo que usted se pone a disposición de las Naciones Unidas, señor Feldman? Hay mucho que hacer.
—Y poco tiempo para hacerlo —agregó Maury Feldman.
—Su cliente es el culpable de que así estén las cosas —dijo el secretario general, y salió sin una palabra más.
Cuando la puerta se cerró, Maury Feldman explotó en un acceso de cólera apenas contenido.
—¡Por Dios, John! ¿Qué juego es éste? ¡El Espantapájaros aquí! ¡Es absurdo!
—Es un asunto privado —dijo John Spada—. Deseo que cobre una deuda.
— Si yo fuese Lunacharsky estaría a mil kilómetros de aquí. —Pero no es Lunacharsky—dijo Spada con expresión de fatiga—.
Tiene hielo en las venas y una piedra en el lugar del corazón. Se sentirá muy cómodo aquí.

Al día siguiente, Kitty Cowan fue a verlo. La apariencia de Kitty conmovió a Spada. Se la veía pálida y demacrada. Había arrugas de fatiga en las comisuras de los labios. Cuando él la besó y la abrazó, ella se echó a llorar. Spada necesitó largo rato para calmarla.
Después Kitty dijo:
—Lo siento. Es porque veo al gran John Spada encerrado aquí, como un detenido.
—Estoy bien, Kitty. La bebida es buena, la comida apropida y juego póquer apostando mucho. ¿Cómo estás?
—Me siento perdida. Me parece que ya no entiendo nada. Cuando te vi en la televisión pensé: "¡Mírenlo! Un auténtico hombre. ¡El hombre a quien amo!" Y después, cuando oí lo que la gente decía, cuando leí las cosas terribles que ese germen puede desencadenar... no puede creer que tú fueras quien amenazara usarlo... —Buscó en el bolso y extrajo un recorte del diario—. ¡Lee esto!
Spada se encogió de hombros y repasó los hechos conocidos: la facilidad con que podía obtenerse el bacilo; la dosis infinitesimal que mataba a un hombre normal; los síntomas: mareos, náuseas, visión doble, jaquecas que presagiaban la muerte; el elevado índice de mortalidad, por lo menos el 50 por ciento de los casos contaminados; la disponibilidad limitada de antitoxinas; la dificultad de vigilar los suministros de agua. Plegó el recorte y lo devolvió a Kitty.
—Un informe bastante exacto.
—¿Y tú podrías infligir tales sufrimientos a personas inocentes... incluso a niños de pecho?
—Si es necesario, lo haría.
— ¡No lo creo!
—No importa lo que creas. Se trata de lo que crean en los gabinetes y las cancillerías y en la Asamblea de las Naciones Unidas. Están intentando convencerse de que todo es pura farsa; no es así.
—No sé qué decir. —De pronto, Kitty comenzó a temblar. Se apoyó sobre el borde de la mesa para mantener el equilibrio—. Hemos sido amigos. Hemos sido amantes. Todavía despierto por la noche e imagino que estás allí... y ahora, de pronto, estoy frente a un verdugo con un hacha en la mano... ¡Por Dios! Sin duda hay una alternativa, algún compromiso.
—Ellos tienen que hallarlo. Tan pronto crean que me debilito se arrojarán como chacales para destrozarme. Has vivido lo suficiente para saber cómo es el juego del poder.
— ¡ Oh, sí! ¡ Pero de pronto compruebo que no sé nada del asunto!
¿Crees que Anna o Rodo o Teresa habrían deseado que hicieses esto? ¿Te lo habrían permitido? —No lo sé, y no están aquí para preguntarles.
— Pero yo estoy aquí, y te lo pregunto. ¿Por qué? ¿Por qué?
— ¡Siéntate! —De pronto, él se mostró duro y perentorio. Ella obedeció con movimientos prudentes, como un niño que está frente a un padre encolerizado. Spada extendió la mano para acariciar los cabellos de Kitty. Pero ella retrocedió, como si temiese el contacto.
—¿Preguntas por qué? Porque éste es un juego con trampa. El único modo de jugarlo es con las armas sobre la mesa y ojos en la nuca. Incluso tú, amor mío... Eres una especie de enemigo, porque me distraes y me ablandas. No puedo permitirme ese lujo. Apenas me distraiga, vendrán a matarme... Pero si puedo soportar bastante tiempo la presión, ellos cederán, porque ninguno tiene una actitud tan absoluta como la mía. Todos dependen de algo o de alguien... el periodismo, sus gabinetes otros individuos que quieren arrebatarles los empleos, los votantes. Veo que retrocedes ante mí como si yo fuera una suerte de monstruo.

Librodot

¿Por qué no intentas verme de nuevo como me viste en la sala de la Asamblea, por qué no me oyes como entonces me oíste? Ésa fue la verdad. Y John Spada la dijo... te amo, muchacha. No deseo marcharme sabiendo que me odias. Pero si es necesario, ¡que así sea!

—John, jamás pude odiarte. —Extendió una mano indecisa para tocarlo de nuevo—. Sucede únicamente que todo esto es demasiado grande para mí... demasiado complicado y confuso.

—Entonces, simplifícalo. ¡Escucha! Lo que hicieron con Teresa y Rodo fue un acto de odio. Les agrada rebajar a la gente, humillarla y deshumanizarla. Por lo menos, en lo que yo hago aún hay amor. Depende de eso... pero si lo pierdo, será el fin. Sin amor, un ser humano no es más que una pelota de papel que los niños destrozan en un callejón. Por favor, por tu propio bien, trata de aferrarte a ese pensamiento...

Pese a toda la indiferencia que demostraba, la amenaza contra su vida era muy real. Ahora habían apostado guardias en cada extremo del corredor que pasaba frente a su habitación. Le preparaban especialmente el alimento. Los licores venían en botellas con los sellos intactos. Su pedido, transmitido a través de Maury Feldman, en el sentido de que se le permitiera ejercitarse dentro de los límites del edificio, fue rechazado por el secretario general.

— ...Tienen miedo —explicó Maury Feldman con voz fatigada—. Y no los critico. Está aumentando la presión, incluso entre los delegados y el personal. Les hablo todo lo posible y sólo ahora comienzan a entender el sentido cabal de la situación. Toda esa charla acerca de las probabilidades y los riesgos tolerables no significa mucho cuando uno piensa en las esposas y las familias que viven en un área contaminada.

—¿Cómo es posible — Spada dirigió una sonrisa de costado a Feldman— que usted nunca me haya preguntado dónde están las toxinas y cómo se difundirán?

—¡Simple prudencia, querido! Si alguien creyera que yo tengo la más mínima idea, sería tan vulnerable como usted. No tengo, repito que no tengo el más remoto deseo de encontrarme sudando bajo las luces en un sótano húmedo. En realidad, hablé muy claramente con todos: no lo sé, y no quiero saberlo. Jamás pedí que usted me lo dijese. Y punto.

—¿Cuál es su opinión acerca de la situación en que ahora estamos?

—Por el momento, todos están paralizados por la antigua y gastada idea de que ningún gobierno puede o debe someterse a la amenaza del terror. ¡Por supuesto, es una estupidez! Se han sometido antes, y lo harán nuevamente, a los árabes, a los japoneses o a los alemanes, e incluso a los jeques del petróleo, que esgrimen otra clase de chantaje. Pero ante todo necesitan preparar el escaparate, conservar la confianza de los ciudadanos y mantener el orden en las calles. Tienen miedo. Todos los servicios de inteligencia del mundo están explorando las calles y los sótanos buscando los cultivos que usted preparó y la gente que se organizó. Se ha duplicado el personal de seguridad de los aeropuertos. Retienen a la gente durante horas enteras en los mostradores de la aduana y la inmigación. En este momento, los viajes internacionales son una pesadilla. De modo que la cosa les duele, pero, ¿quién realizará el primer movimiento y hablará de amnistía? Lo más sensato que usted hizo jamás fue conseguir cierta inmunidad en este lugar. ¡Si no estuviese aquí, le aplicarían electrodos de la cabeza a los pies! ¡Y no lo olvide, eso todavía puede suceder!

—¿Por qué?

—Porque una de las frases que se oye con frecuencia dice que usted es "un delincuente bajo la protección de la ley". Otra habla de "asesinato legalizado". Si

esos conceptos se difunden, es muy posible que lo saquen de aquí a empujones, con la cabeza cubierta por una capucha. Hasta ahora, el secretario general se mantiene firme, pero en definitiva es un ser humano.
—Prometí que me rendiría.
— ¡Querido, necesitan su rendición más o menos como un ataque de gripe! Esto ahora es teatro negro. Necesitan algo que empequeñezca lo que usted hizo. Hasta ahora no lo descubrieron, pero cuando lleguen a eso... —Dejó incompleta la frase y comenzó a componer un tríptico indecente en relación con un tema sáfico—. Se lo advertí, ¿verdad? Esto es un encuentro de tenis real, jugado por auténticos bastardos reales.
—¡Dios mío! Sírvame una copa, ¿quiere?
—Sírvasela usted mismo, John. Soy su abogado, pero no su mayordomo.
John Spada lo miró asombrado un momento y después se echó a reír. Maury Feldman le dirigió una sonrisa lenta y sardónica.
—Puedo ser todavía más ingenioso si eso ayuda.
Spada se atragantó y gorgoteó, y se enjugó los ojos llorosos.
—¡Dios mío! Realmente están afectándome, ¿no es así? Y apenas se les ofrezca una oportunidad, usted será usado como instrumento.
Sirvió dos copas y entregó una a Maury Feldman. Bebieron en silencio.
Feldman depositó su vaso sobre la mesa y dijo secamente:
—Están usándome, John.
-¿Qué?
—Por supuesto. ¿Por qué permiten que me quede aquí? ¿Por qué puedo pasearme por doquier y conversar con los delegados y los periodistas y el personal contratado? Imaginan que, cuando llegue el momento de la razón, yo estaré aquí, estará Feldman, el Sensato, el Platón de Park Avenue, para redactar el acuerdo.
—¿Y lo hará?
-Sí.
—¿Cuándo amanecerá ese día tan ominoso?
—Cuando usted lo desee, John.
Spada lo miró incréulo.
—¡No puedo creer que usted también!
—Yo también —dijo Maury Feldman—. La locura ha durado bastante. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo dos páginas dactilografiadas. Las entregó a Spada y dijo—: Estas son mis sugerencias. Estúdielas y dígame su opinión.
—¿Otras personas vieron este texto? —De pronto, Spada se mostraba desconfiado, y su humor se había agriado.
—Usted es el primero.
—Ojalá pueda creerle.
— Si no puede —la voz de Feldman era fría como hielo consígase otro abogado.
—Discúlpeme. No tenía derecho de decir eso.
—El sujeto sufre intensa presión y por lo tanto su responsabilidad ha disminuido. Pero ahora reaccione, soldado. ¡Y piense! Es un buen documento. Con él podríamos salir del aprieto.
La opinión escrita de Maury Feldman era sencilla y concisa.
Contra las naciones reunidas, y su enorme suma de población y recursos, el poder que usted esgrime es ineficaz y temporario. El daño que usted puede infligirles es horrible, pero tolerable. Por otra parte, el daño que ellos sufrirían si renunciaran a su autoridad en vista del chantaje biológico, les parecerá intolerable.

Librodot

Mi conclusión es que ellos aceptarán un compromiso, y que usted también debe aceptarlo. No rendirán sus respectivas soberanías. Usted tendrá que entregar sus toxinas. Las naciones canjearán cuerpos por esas toxinas. No canjearán reputaciones. Usted y no ellos tendrá que capitular primero.
Con respecto a las condiciones, creo que podemos resolver así el problema: las naciones aceptarán liberar, en una fecha dada, un número limitado de detenidos. Antes de esa fecha usted anulará públicamente la amenaza y entregará o destruirá las toxinas. Aquí hay una dificultad intrínseca. Como el cultivo y la toxina pueden reproducirse indefinidamente la garantía de que las ha destruido tiene escaso valor. Sea como fuere, discutiremos eso en el momento dado.
Los méritos de esta propuesta son, en primer lugar, una victoria moral y concreta para usted, en cuanto un número importante de detenidos recuperará la libertad; segundo, una operación que permite salvar la cara a los gobiernos, los mismos que, buenos o malos, tienen que continuar gobernando; tercero, un disuador para otras personas u organizaciones que traten de realizar un chantaje similar en el futuro.
Conclusión: una postura de todo o nada sólo le acarreará más sufrimientos; un compromiso le permitirá obtener algunos indultos.
— ¡Esto equivale a cero! —explotó Spada—. No hay garantías, hay sólo un gesto simbólico y yo me desarmo. ¡De ningún modo!
—¡En ese caso, corrija el documento! ¡Mejórelo! —Maury Feldman estaba exasperado—. Pero no lo arroje al cubo de los residuos. Es un punto de partida.
—Está bien. Hablemos de cifras. Digamos que la contaminación de una gran ciudad equivale a cincuenta mil muertos. ¿Cuántos cuerpos vivos me darán en cambio? ¿Uno por uno? ¿Un prorrateo de acuerdo con la población? Además, ¿cómo puedo creer en sus promesas?
— Del mismo modo, ¿por qué ellos deben creer en las que usted formule?
— ¡Precisamente! De modo que habrá que negociar con efectivo. Los observadores cablegrafían que los cuerpos están en la cabecera ferroviaria. Les decimos dónde podrán recoger las toxinas.
—En ese caso, ¿cómo separa usted las dos operaciones en la mente del público? Las naciones tienen que triunfar. Usted tiene que perder.
—Y el único modo en que puedo relacionarme con mi gente es mediante la televisión. Tengo que pronunciar personalmente el mensaje.
—De modo que los espectadores lo vean reconocer su error. —Feldman se encogió de hombros—. Creo que no es tan grave, ni mucho menos, como morir de botulismo.
— Regresamos a las garantías.
—En su lugar, yo no lo haría —dijo sombríamente Feldman—. Usted ya se ha comprometido demasiado. Recuerde ese fragmento de su carta acerca de la amenaza biológica permanente. ¿Cree que olvidarán eso? Amigo, su caso es muy difícil. No se haga ilusiones al respecto. Bien... ¿qué decide? ¿Comienzo a negociarla idea o no?
—Comience a negociar—dijo John Spada—. Pero no les permita olvidar que tenemos las toxinas.
El sábado por la tarde, cuando las Naciones Unidas quedaban reducidas a una guardia, Maury Feldman llevó al Espantapájaros. El espectáculo de Lunacharsky, vestido con atuendo eclesiástico, idéntico a un cura pobretón salido de una ficción continental, parecía una comedia macabra. Gracias al maquillaje, había conseguido transformarse, de modo que ni siquiera una fotografía de primer plano permitía identificarlo. Llevaba consigo un maltratado breviario. El extremo de una

Librodot

estola deshilachada colgaba del bolsillo del abrigo. Incluso su dicción tenía una cualidad untuosa especial.
Sus primeras palabras fueron:
—Entiendo que usted desea confesarse, hijo mío. ¿Este ambiente es bastante íntimo?
—Es bastante íntimo —dijo secamente Feldman—. Es el primer punto que aclaré con el secretario general. Todos los días se examina la habitación, buscando artefactos electrónicos. ¡Los dejaré a solas, entregados al ejercicio religioso!
Después de que Feldman se marchó, el Espantapájaros examinó a Spada como si se tratara de un espécimen de museo y después asintió con gesto aprobador.
— ¡No está mal! Resiste bastante bien. ¿Cómo están las cosas? —Difíciles. Y se agravarán. ¿Qué atmósfera prevalece afuera? —Variable —dijo el Espantapájaros—. Depende de la gente con quien uno habla... Acerca de la cuestión de los detenidos, se observa simpatía y cierta comprensión. Pero cuando se mencionan las toxinas en el agua, se aviva la cólera. Yo diría que la gente está dispuesta a descuartizar a John Spada antes de que camine cien metros por Broadway...
—Pero, ¿si triunfamos?
—Las apuestas favorecen la posibilidad de que usted se derrumbe. ¿Por qué desea verme?
—Mis dos amigos argentinos. El mayor López Mitchell y el presidente. Les prometí ajustar cuentas. Deseo que usted se ocupe de ello.
—Será un placer. ¿Les enviamos una invitación por escrito?
— No. Que se enteren en el momento de comparecer ante Dios. —Palabras de un auténtico cristiano. ¿Su propia comparecencia ante Dios lo molesta?
—Sí —dijo John Spada—. Me molesta. Antes de que llegue ese momento, abrigo la esperanza de preparar un discurso por la defensa.
— Sería buena idea —dijo el Espantapájaros—. No puedo hablar por el Todopoderoso, porque no creo que exista. Sin embargo, sería un documento útil para la posteridad... en el supuesto de que quede alguien para leerlo.
El primer documento breve de Maury Feldman había sido recibido favorablemente. Se lo consideró "el primer rayo de esperanza, una base posible de negociación", lo cual, como dijo el propio Feldman, era como mostrar una zanahoria frente al asno, mientras alguien encontraba un garrote para sacudirle la grupa.
—¿Qué sucede ahora? —preguntó John Spada.
— ¡Demonios! ¡Usted también ha redactado contratos! Usted también agotó a mucha gente con borradores y más borradores. Imagínese que ahora está sentado en un comité poliglota, cada uno de cuyos miembros tiene que informar a los hombres importantes de su patria. Aún disponen de una semana antes del plazo final. Puede confiar en que aprovecharán el tiempo. ¿Por qué no se tranquiliza y lee un poco?
—Estuve haciéndolo —dijo Spada con una sonrisa. Mostró una edición rústica de *El principe* de Maquiavelo—. Pasaron muchos años desde la última vez que leí esta obra. Es instructiva, ya que no alentadora... Deseo aclarar algo con usted.
—Pensé que siempre habíamos mantenido claras todas las cuentas.
—Así es. Quiero conservar la situación del mismo modo.
—Adelante.
—¿Está seguro de que lograremos un compromiso?
—Creo que es posible. No puedo estar seguro.
—Imagine que no lo conseguimos.
—En ese caso, la decisión definitiva está en sus manos.
—Yo decido diseminar la toxina. ¿Dónde queda usted?

Librodot

—No estoy aquí —dijo gravemente Feldman—. Me alejo. Soy un servidor de la ley. Defiendo a mis clientes de acuerdo con la ley. No puedo ni quiero cooperar con ellos en la ejecución de un delito.
—Tampoco yo se lo pediría. Pero Maury, atribuyo importancia a la consideración que usted me demuestre. Más importancia que la que usted cree. Durante la guerra usted mató, voló barracas y casas. Murió gente... cuando llegue el momento de juzgarme, recuérdelo. Hay otra pregunta.
—Trate de formularla con sencillez.
—Ojalá pudiese. ¿Un Estado es menos culpable que un individuo? ¿Es inalcanzable porque no podemos llevarlo ante un tribunal? ¿No hay modo de reparar sus monstruosidades?
—Ningún modo... excepto el baño de sangre. Por eso dibujo imágenes obscenas. Me distraen de la más sucia de todas... los agravios que el hombre inflige a su propia progenie. ¿Otra cosa?
—Sólo esto. Cuando obtengamos un arreglo, y me lo traigan para que lo firme, usted sabe que puede garantizar mi actitud. ¿Podrá garantizar la de esa gente?
La respuesta de Feldman, pese a la ironía con que la formuló, tenía el patetismo de la desesperación.
—Soy abogado. Redacto documentos muy eficaces. Dios hace a los hombres. Nunca me creí capaz de garantizar su obra. Lamentable, ¿verdad?
A medida que pasaron los días y las noches, en su habitación del amplio edificio, la tristeza se acentuó en John Spada. Ahora lo presionaban realmente, y le enviaban resmas de papeles: condiciones, exclusiones, agregados, interpretaciones, cláusulas suplementarias, subcláusulas y referencias cruzadas. Y todo eso le enturbiaba la vista y lo aturdía.
Maury Feldman lo acompañaba cada vez menos, porque lo convocaban a un comité, a una subcomisión, todo con intérpretes y abogado de las embajadas, y empleados y redactores que dominaban la jerga legal. Cuando llegaba, fatigado y nervioso, había que preparar otro resumen, que adoptar otra decisión, mientras las agujas del reloj se desplazaban inexorables. También a él lo presionaba, y Feldman lo confesó en un estallido vehemente.
—En primer lugar, el número de personas. Rusia acepta una cosa, después se retira porque Argentina no quiere ceder más. Los chilenos exigen que los cubanos concedan tanto como ellos. Los sudafricanos y los coreanos se unen contra los alemanes orientales y los checos. Uno diría que están negociando con ganado, no con seres humanos. Después, los observadores: quién es aceptable y quién no. Algunos piden la intervención de la Cruz Roja. Otros se inclinan por Amnistía. Los iranios no aceptan la presencia de grupos religiosos. Los británicos desean que se distinga claramente entre los detenidos por razones ideológicas y los terroristas políticos.... Además, el factor tiempo, y los lugares de entrega, y dónde se alojarán las personas liberadas, y cómo se garantiza que no volverán a detenerlas una vez superada la crisis... ¡Es un condenado manicomio! Todos afirman que se necesita mucho más tiempo.
—Estaba preguntándome cuándo llegarían a eso. — Spada tenía una expresión sombría—. Es la técnica, ¿verdad? Alargar el plazo. Una vez que lo consiguieron, han superado la primera crisis. Pueden respirar libremente e idear nuevos modos de alejar el segundo plazo. Maury, esta vez no lo conseguirán.
—Eso les dije, John. Y pienso que lo creen. Sugerí un modo de resolver el asunto. Si lo acepta, intentaré imponerlo.
—Veamos de qué se trata. —Spada señaló con la mano la pila de papeles—. ¡Todo parecerá bueno después de este papelerío infernal!

Librodot

—Antes de empezar—dijo cautelosamente Feldman—, recuerdo cuál es el principal obstáculo. Insisten en que separemos los dos hechos. Ante todo, es necesario eliminar la amenaza; después, habrá amnistía. ¿Está claro?
—Está claro, pero...
—Olvide los peros. ¡Limítese a escuchar! El plazo vence el martes a mediodía, hora de Nueva York. Bien, ésta es la propuesta. Entre este momento y entonces ofrecemos a la prensa la rutina acostumbrada: negociaciones provisorias, se aproxima un acuerdo, todo eso. La gente de Proteo está atenta, y espera la última transmisión televisada. A las nueve de la mañana, hora de Nueva York, usted sale al aire con una declaración. Se ha demostrado buena voluntad. Hay un sentimiento humano. En vista de eso, usted renuncia a su postura. Ordena a su gente que informe acerca de los lugares donde han depositado la toxina. Veinticuatro horas después los primeros grupos simbólicos son liberados. Un centenar de detenidos en cada país. Los observadores están preparados para supervisar la recepción. Entretanto, continúan las negociaciones relacionadas con contingentes más numerosos.
—¿Y todo eso está en la declaración?
—Todo. Se ha formulado un compromiso público. Incluso si después dan largas al asunto, es un comienzo.
—¿Y por qué no es posible hacer simultáneamente las dos cosas?
— ¡Por Dios, a causa de la soberanía! ¡Hemos comentado cien veces el asunto!
— ¿Quién redacta la declaración que se difundirá? —Usted, pero ellos tendrán que aceptarla.
—Muy bien, probemos para ver qué sucede. Pero reservo mi posición hasta ver las condiciones finales.
—Muy bien. Hablaré ahora con ellos.
—Pero primero, quédese a cenar conmigo.
—No, gracias. He perdido el apetito. Hay muchos buitres alrededor.
—Dígales que todavía no estoy muerto.
Estaba casi muerto, y lo sabía. Lo habían arrinconado contra una pared, y las espadas le rozaban el cuello. Una vez que lo tuviesen desarmado, el juego habría concluido; y las liberaciones simbólicas, incluso si se llegaba a eso, serían la única y definitiva ventaja. Detenidos de categoría secundaria, seres vacíos y destruidos, a quienes los carceleros de buena gana devolverían a la compasión del mundo. Las promesas de los gobiernos carecían de valor. Spada había visto tantos documentos que no podía ignorar cuánto valían esos papeles. Antes de que uno pudiese extraerles un sentido, y mucho menos una fórmula realmente aplicable, podía litigarse durante diez años y en el camino alimentar a un ejército de abogados.
¿Compasión? Anatoly Kolchak lo había dicho sin rodeos: los hombres tienen corazón; los rusos, los norteamericanos, los chilenos, los chinos, todos tenían corazón; pero los estados, las naciones, las juntas carecían de él. Eran ídolos con los vientres huecos, y los llenaban con los huesos chamuscados de los niños. Quién sabe por qué extraño juego de la memoria evocó una imagen de Rudolf Hess, viejo, quebrado y loco, sentado en la cárcel de Spandau, un hombre a quien se le negaba la más mínima compasión, mientras otros, mil veces más culpables engordaban en la libertad. Eso era el arte del gobierno. Eso era la política. Ése era el juego del poder llevado al absurdo definitivo y más obsceno.
A pesar de las esperanzas de Maury Feldman regatearon tres días más acerca del fraseo del documento de rendición. Dijeron que no aceptarían más sermones, ni más propagandas por una causa perdida. Spada había aceptado separar la amenaza del acto de gracia; no le permitirían volver a unirlo. Había explicado una

Librodot

vez su posición. Podía desarrollar brevemente el problema que lo había llevado a fracasar; si intentaba detallar el asunto, suspenderían la transmisión.
Después, formularon una nueva exigencia. Debía revelar los nombres de sus cómplices así como los lugares donde guardaba la toxina. En este punto, Spada se mostró inflexible. No traicionaría a sus amigos. No podía modificar el sistema convenido de comunicación, porque eso indicaría a sus colaboradores que actuaba presionado. Era el momento de tomar o dejar la propuesta. La tomaron, y lo odiaron. Ese odio era la justificación definitiva por lo que él se proponía hacer. Firmó el documento a las siete de la tarde, un día antes de que venciera el plazo.
Maury Feldman guardó el documento en su portafolios y extrajo un sobre marrón. Dijo:
—Nunca mencioné esto, porque jamás creí que lo lograríamos. Es un pasaporte nuevo con otro nombre. Usted es libre de ir adonde le plazca, mientras pueda conservar la vida... Nuestra gente lo aceptó, porque no desean llevarlo a proceso público y verse obligados a repetir todo el debate.
Spada sostuvo un momento el documento y después lo devolvió. Habló con voz insegura.
—Gracias, Maury, gracias por todo. Pero no puedo aceptarlo. Si lo hiciera, se comprobaría que he traicionado a mi causa, que concerté un mal acuerdo para salvar el pellejo. De ningún modo me someteré a esa indignidad.
—Es su vida, querido —dijo Maury Feldman—. Y no puedo decir que discrepe con usted.
—Tengo algo para usted, Maury. Desearía que lo lea y lo muestre a Kitty. Es lo que esperaba decir mañana. De todos modos, nadie mejor que usted lo entenderá.
Abrazó a Feldman y ambos se estrecharon, al viejo estilo latino. Por primera vez desde el comienzo de la amistad entre ambos, Maury perdió el control. Y cosa característica, comenzó a maldecirse.
—¡Cristo! Los judíos y los italianos... ¡sin duda somos los peores llorones del mundo!
—¡Cálmese! —dijo Spada con una sonrisa—. ¡También le pago las lágrimas!
—Esta vez no habrá honorarios. —Maury rehusó aceptar el consuelo.
—¡Vamos! Tanto trabajo...
—Digamos que es la moneda del tributo —dijo Maury Feldman—. Se lo debo. Lamento haber perdido el caso. Lo veré mañana en la sala del tribunal.
Aproximadamente una hora después apareció Anatoly Kolchak, solícito y cortés como siempre. Sí, de buena gana aceptaría una copa. Ahora que el grandioso debate había concluido, deseaba pasar unos momentos con un amigo.
—John... —Era la primera vez que usaba el nombre de pila de Spada—. Tenía que venir. Tenía que presentarle mis respetos.
—Gracias, Anatoly.
—Y también decirle algo. Usted no perdió la batalla. Usted ganó más de lo que jamás llegará a saber. Ojalá hubiera sido un triunfo total, pero soy un servidor de lo que existe. Quizá mis hijos gozarán de lo que pueda obtenerse de todo esto.
—Brindaré por eso.
—¿Cómo se siente?
—Vacío.
—Mañana estaré en la galería. Quiero que sepa que tendrá un amigo.
—Lo recordaré... Dígame, Anatoly, ¿cumplirán sus promesas?
—Parecerá que las cumplen. Así es el juego, ¿verdad?
—Sí, así es el juego.
—¿Adonde irá después?

Librodot

—No he pensando en eso.
—No puede vivir siempre como un fugitivo con un pasaporte falso. De modo que si puedo ayudar... quizás una pequeña república, donde la gente es tan ignorante que ni siquiera sabe leer y tan sencilla que sólo se preocupa por la lluvia y la cosecha del maíz. Puede arreglarse algo.
—No será necesario. Gracias, amigo mío.
—De nada. Trate de dormir bien. Mañana será un día ingrato, pero como los asuntos amorosos y los escándalos financieros, la novedad acabará agotándose.
—Lo sé. Ése es el problema. La gente tiene escasa memoria.
—Si no fuera así —dijo Anatoly Kolchak—, una carrera política sería un billete de primera clase a la celda de la muerte.
En la amplia sala de nuevo se habían reunido todos; pero ahora no se los veía sombríos y temerosos, como antes, sino contenidamente exultantes, esperando el epílogo en que el bien triunfaría sobre el mal, el orden sobre el caos, el arte de lo posible sobre el sueño de lo imposible.
Esta vez no hubo introducción a cargo del secretario general. Los murmullos se apagaron cuando John Spada se adelantó hacia el estrado, con una hoja de papel en la mano. La depositó sobre el pupitre, la alisó contra la madera y la leyó con voz mortecina y neutra.
—Digo lo que se convino que dijera, no lo que yo mismo creo. Absolutamente solo me enfrenté con las naciones del mundo, con las puertas de la ley y el orden establecido, para defender una causa humana. Apoyé el plan con una amenaza, porque las fuerzas de la ley y el orden establecido también nos amenazan a todos. Mi causa, la causa de los que se ven obligados a callar, fue derrotada.
"Ha sido derrotada en una cuestión fundamental: si el individuo es más importante que la masa, la soberanía de una nación es menos importante que la libertad del pueblo que vive en su territorio. Ustedes, las naciones, decidieron contra mí. No sé si el pueblo ha decidido lo mismo, porque no he oído su voz.
"Se me ha prometido que, como acto de gracia, en todos los países se liberarán algunas categorías de detenidos. Es un hecho positivo, pero no suficiente. La vergüenza continúa recayendo sobre ustedes. Aún tienen que soportar el desprecio de sus hijos. Por mi parte, no tengo más que decir.
"El siguiente mensaje está destinado a mis amigos y colaboradores... ¡Proteo a los peces, ríndanse! ¡Proteo a los peces, ríndanse! ¡Proteo a los peces, ríndanse! Y ahora, me incorporaré al mundo de los que callan.
El camarógrafo mantuvo la cámara apuntada sobre Spada. Se les había dicho que el último gesto era parte integral de la escena. Spada se llevó la mano izquierda a los labios. Después levantó el vaso de agua y bebió. Depositó el vaso. Vieron que el rostro se le deformaba con un rictus de sufrimiento; después, ante los ojos de los delegados de ciento cuarenta y nueve naciones, cayó al suelo.
En su apartamento de Park Avenue, Maury Feldman leyó en voz alta el último testamento de John Spada:
"...Ahora, en vísperas de abandonar el mundo siento una gran serenidad. Es extraño, porque a pesar de todo todavía soy creyente y estoy convencido de que debe existir algún tipo de arreglo de cuentas, algún juicio acerca de nuestros hechos y nuestras fechorías. Sé que no soy inocente. No pido que nada de lo que hice sea perdonado, o disculpado. Al mismo tiempo, sé que hubo una lógica terrible e inevitable en esta situación. El ejercicio del poder era cosa usual para mí. Fui educado no para sufrir sino para actuar. Y una vez ejecutado el acto, siempre me comprometí con sus consecuencias, por prolongadas y drásticas que ellas fuesen.

"Desde que era muy pequeño, me inculcaron la ética cristiana: perdona a tus enemigos, bendice a los que te maldicen, reza por tus perseguidores. La acepté como un credo formal; pero la verdad es que nunca pude aprobarla del todo o aplicarla a mi propia vida. Me pregunto —como me he preguntado muchas veces— qué habría sucedido si yo hubiera podido aceptar resignado la violación de mi hija, y dejado la reparación a un dios invisible. No lo sé. Creo que si yo hubiera sido la víctima podría haber perdonado al violador. Pero, ¿no es diferente la situación del testigo, del que sufre porque se pone en el lugar de la víctima? ¡Dios me ayude! Aún no creo que en el mundo haya gracia suficiente para ese tipo de sumisión. Si no podemos invocar la ley en defensa de un inocente, ¿queda algo que no sea el código de la venganza?

"¡De modo que a mi vez luché! Maté. Amenacé matar. Recorrí el largo camino que lleva a los límites del mundo, y vi que terminaba en un callejón sin salida. Un paso más y caería en el vacío. De modo que retrocedí, no por cobardía, sino sencillamemte porque advertí que el acto definitivo era una inútil masacre de inocentes. Pero incluso al retractarme, sabía que otros no harían lo mismo. Sabía, con la misma certidumbre que sé que el verano sigue a la primavera que un general enloquecido, un comité desesperado, un día oprimiría el botón y destruiría a la humanidad entera. Mi juego era que la humanidad, al ver el horror inminente, rechazase esa perspectiva en un gesto de repulsión universal. Esa apuesta fracasó.

"Aun así, quiero que sepan, por lo menos mis amigos, que mi suicidio no es un acto de desesperación. Es —deseo que sea— un acto religioso, una ofrenda a mis amigos, a quienes sé que podría traicionar si me sometieran a tortura... Y que nadie crea que la tortura es una suerte de monstruosidad medieval, con inquisidores encapuchados que manejan hierros candentes. Tenemos también eso, pero en una época tan esclarecida como la nuestra es un sadismo innecesario. Es suficiente privar a un hombre de la luz y el sonido y la referencia táctil, y en pocos días se lo reduce al desequilibrio total. Es suficiente suministrarle drogas psicotrópicas y se consigue antes el mismo resultado. E incluso nosotros, los libres, los esclarecidos y los civilizados practicamos esas brutalidades. No creo que nadie esté obligado a someterse a esta degradación definitiva.

"De modo que me marcho. Agradezco el amor que se me dispensó la luz que otrora vi... sí, incluso la batalla que he perdido. Les pido que mantengan unida a la gente de Proteo, los benévolos y los combativos. Ambos son necesarios. Ninguno de los dos puede sobrevivir sin el otro. Los tiranos deben oír los rugidos de la selva. Sus víctimas deben oír el canto en la oscuridad. ¡Ciao, Maury! iCiao, Kitty! Comuniquen mi afecto al tío Andrea y ocúpense de que él reciba un ejemplar de lo que he escrito. John Spada morirá; pero Proteo aún está vivo y... ¿quién sabe cuántos peces hay en el mar?..."

Maury Feldman depositó el manuscrito sobre la mesa. Tomó el libro de la Oración de la Verdad, buscó la página y entonó la plegaria kaddish:

— Dios, colmado de compasión, que moras en las alturas, haz que el alma de John Spada, que ha ido a descansar, encuentre el reposo en las alas del Schechinah, con las almas de los santos, pura como el firmamento de los cielos, pues ellos ofrecieron compasión a la memoria de su alma; y por eso ocúltalo en el misterio de tus alas, eternamente, y une su alma al lazo de la vida; que el Señor sea su herencia; y que él descanse en paz en el lugar elegido...

—Requiescat —dijo el tío Andrea—. Gracias por la amistad que demostró a mi sobrino.

Feldman apagó la vela Schivah y dijo con su tono cortante:

Librodot

—Yo le amaba. Lo extrañaré. Maldito sea, tenía tanto estilo... Y tiene razón. No fracasó del todo. ¡Proteo continúa libre de cadenas!
—Como todos los mitos, ha sido creado por el hombre —dijo hoscamente el tío Andrea—. Y tiene una falla. Proteo es el pastor de las criaturas marinas. Pero incluso en su reino, los peces grandes continúan comiéndose a los chicos, y continuarán haciéndolo eternamente...
— ¡Amén! —dijo Kitty Cowan con su acento brusco—. Estoy cansada... y tengo miedo de la oscuridad. Caballeros, ¿quién me acompañará caminando a casa?
—Yo —dijo el tío Andrea—. ¡Catherina, deseo conservarla en la familia!

FIN

272

Librodot